

BUSTAMANTE, CARLOS MARÍA (1774 - 1848)

MAÑANAS DE LA ALAMEDA DE MÉXICO

ÍNDICE

PRELIMINARES

CONVERSACIÓN PRIMERA
CONVERSACIÓN SEGUNDA
CONVERSACIÓN TERCERA
CONVERSACIÓN CUARTA
CONVERSACIÓN QUINTA
CONVERSACIÓN SEXTA
CONVERSACIÓN SÉPTIMA
CONVERSACIÓN OCTAVA
CONVERSACIÓN NONA
CONVERSACIÓN DÉCIMA
CONVERSACIÓN UNDÉCIMA
CONVERSACIÓN DUODÉCIMA
CONVERSACIÓN DECIMATERCIA
CONVERSACIÓN DECIMACUARTA
CONVERSACIÓN DECIMAQUINTA
CONVERSACIÓN DECIMASEXTA
CONVERSACIÓN DECIMASÉPTIMA
CONVERSACIÓN DECIMAOCTAVA
CONVERSACIÓN DECIMANONA
CONVERSACIÓN VIGÉSIMA
CONVERSACIÓN VIGÉSIMA PRIMA
CONVERSACIÓN VIGÉSIMA SEGUNDA
CONVERSACIÓN VIGÉSIMA TERCIA

PRELIMINARES

Las inclinaciones que sentimos al explorar los vestigios de la antigüedad, es la cualidad más característica de un entendimiento noble que se deleita, no en satisfacer la curiosidad peculiar a una mente limitada, sino en las serias reflexiones que produce la contemplación de unos tiempos que han cesado por muchos siglos.

(EL INSTRUCTOR)

Al honorable Vizconde de Kingsborough

Milord:

He visto con agradable sorpresa los siete tomos de la espléndida obra que vuestra señoría ha publicado en esa capital con el título de *Antigüedades mexicanas*, y con tal motivo se ha mitigado un tanto el sentimiento que me ocupaba, viendo que la mayor parte de nuestros preciosos documentos históricos habían pasado a la Europa, privándose de ellos. Vuestra señoría nos ha indemnizado ciertamente en mucha parte de aquella pérdida, debiéndose llamar con justicia el *Restaurador* de la Historia mexicana, al mismo tiempo que el *Vindicador* de la gloria de un Pueblo que por los informes siniestros de los conquistadores, mereció que el oráculo del Vaticano lo declarase *racional*, y digno de formar una parte de la Iglesia católica.

Por tal motivo, y penetrado de gratitud a un servicio inapreciable, pago a vuestra señoría ahora el debido tributo de reconocimiento, dedicándole con la mayor complacencia el segundo tomo de *Las mañanas de la Alameda de México*, en que hace de interlocutora una señora inglesa, y es el vehículo de la instrucción que por medio de esta obrilla pretendo dar a las de su sexo.

Recíbala, pues, vuestra señoría con buen ánimo, y al mismo tiempo las consideraciones de aprecio y sincero afecto con que se le protesta muy atento servidor.

Carlos María de Bustamante

México, 19 de febrero de 1836.

El editor

La acogida honrosa que ha tenido el primer tomo de esta obrilla, ha puesto espuelas a mi deseo para continuar el segundo, y darlo a luz, a pesar de las molestas ocupaciones que me rodean, y necesidad en que estoy de asistir a las discusiones diarias del Congreso General, perdiendo lo más precioso del tiempo que pudiera ocupar en trabajarla, y que me hacen hurtarlo a la noche, destinada para el descanso. Por tal motivo, no es posible revisar escrupulosamente lo que se escribe, y mejorar la locución como yo deseara.

Paréceme que he logrado el objeto que me propuse, y fue el de instruir al Pueblo en lo que más le importa saber, que es la Historia antigua de su país, para que lo aprecie dignamente, y procure imitar las acciones heroicas de nuestros mayores, cuya memoria pretendió sepultar en el olvido el Gobierno español. Ya no se tendrán por bárbaras las naciones que habitaron en este continente, tan sólo porque no se defendieron de la agresión castellana con artillería, caballos, y mosquetes, armas fatales, que reunidas a la táctica europea dieron la superioridad a un puñado de aventureros sobre millones de hombres inexpertos en el manejo de tan ventajosas armas; veránse nuestras antiguas

naciones como sociedades cultas y políticas, que no obstante hallarse separadas de la Europa, se conservaron en un orden admirable y bien regularizado; se guiaron por principios fijos de una sana moral; tuvieron costumbres, leyes, y todo lo que caracteriza a un pueblo de sobresaliente, y admirable. Desde que se abrieron nuestros puertos al comercio libre de la Europa, se ha notado en muchos viajeros de ésta, una constante dedicación a estudiar nuestra Historia, averiguar nuestro origen, acopiar los restos miserables que apenas nos han quedado de sus antigüedades, copiar nuestras vistas, y examinar con la mayor prolijidad las célebres ruinas del Palenque, de Mictlán, Xochicalco, Caverna de Cacahuamilpa, ruinas de Uxmal en Yucatán, y otros objetos que interesan la curiosidad de los amantes de las artes. Ellos han sacado vistas de Puebla, México, volcán de Popocatepetl, para donde han hecho expediciones midiendo su altura, como las de muchas montañas elevadas y ricas. Han comprado las más raras producciones de los tres reinos, para enriquecer los gabinetes, como la famosa piel de la enorme culebra de Guatemala que existía en la librería del Colegio Mayor de Santos, muchísimas pinturas antiguas, aun de las casas de particulares que el común del pueblo veía, si no con desprecio, a lo menos con indiferencia, cuando a los ojos de los inteligentes son obras maravillosas de la pintura de los mejores profesores de Europa en los anteriores siglos; pero lo más sensible es que se han llevado porción de mapas de la antigüedad mexicana, trabajados en papel de maguey, de palma o en mantas de algodón, en los cuales estaba consignada la verdadera Historia antigua, eran el apoyo de ella y... lo que no puede decirse sin un dolor profundo, hasta la clave de los caracteres y jeroglíficos han pasado a sus manos, dejándonos hoy a obscuras para poder interpretar lo muy poco que nos había quedado de dichos mapas y jeroglíficos. De la misma manera han trasportado preciosísimos manuscritos, robados unos de nuestros archivos, o malbaratados otros por personas poco inteligentes, de cuya ignorancia se han sabido aprovechar los extranjeros. Este saqueo o dígame mejor, esta *depredación*, no se ha podido impedir por una ley del soberano Congreso, iniciada por mí, y que no se ha practicado, porque el oro con que se han pagado estas producciones tiene más poderío que las leyes, y que el amor patrio. Por lo que a mí toca he procurado impedir tal desorden; pero habiendo llegado a tal punto, que si continuase por más tiempo llegaríamos a carecer totalmente de los más preciosos documentos para escribir la Historia, me he creído con obligación de *conciencia* de hacerlo hasta donde alcancen mis cortas luces para instrucción del común de nuestro pueblo, valiéndome de los pocos manuscritos que nos restan, y que si no se imprimen pronto, o a lo menos se redactan en lo substancial, también pasarán dentro de pocos años a Europa. Por desgracia los escasos y apolillados que hay en México de más de dos siglos de antigüedad, están escritos de aquella pésima letra e inteligible de los años posteriores a la Conquista: lo están además en un mexicano castizo y puro que entienden hoy muy pocos, porque el que se habla es bárbaro y adulterado con multitud de voces castellanas; esto a la verdad es muy triste: tamaña desgracia sólo puede repararla, en *parte*, la generosidad del VIZCONDE KINGSBOROUGH, noble lord de Inglaterra, que con la magnanimidad de un príncipe protector de las letras, ha hecho una colección de antigüedades mexicanas con bellísimas estampas, sacadas de la colección del virrey Mendoza, y de los museos y bibliotecas principales de Europa, en cuya edición ha gastado sumas increíbles de dinero, como lo manifiestan los siete tomos en imperial que existen en la secretaría de Relaciones, comprados por el Gobierno, y cuya obra continúa aumentándola. Este caballero debe mirarse como el *reparador*, y vindicador de la gloria

de nuestra nación, eclipsada por el desprecio con que fue tratada por los conquistadores que equipararon a nuestros mayores con las bestias, convirtieron en problema su racionalidad y necesitaron de que la vindicase el venerable señor Palafox en su precioso tratado *De las virtudes del indio*, y que el oráculo del Vaticano pronunciase su fallo favorable.

No sé si habré desempeñado el objeto que me propuse al redactar esta obrilla. Escribir una historia antigua, y escribirla en diálogo, es empresa difícil. Es verdad que éste proporciona la gran ventaja de la variedad, que hace menos enfadosa la lectura; pero es menester sostener hasta lo último el carácter de las personas interlocutoras, que las preguntas fluyan de la naturaleza o entrañas del asunto que se trata, y que no parezca ser una misma la persona que se pregunta, y se responde. Es además indispensable afectarse de los sentimientos de los interlocutores; la señora ha de hablar como cortesana, y no como villana, y el caballero como tal. Es también necesario tomar los modismos de nuestras señoritas, cosa difícilísima, principalmente con respecto a las damas mexicanas, dulces, amables, agudas, chistosas y muy finas en su crítica; sólo así puede llenarse aquel sabio precepto de Horacio, que dice:

Ni el asirio se explique
como el nacido en Colcos,
ni se aplique de Argos al ciudadano,
el estilo que es propio del tebano.

Ya he indicado en el primer tomo los escritores que he tenido a la mano para arreglar mis trabajos: he confesado que el padre Clavijero ha sido uno de los historiadores más principales y clásicos que he tenido a la vista; pero principalmente he disfrutado a placer, los manuscritos del licenciado don Mariano Veytia, para cuya publicación convidó a los mexicanos un sabio modesto el señor don Francisco Ortega en 182, ofreciendo dar mensualmente un número de ocho pliegos; pero no tuvo efecto este proyecto, tal vez por las circunstancias políticas de aquel año y el siguiente, en que todos se ocuparon del gran negocio de consumir la Independencia, comenzado en el pueblo de Dolores. Esta preciosa obra puede ponerse al lado de la de Clavijero. Según asegura el señor Ortega, ambos escribían casi a un mismo tiempo... y *sin saberlo*, en lugares muy distantes, el uno en Italia, y el otro en Puebla, y sin embargo de que aquél llegó a tener noticia de los trabajos del señor Veytia, es de creer que esto fuese después de concluidos los suyos; persuadiéndolo así el que en el catálogo de los historiadores mexicanos que se lee en el principio de su *Historia antigua de México*, no hace mención del señor Veytia, refiriendo en él los que habían sido reconocidos por escritores de la América mexicana. Es ciertamente añade el señor Ortega digno de lástima que estos diligentes escritores hubiesen estado separados por tan larga distancia, sin haberse comunicado recíprocamente sus luces. Clavijero así lo deseaba, como se infiere de dicha carta, y si sus deseos se hubiesen realizado, acaso se gloriarían hoy los mexicanos de tener una historia antigua completa, y en la que no se pudiera apetecer más, a lo menos en lo relativo a la parte política.

Muy bien podrá ser que los votos del señor Ortega se hayan llenado en parte; porque después de hecho el anuncio suyo para la edición de la obra del señor Veytia, he tenido el honor de publicar en los años de 1829 y 3 la grande obra del padre Sahagún, en que se da la más completa idea del pueblo mexicano en todo lo relativo a una nación guerrera, y civilizada, no menos que de su conquista; y además he tenido presentes varios apéndices del sabio padre Mier, la vida de Mochtezuma, y sobre todo el manuscrito autógrafo del mismo padre Sahagún, en que escribió por *segunda vez* la historia de la Conquista enmendando la primera, y añadiéndole hechos importantísimos que estaban ocultos, y que descubren secretos de horror que avergüenzan a los conquistadores. Este singular documento existía en el archivo de la Academia de la Historia de Madrid, y sólo pudo ver la luz por la circunstancia de habérselo robado los franceses en el saqueo que hicieron el día 2 de mayo de 188, cuando se amotinó aquel pueblo por la salida del último resto de la familia real para Bayona, y logró rescatarlo cierto personaje que existe en México, y me lo dejó copiar. Últimamente, he tenido en las manos la compilación que hizo el padre Vega, franciscano, de documentos preciosos antiguos, de orden del Conde de Revillagigedo para remitir a España, y que sirviesen al doctor Muñoz que estaba escribiendo su famosa *Historia del Nuevo Mundo*. Como he diferido en no pocas cosas del sabio padre Clavijero, me veo precisado a indicar la causa de esta diferencia, que parecerá a muchos escandalosa por la justa reputación que goza en la república literaria este escritor clásico; esto me obliga a entrar en explicaciones que no serán despreciadas por mis lectores que tienen un justo derecho para exigírmelas; pues en la historia no debe tener lugar la ficción, que sólo viene bien en un poema épico. Ella debe escribirse sobre hechos incuestionables, y el que se desviase de este principio, menos merece llamarse historiador que romancista. El señor Veytia llevó la más estrecha amistad con don Lorenzo Boturini Benaducci, y tanto, que lo nombró su albacea. Ambos sabios poseían el idioma mexicano, se conferenciaban sus dudas, y escribían su historia sobre hechos que tenían averiguados, y rectificados muy prolijamente. Todos saben que Boturini emprendió escribir una historia general de la América septentrional, fundada en copiosos materiales de figuras, símbolos, caracteres, jeroglíficos, cantares... y manuscritos de autores indios, nuevamente descubiertos. Tal es la idea o ensayo que publicó en Madrid el año de 1746 en la Imprenta Real, dedicado a Fernando VI, y que no pudo realizar por el escandaloso y criminal despojo que el Gobierno de México hizo de todos sus materiales y copioso museo, el más selecto que hemos tenido; es preciso transmitir a la posteridad la historia de un acontecimiento el más deplorable que pudiera ocurrir a la literatura mexicana, y del que puedo hablar con fundamento, porque tengo en las manos el proceso original que se le fulminó en esta ciudad.

Boturini, hombre muy piadoso, solicitó del ilustrísimo Cabildo de San Pedro de Roma un despacho para coronar a la Santísima Virgen de Guadalupe de México con corona de oro, como se acostumbra en Italia, y se le otorgó con las correspondientes instrucciones que para tales casos se expedían en Roma, a once de julio de 174, autorizado de don Simón Branciforte, canónigo secretario de aquel Cabildo. Recibiolo en México inopinadamente por vía directa y lo presentó al real acuerdo de oidores en 1 de marzo de 1742, y en 19 de julio del mismo año se le dio *pase* sin obstáculo alguno. Creyose Boturini autorizado para realizar una comisión tan conforme con los sentimientos piadosos de su corazón, y comenzó a solicitar de la devoción de los mexicanos le auxiliasen con las limosnas que

pudiesen, así para los gastos de la fiesta de la coronación que debía hacerse con mucha solemnidad, como para que la corona de la Virgen se trabajase con el esmero y pulidez posible. Llegó el virrey Conde de Fuenclara a Xalapa, viniendo de España, y el alcalde mayor de aquella villa puso en sus manos el despacho impreso del Cabildo de San Pedro de Roma, en cuya virtud le interpelaba Boturini para que solicitase en su distrito algunas cantidades para ejecutar la coronación; el Virrey mandó que se recogiesen cuantos despachos de igual naturaleza se hubiesen expedido por Boturini, y además todas las limosnas y oblaciones que hubiese colectado: asimismo dispuso que a éste se le recogiese también el del Cabildo de San Pedro, *formándosele causa*. Para la instrucción de ella comisionó al alcalde del crimen don Antonio Rojas de Abreu. Compareció ante este magistrado Boturini en 28 de noviembre, y exhibió porción de documentos con que probaba su ilustre cuna y nobleza tan antigua, que contaba novecientos catorce años, al mismo tiempo que su educación fina y literaria en Milán, habiendo nacido en la villa de Londrio, obispado de Como, donde tenía posesiones. Exigiéronle los documentos de correspondencia que había llevado en esta cuestura, y las cantidades y alhajas que había recibido, y todo lo exhibió con una escrupulosidad y exactitud, que de luego a luego mostraban su probidad y honradez. Los documentos o cartas originales exhibidos, fueron en número de 23. Nótase en sus respuestas tanto sabiduría, como moderación y firmeza... «Espero dijo que su excelencia declare benignamente, si he de continuar o no esta correspondencia, pues no ambiciono otra cosa que obedecer, con la fina expresión de Tácito: *Tibi sumum rerum iudicium D dedere... mihi obsequi gloria relicta est*». Cuando se explicó de este modo ignoraba la terrible nube de rayos que tenía sobre su cabeza. Examinado sobre el modo y objeto con que había venido a esta América dijo que con los poderes que le otorgó la señora doña Manuela de Oca, Silva, y Mochtezuma, condesa de Santibáñez, para cobrarle en las cajas reales de México, la pensión que el Rey de España le había dado de un mil pesos anuales a título de alimentos, como lo probó entre otras cosas con carta de dicha señora. Agregados los documentos que entregó a la causa, se dio vista al fiscal del Rey, Vedoya, quien recriminó la conducta de Boturini, porque cuando solicitó la coronación de la Virgen de Guadalupe, ofreció hacerlo a sus propias expensas, y de consiguiente no debió hacer cuestura; porque el arzobispo virrey, que entonces era don Juan Antonio Bizarrón, de quien solicitó Boturini el beneplácito para realizar la coronación, se había negado a ello por no haber sido pasado el despacho del Cabildo de Roma por el Consejo de las Indias, como lo dispone la ley 2.^a, título 21, libro 1 de la Recopilación de Indias, cuya resolución no pudo derogar el *pase* del real acuerdo de oidores de México, cuya postulación fue propia de Boturini, y no de los Cabildos eclesiástico y secular de esta capital: porque el costo de la fábrica de semejantes coronas parece del tenor del despacho consistir en un legado, y dotación hecha para este fin por el conde Alejandro Esforzia Palavizino, fundador de esta obra pía, y que con esta expresión la ofrece y consagra a la santa Imagen que ha de coronarse por el Cabildo de Roma, remitiéndola al obispo o dignidad a quien se comete el acto de la coronación. Sobre este cargo le hizo el fiscal, el de haberse tomado por sí Boturini la libertad de escribir cartas, y recoger limosnas, haciéndose él mismo ejecutor del despacho; y presumiendo que habría recogido mayores sumas de alhajas y dinero, de las que habría exhibido, sin haber precedido licencia del Gobierno como lo disponen las leyes de Indias. Una de las circunstancias que se exigían en el despacho era que en la corona se habían de grabar los escudos de armas de la sacra Basílica Vaticana, y del conde Alejandro Esforzia

Palavizino, sobre lo cual hizo mucho alto el fiscal, suponiendo que se ofendían las regalías del Monarca español, puesto que éste tenía el patronato de la Colegiata de Guadalupe, y quedaban vulneradas. Concluyó pidiendo se recogiese el despacho de Boturini, las copias que de él hubiese esparcido, y las dádivas y dones que en su virtud se hubiesen recaudado, depositándose éstas en un cajón en las cajas reales, o nombrándose un depositario, tomándose razón de los donantes. Por lo respectivo a la persona de Boturini, pidió que se *asegurase* en prisión, por las resultas que pudiese tener esta causa, que se secuestrasen sus bienes y papeles que se le hallasen, separando el juez del proceso, no sólo los que tratasen del asunto de la coronación de Nuestra Señora, sino todos los que advirtiese que conducían a efectos del real servicio; y finalmente, que en primera ocasión oportuna se le mandase a España para que se retirase al lugar de su domicilio. Este pedimento fue aprobado por el asesor general del Virreinato don Antonio Andreu, y en 3 de enero de 1743 se decretó por el Virrey el arresto que ejecutó personalmente el juez, acompañado del escribano Francisco de Paula Butrón, y fue sacado de su casa y trasladado a la del Ayuntamiento de México. Haré mención de lo conducente a nuestro propósito, para no hacer esta lectura demasiado empalagosa. Dijo al juez de la causa: «Que deseoso de imitar las pisadas de su tío abuelo el filósofo Locatelli, luego que vino a esta América meditó dedicar su pluma y trabajos en gloria y culto de Nuestra Señora Patrona de Guadalupe, habiendo corrido muchas provincias de los indios para indagar las pruebas contemporáneas al portentoso milagro de sus apariciones... dormiendo en pueblos yermos de dichos naturales por el suelo de sus casitas y chozas, y tal vez prevenido de la noche en los mismos caminos con tan pesados trabajos, que humanamente no los puede ponderar, siendo tan difícil el tratar con los indios, que son en extremo desconfiados de todo español, y *esconden sus antiguas pinturas hasta enterrarlas*, y sucedió cosa que merece especial atención que a medida que iba don Lorenzo alcanzando algunas noticias de la historia de la Divina Señora, lograba alcanzar algunas piezas de la *historia general de este reino*; y aumentándosele de esta suerte el trabajo, acudió a una y otra, animado de ofrecer a Su Majestad el importante servicio de escribir *dicha historia general*, aunque no hubo quien en materia de tanta gravedad echase el pecho al agua, sino *su sola* persona, habiendo conseguido a puro y porfiado trabajo, y gasto inmenso de su bolsa, sin fomento alguno, *como veinte tomos* manuscritos, los más de autores indios, y un *prodigio* de mapas historiados con figuras, caracteres y jeroglíficos en papel indiano, pieles de animales, y lienzos de algodón». En el secuestro que se hizo de los bienes de Boturini aparece a fojas 3 un archivo con diferentes volúmenes, pinturas, caracteres, jeroglíficos y algunos papeles concernientes a la historia general de estos reinos *por toda* la sucesión de los tiempos, que según informe de dicho caballero Boturini *es desde* la confusión de las lenguas en Babilonia, origen de los indios, su emigración a estos países, su duración en ellos, sus imperios, sus príncipes que dominaron, con noticias individuales de la duración de cada uno en el tiempo de su gobierno, y de los que en él sucedieron; y asimismo del gobierno político y militar, hasta la conquista de este predicho reino hecha por los españoles.

Ítem, se inventariaron y quedan en dicho archivo diferentes mapas y manuscritos de la conquista referida, formados por los indios reducidos por aquel tiempo. Ítem. Algunos papeles en forma de rueda que dicho caballero dijo ser sistemas matemáticos de los indios antiguos, y primeros *fundadores* de este imperio, que contienen el ciclo solar, el

año lunisolar con sus distintas neomenias, las *observaciones que hicieron los naturales sobre la agricultura*, y asimismo unas tablas cronológicas, hechas desde la creación del mundo hasta este presente año». Por este tenor está formado el inventario de cuantos documentos tenía relativos a la Historia antigua mexicana, de los que también da idea Boturini en la obra que publicó después en Madrid, de que se ha hablado; pasáronse a la Universidad, y después a la secretaría del Virreinato, de donde se robaron todos, y de ellos se franquearon al señor arzobispo cardenal de Lorenzana para ilustrar las cartas de Cortés, y que sin duda su eminencia no entendió, porque ni poseyó la lengua mexicana, ni trató con los indios como Boturini, ni dormió en sus chozas y se familiarizó con ellos entrando en sus secretos, que se abstuvieron muy mucho de revelar a los españoles, a quienes odiaban.

Es, pues, visto por lo dicho, que cuanto se ha añadido de nuevo a esta historia, está fundado en los conocimientos que adquirió Boturini en este país, instruyéndose por sí mismo en los mapas, jeroglíficos, cantares, tradiciones y observaciones particulares, que a merced de asiduo y penoso trabajo, consiguió de los indios. Que comunicó estas ideas con el señor Veytia, el cual uniendo sus trabajos a los suyos, formó dicha historia, y de tal manera se unió a él, que siguió hasta su mismo plan, comenzando su relación desde la dispersión de las gentes de la torre de Babel. ¿Quién podrá negar que esta clase de documentos son el fundamento de nuestras historias antiguas, lo mismo que las tradiciones de padres a hijos, las fiestas y los cantares? Por otra parte, ¿quién no admira la coincidencia que hay en la relación substancial de los hechos, formada por Veytia y Clavijero, a pesar de la distancia en que escribían, sin comunicarse el uno con el otro? ¿No es verdad que en buena crítica tenemos por exacta la versión de los *Setenta* de la Biblia, por cuanto Tolomeo Filadelfo que los reunió para un mismo objeto *separándolos*, y a pesar de esta separación todos convinieron en un mismo sentido? ¿Pues por qué no nos ha de servir de criterio el mismo principio de *coincidencia* para estimar como exacta y fiel la historia de estos dos escritores? Por otra parte: ¿quién no admira la exactitud con que se denominan las personas que figuran en esta historia, el lugar donde existieron, la concatenación de los hechos, y hasta el día, mes y año en que se verificaron? Finalmente, ¿quién no reconoce en las declaraciones judiciales de Boturini un hombre formado en los mejores principios de bella literatura, y cuál acaso no había tenido ninguno de los escritores que le precedieron, capaz de formar el vasto plan de una historia, y cuál como él dice nadie había osado emprender? No me olvido de que hablando de Boturini, el sabio Clavijero ha dicho... El sistema de historia que había formado, era demasiado *magnífico*... y *fantástico*; mas a esta calificación respondo con el mismo padre Clavijero lo que él ha dicho en el catálogo de escritores que menciona hablando de Chimalpain... que Boturini tuvo copia de las obras de *todos* los antiguos escritos de los indios que Clavijero deseaba mucho *poseer*; vio la *Crónica mexicana* de Chimalpain, que contiene todos los sucesos desde mil sesenta y ocho hasta mil quinientos noventa y siete de la era vulgar. ¿Qué mucho, pues, que un hombre que había estado sobre todos los que le precedieron, hubiese pretendido acometer tamaña empresa? Por eso se ha dicho, y con razón, que los modernos saben más que los antiguos, porque están sobre ellos, los llaman a juicio, los analizan, y pronuncian su fallo sobre **XV** sus escritos. Que los indios, aun los del día, conservan mapas de sus mayores, los registran aunque *en silencio*, y los registrarán con mayor precaución, por el mayor peligro que hay hoy de que se los lleven a Europa, lo he

demostrado en el discurso que precede a la publicación que hice de la relación décima tercia de don Fernando Alva Ixtlilxóchitl, a que me remito, y lo acaba de comprobar el magnífico mapa de los reyes de Texcoco que existe en el museo, y era propiedad del reverendo padre Rojas, ex provincial de los dominicos, que había guardado, y nadie supo de su existencia hasta después de muerto. No será pues extraño, que en lo sucesivo se aumente nuestra Historia mexicana, y que en ella se nos refieran hechos ignorados por los escritores que nos han precedido. ¿Quién tenía idea, en los días de Boturini y Clavijero, de las antigüedades famosas del Palenque, que hoy son objeto de las investigaciones de los viajeros de la Europa? ¿Quién de las preciosas curiosidades y bellos edificios de Uxmal en el departamento de Yucatán, que acaban de descubrirse, y donde el más sabio arquitecto se pasma, mirando multitud, y variedad de adornos y de bajos relieves que decoran las fachadas de las casas, con ornatos de una singular escultura, desconocida en los más antiguos y cultos países de Grecia y Roma? ¿Y cuánto estudio no prepara esto a los curiosos anticuarios para descubrir el origen de las naciones que poblaron este continente, y que nos han dejado reliquias tan preciosas? Desengañémonos: el mundo de Colón ha estado cerrado para los sabios, y solamente abierto a los españoles, para sacar de él inmensos tesoros de oro y plata, que han enriquecido a las otras naciones de Europa, dejando tal vez más pobre a la España, que lo era en los días de la Conquista. ¡Qué empeño no tomó su Gobierno para impedir que la luz de la filosofía penetrase hasta nosotros, y olvidásemos hasta la memoria de nuestro origen! ¡Qué acucia en prohibir que se escribiese la Historia de nuestro país, decretando leyes insertas en el código de Indias, para que no se publicase sino lo que pluguía al Consejo Real! Este pretendido olvido de lo pasado, sólo puede compararse con el que Dios quiso tuviese Loth cuando lo convirtió en estatua de sal, porque osó voltear la cara hacia Sodoma, de quien quería que totalmente olvidase su memoria. Boturini vino a recordárnosla, y esta pretensión consumó su ruina, como voy a demostrar con otras constancias de su proceso.

Cuando se le embargaron sus papeles, se pasaron a las cajas reales con el dinero y alhajas que había colectado para que se trabajase la corona de Nuestra Señora de Guadalupe: entonces no se formó a su presencia el inventario que debía haberse hecho. Eran pasados cinco meses de esta ocupación, cuando el Virrey mandó se hiciese dicho reconocimiento por ante el oidor don Domingo Valcárcel, juez destinado a la persecución de los extranjeros; con tal motivo, y presumiendo fundadamente que hubiese habido algún robo de su precioso museo, se negó a presenciar dicho inventario, como también porque no había habido mérito para encausarlo, ni oído sus descargos, y así no estaba en el caso de consentir ni acceder a semejante providencia. Estrechándosele por el juez a ello, apeló para ante la real persona. Por auto de 9 de septiembre, el Virrey repitió su decreto estrechando a dicho oidor a que lo hiciese efectivo, añadiendo estas palabras, dignas de la boca de un sultán: «Pues sabe el juez comisionado *que a los reos de esta naturaleza no se deben oír...*». Valcárcel, llevando a efecto tan bárbaro decreto, y viendo que se negaba a obedecerlo Boturini después de requerido hasta por tercera vez, lo mandó poner inmediatamente en una bartolina de la cárcel de corte, trasladándolo a ella con dos soldados *armados de chuzos*, que custodiaron el *forlón* en que fue conducido preso. No obstante esta severa providencia, Boturini persistió en su resistencia, y fue hundido en la bartolina número de la cárcel de corte; más abrumado de miseria, empeñada o malbaratada su ropa, porque ni aunque comer se le daba, hubo de ceder a la imperiosa ley

de la necesidad, y pasó a las cajas a presenciar el inventario de sus preciosos papeles, cuya descripción ocupa desde la foja 48 vuelta, hasta la 8 del proceso. En este estado dio el Virrey por concluso el proceso *sin audiencia de Boturini*, pues no llegó a alegar en él, y en 7 de octubre mandó se diese cuenta al Rey con testimonio de lo actuado, y que el conductor de cargamentos reales a Veracruz lo entregase en aquel puerto al gobernador de la plaza, remitiéndolo a España bajo partida de registro, como se verificó. Pudo haber contenido la furia y saña del Virrey el informe que dos días antes dio a favor de Boturini el oidor Valcárcel, disculpando los procedimientos de este desgraciado, en cuya conducta no halló *dolo* malo, y que los pasos que dio para conseguir la coronación de Nuestra Señora de Guadalupe sin previo *pase* del Consejo, fue efecto de una *indiscreta devoción* e imprudente celo. Manifiesta asimismo la pureza de su conducta, pues del expediente no resulta que hubiese *usurpado*, ni tomádose nada para sí de las limosnas que recaudó, ni medrado nada, pues en la prisión se halla son sus palabras con sumas miserias y desdichas, comiendo y manteniéndose de limosna *como cualquiera mendigo*. Tal suerte cupo al virtuoso y benemérito literato don Lorenzo Boturini, la misma que por lo común han tenido los sabios en España. Privando a la América de sus luces se perdió una antorcha hermosa de su Historia; sus preciosos documentos se han visto con el más alto desprecio por los oficiales de la secretaría del Virreinato, siendo objeto de la irrisión los jeroglíficos, figuras y caracteres mexicanos, cuya inteligencia sólo le era dada a su compilador, adquirida con indecibles afanes; perdió igualmente la historia de Nuestra Señora de Guadalupe, quizá el único hombre que pudiera poner en claro las dudas que se han presentado para la comprobación del milagro de la Aparición de la Virgen en Tepeyac. He creído que me tocaba vindicar la memoria de Boturini, a fuer de agradecido al amor que tuvo a este suelo, y al esmero con que ha presentado a la nación mexicana como uno de los pueblos más ilustrados de la tierra. Sentados estos hechos, mis lectores conocerán la justicia con que he preferido no pocas relaciones de Boturini, redactadas por un hombre tan sabio y juicioso como el señor don Mariano Veytia, el cual supo separarse de las opiniones de aquél en lo que creyó justo, difiriendo en el de cálculo de cuatro años en sus tablas cronológicas.

Los que hubiesen leído al padre Clavijero, extrañarán mucho haya yo creído que el triunfo que obtuvieron los mexicanos sobre los tecpanecas se debiese casi exclusivamente a Netzahualcáyotl, rey de Texcoco, cuando por el contrario aquel sabio escritor lo concede a los mexicanos, suponiendo que éstos repusieron a aquel príncipe en su trono, y en vez de ser su auxiliador, por el contrario él fue auxiliado de ellos, y sin su cooperación habrían quedado esclavos de Maxtla. Debo responder a esta observación por si alguno me la hiciera, preguntándole: ¿Qué eran los mexicanos cuando los tecpanecas se declararon sus enemigos, y su rey tirano le hizo quitar la vida a Chimalpopoca, arrestándolo, y enjaulándolo en su misma capital, sin que nadie osara oponerse a este procedimiento? ¿Hasta dónde se extendía su imperio, y con qué recursos contaban para extender su dominación por este continente? La respuesta es demasiado sencilla y exacta... eran casi nada; apenas poseían una parte de la laguna, pues el resto de ella lo ocupaban los tecpanecas, texcocanos y xochimilcas, y la parte litoral por el rumbo del sur estaba rodeada de poblaciones fuertes como Coyoacán. ¿Y cuáles eran los recursos de Netzahualcáyotl? ¿Eran iguales? No por cierto. Éste poseía a Texcoco su corte, que entonces excedía a México en población, y además contaba con los auxilios de Tlaxcala,

Huexotzinco, Tepeaca, Chalco, Quauhtlinchán y Huexotla, con multitud de afectos de muchas partes, que le proporcionaban auxilios de toda especie. Conque he aquí que justamente se ha dicho que los mexicanos fueron protegidos por dicho príncipe, y no al revés. Veremos demostrada esta verdad cuando leamos en la Historia que la triple alianza fue obra suya, que él por solas sus fuerzas conquistó a los xochimildas, y si se prestó a las insinuaciones del Senado de México y de su rey Ixcóatl para dividir con los mexicanos lo que se conquistase cuando trató de redondear su reino, y poner término a la guerra, fue, o por impulsos de la gratitud que debía a los mexicanos que lo asilaron durante su persecución de Maxtla, o cediendo a las circunstancias de no tener algún día a los mismos mexicanos de enemigos, excitados por la ambición de su rey Ixcóatl, que astuto y avaro no veía de buen ojo su exaltación y engrandecimiento, y procuró tomar la ocasión por los cabellos para engrandecer su imperio. Espero que el curso de la Historia hará ver a mis lectores la exactitud de estas observaciones.

CONVERSACIÓN PRIMERA

Myladi y mister Jorge. Henos aquí, amada señorita, buenos y sanos, y con el gusto de ver a usted robusta y en este ameno lugar donde tuvo principio nuestra amistad y cariño, por lo que me es muy más apreciable que por las bellezas que en ella ha prodigado la naturaleza. Deseábamoslo tanto, como el regresar al país donde vimos la primera luz.

Doña Margarita. La ausencia de ustedes se ha hecho demasiado larga. Todas las mañanas venía a ocupar este mismo asiento: al divisarlo buscaban ansiosamente mis ojos a ustedes, creía verlos, oírlos, y sentía lo que no pueden explicar los amantes ausentes, que conservan la memoria de lo que aman con dulces ilusiones; pero quitémonos de cumplimientos. ¿Qué les ha parecido a ustedes Zacatecas? ¿Qué juicio han formado de aquella ciudad, de sus habitantes, y riqueza de sus minas?

Myladi. No me es posible explicar lo que he sentido: en breve diré a usted que es país de mucha riqueza, y mucho mayor sería si abundara el azogue que hoy en día está a precio muy alto, y no costea el beneficio de muchos metales que por falta de este ingrediente están arrumbados en los terrenos: no sé cómo es que teniendo ustedes muchísimas minas de este metal, no se dedican a extraerlo de sus minas, y lo compran a mis paisanos que monopolizan con él, revendiéndoles el que compran de primera mano a los españoles... Ustedes son pobres en medio de las riquezas, y no tienen dinero cuando pisan sobre un pavimento de oro y plata. Diré también que he conocido allí la *omnipotencia* del dinero, pues que sus habitantes han trocado un lugar peñascoso, árido y frío, en una ciudad donde se disfrutaban todas las satisfacciones de una sociedad regularizada. Mil veces me preguntaba a mí misma: ¿Cómo es que en estos mismos cerros pelados donde en tiempos atrás se anidaban las fieras, hoy se gozan los encantos de la música, el entendimiento desarrolla sus conceptos sublimes, y se trazan tantos planes de felicidad para los moradores de esta región? ¿Quién ha producido esta metamorfosis? Mas luego oía en el fondo de mi corazón esta única, pero muy enérgica palabra, que decía... *El dinero... el dinero*, y siempre *el dinero*: he aquí sus maravillas, porque amiguita... *después de Dios*

Omnipotente, el dinero es su teniente. Allí vi una moneda construida en 181, en cuyo anverso estaba grabada la Bufo o cerro principal de Zacatecas, y vi unas letras iniciales que eran L. V. O., no faltó quien me explicase su sentido... *Todo lo vence el trabajo*, he aquí sus maravillas. Dijéronme que éste era el blasón de aquella ciudad, concedido a Zacatecas por el Gobierno español... A fe dije para mí que esto es exacto, porque sin un ímprobo trabajo no pudiera aquí haberse construido esta ciudad entre peñascos, ni levantándose algunos bellos edificios que la adornan. Por la que toca a sus gentes, digo que les he debido muchas consideraciones: son hospitalarias, generosas, dulces y afables; en fin, son mexicanas, y esto basta para dar idea de que tienen virtudes; sólo sí hallé un contraste espantoso entre las gentes principales y de mediana esfera con la gente minera, que es dura y terrible, como que está familiarizada con multitud de peligros en el laborío de las minas, en que a cada paso puede decirse que desafían a la muerte. Bajé a una mina y temblé al ver aquellas regiones subterráneas, imagen del infierno: vi la dificultad que hay de sacar la plata, y me admiré de que haya tantos prodigios de este precioso metal; entonces bendije las labores pacíficas de la agricultura que proporcionan al hombre su bienestar, sin exponerse a peligros de la vida. Mi estado allí me proporcionó algunas satisfacciones que habrían sido mayores si usted nos hubiese acompañado, porque el hueco que usted dejó en mi corazón, solo con usted se habría llenado.

Doña Margarita. Gracias por todo; sepa usted que está correspondida, y que nada nos vamos a deber la una a la otra.

Myladi. Tengo presente que en nuestra última conversación dejamos a Netzahualcóyotl campado en las inmediaciones de Tlaxcala, esperando la reunión de tropas que debía hacerse en aquel punto para venir a recobrar su imperio.

Doña Margarita. Alabo la memoria de usted: puntualmente ahí quedamos cuando usted me dio el trompetazo del juicio anunciándome su viaje. Muy bien; mas será preciso que por ahora dejemos allí a nuestro príncipe, pero no penando, ni haciendo penitencia como los caballeros tecuhtlis, ni sufriendo empellones para probar su constancia y valor, sino formando planes alegres para hacer la felicidad de los texcocanos, después de restablecido en su trono. Demos entretanto un vistazo sobre lo que pasaba en México después de muerto en una prisión el desgraciado Chimalpopoca, y lo mismo en Tlatelolco.

Myladi. Me parece muy bien para seguir el hilo de la historia.

Doña Margarita. Grande fue la consternación que causó en México y Tlatelolco la muerte de sus reyes, y tanto el terror y espanto que concibieron ambos pueblos del tirano Maxtla, que no sólo no se abstuvieron de moverse contra él, pero ni aun a hablar de elegir un rey considerándose de todo punto subyugados al de Atzacotalco, y esclavos de los tecpanecas. Por otra parte, Maxtla con la fuga de Netzahualcóyotl, y noticias exactas que ya tenía de que no sólo le favorecían los príncipes de más allá de los montes, sino muchos de lo interior, estaba sobrecogido de temor, y ocupado su pensamiento en este negocio; todo su anhelo era haberlo a las manos vivo o muerto para sacudirse de este gran cuidado.

Viendo, pues, los ancianos que componían el Senado de México tan ofuscado a Maxtla en tal asunto, creyeron que ésta era la coyuntura más favorable de volver sobre sí y restaurar su libertad, eligiendo un nuevo rey que fuese el centro de su unión. Juntáronse para esto todos los que formaban aquel cuerpo; tomó uno de ellos la palabra exhortando a los demás a no pasar el tiempo en inútiles cuestiones y disputas, ni en querer satisfacer cada cual sus propios intereses y pasiones, sino que unidos al único objeto, que era mirar por el bien del Estado, pusiesen sus ojos en un caudillo que por su prudencia, sabiduría y valor, pudiera defenderlo de tamaños peligros y restablecer la nación a su esplendor. Izcóatl reunía tan bellas partes por lo que era mirado con respeto superior. Era hermano bastardo de los dos reyes anteriores, hijo segundo de Acamapichtli, habido en una esclava suya aunque de noble estirpe, no era viejo, pues se acercaba a los cincuenta años, y los mexicanos tenían bien experimentada su prudencia y valor: habíase ejercitado desde su juventud en el manejo de las armas y, después, en el mando de las tropas, siendo uno de los más famosos capitanes de su tiempo; ni estaba menos versado en la dirección del gobierno al lado de su desgraciado hermano Chimalpopoca; por tanto, todos le creyeron el más digno de ocupar el trono, y sin titubear sufragaron con sus votos a la elección. Hallábase en el mismo senado Izcóatl, y viéndose aclamado de todos por monarca, aceptó la corona, y dio las gracias a los electores con expresiones propias de su cordura. Avisose al pueblo de su elección que fue aplaudida generalmente; todos concurrieron a saludarlo rey, y sin esperar a otro día, porque así lo exigían las circunstancias del tiempo, se celebró la jura y coronación, prestándosele el juramento, de obediencia y fidelidad. Este día fausto para los mexicanos fue según el cómputo del señor Veytia, el 27 de julio de 1427.

Concluida la ceremonia, y antes de levantarse Izcóatl del trono en presencia de un numeroso concurso, un senador según el mismo autor tomó la palabra y felicitó al nuevo monarca en estos términos: «Hijo muy amado nuestro. Sea en buen hora vuestra exaltación al trono que ocuparon vuestros padres y hermanos; pero sábetes que eres coadjutor de los dioses y estás en su lugar. Por lo mismo te has de mirar mucho en tus acciones, siendo todo ojos, oídos, pies y manos para procurar el beneficio común de todos tus súbditos. Acuérdate de tus mayores para imitar sus heroicos hechos defendiendo y amparando a los tuyos, hasta dar la vida por ellos si fuese necesario. Mira a las viejas, viejos, y niños y niñas, que aquéllos por su larga edad, y éstos por sus pocos años, se consideran ya miserables víctimas de la soberbia tecpaneca; siendo unos y otros incapaces de defenderse de ella, ni de huir el cuerpo a los males que se les preparan. Todos ellos están pendientes de ti, y sobre ti tienen fija su vista: en tu persona y en tu corazón han depositado, no menos que en tus manos, su esperanza. ¡Ea pues!, desplegad vuestro manto para abrigar y cargar sobre vuestros hombros a los pobres desvalidos de este pueblo: volved por el honor de vuestra patria; defended a vuestros hijos, y restaurad la gloria del nombre mexicano. No os acobarden los trabajos y penalidades que se os preparan, acordándoos de la constancia con que los sufrieron vuestros mayores, que aunque yacen sepultados so la tierra, vive aún inmortal su nombre, y no lo será menos el vuestro si supiereis imitarlos». El padre Clavijero presenta esta arenga de felicitación en términos más sencillos, poniendo en boca del orador estas brillantes palabras, con que recuerda al nuevo soberano las obligaciones de tal. «Todos, ¡o gran rey!, dependemos de vos ahora en adelante. En vuestros hombros se apoyan los viejos, los huérfanos y las

viudas. ¿Tendréis ánimo para sostener esta carga? ¿Permitiréis que perezcan a manos de nuestros enemigos los niños que *gatean* por la tierra? Vamos, señor, empezad a extender vuestro manto para *cobijar* y llevar en hombros a los pobres mexicanos, que se lisonjean con la esperanza de vivir seguros bajo la fresca sombra de vuestra benignidad». No está menos hermosa la exhortación que un senador hizo a sus compañeros para la elección de monarca. «Os ha faltado, nobles mexicanos, con la muerte de vuestro rey la luz de vuestros ojos; pero conserváis la del entendimiento para elegirle un nuevo sucesor. No se acabó en Chimalpopoca la nobleza mexicana: quedan aún algunos príncipes excelentes, sus hermanos, entre los cuales podéis escoger un señor que os rija, y un padre que os favorezca. Figuraos que se ha eclipsado el sol y se ha oscurecido la tierra por algunos días, y que ahora renace la luz con un nuevo rey. Lo que importa es, que sin detenernos en largas conferencias, elijamos un monarca que restablezca el honor de nuestra nación, que venga las afrentas que ha recibido, y la restituya a su primitiva libertad».

Don Jorge. Ambas arengas me parecen bellas; mas yo querría saber, supuesto que una y otra explican o refieren unos mismos hechos, ¿a cuál da usted la preferencia? Y esto sea dicho por digresión.

Doña Margarita. Es difícil la respuesta. Yo preferiré siempre y tendré por más originales aquéllas que sean más conformes con el estilo de las que nos dejó traducidas del mexicano el padre Sahagún, que trató de la elocuencia de los mexicanos en uno de los libros de su apreciable historia. Tenían estos oradores un modo de decir que no puede contra hacerse, por ejemplo, las comparaciones con la pluma rica, con la joya preciosa, etc. Cuando hablaban a sus príncipes, lo hacían con cierta libertad, y en tono de darles consejos, y de ello no se ofendían, y así es que en concurrencia de varios oradores que traten de un mismo asunto, siempre preferiré las que estén formadas por las del tipo digámoslo así del padre Sahagún, que supo a maravilla la lengua mexicana cuando se hablaba en su pureza, y sobre la que escribió un calepino de que hoy carecemos, y no llegó a imprimirse. En cuanto a razonamientos de esta especie, cada escritor forma los suyos; ¡cuántos no hizo Solís, que aunque llenos de *elegancia* fueron formados en su imaginación alegre! En la historia de la Conquista no tengo yo por originales más que los que hizo Cortés a sus soldados acobardados en Tlaxcala, cuando querían abandonar la empresa: allí se ve el lenguaje de un soldado que anima a los suyos moviéndolos por el resorte de la codicia, fama y honra, que era la cualidad característica de aquel siglo caballeresco.

Don Jorge. Paréceme exacto ese criterio. Siga usted adelante que la oímos con complacencia.

Doña Margarita. Izcóatl respondió: «Mucho gusto he tenido en oír vuestro razonamiento... ¡Ojalá se impriman en mi corazón vuestros cuerdos consejos!² para saber cumplir con las obligaciones que me habéis impuesto, y corresponder a la confianza y amor de mis súbditos. Por mi parte estoy pronto a no perder tiempo ni fatigas, siendo en todo el primero que anime a los demás con mi ejemplo; pero para lograr el fin, es necesario también que todos contribuyan y me ayuden unos con las obras, y otros con los

consejos, y que reunidos todos con el doble vínculo de la fidelidad y obediencia, sea nuestra nación un cuerpo con muchas manos, pero *con un solo corazón*».

Pasó luego Izcóatl al templo de Huitzilopuchtli a dar gracias al dios de la guerra de los mexicanos, a cuya puerta le recibió el gran sacerdote, y le hizo otro semejante razonamiento, exhortándolo a la defensa del *Teocalli* o casa de Dios y a la de sus súbditos, restaurando el lustre perdido de la nación mexicana. Respondióle el Rey con prudencia y cordura, manifestando celo por la religión y culto de sus dioses.

Concluido este acto religioso, volvió a juntarse el Senado a presencia de Izcóatl para nombrar los embajadores que llevasen de *oficio* a Maxtla la noticia de la elección; y aquí de los apuros, porque todos estaban persuadidos a que los que fuesen con tal embajada, serían víctimas del furor de aquel tirano, que después de haber quitado la vida a Chimalpopoca, se había propuesto hacer de México una provincia del imperio tecpaneca, y lo mismo de Tlatelolco. La comisión era arriesgada y nadie osaba ofrecerse a su desempeño. Hallábanse en el Senado dos hijos del difunto rey Huitzilihuitl, a saber, Mochtezuma Ilhuicamina, que era el primogénito, y Atempanecatl, a quien después se le dio el renombre de *Tlacaeleltzin*. Era éste un joven de poco más de veinte años, de muy buen parecer, adornado de prendas naturales y morales, afable, liberal, valiente, por lo que se había granjeado el aprecio de la nación; viendo éste el miedo que había sobrecogido a los viejos senadores para dar este paso comprometido, se levantó y les dijo: «Padres y abuelos míos, ¿por qué os turbáis?, ¿qué os acongoja? Dar cuenta a Maxtla de la elección de nuestro nuevo rey es cosa indispensable, porque de no hacerlo así, es declararnos rebeldes en un tiempo en que nos hallamos sin la prevención necesaria para resistir a su poder, si irritado por nuestro procedimiento echa sobre nosotros sus tecpanecas. Si toda la dificultad consiste en que tenéis por infalible que el que le llevare la noticia ha de perder la vida, aquí *está* la mía. ¿Para qué vivo yo en el mundo? ¿Para qué guardo la vida, si cuando se ofrece la ocasión de hacer a mi rey y a mi patria un servicio útil, no la arriesgo por ella? Aquí me tenéis, enviadme, si os parece que puedo desempeñar esta embajada, y no os dé cuidado el riesgo de mi vida, que tarde o temprano ha de acabarse, y nunca más bien empleada que en el servicio de mi patria; sólo os ruego que si muero, cuidéis de mis hijos y mujer, pues soy padre y esposo. ¿Qué os parece, señores, de este mexicano? ¿Envidiará a ningún griego o romano de los siglos heroicos? Certísimamente que no... A tan bizarra acción», respondió Izcóatl. «Amado sobrino mío, ¡qué bien se conoce la sangre real que late en vuestras venas! Vuestro nombre será inmortal en la memoria de los mexicanos: vuestra cordura, talento y valor, muy superiores a vuestra edad, son suficientes al desempeño de ésta y mayores empresas; y así partid en buen hora, seguro de que vuestros hijos y esposa quedan a mi cargo para cuidarlos y atenderlos como a los propios míos».

Admirados todos los senadores de tan heroica resolución, le hicieron iguales expresiones y ofertas; abrazáronle con ternura el Rey su tío, hermano y otros de aquellos señores, y despedido de ellos se retiró a su casa, donde se aderezó con las mejores galas y plumas que tenía, y al día siguiente partió a ejecutar su peligrosa embajada.

Al llegar a la raya de Atzacapotzalco en el paraje llamado Xoconochpuliacac, halló una guardia de tecpanecas que acababa de poner el gobierno de la ciudad por la noticia que tuvo de la elección de Izcóatl, cuyo valor y pericia tenía bien conocida, y temía que obrase sobre los tecpanecas. Diose orden a la guardia que no dejase entrar a ningún mexicano; conoció la guardia a Atempanecatl, y hablándole por su nombre, le preguntó a dónde iba... «A ver al emperador», respondió. Dijéronle que no podía pasar ningún mexicano... «Esa orden respondió no puede entenderse conmigo que vengo de embajador, y se me deben guardar los fueros de tal, y así he de pasar a verme con el Emperador». Altercaron por algún rato sobre esto, pero Atempanecatl con su buen estilo y sagacidad, logró al fin que le permitiesen pasar. Llegado a la presencia de Maxtla, le dijo: «Señor, tus *fieles amigos*, y los señores que componen el Senado mexicano, me envían a saludarte con el respeto debido a tu grandeza, y a darte cuenta de que habiéndose juntado para elegir rey de su nación, ha salido electo Izcóatl, cuyas relevantes prendas tienes bien conocidas, y muy experimentado su valor, pues ha gastado toda su vida en el ejercicio de las armas, y servicio de tu padre y de tu reino, por lo que espera el Senado que teniendo a bien la elección, te sirvas aprobarla. Lo mismo te suplica el nuevo rey, que me manda igualmente te salude en su nombre, asegurándote de su fiel amistad, que afianzada en el vínculo de la sangre será invariable en tu servicio».

Éste fue en substancia el razonamiento de este enviado mexicano; pero adornado de tales expresiones, y proferido con tanta dulzura y elocuencia, que captando la voluntad de Maxtla le respondió éste muy afable: «Amado sobrino. Bien quisiera yo complacer al Senado mexicano, y darle gusto en aprobar y confirmar la elección de Izcóatl; pero lo embaraza mi Consejo que tiene acordado no consentir tengáis en adelante reyes de vuestra nación, sino que como tributarios del imperio seáis gobernados por los ministros tecpanecas que yo nombrare; y en el caso de no querer someteros a esto, entrar a sangre y fuego, destruyendo el reino mexicano hasta que no quede memoria de él; y así volveos a México, dad esta respuesta a Izcóatl y al Senado, y cuidado de vuestra persona, porque las guardias que ha puesto mi Consejo tienen orden de quitar la vida a los que pasen de mis fronteras». Nada replicó a Atempanecatl, sino que con grande acatamiento y respeto se despidió de Maxtla, y regresó a México. Al llegar al destacamento, dijo al comandante de éste que iba a llevar una proposición del Emperador al Senado, y que debía volver con la respuesta, lo que prevenía para que a la vuelta no le impidiesen el paso. Creyolo así la guardia, y lo dejó pasar. Llegó a México, y encontró a Izcóatl reunido con el Senado esperando la respuesta y resultados de su embajada, que creyeron fuese la noticia de su muerte. Al verlo vivo y sano, recibieron mucho gusto, dio cuenta de su comisión, y comenzó a discutirse en el Senado la resolución que en tal caso convenía tomar. La mayor parte de los que habían sido los primeros en promover la elección del nuevo monarca, intimidados ahora con las amenazas de Maxtla, formidaron, y pensaron que se cediese a la fuerza, y sujetarse al yugo de la servidumbre, hasta que con el tiempo pudiesen sacudirlo. Pero el valiente Izcóatl se opuso con ardor a tan ruin pensamiento, y levantando en su favor la voz toda la gente joven, se declaró abiertamente contra el dictamen del Senado; ofreciéndose a tomar las armas en defensa de la independencia y libertad de su rey, pues más bien querían morir en la demanda que vivir esclavos de los tecpanecas. Disputose largo rato entre ambos partidos, y viendo los ancianos que no podían contrarrestar a los jóvenes, animados por el Rey, tomaron un prudente partido, y

fue decirles: «Nuestro dictamen de ceder ahora a la fuerza y sujetarnos a voluntad de los tecpanecas, no mira tanto a nuestro bien como al vuestro, porque nuestra edad nos tiene exentos del manejo de las armas: vosotros sois los que habéis de pelear, y no siendo vuestro número suficiente a contrarrestar el de vuestros enemigos, vosotros sufriréis el estrago, y una vez vencidos, vuestros hijos y mujeres quedarán esclavos de los vencedores; por esto no queríamos obligaros a sacrificar vuestras vidas, ni exponer la persona del Rey, ni su honor, hasta que con auxilio de otros príncipes se pusiese en estado de superar a los enemigos, y restaurar nuestra libertad; pero si estáis resueltos a defenderla, desde luego nos holgamos mucho de ello, porque lo hacéis de vuestra voluntad, y nunca nos culparéis de la resolución; y para que veáis cuánto nos agrada la vuestra, el Senado ofrece premiar el mérito de los que más se distingan en la guerra; de suerte, que al plebeyo lo inscribirá entre los nobles, al noble lo hará tecuhtli, y al que lo fuese le dará otras dignidades y honores, a proporción de su mérito.

Concede igualmente la propiedad de los enemigos que se hicieren esclavos a los que los tomasen; y los que por voluntad de sus señores quedasen vivos, serán sus tributarios, imponiéndoles los pechos que quisiesen en favor suyo y de sus descendientes para siempre. Finalmente, a todos los que peleasen con valor se les permitirá tener cuantas mujeres quisieren y pudiesen mantener. El Rey entonces dirigió una exhortación a los jóvenes para que llevasen a cabo su resolución, prometiéndoles ser el primero en darles ejemplo hasta morir o vencer, y ofreció también por su parte premiar a los que más se distinguiesen. Resuelta de este modo la guerra, faltaba que dar el último y difícil paso, que era intimársela a Maxtla, con las ceremonias establecidas en la política militar de los mexicanos, el que lo osase hacer llevaba segura la muerte; sin embargo, Atempanecatl se decidió a consumir el sacrificio de su vida: llamolo entonces Izcóatl, llevolo a su palacio, y le dio un penacho de ricas plumas, una rodela, una flecha, y un vaso con cierto barniz compuesto de albayalde, especie de tierra blanca llamada *tezatl*, o *tizatl* y aceite de *chian*, menjurje con que acostumbraban embijarse el cuerpo cuando salían a campaña, para que lo llevase todo a Maxtla. Partió luego Atempanecatl, y logró pasar sin obstáculo por las guardias del destacamento, en virtud de la prevención que les había hecho de que volvería: presentose a Maxtla, y le habló en estos términos, y con el laconismo de un joven guerrero decidido a morir: «Muy grande y poderoso señor. Cumpliendo como criado tuyo tus órdenes volví a México, y di tu respuesta al Senado, que se contristó mucho al oírla, viéndose en la precisión de tomar las armas para defender su libertad y fueros, y me manda volver a hacerte saber cómo te declara la guerra, y que vendrán luego sus tropas a destruir tu reino. El Rey me manda decirte, que aunque siente tomar contra ti las armas, no puede dejar de amparar a sus mexicanos, ni abandonar la corona que han puesto en sus sienes. Te envía pues este penacho, rodela y flecha con que te armes para salir a campaña, y este barniz para que te embijes, no sea que digas que te cogió a traición y desprevenido». «Mucho estimo respondió Maxtla a Izcóatl su regalo, y le tomo en mis manos, y en tu presencia unto mis carnes con este barniz para salir a campaña aceptando la guerra, y antes de que vengan los mexicanos a mis tierras, irán a buscarlos mis tecpanecas a las tuyas... pero no sé si podrás volver a tu casa a dar cuenta de esta comisión...». «Poco importa que yo no vuelva respondió Atempanecatl, bástame haber cumplido como debo, intimándote la guerra, que es a lo que he venido. Desde la vez pasada que llegué a tu presencia con la embajada de la elección de Izcóatl, vine

persuadido a que no volvería, porque luego que la oyeras me mandarías quitar la vida; tu gran bondad me la perdonó, y así esto poco más que la he gozado, a ti te la debo, y así si ahora quieres quitármela, tuya es, y harás lo que gustes...». «No, valiente Atempanecatli dijo Maxtla, no te la quitaré, que es lástima que tanto brío se malogre en tan pocos años; pero procura salvarte de la guardia de las fronteras que tienen orden del Senado de quitártela si vuelves por ellas, y por si logras pasar, lleva este morrión, rodela y macana que darás a tu rey en mi nombre, y para ti esta manta fina con que te adornes». Recibió las prendas de Maxtla, y despidiéndose de él con mucho respeto, se volvió a México. Era ya bien entrada la noche y muy oscura, cuando llegó Atempanecatli a la guardia. En este paraje había un gran paredón que servía a los tecpanecas de muralla, y tenía un ahujero. Al abrigo pues de la obscuridad, intentó el enviado pasar por él; pero sintiéndolo las centinelas gritaron a la guardia, y ésta cargó sobre él: defendiose valerosamente de los que le acometieron, y valiéndose de su agilidad y de la obscuridad de la noche, logró escapar de sus manos embarcándose en una canoa que había dejado oculta en un ancón o caleta de la laguna en que se embarcó para México.

Increíble se hacía a los mexicanos verlo vivo, y el regocijo que esto les causó fue general en todos. Dio cuenta al Rey de su comisión, entregándole el morrión, rodela y macana, en prueba de la verdad de cuanto decía que le había pasado: alegrose mucho el Monarca, y lo estrechó en sus brazos aplaudiendo altamente su valor, y desde entonces se le dio el renombre de *Tlacaeteleltzin*, que tanto quiere decir como *hombre de hígados y esforzado*, y con éste le nombran en lo sucesivo los historiadores, y yo también lo nombraré para quitar confusiones y equívocos. Izcóatl dictó todas las providencias necesarias para la defensa de esta capital, que en breve mostró la experiencia la necesidad de adoptarlas. Los tlatelolcas, animados con el ejemplo de los mexicanos, determinaron también elegir un nuevo rey, y reunidos al efecto nombraron a Quauhtlotohuatzin, que no era de sangre real, pero sí de las más ilustres familias del reino, y uno de sus mejores capitanes que habían acreditado su valor con hechos muy señalados; mas su fama era inferior a la de Izcóatl, y le miraba con cierta emulación. Había servido al imperio tecpaneca y era adicto a sus intereses, por lo que Maxtla no tuvo de él los recelos que de Izcóatl; sin embargo desaprobó su elección, porque había resuelto reducir a vasallaje a los tlatelolcas y mexicanos, incorporándolos a su corona. Ignórase el día de su elección, mas parece que fue dos después de la de los mexicanos. Halloose el tlatelolca en grave compromiso, porque teniendo que tomar las armas contra Maxtla necesitaba ligarse con Izcóatl, cuyo respeto superior debía ofuscar sus glorias, y era indispensable cederle el mundo todo, y él no temía menos el poder de Maxtla, que el valor y orgullo de Izcóatl, y su gloria le inspiraba recelos si quedaba victorioso; pero el lance era apurado, encorvose con su suerte, plegose a las circunstancias del momento, y determinó enviarle luego mensajeros, ofreciéndole su persona y las de sus súbditos, para que ambos hiciesen causa común; a tales transacciones obliga la necesidad. Aceptó Izcóatl su oferta y le mandó decir que cuidase mucho sus fronteras, sin permitir que sus tropas hiciesen la menor agresión sobre los tecpanecas, pues convenía mantenerse sobre la defensiva, y prontos ambos a repeler cualesquier ataque, en el concepto de que él obraría del mismo modo, hasta que recibiendo auxilios exteriores pudiesen llevar la guerra al país enemigo. Así lo hicieron, y muy cuerdamente, porque al cuarto día de la elección de los mexicanos, he aquí los tecpanecas con un grande ejército, conducido en un crecidísimo número de canoas.

Embistió primero a los tlatelolcas, y rechazados allí intentaron invadir a los mexicanos; pero encontraron en éstos tan fuerte oposición, que hubieron de retirarse con bastante pérdida. Decidieron entonces los tecpanecas a sitiar ambas ciudades, acordonando sus canoas en toda la circunferencia de ellas, para ponerlas un riguroso sitio y que no pudiesen ser socorridos de sus inmediaciones. Continuaron diariamente los ataques, poniéndolos en el mayor conflicto, hasta que vino Netzahualcóyotl con un poderoso ejército a hacerles levantar el sitio.

Myladi. Bendito sea Dios que ya se presenta en campaña este hombre extraordinario: ¡Cuánto deseo tengo de verlo humillar a sus enemigos!

Doña Margarita. Usted lo logrará al fin, pero teniendo una poca de paciencia. Por ahora, usted como señora reflexiva, fíjese en las grandes ideas políticas que naturalmente ministran los hechos referidos, y que yo querría que no perdiesen de vista nuestros gobernantes. Maxtla, con un golpe de mano, logró humillar a estos pueblos quitándoles sus monarcas; por un momento los aturrulló, pero recobrados del susto, movidos del despecho e irritados, volvieron sobre sí, conocieron su posición y el gran secreto de sus fuerzas que hasta entonces ignoraban, y de humillados y vencidos, sojuzgaron al que los había cubierto de vilipendio. Ésta es la marcha que en iguales circunstancias siguen todos los pueblos del mundo. ¿De qué sirvió a Napoleón ocupar pérfidamente las principales fortalezas de España, e introducir en su seno huestes numerosas y aguerridas, y sacar a sus reyes cautivos para Francia? De nada; porque el pueblo español, irritado, dio la voz de alarma; sus ejércitos, dispersos en los primeros combates como tímidas palomas, formaron su aprendizaje en esta campaña; tuvieron por entonces por maestros en el arte de la guerra, a los franceses, y sus jefes en cada derrota podían decir como Pedro el Grande cuando lo destrozaba Carlos X de Suecia: «¡Ah! ¡Ellos nos enseñan a vencerlos!». ¿De qué sirvieron sus triunfos a los españoles en esta América desde el año de 181 hasta 1821? De nada; siete meses de un paseo militar, hecho por el general Iturbide, bastaron para consumir la obra de la independencia: él lo consiguió con el auxilio de aquellas mismas tropas que nos habían sojuzgado casi de todo punto... Guárdense mucho los que nos gobiernan, de dar esos golpes terribles que por lo pronto acobardan a los pueblos, y teman su reacción. Éste es el fruto que debemos sacar de cuanto os he referido, y que confirmaréis, señores, con lo que sabréis mañana de mi boca, si tenéis la bondad de escucharme. A Dios.

CONVERSACIÓN SEGUNDA

Myladi. ¿Conque tenemos ya en campaña a Netzahualcóyotl? Deseo verlo batirse con el auxilio de los tlaxcaltecas, pues hasta ahora sólo lo he visto escapándose de la muerte, y frustrando todas las intentonas de Tezozómoc y Maxtla contra su vida.

Doña Margarita. Esa inquietud, señora, es muy justa; pero es menester sufocarla por algunos momentos, porque para que usted pueda tener una idea de la clase de auxilios que pudieron ministrarle los tlaxcaltecas a nuestro príncipe, es indispensable tomar, aunque superficialmente, algún conocimiento del estado en que se hallaba aquella república; demos primero humo, y después luz: conozcamos primero las causas, y después veamos sus resultados y efectos, sin omitir algunas singularidades que amenicen la historia, aunque usted con su cordura y buen juicio las califique de embustes y patrañas.

Myladi. Paréceme muy bien, y entiendo que así debe escribirse, o contarse una historia.

Otra vez he dicho a ustedes la relación de parentesco que tenían los señores de Tlaxcala con los emperadores de Texcoco, porque descendían aquéllos del infante Xiuhquetzaltzin, o sea Culhua Tecuhtli Cuanex, hijo del emperador Tlotzin, de quien era tercer nieto el príncipe Netzahualcóyotl. La alianza con los señores de Huexotzinco era por Matlalcihuatzin, o sea Quetzalchihuatzin, madre de Netzahualcóyotl, hija del rey Acamapichtli, segundo monarca de México, y de Tezcamiahuatla hija de Coxcox, príncipe exheredado de Cohuatlican, de quien descendían los señores de Huexotzinco. Los historiadores chichimecas según el señor Veytia refiriendo el suceso y la venida de Netzahualcóyotl a esta república, dicen que a la sazón gobernaban en ella dos señores llamados Xayacamachan y Temayahuatzin. Por tales vínculos, y aun más que por ellos, es decir, por el interés común que todos los potentados de este continente tenían en que no continuase la dominación de Maxtla, se decidieron a impartir auxilio a Netzahualcóyotl. Antes de partir éste de su campamento inmediato a Tlaxcala, volvió a despachar a Xolotecuhtli a Chalco para que dijese a Totzintecuhtli, señor de aquella provincia, que contando con el socorro que reiteradamente le había ofrecido, tenía determinado para el día *ceollin* o sea de agosto marchar para Otumba, conquistando esta provincia y la de Acolman, donde tenían los tecpanecas toda la mayor parte de su fuerza, y que esperaba que él entrase al mismo tiempo con todo su ejército por Cohuatlican, plaza fuerte de que estaban apoderados los enemigos, conquistando por el mismo orden todos los lugares hasta que lo llegasen a encontrar; pero le previno a Xolotecuhtli que antes pasase a Texcoco y lo consultase con el infante Quauhtlehuanitzin y con Huitzilihuitzin. A poco llegaron mensajeros de las provincias de Huexotzinco, Cholula, Zacatlan, Tototepec, Zempohuallan, Xaltocan, y otras de menor consideración, avisándole que estaban prontas a socorrerlo, y que diese las órdenes convenientes para ejecutarlo. Previno pues a todos, que el día de 3 búhos o tecolotes, que correspondió al 4 de agosto, se hallasen todos en el pueblo de Calpolalpan, situado en los llanos de Apan, como nueve leguas distante de Texcoco, para entrar al día siguiente en Otumba.

Xolotecuhtli comunicó el pensamiento de su señor a Cuauhtlehuanitzin como se le había mandado; mas éste lo desaprobó, y también que lo comunicase a Tozintecuhtli, por que sabía que Maxtla le había enviado emisarios para que le ayudase contra los mexicanos, haciéndole grandes promesas, y él había ofrecido el socorro, a pesar de las que le había hecho a Netzahualcóyotl. Pasó después a comunicar este mismo asunto a Huitzilihuitzin que opinó de diverso modo, pues no quiso creer que hubiese esta correspondencia secreta y doble entre Maxtla y el cacique de Chalco. Éste era cuñado de Huitzilihuitzin, pues

estaba casado con su hermana Atozquetzin, por tanto, dijo a Xolotecuhtli: «Ve, parte sin temor, y antes de dar tu mensaje a Totzintecuhtli habla con mi hermana, comunícale el negocio a que vas, y dile de mi parte que te apadrine, y coadyuve a que su marido cumpla la promesa que tiene hecha a Netzahualcóyotl de aprontar sus tropas, para entrar con ellas el día que señala por Cohuatlican». Parecióle mejor a Xolotecuhtli seguir este dictamen que el del infante, y caminó luego para Chalco por sendas extraviadas para no caer en manos enemigas, y entrándose por lo más áspero del camino y rumbo, y confundido entre las breñas, no hallaba por donde salir de la espesura. Estando en este conflicto...

Myladi. ¿Qué detiene a usted, señora, para continuar?... ¿Le ha dado algún accidente que se lo impida?...

Doña Margarita. Ninguno, por gracia de Dios, estoy buena y sana; mas como soy enemiga de mezclar en mis relaciones fábulas y patrañas, porque éstas inspiran desconfianza al que las oye para no creer lo verdadero que dice, quisiera omitir una que aquí me ocurre, y que se halla consignada en nuestra histeria.

Myladi. Cuéntela usted por su vida, que por gracia de Dios no nos falta criterio para distinguir lo verdadero de lo falso.

Doña Margarita. Harelo así, recordando a ustedes que las historias de Dion Casio, Plutarco, y otros que pasan por oráculos de la Antigüedad, y sobre quienes descansa la generación presente, abundan en relaciones inverosímiles y fabulosas. Dice pues la nuestra, que hallándose en este conflicto Xolotecuhtli se le puso delante un animal fiero, de horrible aspecto, y especie no conocida, que con un gruñido terrible lo llenó de pavor dejándolo inmóvil... pero fue mayor su espanto cuando le oyó proferir con voces inteligibles estas palabras: «Sí, Netzahualcóyotl vencerá a sus enemigos, *pero con mucho trabajo*». No bien había convalecido de este susto por haberse entrado la bestia monte adentro, y la había perdido de vista, cuando se le puso delante otro animal también de especie no conocida, pero de aspecto menos fiero, que con diferentes señas y movimientos le dio a entender que lo siguiese; hízolo así Xolotecuhtli aunque lleno de temores, y con aquella guía salió de la espesura hasta ponerlo cerca de Chalco donde se le desapareció...

Don Jorge. ¡Buena va la danza! *Animali parlanti* tenemos en la escena... Esto es maravilloso a fe mía.

Myladi. Sí, pero animal *caritativo* que muestra el camino al extraviado, de éstos no tenemos muchos. Sin duda, señorita, que ésa es alguna alegoría de la Historia mexicana, como aquélla de la famosa maga Malinalxóchitl, hermana de Huitziton, de quien usted nos ha hablado, y aun nos dijo, citándonos a Clavijero, que no faltan en esta historia.

Doña Margarita. Así lo entiendo, y vamos a lo esencial de la historia. Habiendo entrado en la ciudad de Chalco Xolotecuhtli, solicitó antes de cumplir su encargo hablar con Atozquetzin; hallóla en uno de sus jardines, y le dio cuenta de su viaje, y recomendación de su hermano Huitzilihuitzin: la señora comenzó a llorar, condoliéndose de las

desgracias de Netzahualcóyotl, y de los grandes trabajos que había sufrido su hermano. Díjole que era cierto que su marido había mudado de resolución de auxiliar a nuestro príncipe, y se había comprometido con Maxtla, pero que sin embargo, ella haría todo esfuerzo para disuadirlo de esta resolución, y que cumpliera lo que primero había ofrecido. Efectivamente, sin pérdida de tiempo le habló, mas le halló muy distante de condescender con su súplica, y firmísimo en el propósito de auxiliar al tirano; pero sin embargo, le dijo que adoptaría un medio, y éste fue llamar a los señores principales de Chalco para que en presencia de ellos diese Xolotecuhctli su embajada, y allí se examinase su modo de pensar.

Myladi. ¿Usted ha penetrado la causa de este cambio en el régulo de Chalco?, porque si él estaba persuadido de la justicia de Netzahualcóyotl, y por este convencimiento le había ofrecido con reiteración sus auxilios; si por otra parte, no ignoraba que mientras más y más fortificase la dominación de Maxtla, más expuesto estaba él a perder la suya... He aquí una dificultad indesatada, a mi juicio, y que pica justamente mi curiosidad.

Doña Margarita. La historia de los hechos la desata. Este cacique dice Veytia había mudado de resolución, porque recelaba que Netzahualcóyotl se ligaría con el nuevo rey de México, hombre altivo y ambicioso, que no se contentaría con poseer su reino, sino que destruido el imperio tecpaneca se levantaría con todo, y querría sojuzgar a los demás príncipes, muchos de los cuales, por semejante motivo habían ya comenzado a fortificar sus fronteras. Además de esto, estaba persuadido de que la mayor parte de la gente principal del reino propendía más al partido de Maxtla que al de Netzahualcóyotl, y si quería obligarles a seguir éste, temía, o que se le negaran abiertamente, o le pusiesen en estado de aventurar su reputación; he aquí cómo discurrían aquellos hombres en política, y cierto que en parte no se engañó, porque el nuevo rey de México que zanjó los fundamentos del imperio mexicano, y por cuya artera política llegó a sorberse a todos los otros reinos, también se sorbió a Chalco, y lo agregó como provincia a su corona. Los caciques de aquella época calculaban con tanta exactitud sus intereses, como puede hoy hacerlo la Francia e Inglaterra, para parar el golpe con que amagan estos reinos la Rusia, Prusia y parte de la Alemania.

Reunida la Junta dentro de breve rato, y conducido a ella el enviado, hizo su exposición, y para inclinar los ánimos a su pretensión, dijo que Netzahualcóyotl estaba auxiliado de muchos príncipes con un ejército que llegaría a cien mil hombres. Concluido su razonamiento, mandó Totzintecuhtli a los circunstantes que diesen su dictamen. La mayor parte de ellos se inclinó a que se auxiliase al Príncipe; pero temían que la gente popular, temerosa del poder de Maxtla, o por afecto a él, no consintiese en el socorro, y en tales circunstancias *apeló al Pueblo...*

Don Jorge. ¿Apelar al Pueblo un hombre déspota? Es cosa que no entiendo.

Myladi. Digo lo mismo, y éste me parece un fenómeno en la política.

Doña Margarita. Oigan ustedes y no precipiten su juicio. Mandó levantar en la plaza un tablado, y que en él se pusiese al embajador, atado de pies y manos; convocose al Pueblo al son de caracoles e instrumentos militares, y a voz de pregonero se le hizo saber la demanda de Netzahualcóyotl, diciéndole que si querían ayudarle a la empresa, se pondría en libertad al enviado; pero que si no querían, al punto se le quitaría la vida haciéndolo pedazos... Descubriendo entonces al enviado, que estaba cubierto y muy sobrecogido de temor, esperando el fallo terrible de la multitud, se oyó una voz uniforme que clamó por su libertad, y dijo... que todos querían que se auxiliase al Príncipe, y tomarían gustosos las armas en su defensa. Desataron luego al enviado y lo llevaron a presencia de Totzintecuhli, que lo recibió, placentero, y previno que marchase luego a avisar al Príncipe que el socorro estaba pronto y ejecutada su orden... He aquí, señores, los resultados de esa apelación al Pueblo, en quien los más bárbaros déspotas han *reconocido la fuente y origen de toda autoridad*. He aquí el arbitrio de un tirano, para librarse de toda responsabilidad ante Maxtla, si por ventura quedase vencedor en la lid... ¿Qué tal, señores? ¿Eran buenos gatos maromeros nuestros antiguos indios? Ellos no habían leído a Machiabelo, pero sabían practicar sus máximas. Marchó, pues, el enviado...

Myladi. Dispense usted, mi señora, y díganos si en el camino encontró con otra bestia fiera que pusiese en peligro su vida como la pasada.

Doña Margarita. No hay noticia de que tuviese otro encuentro igual. ¿Qué bestia más fiera que en ese cacique de Chalco, que puso en tan gran peligro su vida, que holló el derecho de gentes y de la guerra que entre aquellas naciones se guardaba religiosamente, mirando como sagradas e inviolables las personas de los embajadores? Yo creo que con el desenlace de este suceso está descifrada la alegoría. Continúo, señores... Marchó decía el enviado, pero tan lleno de temor, que habiendo llegado a Texcoco, y dándole cuenta a Huitzilihuitzin de cuanto le había ocurrido; éste le dijo que partiese sin demora a Calpolalpan a participársela a Netzahualcóyotl; mas no tuvo ánimo para ello, pues le respondió que los peligros en que se había visto lo tenían tan acobardado que no quería exponerse a sufrir otros nuevos; tanto más, que la tierra estaba en revolución, unos en favor; y otros en contra del Príncipe. Resolviose por tanto, a ir en persona Huitzilihuitzin, a pesar de que todavía estaba débil y convaleciente de los tormentos que había sufrido, escapando la vida del modo raro que hemos visto.

El día 2 de agosto, señalado en nuestro calendario con el jeroglífico del tigre en el número once, salió el Príncipe del alojamiento de Tlaxcala con la tropa de socorro que allí le dieron, dirigióse para Calpolalpan, entrando en varias poblaciones, de las cuales se iban agregando tropas. Al siguiente día bien temprano, entró dicho pueblo mandando ya un razonable trozo de ejército, donde encontró los socorros llegados de otras partes, y en la misma mañana recibió otros que hacían llegar su fuerza a cien mil hombres; pero no tenían la copia de armas que era necesaria. Pasó el resto del día y de la noche en ordenar el ejército. Al siguiente, de madrugada marchó para Otumba, apoderose de esta ciudad sin resistencia, y mandó pasar a cuchillo a Quetzalcoixtli, señor de esta provincia y asesino de su hermano cuando fue a implorar socorro para su padre Ixtlilxóchitl, y a otros principales caballeros otomíes y tecpanecas; pero perdonó la vida a algunos, y toda la gente popular se le rindió implorando su clemencia; sólo les impuso la condición de

reconocerlo por supremo monarca. Logrado felizmente este primer golpe, dividió el ejército y mandó que los tlaxcaltecas a las órdenes de su general Cetmatzin, y los huexotzincas al de Tonalxóchitzin, con la tropa que se les agregó de otras poblaciones menores, marchasen en derechura a Acolman subyugando los lugares que encontrasen al paso, ínterin que las demás fuerzas hacían lo mismo con las que habían quedado atrás, y que seguiría en derechura para Texcoco; y así es que el Príncipe quedaba en medio, llevando a la derecha a los de Tlaxcala y Huexotzinco, y a la izquierda a los chalcas que habían de entrar por Cohuatlican para poder acudir con el grueso del ejército donde lo exigiese la necesidad. Los chalcas cumplieron su palabra y el mismo día cuatro entraron en número de diez mil hombres al mando del general Nauhyotl, agregándose a éste casi igual número de los afectos que el Príncipe tenía en esta provincia. Penetró Nauhyotl sin tropiezo hasta Cohuatlican, donde los tecpanecas tenían una numerosa guarnición al mando de Quetzalmaquiz que hizo una vigorosa resistencia por algún tiempo; pero no pudiendo sufrir los ataques, huyeron los más de sus defensores y desampararon la ciudad; mas él constante, con un corto número de valientes, se hizo fuerte en el templo mayor, y se defendía con vigor; pero atravesado de muchas flechas cayó abajo muerto; rindiéronse sus soldados, y la ciudad quedó por el vencedor, que continuó su conquista hasta cerca de Huexotla, donde le salió a recibir Tlacotzin, señor de ella, con toda la nobleza que le fue afecta siempre, y un competente número de tropa que tenían ya prevenida de auxilio. Dos de los principales caballeros de allí llamados Tlacotzin y Quauhtlitzli, suplicaron al Príncipe que entrase en la ciudad y descansase un rato en su casa, donde le tenían prevenido un refresco. Accedió a sus ruegos y le sirvieron una espléndida cena, e hicieron muchos regalos; pero el más estimable para él fue un prodigioso número de arcos, flechas, macanas, rodela y demás armas que éstos usaban, y de que tenían llenas varias piezas de la casa. Necesitaba este guerrero de tal servicio, porque su tropa en parte no traía las correspondientes municiones, pues casi era una masa informe de hombres y con este auxilio pudo proveerla. Asimismo socorrieron el ejército con víveres en abundancia para aquella noche y el día siguiente. Luego que cenó se despidió de tan buenos y generosos caballeros dándoles las gracias, y continuó su marcha hasta un pueblecito corto llamado Oztopolco, inmediato a Texcoco, donde llegó a medianoche. Saliéronle a recibir todos los señores, sus deudos, criados y súbditos fieles, con grandes expresiones y muestras de singular júbilo. No fue menos el del Príncipe, viéndose ya a las puertas de su capital con un ejército tan numeroso para recobrar su imperio, y aliviarlos a todos de la opresión y trabajos que habían sufrido sin otra causa que serle fieles. En este mismo lugar lo estaba esperando Ayacatzin, infante de México y nieto del rey Izcóatl, que venía a hablarle de parte de su abuelo.

Hallábanse los mexicanos y tlatelolcas como se ha dicho, sitiados del ejército tecpaneca, que repitiendo diariamente los asaltos por diversos puntos los tenían en continua agitación y sobresalto. Tuvo noticia Izcóatl de que venía Netzahualcóyotl con una poderosa fuerza contra Maxtla, y así envió a su nieto para que lo felicitase y renovase la alianza entre ambos para ayudarse mutuamente contra el tirano, y hacerle saber el conflicto en que se hallaba. Holgose mucho el Príncipe de esta felicitación, mandole que se volviese diciendo a su tío que estaba pronto a mantener la unión y alianza, hasta vencer a Maxtla, o morir en la demanda. El resto de la noche lo gastó en arreglar el ejército, distribuir los cargos y disponer lo necesario para asaltar a Texcoco al amanecer.

Luego que rayó el día marchó con su ejército en ordenanza y, al llegar a los arrabales de la ciudad, salieron todos los viejos de ambos sexos, mujeres preñadas o con los niños en los brazos, y postrándose a presencia del Príncipe con muchas lágrimas le suplicaron se apiadase de ellos, que en nada le habían ofendido, pues el haber jurado y obedecido al tirano había sido obligados de la fuerza y poder que no eran capaces de resistir; pero que lo habían tenido y reinado siempre en sus corazones, y mantenídose fieles, como lo tenía experimentado... Aquí, señores, os confieso que mi lengua no puede continuar esta relación. Yo me transporto con la imaginación a aquel lugar y casi veo una inmensa muchedumbre de personas desvalidas, implorando la misericordia de un corazón sensible y dulce, consagrado todo por el amor a aquellas criaturas de cuya lealtad estaba bien satisfecho un hombre de bien y un verdadero padre de sus pueblos. Este espectáculo hizo brotar lágrimas de sus ojos, que mezcló con la de aquellos desgraciados; conturbose sobre manera y mandó a sus capitanes que entrasen en la ciudad, y sólo pasasen a cuchillo al Gobernador, que había hecho una doble traición a su patria y a su sangre, a los ministros nombrados por Maxtla y a los tecpanecas que se hubiesen avecindado en Texcoco, pero que se guardasen de tocar al menor de sus súbditos. Al entrar el ejército, los tecpanecas quisieron hacer alguna resistencia, mandados por aquel Tlilmatzin, hermano bastardo de Netzahualcáyotl, que Maxtla nombró por gobernador con omnímodas facultades y fue uno de sus más pérfidos perseguidores, y por Nonohualcatl, cuñado suyo, pero también su enemigo, y otro deudo llamado Tozpilli; mas duró poquísimo la resistencia, porque fueron atacados bruscamente, y no pudiendo resistir la carga se pusieron en fuga y con la tropa dispersa los tres jefes que no pudieron ser hallados. Así es que antes de mediodía ya estaba todo concluido y restablecido el orden. Entró en ella Netzahualcáyotl por las calles más principales entre vítores y aclamaciones de un entusiasmo sincero, y aquel día fue el de la libertad de Texcoco: fue a descansar en aquel mismo palacio de Cilán, de donde había poco antes salido fugitivo entre zozobras y peligros; ¡tales cambios tiene la loca fortuna!

Myladi. Yo disfruto ahora del mismo placer que Netzahualcáyotl con quien he pernoctado, y acompañándolo con la consideración en todas sus cuitas y mal andanza; ¡tanto así nos interesamos por la virtud perseguida!

Doña Margarita. Los tlaxcaltecas y huexotzincas, con sus respectivas divisiones, entraron rápidamente por el territorio de Acolman desde Tzontepec, arrollándolo a fuego y sangre, sin perdonar edad ni sexo, hasta reunirse en las inmediaciones de la capital. Embistieron a Acolman rabiosos, y en poco tiempo se apoderaron de la ciudad, a pesar de la resistencia de la guarnición tecpaneca, de la que pereció la mayor parte, y pocos escaparon con la fuga. Teyolococahuatzin, régulo de Acolman y sobrino de Maxtla, peleó bizarramente animando a sus soldados, hasta que murió a manos de Tonalxóchitzin, general de los huexotzincas. Fue tal la matanza, tanto en la capital como en las poblaciones, que en un solo día quedaron algunos lugares destruidos, siendo muy considerable el saqueo de los vencedores. Pusieron luego éstos una competente guarnición de gente veterana y el ejército marchó sin demora a Texcoco a dar cuenta de sus operaciones. Todo esto lo ignoraba Netzahualcáyotl e impaciente por saber el resultado de aquella invasión, después de haber comido en Texcoco marchó en demanda de los auxiliares. En Chiautla se le avisó del triunfo y recibió las enhorabuenas por su

entrada en Texcoco. Concedioles todo el despojo que habían tomado y aprobó las disposiciones dadas por los jefes. Díjoles que si gustaban de pasar a Texcoco, o retirarse, podrían hacerlo; aceptaron lo segundo y lo hicieron, llevando encargo de dar gracias a sus respectivos señores por los servicios que tan oportunamente le habían prestado, y que se prometía los continuasen para seguir la guerra contra Maxtla luego que tuviese arregladas las cosas de su reino y les diese aviso. A la mañana siguiente retrocedió Netzahualcóyotl por el mismo camino que había llevado; pero no entró en Texcoco, sino que avanzó a Huexotla, en cuyas inmediaciones estaba campado el ejército de los chalcas que había puesto en el territorio de Cohuatlican.

Al llegar a Huexotla se le presentó el general Nauhyotl con su oficialidad a felicitarlo por sus triunfos, y entregarle el país que en su nombre había conquistado. Dioles gracias y también les concedió el despojo. Retirose a Texcoco, convocó a los principales señores de su reino y provincias conquistadas, y luego se hizo reconocer y jurar por supremo monarca. Con igual premura hizo guarnecer de buena y numerosa tropa las fronteras de Tzontepac, a Chiconauhtla y toda la cordillera de la laguna que corre para el sur hasta Ixtapalapan. Finalmente, se dedicó al restablecimiento del gobierno y administración de justicia, en lo que logró rápidos y felices progresos.

La celeridad con que se libró este joven príncipe de sus enemigos, se puso en salvo, aumentó su partido con sagacidad, aunque le observaban muchos ojos de Argos, reunió un ejército auxiliar y reconquistó su reino en quince días dando un paseo militar; es uno de los sucesos más extraordinarios y maravillosos que puede presentar nuestra historia, y que no pudo guiar sino por una singular providencia bienhechora. Esta conducta, que no estaba en el cálculo del tirano de Atzacapotzalco, lo sorprendió de tal suerte, que afectado su ánimo y el de sus ministros de temores, no acertaban a dictar una providencia que contuviese su marcha rapidísima. Limitose, por tanto, a reforzar la guarnición de la capital levantando precipitadamente muchas tropas. Ocupado lo principal de sus fuerzas en el sitio de México y Tlatelolco, cargaba la mano sobre estas ciudades a efecto de impedir que obrasen los reyes coligados sobre la ofensiva, llevando la guerra a Atzacapotzalco, en lo que no se equivocó como después diré. También Netzahualcóyotl engrosaba su ejército y el mejor de sus generales, Iztlacauhtzin, cuidaba de organizarlo. Este jefe acababa de suceder en el señorío de Huexotla a su padre Tlacotzin que había muerto. Entretanto las tropas mexicanas mandadas por el joven Tlacaoeleltzin, se defendía con un furor proporcionado al de sus invasores; pero sin embargo temían mucho a los tecpanecas. Netzahualcóyotl no ignoraba la situación crítica de sus aliados, ni le faltaba voluntad de mejorarla; mas creía que no estaba en estado de hacerlo, porque era necesario valerse de auxiliares y sabía bien que muchos de los caciques aborrecían de muerte hasta el nombre mexicano, temían el engrandecimiento de esta nación, y se exponía a que se negasen o mostrasen infieles en la lid; tal era el motivo justo que parecía desentendimiento e ingratitud. Izcóatl lo atribuía a esto, y creía que la próspera fortuna hubiese cambiado su corazón: presumía también que en aquellas críticas circunstancias se acordase Netzahualcóyotl de que los mexicanos habían contribuido al destronamiento de su padre Ixtlilxóchitl. ¡Tales sospechas ocurren al que ha prestado motivos para desmerecer un favor! Finalmente, estrechado cada día más y más de la necesidad de implorarlo en 1427, determinó Izcóatl mandarle una embajada, por cuyo medio le pedía

perdón de los excesos pasados de los mexicanos: representábale la afligida situación en que se veían, así como los de Tlatelolco, y le suplicaba ahincadamente que lo socorriese. Comisionó para ello a su sobrino Mochtezoma Ilhuicamina, y que le acompañasen dos principales caballeros, que lo fueron Tepolomichin y Tepuchtli. Cumplió el enviado segundo con tanta puntualidad, que para no demorarse ni un momento mandó a Tepuchtli que fuese a su casa y tomando de ella alguna ropa para el viaje, le alcanzase con ella. Tepolomichin se embarcó luego burlando la vigilancia de los sitiadores, y llegó a Texcoco, atravesó la laguna, por más arriba para llegar pronto, y en poco tiempo aportó a las márgenes del territorio de Chiauhtla. Alegrose mucho Netzahualcóyotl de verlo y, después de saludarse, le dirigió este razonamiento: «Señor. Mi rey, y vuestro tío, me envía a manifestarte la complacencia que tiene de tus felices sucesos: prométese que a tales principios correspondan los más prósperos fines, y también me envía a significarte el miserable estado en que se hallan los mexicanos, rodeados por todas partes de sus enemigos, esperando por momentos la consumación de su ruina. ¿Es posible, Señor, que viviendo tú han de perecer? No es tiempo ahora de que te acuerdes de sus ingratitudes, ni en tu magnánimo corazón debe tener lugar el deseo de la venganza: si hombres ignorantes te agraviaron uniéndose al tirano Tezozómoc, contra tu ilustre padre Ixtlilxóchitl, quizá en ello tuvo más parte el temor de su tiranía, que el odio y desafecto a tu persona. Bien te lo han manifestado, señor, durante el tiempo de tus trabajos. A sus reinas y matronas debiste que cesara el tirano de perseguirte y no te quitara la vida siendo la ciudad de México tu asilo, y no contentas con esto volvieron a empeñarse para restaurarte la libertad. ¿Será, pues, decoroso a tu grandeza dejarlos ahora perecer a manos de sus enemigos? La sangre que derramaron sus príncipes y nobles, tuya es, y del mismo origen que la que corre por tus venas. Mira, pues, por cuántos títulos estás obligado a socorrerlos, para que deponiendo cualquiera sentimiento ocurras a favorecer a los mexicanos». Este razonamiento es tan bello en mi opinión, como el que en igual caso Alfonso el Sabio dirigió al Rey Moro, pidiéndole dinero para continuar la guerra parricida que su hijo Sancho le movía habiéndolo destronado: «Desengañémonos, el odio del corazón siempre es igual en idénticas circunstancias...». Señores, veo el interés que habéis tomado en oír esta relación y el deseo que tenéis en saber el desenlace de este drama; quisiera daros gusto ahora mismo, pero es demasiado tarde, y el calor del sol exige que nos separemos. Sí, bien merecen los mexicanos que todos nos interese en su libertad, y que ni por un momento los imaginemos esclavos. A Dios, hasta mañana.

CONVERSACIÓN TERCERA

Myladi. El razonamiento del enviado mexicano a Netzahualcóyotl con que usted concluyó su conversación ayer, me ha agradado sobre toda ponderación, así por la sencillez con que está concebido, como por el arte con que recuerda al Príncipe los favores que recibió en México por la interposición de las reinas sus tías, y hospitalidad generosa que tuvo en esta ciudad; deseo saber qué efectos produjo, aunque desde ahora digo que Netzahualcóyotl no fue capaz de corresponder con villanía, no obstante de que estoy bien convencida de que tan ingrato es el género humano, como menestero, y tan

pronto a recibir el bien como tardo en conocer al bienhechor: sé de una persona que decía... que el mayor favor sólo debía agradecerse por 24 horas.

Doña Margarita. ¡Maldita máxima es ésta, vive Dios! Por desgracia la vemos practicar hoy más que nunca; pero diste mucho de usted pensar mal de nuestro príncipe: oiga usted lo que sucedió. Aún no había concluido el enviado su razonamiento, cuando llegaron apresurados unos soldados que guardaban las costas de Chiuhnautlan diciendo al Príncipe que había llegado allí un caballero mexicano, que decía venía acompañando a Mochtheuzoma, a quien habían detenido hasta darle cuenta. Éste era Tepuchtli, que habiendo hecho con la mayor diligencia cuanto se le mandó por el infante, tomando la ropa le siguió sin demora y logró escaparse de los sitiadores. Efectivamente era cierto y porque aún no creían en su aserto le detuvieron, pues por allí no había pasado Mochtheuzoma. El Príncipe respondió a la embajada con buenas y corteses palabras diciendo: «Que en su corazón y memoria estaba borrada la de los antiguos agravios, así como muy fresca y viva la de los beneficios que había recibido de las señoras mexicanas para correspondérselos debidamente, y ya lo habría ejecutado marchando con rapidez al socorro, si hubiera podido levantar el número necesario de tropas para la expedición de sus propios súbditos, sin necesidad de pedirlos a otros príncipes; pero que hallándose los mexicanos en tamaño apuro como se le manifestaba, marcharía prontamente en su auxilio, pidiéndolo también a sus aliados». Al efecto, y para dar una prueba a los enviados de que tal era su voluntad, ordenó que el mismo Mochtheuzoma acompañado de Tepolomichin, pasasen luego a Chalco y en su nombre dijese a Totzintecuhtli, señor de aquella provincia, que a la posible brevedad le mandase la gente de armas que le había ofrecido, para que unida a la de Texcoco, partiesen al socorro de México. Al mismo tiempo mandó otros cuatro mensajeros a Huexotla para el mismo efecto. Efectivamente, unos y otros; y los enviados mexicanos se presentaron a Totzintecuhtli. Era éste enemigo mortal de los mexicanos y, luego que oyó la embajada, se indignó altamente y mandó arrestar a los enviados en unas fuertes jaulas, prorrumpiendo en palabras injuriosas contra Netzahualcóyotl, porque olvidado de su honor y de los agravios que había recibido de los mexicanos, ahora pretendía favorecerlos, cuando debía emplear sus esfuerzos en destruirlos, hasta que se olvidase su memoria, y para lo que le auxiliaría gustosa con todo su poder. Dijo además, que si hubiera sabido que Netzahualcóyotl se había de meter en semejante empeño, de ningún modo le habría auxiliado para que recobrase su reino. Mandó, pues, a dos caballeros de Chalco que partiesen presto a Huexotzinco, llevando presos a estos enviados con buena escolta, y dijesen de su parte a aquellos señores lo que había pasado y que indignado de semejante pretensión, se los mandaba por si quisiesen sacrificarlos en su ciudad, pues en tal caso sus súbditos de Chalco irían a solemnizar el sacrificio. Oyeron los huexotzincas esta embajada y levantándose un anciano de en medio de ellos dijo a los enviados del cacique de Chalco: «Volved luego a vuestro amo y decidle que la nobleza huexotzinca jamás ha manchado sus manos en sangre inocente: que aquellos caballeros, en el caso de tener algún delito, sería el de obedecer leal y fielmente a su rey, y que por lo mismo no los tiene por delincuentes. Aunque desde la muerte de Ixtlilxóchitl, hemos visto con poco afecto a la nación mexicana, no podemos negar la relación de parentesco que tenemos con sus reyes, y nunca hemos tenido guerra con ellos; mas aunque así fuese, siempre nos parecería acción injusta e indigna, vengar nuestro enojo en hombres que no hacen más que obedecer a su príncipe. Por último,

decid al vuestro, que de ningún modo queremos mezclarnos en esta alevosía». El hombre ilustre, el defensor magnánimo de la justicia y de los sacrosantos derechos de las naciones se llamaba Xayacamachan.

Don Jorge. Agradecemos a usted que nos haya indicado un nombre tan respetable en la historia de México; cierto que resolución tan justa apenas habría salido de la boca de Arístides, quizá dio muy pocas de igual naturaleza el Senado de Roma, que siempre procuraba apoyar las pretensiones inicuas de unos reyes contra otros, para constituirse protector de alguno, y después humillarlos a todos poniéndolos bajo su inmediata dependencia.

Doña Margarita. Volviéronse con esta respuesta los mensajeros trayendo a los presos y viendo el régulo de Chalco despreciada de este modo oprobioso su conducta, determinó valerse de la misma para reconciliarse con Maxtla. Hizo poner a los enviados en las jaulas, encargando su carcelería a un caballero principal llamado Quiateotzin, e hizo que los mensajeros que fueron a Huexotzinco fuesen a Atzacapotzalco, para que avisasen a Maxtla que tenía en prisión a aquellos mexicanos, para que dispusiese de ellos como le pluguiese y ordenase qué clase de muerte deberían sufrir: que toda su gente estaba pronta para auxiliarlo contra los mexicanos y texcocanos. También el tirano recibió estos mensajeros con indignación, tratando a su señor de traidor, pérfido y desleal, y le hizo decir que para nada necesitaba de sus auxilios, que procurase estar bien apercebido para cuando los tecpanecas fuesen a destruir su provincia. Tal vez, señores, ésta es la única acción regular que nota la historia en la vida pública de Maxtla. Quateotzin, aunque revestido con el carácter de alcaide de estos presos, tuvo muy a mal la acción de su señor, especialmente con respecto a Mochtezuma, príncipe ilustre de la sangre real que por su valor y prendas se había adquirido mucho aplauso y renombre, y temiendo que Maxtla les mandase quitar la vida, determinó ponerlos en libertad la noche que intermedió mientras iban y volvían los enviados a Atzacapotzalco. Para esto llamó a un criado suyo nombrado Tonalhuac; mandole que fuese a la prisión y dijese a Mochtezuma que saliera con su compañero, y luego que lo verificasen le dijese que él no podía sufrir la iniquidad que se había cometido en su ilustre persona, ni dejarla en riesgo de perder la vida y, por tanto, lo ponía en libertad para que se salvase: qué bien conocía que esta acción le costaría la vida; pero que la daría por bien perdida por librar a un personaje de tan elevado carácter, y que si en algún tiempo le pusiese la fortuna en estado de amparar a sus hijos, lo hiciese, acordándose de lo que él había hecho en su obsequio; que le advertía no tomase el camino real, porque indefectiblemente caería en manos de sus enemigos y guardias, que se habían mandado poner en las fronteras de México, sino que huyese por sendas extraviadas. Obedeció Tonalhuac, y los presos fueron puestos en libertad. Mochtezuma correspondió a esta fineza con muchas expresiones de gratitud, manifestando sentimiento por el compromiso en que quedaba su bienhechor. Marcharon luego a favor de la obscuridad hasta salir de Chalco, y tomando por sendas desconocidas, caminaron toda la noche, y antes de amanecer llegaron a Chimalhuacán, pueblo situado en una punta de tierra que entra en la laguna de Texcoco tomando el camino para los montes. Llegaron a esta ciudad antes de mediodía y participaron todo lo ocurrido a Netzahualcóyotl, que ya lo sabía, de su arresto y traslación a Huexotzinco, pues los señores de esta ciudad procediendo con hidalguía, le avisaron de cuanto había pasado con el de Chalco,

ofreciéndole de nuevo sus tropas para auxiliarle contra cualquiera de sus enemigos. Agradeció el príncipe tan noble proceder, y con los mismos que le trajeron la noticia les envió a decir que hiciesen luego marchar sus tropas para Texcoco. Al mismo tiempo pidió auxilio a los señores de Tlaxcala para el mismo objeto, pues a la sazón le había llegado la noticia de que los que envió a Huexotla habían sido peor recibidos de Iztlacauhtzin, muy más acérrimo enemigo de los mexicanos que el de Chalco, el cual oyendo la orden de su príncipe y viendo que las tropas que le habían mandado levantar iban a emplearse en favor de los mexicanos, se incomodó de tal suerte, que mandó hacer pedazos a los mensajeros en medio de la plaza, vomitando injurias contra Netzahualcóyotl. Declarole además traidor, amotinando la gente que había levantado en sus dominios hereditarios; mas como la parte principal de ésta era de hombres leales, se retiraron prontamente del campo de Huexotla, y vinieron luego a dar aviso a su soberano. Mandó éste prontamente a su hermano a que recibiese y alistase a todos los presentados, y que al mismo tiempo levantase el número posible de soldados, ya de la ciudad, ya de las inmediaciones, como lo verificó con presteza, porque era perito en la guerra. Guarneció las fronteras de Huexotla para impedir cualquiera intentona de Iztlacauhtzin, pues estaba muy inmediato a Texcoco.

Myladi. Éste es un *mare magnum* de sucesos, en que veo ahora metido a Netzahualcóyotl, enemigos los de Atzacapotzalco, enemigos los de Huexotla, y enemigos los de Chalco y todos inmediatos a su capital... Dios lo saque con bien de ellos, pero su vida está muy expuesta.

Doña Margarita. Efectivamente era muy difícil su posición aun después de restablecido en su trono; pero el Dios criador en quien siempre había confiado, lo sacó felizmente de este laberinto de intrigas. Mandó que inmediatamente se restituyesen a México Mochtezuma y Tepolomichin, porque entendió el sumo cuidado en que estaría Izcóatl, a quien mandó decir que avanzaría a socorrerlo tan luego como llegasen los auxilios pedidos tras de los montes. Partieron, pues, dichos caballeros escapando con felicidad de los tecpanecas sitiadores; llegaron a México, y su presencia llenó a esta ciudad de alegría, pues creían sus habitantes que hubiesen perecido, y le infundieron a Izcóatl grandes esperanzas con las del próximo socorro, lo mismo que a los sitiados. Apenas había salido Mochtezuma de Texcoco para México, cuando avisaron a Netzahualcóyotl que unos mensajeros de Chalco querían hablarle; puestos a su presencia con demostraciones de respeto, le dijeron: «Que su señor los enviaba a dar una satisfacción de sus procederes, en que no había tenido parte alguna el odio, ni el desafecto, sino por el contrario, el mucho amor y lealtad que le *tenía*, e impelía a desear que todos los que fueron cómplices y contribuyeron a sus desgracias y trabajos experimentasen el merecido castigo; y así al ver que no sólo dejaba sin escarmiento la perfidia de los mexicanos, que tanta parte tuvieron en ello, sino que intentaba protegerlos, le cegó su pasión transportándolo a los excesos que había cometido; pero que habiendo vuelto sobre sí y reconociendo que el verdadero amor y lealtad se manifiesta perfectamente en deponer el propio dictamen por complacer a la persona amada, había resuelto ejecutarlo, pidiéndole perdón de sus yerros, y ofreciéndose a servirle y auxiliarle con sus tropas en favor de los mexicanos».

Esta repentina mudanza del cacique de Chalco, nació de que habiendo vuelto, como he dicho, los de Atzacapotzalco, y dádole una respuesta desabrida, mandó sacar de la prisión a los presos y que los despedazasen en medio de la plaza; pero como supiese luego su fuga por orden de Quateotzin, tornó contra él todo su enojo y mandó que sin dilación le quitasen la vida, como también a su mujer, hijos, criados y a los guardas de las jaulas, como se ejecutó, sin que escapasen más de dos hijos de Quateotzin, uno varón y otro hembra, a quienes favoreció después en México Mochtezoma. Viéndose, pues, aquel malvado régulo despreciado de los huexotzincas, amenazado de Maxtla y odiado de los mexicanos, y que en vez de granjearse amigos con su criminal acción como se había figurado, había aumentado el número de sus enemigos, intentó ponerse a cubierto reconciliándose con Netzahualcōyotl; mas este príncipe respondió a los mensajeros de esta suerte: «Decid, a vuestro amo, que si yo procediera tan villana y vilmente como él, la respuesta que daría a su mensaje sería mandaros hacer cuartos; pero que en mi pecho no tiene lugar la venganza, y mucho menos la crueldad para ejecutarla con los *inocentes*, sino la justicia para castigar perfidias y traiciones, y alevosías; que no necesito de su socorro para amparar a los mexicanos, porque me sobran amigos fieles y súbditos leales que me ayuden en la empresa; que procure tener sus tropas bien apercebidas, porque en socorriendo a los mexicanos volveré sobre él a destruirle».

Myladi. ¡Buen Dios, qué contraste presentan estos hombres en la escena política de esta América! Tan pérfido el uno como generoso el otro; mejor diré, tan criminal y abominable el uno como magnánimo y virtuoso el otro, virtud y vicio... ¡Qué diferencia! Tengo para mí por más abominable y cruel al régulo de Chalco que al mismo Maxtla, y entiendo que si aquél hubiese tenido el poderío de éste habría hecho mayores destrozos en este suelo.

Doña Margarita. Usted ha presentado un problema de difícil resolución. Partieron asaz confusos los mensajeros con esta respuesta y el cacique de Chalco no tuvo más recurso que guarnecer lo mejor que pudo sus fronteras, esperando el golpe que le amagaba como un condigno castigo, y cortó enteramente toda correspondencia con Texcoco. Netzahualcōyotl esperaba por instantes la llegada de las tropas auxiliares. El infante Quauhtlehuantzin se había dado mucha prisa en levantar las que pudo y habían venido de los estados hereditarios, así es que estaba ya con más de cien mil hombres y los tenía acuartelados en los campos de Acolman, Chiauhutla y contornos de Texcoco; pero antes de emprender la marcha, quiso Netzahualcōyotl examinar por sí mismo el estado en que se hallaban México y Tlatelolco, el número de tropas que tenían y tratar con sus reyes sobre el orden y disposiciones de la guerra para obrar con plan. Impelido de su eficacia y ardiente espíritu, determinó pasar en persona secretamente a México y ya entrada la noche se embarcó sin ser sentido, llevando sólo algunas personas y criados de su confianza. Navegó felizmente y al amanecer desembarcó en Tlatelolco por la ribera de levante, o sea por el rumbo de San Lázaro por el cañón mismo que hoy existe.

Extraordinario fue el alboroto y regocijo que tuvieron los mexicanos agradablemente sorprendidos con la presencia de un príncipe que reunía a su prestigio el poder, y era entonces doblemente admirado. No había que perder tiempo y así, en el corto rato que reposó, dijo a los reyes el fin de su venida, y salió con ellos a reconocer los puntos

fortificados. Presentósele la tropa, que pasaba de setenta mil hombres; sus jefes llegaron a saludarle y a todos correspondió con urbanidad. Restituyose al palacio de Izcóatl a tratar con él, con Quauhtlehuanitzin y otros jefes principales sobre las medidas de ataque y defensa que se habían de adoptar, y quedó acordado que luego que acabaran de reunirse las tropas auxiliares, enviaría Netzahualcóyotl a México una gran fuerza; que los dos reyes con las tropas mexicanas y tlatelolcas acometerían en derechura por las fronteras de Atzacapotzalco; que el infante Mochtheuzoma con la tropa que llegase de Texcoco entraría por Tlacopan o Tacuba; que el infante Tlacaueleltzin con otra igual avanzaría sobre una trinchera y casas fuertes que tenían los tecpanecas en el paraje donde se juntan los ríos de Atzacapotzalco y Tenepantla, entre la dicha ciudad y el cerro de Tepeyacac, y que Netzahualcóyotl con el resto de sus tropas vendría a desembarcar a la misma falda de dicho cerro, y entraría por allí recorriendo la ribera de ambas ríos; que el ataque se daría simultáneamente, para cuyo efecto, como plan de sedal entre otras se acordó, que haría poner una gran luminaria en el alto del cerro de Quauhtepec que sin duda sería el que hoy llaman Zacoalco contiguo al de Tepeyacac, pero más elevado; que cuando la viesan, avansasen todos a un tiempo, cada división por el rumbo señalado. Finalmente, se acordó que se pusiese un cuerpo de tropas en Culhuacán, que impidiesen cualquier movimiento que pudiesen intentar por allí los xochimilcas aliados de Maxtla, que entonces estaban poderosos.

Mister Jorge. He recorrido con curiosidad las inmediaciones de México, para sacar por cámara obscura sus admirables vistas, que en Londres se aprecian mucho y de que no hacen el debido aprecio los mexicanos, según he oído decir, y aseguro a usted que semejante plan de ataque estuvo perfectamente combinado y cual pudiera un maestro de la guerra de Europa.

Doña Margarita. El día de la llegada de Netzahualcóyotl a México se le sirvió una buena comida que duró hasta media tarde; mas acabada ella avisaron los espías que Maxtla tenía acampado un ejército numerosísimo al mando de su mejor general Mazatl, y que sabían que con él atacarían a México dentro de tercero día. Semejante novedad aceleró la salida de Netzahualcóyotl para Texcoco, para llevar la guerra a Atzacapotzalco, sin esperar a ser atacados por Maxtla. Ofreció entonces el Príncipe que, aun cuando no hubiesen llegado las tropas auxiliares que esperaba en su totalidad, enviaría al día siguiente a México el mayor número posible para que, dividido entre los infantes, acometiesen por los puntos acordados, al mismo tiempo que los reyes lo harían por la frontera de Atzacapotzalco, y que él con la tropa que le quedase iría por Tepeyacac, lo que se verificaría dentro de dos días muy de mañana. Llegada la noche, se embarcó Netzahualcóyotl y llegó sin obstáculo a Texcoco, porque los tecpanecas habían reconcentrado sus fuerzas hacia la capital y se batió con la noticia de la llegada de los de Huexotzinco, mandados por los generales Xayacamachan y Quauhtepetle. También habían llegado las fuerzas de Cholula y Tepeyacac hoy dicho Tepeaca y de otras varias partes, aunque faltaban las de Tlaxcala, y no les permitió el Príncipe descansar, ni él tampoco tomó reposo, pues incontinenti comenzó a expedir órdenes para que muy de madrugada partiesen a México; ya el infante Quauhtlehuanitzin tenía a punto las canoas en crecido número, en que se embarcaron y partieron a la salida del sol. Cuando fueron divisadas por los enemigos, quedaron sorprendidos con aquel horrible aparato, presumiendo fuese a descargar sobre la costa; no

quedó menos sobresaltado Maxtla, pues le parecía imposible que Netzahualcóyotl pudiese reunir tanto número de tropas... ¡Ah! su corazón, presago fiel de su ruina, se la anunciaba próximamente, y también era el fiscal que le acusaba, y convencía de que éste era el condigno castigo de sus crímenes. Mandó luego a Mazatl que marchase a la ribera a impedir el desembarco, el que mandó avanzar prontamente los trozos que pudo. Acercáronse los texcocanos y tomaron puerto en la costa oriental de Tlatelolco, con lo que se calmó algún tanto el susto de los tecpanecas, que siempre quedaron cuidadosos viendo a México tan guarnecido, y ya no pensaron atacarlo. Al siguiente día se embarcó Netzahualcóyotl con otro grueso de tropas que mandaba en jefe y a sus órdenes el infante Quauhtlehuanitzin, y los príncipes Tezontecohuatl y Acolmiton, sus sobrinos; también le acompañó el general de los huexotzincas Xayacamachan con parte de su gente, pues la demás el día anterior había marchado con su compañero Quauhtepetl y otros valientes capitanes. Entre las providencias que el Príncipe dictó, una de ellas fue prohibir a los soldados texcocanos que llevasen adornos de plumas y joyas, sino que todos fuesen con armas lisas, vestidos uniformes de mantas sin labor alguna. Ya indicaré a ustedes luego el objeto de esta providencia, porque noto que la señorita ha hecho alto sobre ella.

Al salir el sol llegó a Tepeyacac, hizo desembarcar prontamente su tropa, la formó en batalla, y mandó encender la luminaria consabida en el cerro de Quauhtepac. Ya estaban preparados los mexicanos y, vista la señal acordada, saltaron prontamente en sus canoas para atravesar el corto trecho de la laguna que mediaba, y embistieron a un mismo tiempo por los tres puntos, con tanta furia por ambas partes, que corría en arroyos la sangre. El infante Tlacaoheleltzin atacó las trincheras y casas fuertes tan bruscamente, que hizo horrible estrago en el enemigo; habríalas tomado a no estar copiosamente guarnecidas. Peleose con igual ardor hasta el mediodía que llegó Netzahualcóyotl, habiendo recorrido desde Tepeyacac las riberas de los ríos, entrando a sangre y fuego las poblaciones en que halló resistencia, y también embistió por el costado de las casas fuertes, por lo que obligó a los tecpanecas a abandonarlas; se apoderó de ellas y las guarneció, ínterin replegándose los enemigos fueron a reunirse con el grueso del general Mazatl, que era numerosísimo; con este cuerpo había recibido el ataque de los mexicanos y tlatelolcas, mandados por sus reyes en persona. Aquí fue lo más crudo de la acción, porque aunque en el primer avance los mexicanos hicieron retirar a los tecpanecas largo trecho, ganándoles una zanja ancha y profunda, que habían abierto cerca del punto llamado Petlascalco, volvieron después sobre los mexicanos con grande ímpetu, haciéndolos repasarla, y retándolos hasta la orilla de la laguna; pusieronlos en tal conflicto, que a media tarde ya desmayaban y volvían la espalda para irse a guarecer a sus canoas, confesándose rendidos, y prorrumpiendo indecorosamente en expresiones de aplauso al enemigo, de quien imploraban clemencia. Oyolos Netzahualcóyotl y fue tanto su enojo que los trató de cobardes y villanos, y en otras circunstancias habría empleado contra ellos su valor. «Sin duda el conflicto de los mexicanos fue extraordinario en esta vez, y mucho mayor el de los reyes que mandaban aquellas tropas, cuando oyeron sus murmuraciones: "¿Qué hacemos? se decían unos a otros. ¿Qué hacemos? ¿Será preciso sacrificar nuestras vidas a la ambición de nuestro rey, y de nuestro general? ¿Cuánto mejor no sería rendirnos confesando nuestra temeridad para conseguir el perdón y la vida?". Oyó Izcóatl con sumo pesar estas voces y viendo que con ellas se desalentaba más y más la gente, llamó a consejo a Mochtheuzoma y al Príncipe para pedirles su parecer, y lo que correspondía hacer para reanimar el valor de

las tropas que tan abatido parecía. "¿Qué? respondió Mochtezuma. Combatir hasta la muerte; si morimos con las armas en la mano defendiendo nuestra libertad, haremos nuestro deber; si sobrevivimos vencidos, quedaremos cubiertos de eterna confusión". Entre los mexicanos añade hubo algunos tan viles que llamando a los tecpanecas les decían: "¡O fuertes tecpanecas!, dueños de esta tierra, refrenad vuestro enojo, nosotros nos rendimos. Si queréis, aquí a vuestra vista, daremos muerte a nuestros jefes para merecer de vosotros el perdón de la temeridad, de los que nos ha inducido su ambición". Fue tanta la ira que produjeron estos gritos en los jefes y nobles que los habrían castigado si pudieran; pero disimulando su disgusto, gritaron todos de consuno: "Vamos a morir con gloria", y al mismo tiempo arremetieron con tal ímpetu a los enemigos que los rechazaron de un foso que ocupaban, y los hicieron volver atrás». Tal es el texto de Clavijero que en lo substancial coincide con el señor Veytia, pero no en todo, pues aquel escritor da por concluida la campaña en aquel día con la muerte de Mazatl a manos de Mochtezuma; mas el señor Veytia da a este sitio ciento catorce días de duración, y yo estoy por ésta, porque refiere tan circunstanciadamente las operaciones de esta campaña, los diferentes ataques y días en que se dieron, los jefes que los mandaron y los puntos que fueron teatro de la guerra, que sería preciso cerrar voluntariamente los ojos para no conocer que esta relación es exacta, y debe preferirse a la de aquel sabio escritor.

Myladi. Ciertamente que convencen esas observaciones críticas y por ellas debe preferirse a mi juicio. Ruego a usted que nos detalle todos los sucesos más notables de esta memorable campaña.

Llegaron dice el señor Veytia a esta crítica sazón en que sufrían el descalabro los mexicanos, por la derecha Netzahualcóyotl y Tlacaehleltzin, con el resto de sus tropas al socorro de los semivencidos mexicanos, y casi al mismo tiempo se presentó por la izquierda Mochtezuma, que había entrado con su gente por el lado de Tacuba. No fue igual la resistencia que hicieron por aquí los tecpanecas, aunque por este rumbo estaban bien fortificados, porque Totoquiyauhtzin, señor de esta ciudad y descendiente de la casa de Atzacapotzalco, favorecía secretamente el partido de Netzahualcóyotl, y así aunque fingieron resistir en la entrada a Mochtezuma, al primer avance se entregaron y entró el ejército en la ciudad, pero sin causar daño ninguno; dejó competente guarnición y marchó sin detenerse a reunirse con la gente de Texcoco, y con tal socorro dado tan oportunamente y auxiliados menos con las voces de sus jefes los mexicanos que con su ejemplo, revolvieron sobre sus enemigos con tal denuedo que en breve tornaron a rehacerse de la zanja, obligándolos a retirar hasta otra que tenían más adelante en el punto llamado Mazaltzintamalco. Sobrevino entonces la noche y sus tinieblas no permitieron seguir el alcance: reunieron por tanto la gente, se fortificaron en la zanja de Petlacalco, y allí se mantuvieron en reposo hasta el día siguiente, haciendo lo mismo los tecpanecas, fortificándose en la zanja de Mazaltzinmalco, la cual era más ancha y profunda que la otra, más elevado su parapeto, y circunvalaba enteramente toda la gran ciudad de Atzacapotzalco formándola una especie de muralla. Mazatl la guarneció toda en contorno para esperar allí un nuevo ataque de los mexicanos. Al ser de día ordenaron éstos su tropa y el grueso del ejército marchó en demanda de los tecpanecas; pero apenas llegaron a la fortificación, cuando concibieron la gran dificultad que había de atacarla con suceso, porque no les ayudaban sus armas, siendo aquél un parapeto bien guarnecido. Formose

por tal motivo junta de generales y, después de una larga discusión, acordaron sitiar aquella fortaleza para impedir que le entrase socorro, menudeando entre tanto los asaltos por diferentes puntos según conviniese. En aquel día llegaron los auxilios de Tlaxcala y de otros puntos, y se reunieron al ejército sitiador.

Dividióse éste en cuatro trozos iguales: uno mandaban las reyes de México y Tlatelolco, campando hacia levante de Atzacapotzalco, teniendo resguardada la espalda con la fortificación de Petlascalco y sus canoas ancladas en aquella ribera, para asegurar la comunicación con México. Por el norte campó el infante Tlacaeleltzin al abrigo de las casas fuertes que ganó, y también le aseguraba la comunicación con sus canoas ancladas en la costa. El infante Mochteuzoma, a quien acompañaba Quauhtepetl general de Huexotzinco, tomó al lado del sur al abrigo de la guarnición de Tacuba. Netzahualcóyotl se reservó la parte del poniente que era lo más peligroso, porque teniendo a la espalda todo el reino tecpaneca, no sólo no tenía resguardo ni retirada, sino que era preciso que la mayor parte de los socorros que viniesen de Atzacapotzalco por tierra adentro tropezasen con él. Ordenó cada general su gente por el rumbo que le tocó, extendiendo sus alas de uno y otro lado para conservar su comunicación recíproca, y de este modo quedó acordonada la tropa sitiadora y se procuró estrechar la fortificación para que se rindiese. La tropa toda de los aliados, y más que todos la mexicana, estaba muy lucida y vestida ricamente a su usanza, porque sus ropas eran labradas, matizadas de diversos colores, adornadas con joyas y con vistosos penachos en las cabezas de variadas plumas; no eran menos vistosas las rodela ornadas también de las mismas: las macanas, arcos y flechas estaban pintadas de diversos modos. Ustedes que han leído la relación del sitio de Troya, y han visto campar sus más ilustres guerreros entre el mar y las murallas de aquella desgraciada ciudad, teatro de los combates más sangrientos e inútiles, podrán figurarse este famoso sitio en que sus combatientes estaban animados de igual furor y excitados del mismo: amor a la gloria. Solamente la tropa de Texcoco que mandaba nuestro príncipe, estaba sin adorno alguno en sus personas y armas, porque así lo había prevenido: esto producía cierta tristeza y desaliento en sus soldados, era motivo de burlas y dichos picantes de los mexicanos, y de murmuraciones contra sus jefes. Netzahualcóyotl que en todo estaba, y todo lo preveía, trató de sufocar este germen de discordia y para conseguirlo en su origen, temeroso de sus resultados, mandó formar su ejército, dio por el frente de él algunos paseos, recorrió sus filas, impuso silencio, y mirándolas con un semblante halagüeño, les habló de este modo. (Yo os ruego que lo escuchéis por mi voz, como sus soldados por la suya):

«Estoy alegre y divertido viéndoos entre tanta tropa adornada con variedad de trajes, siendo solos vosotros blancos y uniformes. Figúraseme que estoy en un jardín de diversas flores, en que sois los olorosos jazmines, que sin más adorno que su sencillo candor y blancura, se llevan la primacía entre todas las rosas. Los adornos exteriores, hijos míos, no aumentan el valor del que los lleva, sino el del enemigo cuya ávida codicia le alienta a vencer para aprovecharse del despojo. Faltando en vosotros este estímulo, disminuirá mucho su valor, al paso que aumentará el vuestro, lisonjeándoos de aprovecharos de sus adornos. Éstos en lo general no sirven más que de embarazo al tiempo de dar la batalla; y así es que vosotros entraréis en ella con manifiesta ventaja sobre vuestros enemigos, porque libres de todo estorbo podréis acometer y retiraros con mayor ligereza, y con

mayor destreza usar de vuestras armas. De esta suerte, hijos míos, lucirá vuestro valor con vuestros hechos y conocerán los tecpanecas que sin hacer ostentación de él en los adornos, consiste solamente la fuerza y valentía en el bizarro aliento de vuestros corazones».

Este precioso razonamiento proferido con tanta dulzura como energía, y más que todo con *oportunidad*, serenó enteramente la agitación de los soldados texcocanos, dejándolos de todo punto contentos, satisfechos y *convencidos* cosa difícil de conseguir de la multitud; ya no hicieron caso de las burletas de los mexicanos y se conformaron gustosos con la sencillez de sus armas y vestidos. Se hizo tan plausible esta alocución que hoy llamamos *proclama*, que según el señor Veytia, después se compusieron canciones sobre ella, de las que por mucho tiempo se conservaron fragmentos... ¡Con qué arte llama la atención en el exordio! ¡Cómo capta la voluntad de los soldados comparándolos con los jazmines entre las rosas! ¡Cómo lisonjea el amor propio! ¡Cómo convence de la necesidad que tienen de presentarse vestidos a la ligera, así para no ser objeto de la codicia del enemigo que los busque para despojarlos de sus adornos, como porque sin ellos están más expeditos para jugar sus armas con suceso! Esto es proclamar y proclamar con fruto. Muy pocas son las arengas de esta especie que han llamado mi atención, y puedo decir que sólo dos: ésta y la que Napoleón dirigió a su ejército cuando lo revistó en Tolón para marchar a la expedición de Egipto; casi las más me provocan el sueño.

Myladi. Conozco la justicia con que usted la ha celebrado.

Doña Margarita. El sitio de Atzacapotzalco va largo y no siendo posible concluir hoy su relación, será bueno que la dejemos para mañana. A Dios.

CONVERSACIÓN CUARTA

Myladi. Quedamos ayer en combate, sin que en él haya habido más interrupción que la que causó la noche: sigámoslo hoy y veamos por quién se decidió la victoria.

Doña Margarita. Es suceso en que todos debemos tomar parte, así como la tomamos en el duelo de los buenos reyes de Texcoco si ustedes hacen memoria. Viéndose sitiados los tecpanecas dice el señor Veytia, comenzaron a hacer salidas, y los sitiadores a pretender asaltar las fortificaciones de Mazatlazintamalco por varios puntos, de que se originaron reencuentros reñidos y sangrientos, sin fruto de ambas partes. Eran frecuentes estas escaramuzas y mucha la sangre que se derramaba principalmente de parte de los sitiados, pues no podían reemplazarla como los sitiadores. Netzahualcóyotl y Tlacaeleltzin con sus respectivas tropas, rechazaron a los que pretendieron socorrer la plaza haciéndoles retroceder; y aunque perdían no poca gente en estas acciones, diariamente recibían socorros que venían hasta de los puntos más distantes. Maxtla no ignoraba lo que pasaba en su ejército, pues de todo le avisaba Mazatl: manteníase en su corte, pues no quiso salir a campaña ni dar la cara a los texcocanos; ignórase si por desprecio o cobardía, defectos que son comunes en los tiranos y aunque éste se había creado en la guerra, la historia no

cuenta ninguna hazaña que le redimiese de la nota de cobarde, aunque sí se leen muchos que lo marcan con la de cruel y soberbio.

Ciento catorce días duró el sitio como dije ayer y ninguno se pasó sin que se diera alguna acción más o menos empeñada, y en todas hubo muchos muertos de ambas partes. Ya comenzaban a desmayar los tecpanecas consumidos del trabajo y faltos de gente con que sostener la defensa, a pesar de que de la ciudad, que era populosísima, salían a su socorro cuantas personas eran capaces de llevar las armas. En este estado Mazatl se resolvió a aventurar una acción general, que aunque no fuese decisiva bastase por lo menos a dar socorro a la plaza. Para esto hizo que Maxtla despachase algunos mensajeros a los pueblos que aún tenía a su devoción. Contaba por la banda del sur con Coyoacán y Xochimilco, por la del norte con Quauhtitlan, Tepotzotlán y algunas otras ciudades principales del imperio; prevínoles por sus enviados que marchasen prontamente reuniéndose en Tenayocan, pues por ese rumbo no tenían los sitiadores fortificación ninguna, operación que debería verificarse el día de siete serpientes y al siguiente, señalado con el jeroglífico del viento en el número ocho. Muy de madrugada deberían atacar a los texcocanos embistiéndoles por la espalda; entretanto, simultáneamente saliendo los tecpanecas de su fortificación, avanzarían por el frente. Los mensajeros tuvieron la fortuna de pasar la línea y ejecutaron felizmente su comisión. No fue menor la diligencia que pusieron los aliados de Maxtla en proporcionarle socorros, así es que para el día señalado se verificó la reunión en los campos de Tenayocan en crecidísimo número, que hacen subir, ¡cosa increíble!, a más de doscientos mil hombres. Luego que amaneció se colocaron en orden y en la misma vinieron en demanda de los sitiadores por el camino recto que va a Atzacapotzalco entre poniente y norte. Netzahualcóyotl y Tlacaehleltzin, situados por este punto, supieron por sus espías desde la noche anterior de la aproximación del socorro: dieron luego aviso a los demás generales que estuviesen prontos para acudir donde llamase el peligro. Apenas divisó Mazatl el socorro, mandó que los sitiados atacasen, tanto los de dentro como los de afuera por el frente, dando muchos alaridos y grita horrible a las tropas de Netzahualcóyotl e Infante, en las que hicieron mucho estrago en el primer ímpetu; pero sobreviniendo el resto del ejército mexicano, se pusieron casi en igual número a batallar. Ambas partes pelearon bizarramente y por ninguna se presentaba la victoria, hasta que después de mediodía el infante Mochtezuma Ilhuicamina y el general tecpaneca Mazatl, se atacaron cuerpo a cuerpo con igual denuedo; mas el mexicano tuvo la ventura de acertarle a Mazatl con un golpe de macana en la cabeza, que lo derribó muerto a sus pies. Gritose victoria por los mexicanos y publicada la muerte del general enemigo, desmayaron los tecpanecas en términos de acogerse a sus fortificaciones. Cargoles entonces reciamente Netzahualcóyotl e hizo horrenda carnicería, y les ganó además sus atrincheramientos por los que entró luego el ejército victorioso. Siguió éste el alcance a los fugitivos hasta la ciudad, en que penetró espada en mano, pasando por ella cuanto encontró: mandó dar fuego a las casas y templos hasta llegar al palacio de Maxtla... Aquí podría yo exclamar como un escritor francés en 188, cuando Carlos IV fue trasladado por Napoleón a Valencey: «Genio de Mochtezuma, ya estás vengado! ¡Genio de Ixtlilxóchitl, llegó el momento de tu desagravio!... ¡Monarcas del Universo, déspotas de toda especie que oprimís a los pueblos!... ¡Ah!, si por una fatalidad hubiese alguno que intentase oprimir al pueblo mexicano, dad ya una mirada sobre este perverso autócrata de este continente y temblad...

Sí, sabed que os espera la misma suerte que a Maxtla». Había sabido éste, he dicho poco ha, cuanto pasaba en el ejército; pero poseído de un extraordinario capricho o llámese locura, porque cuando Dios quiere perder a *un hombre primero lo enloquece*, no quiso dar asenso a las noticias infaustas; pareciéndole increíble que los suyos fuesen vencidos, así es que no puso en salvo su persona. Cuando vio entrar en su palacio a los vencedores, no tuvo otro arbitrio que el de esconderse en un baño llamado *temaxcalli*, o estufa, que aún usan los indios situado en uno de sus jardines. Halláronle fácilmente sus enemigos y sacándole de él con ignominia, lo llevaron a presencia de Netzahualcóyotl, el cual mandó que lo llevaran luego a la plaza mayor adonde le siguió. Hízolo poner de rodillas en medio de ella, comenzó a hacerle cargos de las crueldades y tiranías ejecutadas con su padre Ixtlilxóchitl, de sus traiciones, cautelas y gravísimos males que había ocasionado su ambición, y finalmente de la mucha sangre que por su causa se había derramado. Mandole que diese sus descargos y Maxtla respondió: «No tengo disculpa que dar: conozco que debo morir, y así ejecuta en mí el castigo». Entonces levantó Netzahualcóyotl la macana y de un solo golpe le quitó la vida. Mandó luego que le sacasen el corazón y esparciesen su sangre hacia los cuatro vientos; pero que al cuerpo se le hicieran las exequias funerales y honras que se acostumbraban a los reyes. El padre Torquemada y Clavijero dicen que murió, a palos y pedradas, algunos recibiría al tiempo de ser hallado, pero sin duda murió ejecutado por la mano misma del Príncipe.

Tal fue el desastroso fin del tirano Maxtla, que había sucedido a su padre contra su disposición testamentaria en el imperio de los chichimecas, injustamente invadido y usurpado por aquel: dio rienda suelta a sus pasiones, hízose generalmente odioso, no hubo exceso que no cometiese hasta pretender forzar a la reina de México a presencia de su marido. Entregado a los deleites, confió su imperio a sus favoritos, que le eran tanto más agradables, cuanto más viles, prostituidos y cautelosos. En el poco tiempo que gobernó hizo matar reyes, persiguió inocentes, cargó a los pueblos de tributos y nada hizo en alivio de sus pueblos: ¡Ah! ¡Corran igual suerte los que lo imiten! Con su muerte acabó el reino tecpaneca, para resucitar las glorias de los aculhuas y el imperio de los chichimecas. Netzahualcóyotl hizo traer gran cantidad de leña y formar una pira en la plaza, y entre él y los reyes e infantes de México, levantaron el cadáver colocándolo sobre ella, prendieronla fuego y se mantuvieron allí todos los príncipes y jefes del ejército hasta que se redujo a cenizas: de esta suerte le hicieron los honores funerales. El día de este suceso, fausto para la justicia y humanidad, se señaló en el calendario de los indios con el jeroglífico del viento en el número ocho que según el cómputo del señor Veytia correspondió al 6 de junio de 1428. Aunque ya era tarde y se acercaba la noche, mandó Netzahualcóyotl que siguiese el saqueo y estrago hasta destruir enteramente la ciudad, que destinó por mayor ignominia para lugar donde se vendiesen los esclavos, haciéndose allí la feria de este vil comercio. Dos días duró la destrucción de aquella numerosa ciudad, siendo grande el despojo, a proporción de lo suntuoso y rico de ella. Cediole todo Netzahualcóyotl a la tropa, que quedó muy complacida. Llenáronse de gloria en esta campaña varios generales y jefes. Mochtezoma la tuvo de haber muerto a Mazatl e influido en la victoria directamente. Tlacaeleltzin mató y venció en este día a varios famosos capitanes, y se señaló con hechos dignos de eterna memoria. Concluida la toma de Atzacapotzalco, pareció al Príncipe que debía aprovecharse del orgullo y entusiasmo de sus tropas victoriosas para seguir conquistando lo que faltaba aún del imperio tecpaneca,

pues con la toma de Atzacapotzalco la guerra no era concluida, ni era posible que lo estuviese; porque Maxtla tenía aún parientes y hechuras que suscitaban disturbios, unos con pretensiones al trono de que acababa de ser lanzado, y otros por aquellas odiosidades que siempre son consecuencias de las revoluciones civiles y producen las reacciones. Dio a la tropa un día de descanso, y pasado éste salió con ella dividiéndola en cuatro trozos mandados por los mismos jefes: encaminose la vuelta de Tenayocan, antigua corte de sus mayores como hemos dicho, y de consiguiente muy populosa; resistiose algunos días al ejército, pero al fin fue tomada por las armas y entregada al pillaje. La misma suerte corrieron Tepanohuayan, Tolutlan, Quauhtitlan y Teoloyucan, con otras poblaciones menores, sitiadas al norte de México hasta Xaltocan, en cuya conquista se gastó lo restante del año. A fines de éste, Netzahualcóyotl suspendió la guerra dejando guarniciones en los puntos que estimó convenientes, y con su ejército vino a México. Aquí despidió muchas tropas auxiliares, principalmente las de los puntos más remotos, que se retiraron cargadas de despojos y contentas. Mostró su especial gratitud a las de Tlaxcala y Huexotzinco, a cuyos jefes hizo muchos obsequios, previniéndoles estuviesen a punto de auxiliarle cuando los llamase para consumir la reconquista, y sojuzgar algunos régulos que aún se mantenían insubordinados. En México fue recibido Netzahualcóyotl con muchas demostraciones de alegría, con bailes, regocijos y lo que no puede decirse sin dolor, con muchos sacrificios de sangre humana, pereciendo entre estas desgraciadas víctimas muchos valientes capitanes de Atzacapotzalco que habían caído prisioneros. Netzahualcóyotl aborrecía de corazón estos espectáculos por inicuos y opuestos a la ley natural, por lo que no quiso asistir sino a muy pocos, obligado de lo que se llama razón de Estado, pues en secreto, y en el fondo de su corazón, creía que no debía adorarse sino al Señor Dios Todopoderoso, conservador Supremo del Universo, es decir, al Teotloquenahuaque. No será inoportuno refiera yo a ustedes que en el tomo 3.º, manuscrito intitulado: *Varias piezas de orden de S. M.*, que existe en el Archivo General de México que antes era Secretaría del Virreinato, se halla un trozo brillante de la historia de Texcoco, en que consta que manifestando Netzahualcóyotl al rey de México lo inútil de los sacrificios humanos, le dice así: «"Verdaderamente los dioses que yo adoro son de piedra e insensibles, pues ni hablan ni sienten. Ellos no pudieron formar la hermosura del cielo, el sol, la luna, y estrellas que lo embellecen y dan luz a la tierra, ni los ríos, fuentes y plantas que la adornan: todo esto tiene algún Dios oculto y *desconocido*, que es el único que puede consolarme en la aflicción que me atormenta como mi corazón siente... a él quiero por mi ayudador y amparo". Este razonamiento lo hizo como veremos en su lugar por la pérdida de un hijo y con cuyo motivo para alcanzar consuelo se retiró al bosque de Tezcutzinco, y apartado de los negocios que pudieran distraerlo de su meditación, *ayunó cuarenta días al Dios Todopoderoso, Criador de todas las cosas, oculto y no conocido*. Ofrecíale sacrificio de incienso y *copalli* al salir el sol, al mediodía y al ocultarse, y después a la medianoche». He aquí una margarita preciosa, escogida por Dios y separada del fango inmundo de la idolatría, cual designó permítaseme la comparación a Abrahán; he aquí una pequeña luz que alumbraría al pueblo texcocano y prepararía su corazón y los ojos de su entendimiento, para que a vueltas de un siglo recibiese el Evangelio... ¡O arcanos incomprensibles de Dios! ¡O alteza de su sabiduría! Yo pierdo la cabeza cuando medito sobre esto, deliro y me extravió del asunto que trato... Sí señores, he aquí la causa por que Dios sacó inofenso a este príncipe de las garras de un tirano, por que lo cobijó con su paternal Providencia, por que le dio astucia, valor y entendimiento para dirigirlo

todo y hacerse el árbitro de este continente: así remunerar la bondad del Eterno a los que le aman y desean servirle.

Concluidas las fiestas de los mexicanos, querían muchos señores de la nobleza de esta ciudad que se jurase a Netzahualcóyotl gran Chichimecatl Tecuhtli, sucesor legítimo del imperio de Texcoco; pero al rey de México Izcóatl no le agradaba este pensamiento, porque aunque no pensaba obrar contra el Príncipe, sino mantener con él firme la unión, empero se le hacía duro en su edad anciana y con el gran crédito y aplauso que gozaba, haber de reconocer por superior a su sobrino joven. Éste fuérase porque llegó a penetrar la repugnancia de su tío a quien veneraba, o por mero impulso de su ánimo gallardo, se negó enteramente a semejante pretensión, diciendo que no se prestaría a recibir este título tan honroso, hasta no haber reducido a una total obediencia y pacificación su reino hereditario, que durante su ausencia en la campaña había vuelto a inquietarse por la traición del cacique de Huexotla.

Mister Jorge. He aquí un rey prudente que quería llamarse tal de lo que verdaderamente poseía; no se parece al de España que se titula *Rey de Jerusalén*, cuya localidad tal vez ignora.

Doña Margarita. Muchos reyes se alimentan como los camaleones, de aire, fausto y pompa ridícula: *son animales de gloria* en la frase de San Agustín. Los festines y regocijo que mostraron los mexicanos para celebrar a Netzahualcóyotl en su ciudad, no fueron bastantes para aquietar la inquietud que fatigaba entonces su corazón. Teníale particularmente incómodo el cacique de Huexotla, que además de haber sublevado a una parte de sus súbditos, había extendido la seducción a los de Cohuatlican, Coahuatepec y otros lugares inmediatos a Texcoco; sin embargo de esto procuró disimular su desazón, y se mostraba alegre y satisfecho, y para dárseles así a entender a los mexicanos, y que gustaba de vivir en medio de ellos, emprendió la fábrica de un bello palacio en Chapoltepec para su habitación.

Myladi. Dispéñeme usted, ¿es por ventura el que hoy existe?

Doña Margarita. No señora, el antiguo lo arruinaron los españoles: sobre sus ruinas construyó el Conde de Gálvez en 1786 el que usted ha visitado, y se está arruinando por inhabitado y robado sus barandales de fierro por la tropa allí destacada. Fabricó éste el ingeniero don Miguel Constanzó, y el pretexto o achaque que se tomó para construirlo fue dar ocupación a la gente miserable de esta capital, reducido al extremo de la miseria, en el año llamado de la hambre grande. Créese que el virrey Conde de Gálvez proyectó hacer la independencia de México y escogió aquel local para punto de apoyo de sus operaciones. Lo cierto es que no consultó a la corte de Madrid para emprender esta obra costosísima, siendo así que los Virreyes no podían disponer del tesoro real sino en cortas cantidades, y que el tal palacio es una verdadera fortaleza harto difícil de ser tomada. Esto es lo que yo puedo decir a ustedes, y que la temprana muerte de aquel Virrey popular dio mucho en qué pensar a los que le observaron de cerca en los progresos de su enfermedad, lo mismo que sucedió con su tío el Marqués de Sonora, ministro de Indias, muy querido de Carlos I, y que murió muy prontamente y de pesadumbre. Los mexicanos

se ofrecieron muy gustosos a construir dicho palacio a Netzahualcóyotl, y lo cercaron y poblaron de venados, conejos y otros animales de montería, con lo que quedó hecho un sitio de placer. Los escritores chichimecas dice el señor Veytia atribuyen a este príncipe la construcción de las albercas y estanques en los manantiales de agua que existen hasta el día, de donde se abastece México en la mitad de su población por atajea de mampostería que se construyó en el reinado de Axayacatl, padre de Mochteuzoma segundo, y por lo que hizo incrustar sobre peña viva el retrato de aquel príncipe, que borrarón a pico los españoles para que se olvidase su memoria. La delineación de este acueducto se atribuye también a Netzahualcóyotl y la plantación de los enormes árboles ahuehuetes que aún existen algunos en dicho bosque, habiendo sido los más talados por la soldadesca que allí ha estado destacada para hacer leña.

Myladi. Eso me parece una mera conjetura y que no pasa de tal, pues sería darles una duración de cuatro siglos.

Doña Margarita. Pues a mí me parece cosa muy fácil de averiguar.

Myladi. ¿Cómo?

Doña Margarita. Como calculan los botánicos la antigüedad de los árboles. Asiérrase un tronco horizontalmente y tantas cuantas líneas tiene, son otros tantos años de vida que ha tenido, pues cada año la corteza que lo rodea y acresce, es otro de vida que ha gozado. Por este principio seguro es muy fácil la averiguación. Cuantas veces he visitado este bosque ha sentido mi corazón una sensación profunda, mezclada de una dulce melancolía: he saludado aquellos árboles, que semejantes a unos ancianos venerables cubiertos con heno, como con una blanca cabellera, parece que exigen cierta veneración y respeto, semejante al que sentían los griegos al penetrar los sagrados bosques de Diana; su majestad y silencio me ha parecido que sólo era turbado con la augusta sombra del príncipe Netzahualcóyotl que creía giraba en derredor mío, y que hablando secretamente a mi corazón me decía: «Cuando yo planté estos árboles estaba consagrado todo a hacer la felicidad de los mexicanos: creí que estos mismos sentimientos ocupasen el corazón de los que me sucediesen en el gobierno de mi pueblo; vosotros los subyugasteis por el bárbaro derecho de conquista, jurasteis mejorar su suerte... ¿Habéis acaso cumplido con esta solemne promesa? ¿Son hoy, por ventura, más felices?». Esta pregunta terrible ha llenado de amargura mi alma y no he acertado a responderle... Pero alejemos de entre nosotros estas reflexiones desconsolantes y sigamos la historia.

Mientras esto pasaba en México, el traidor Ixtlacauhtzin trabajaba con fervor en aumentar el número de los rebeldes, no habiendo bastado los grandes triunfos de Netzahualcóyotl para infundirle terror ni hacerle volver sobre sus pasos; antes por el contrario, irritado con ellos, y más que todo, de que sacasen aprovechamiento los mexicanos, a quienes detestaba, se aumentó su empeño y osadía en sublevar el mayor número posible de pueblos. Tenía por cooperadores de esta atrevida empresa a Tilinatzin y Nonohuacatl, jefes de quienes tantas veces he hablado y que lograron escapar con la fuga cuando el Príncipe ocupó a Texcoco: estos temerarios intentaron sublevar la nobleza de Texcoco contra su soberano, socolor de vengar la muerte de Maxtla, mientras el de Huexotla con

igual achaque hizo que se alzasen Acolman y Otumba recién conquistadas, así como Cohuatlican, Coahuatpec e Iztapalocan. Netzahualcóyotl creyó que debía cortar prontamente este fuego; pero amaba mucho a sus súbditos y le era muy sensible reducirlos por la fuerza. Decidiose a probar primero los medios de la suavidad y persuasión, y mandó mensajeros al señor de Huexotla, y a su hermano y cuñado diciéndoles: «Que ya sabían los felices resultados de sus armas con los tecpanecas, y la muerte de Maxtla, que había pagado su tiranía con la vida: que ésta, su destronamiento y los agravios que le había hecho fueron los motivos por que emprendió esta guerra, para la que le habían auxiliado los señores principales de la tierra en obsequio de la justicia, menos ellos, que siendo más interesados que otros, porque en vez de favorecer su causa se habían prevalido de su ausencia para sublevarle los pueblos y turbar la felicidad que deberían gozar, olvidados de sus deberes, y beneficios que había hecho al de Huexotla nombrándolo general de sus armas, y a su hermano y cuñado perdonándoles la vida y olvidando sus agravios; que si de él tenían alguna queja, estaba pronto a satisfacerles; pero que en todo caso volviesen sobre sí y no se dejasen llevar de caprichos contra su legítimo rey que los amaba mucho, y estaba pronto a usar de clemencia si reconocidos sus yerros la imploraban; pero que también tenía levantado un brazo poderoso y triunfante con que castigarlos severamente si no se reducían a su deber. El padre Clavijero conviene en que se mandó esta interpelación al cacique de Huexotla, saliendo los enviados del pueblo de Chimalhuacán, habiendo salido las tropas de México encaminándose por la llanura llamada hoy de Santa Marta. Algunas veces he pasado por dicha llanura, en la que he advertido ruinas de una inmensa población, tal vez serán las de dicho pueblo de Chimalhuacán. El pueblo de Santa Marta, que hasta hoy existe en una rinconada de la llanura, será memorable en la historia de nuestros tiempos, por haberse celebrado en él el 29 de marzo de 1823 un solemne convenio entre el general don Manuel Gómez Pedraza, comandante militar de México y apoderado del emperador don Agustín de Iturbide, y los generales Echávarri, Negrete y Marqués de Vivanco, y por el que quedó destituido del imperio mexicano, y disponiéndose a marchar a Tacubaya para embarcarse en la antigua Veracruz para Italia.

Cumplieron los mensajeros con la orden de Netzahualcóyotl; pero los rebelados estaban muy distantes de ceder a la razón, creyéndose en estado de usurpar el imperio, cuya capital de Texcoco tenían ya ocupada, y habían resuelto dividírselo; respondieron con mucha elación: «Que ya sabían la suerte que había cabido a Maxtla, cuya muerte trataban de vengar, porque reconocían en él a su legítimo soberano a quien habían jurado obediencia y no a Netzahualcóyotl, que degenerando de la nobleza de sus mayores, se había alzado con los viles mexicanos que fueron los principales culpados en la muerte de Maxtla, y en quienes con mayor razón que en éste, y los tecpanecas, debía haber empleado su venganza... Que no tenían su brazo victorioso, porque no siempre estaba la fortuna de igual aspecto y podría ser que no fuesen tan prósperos los sucesos de sus armas en Texcoco, como lo habían sido en Atzacapotzalco». Con tan insolente respuesta no le quedó otro arbitrio a Netzahualcóyotl que marchar adelante. ¿Mas por dónde caminó? He aquí una duda que suscita la contradicción que hay entre Veytia y Clavijero: éste asegura que por Santa Marta, es decir, por tierra firme; y el otro que por Tlatelolco, embarcándose los reyes de México y Tlatelolco con tropas veteranas de México y Tlaxcala para llegar, como llegaron, a la madrugada a Texcoco; yo tengo para mí que

dividieron las fuerzas por agua y tierra por mayor comodidad, y para atacar simultáneamente por diversos puntos. Lo que es indudable es que llegaron a Texcoco, donde los enemigos no estaban dormidos, sino bien avisados de todo por sus espías y confidentes; así es que habían prevenido sus tropas en tanto número, que excedían a las de Netzahualcóyotl, y las tenían emboscadas al abrigo de las casas para atacar a los mexicanos luego que desembarcasen; así lo ejecutaron peleando por diferentes calles valerosamente, mas no pudieron desordenarlos ni hacerlos retroceder, aunque cada paso que avanzaban costaba no poca pérdida, bien que era mayor la de los traidores. Duró el combate todo el día: al entrar la noche se retiraron los de Texcoco a las bocas calles inmediatas, donde con suma presteza se fortificaron abriendo zanjas y levantando tierra para parapetarse, lo mismo hicieron los mexicanos de orden de Netzahualcóyotl para evitar un albazo. A la mañana siguiente se volvió a la carga, mas con tal denuedo, que en poco tiempo se apoderaron los mexicanos de las trincheras, siendo la disputa tenaz y formidable; sin embargo la lid no terminó y siguió hasta por siete días en que se le puso término por un refuerzo que llegó de México, el que hizo mucho estrago en los de Texcoco que no se daban por vencidos, y sólo se rindieron luego que tomaron la fuga sus generales Ixtlacauhtzin y Nonohuacalcatl; ocultándose en la sierra de Tlaloc. Siguió el alcance el ejército victorioso y aunque logró dar muerte y apresar a muchos de la primera nobleza, no lo pudieron hacer con los tres caudillos principales.

Entró Netzahualcóyotl con los reyes e infantes que lo acompañaron en su palacio de Cilán, adonde concurrió innumerable pueblo a implorar su clemencia, representándole que no había tenido parte en la rebelión, porque la mayor parte de los facciosos era de gente noble y principal, y de éstos unos habían muerto en la guerra y otros se habían huido. Poco necesitó el Príncipe para usar de su piedad: no sólo les perdonó las vidas, sino que prohibió el saqueo de la ciudad, aun a los más culpados en la rebelión, y sólo para memoria de este suceso hizo quemar algunos templos, tomando por pretexto que servían de fortalezas. Este modo de obrar era consiguiente al odio con que veía aquellos abominables lugares en que se derramaba la sangre humana.

Detúvose Netzahualcóyotl dos días en Texcoco y en este tiempo arregló el gobierno, con ministros de su confianza, y marchó con su ejército a Huexotla. Hizo esta ciudad alguna resistencia, pero luego fue entrada espada en mano y entregada al saqueo. Acuérdomé que en 17 de mayo de 1825 estuve en este miserable y arruinado pueblo, en el que vi un trozo del muro que lo rodeaba, el cual es bien elevado, y me traje una piedra del último cuerpo que figura un piloncillo, labrada a mano, como todas las que están uniformes en hilera y forman una hermosa vista. Sólo existe una columna en medio de la plaza, que era lugar de suplicio y donde ponían los antiguos a la vergüenza a los ladrones en días de tianguis o mercado. Dicha columna es lisa y en el remate del chapitel tiene una linda greca. También registré los vestigios de un foso que rodea un gran fortín y existe aún un puente muy antiguo que da paso a dos caminos, y está arruinándose. Todo aquel terreno está sembrado de piedra obsidiana, que son fragmentos de flechas que allí se dispararon y recuerdan la memoria de este ataque, que yo recordé al señor cura del lugar que me acompañó a este reconocimiento. De allí pasó el Príncipe a Cohuatlican, Cohuatepec y otras poblaciones menores, que corrieron la misma suerte que Huexotla, hasta Iztapalocan. En ellas dejó jefes de su confianza y guarneció la ribera de la laguna del

rumbo de Chalco que era fronteriza, y Xochimilco; no se fue sobre Acolman, Otumba y demás poblaciones que también se le rebelaron, porque los mexicanos estaban fatigados de la campaña y no quiso desagradarlos reteniéndolos más tiempo contra su voluntad, y regresó a México donde fue muy bien recibido con fiestas y regocijos públicos, donde si a ustedes les parece bien, lo dejaremos por hoy recibiendo las enhorabuenas de su triunfo, porque el calor no nos permite continuar su brillante historia. A Dios.

CONVERSACIÓN QUINTA

Myladi. Dejamos ayer a Netzahualcóyotl muy regocijado en México: entiendo que presto pondría término a ese estado de quietud y holganza.

Doña Margarita. Parece que usted va conociendo su carácter; así sucedió, porque era hombre activo, laborioso, constantemente emprendedor, y emprendedor de cosas grandes; según la Historia nos lo pinta creía que nada había hecho, si aún le quedaba algo por hacer. Habiendo descansado algunos días resolvió ir sobre Xochimilco con sólo las tropas de sus estados, y algunas más auxiliares que le habían llegado de Tlaxcala sin valerse de los mexicanos. La ciudad de Xochimilco, que aún hoy subsiste con el mismo nombre en la ribera del sur de la laguna de Chalco, era en aquellos tiempos muy populosa y sus habitantes la habían circunvalado de una ancha y profunda zanja que estaba siempre llena de agua de la laguna. Gobernábala Yacapaintzin y había manifestado una firme y estrecha alianza con la nación tecpaneca y con Maxtla, a quien en la última guerra envió un numeroso socorro. Cuando la destrucción de Atzacapotzalco, muchos de los fugitivos de esta ciudad se asilaron allí, por lo que se aumentó en gran manera el poder de este cacique, que habiendo reunido un buen cuerpo de ejército, había hecho frecuentes correrías por varias partes; ya, en las fronteras del territorio tecpaneca; ya, en la ribera opuesta de la laguna, que era del soberano de Texcoco, hostilizando de muchos modos a los mexicanos y tlatelolcas que por ella navegaban. Resuelto Netzahualcóyotl a efectuar esta conquista, se valió primero de medios suaves, como acostumbraba con sus enemigos, mandándoles mensajeros, y por medio de ellos mandó decir a Yacapaintzin que no ignoraba que las tierras que poseía se las había dado a su mujer su tercer abuelo Huetzin, con condición de reconocerlo a él y a sus sucesores por supremo señor y monarca del territorio, derecho que había recaído en él y sus sucesores por sucesión legítima; y aunque Tezozómoc, prevalido de su gran poder, le había despojado a su padre de su imperio y de su vida, nadie ignoraba que había sido una usurpación tiránica e injusta, y nada podía justificar semejante acción ni darle la propiedad. Que asimismo desnudo de todo derecho, sucedió en la usurpación Maxtla, y no contento con verle despojado del reino heredado de sus mayores había atentado muchas veces contra su vida, que le habría quitado a no habérsela conservado el Dios *criador*; que fiado en la protección de este Ser Supremo y auxiliado de los mayores señores de la tierra, había tomado el mayor empeño en reconquistar su reino y castigar tan execrable traición, lo que había conseguido completamente quitándole la vida a Maxtla, y destruyendo su reino; que no le hacía fuerza el que antes temeroso del gran poder tecpaneca se hubiese declarado su parcial, y mantenídose unido a esta nación; pero que no podía dejar de hacerle y mucha, el que

viéndola destruida y a él victorioso sostenido de un poderoso ejército, y auxiliado de los mejores pueblos de esta tierra, quisiese por un mero capricho seguir una empresa que no podría sostener, y así lo exhortaba con amor a que desistiese de ella y siguiese el ejemplo de los demás señores, pues estaba dispuesto a recibirlo benigneamente a él y a los suyos, olvidando todo lo pasado; pero que si no se prestaba a ello, estuviese entendido de que prontamente marcharía contra él y lo destruiría. Yacapaintzin desatendió esta embajada y prorrumpió en bravatas y amenazas contra el que se le enviaba, y así Netzahualcóyotl se decidió a atraerlo a viva fuerza, renovó la orden de que sus soldados fuesen con armas lisas y no llevasen en sus cuerpos joyas ni aderezos, sino que uniformemente se vistiesen de mantas blancas, sencillas y sin labor; embarcó su tropa y desembarcó en frente de Culhuacán, en un paraje muy poblado de matorrales; mandó luego cortar gran cantidad de ellos y que cada soldado llevase un haz de los mismos; formó la tropa y desde allí marchó por tierra a Xochimilco; llegó sin detenerse a la orilla del foso y en el punto que le pareció más proporcionado hizo que sus zapadores arrojasen con gran prontitud la fajina que cargaban para pasar con rapidez el foso. Causó a los xochimilcas esta operación inesperada tanto asombro que no osaron disparar ni una sola flecha, y afectados de pavora decayeron; de ánimo viendo separado aquel obstáculo en que tenían confiada la esperanza de su defensa. Mandó el Príncipe entrar luego en la ciudad espada en mano y lo ejecutó el ejército con tanto orden y denuedo, que en pocos momentos hizo un estrago formidable y penetró hasta la plaza mayor situada en el centro de la ciudad. Ocupó muy luego el miedo al cacique Yacapaintzin, que comenzó a dar voces diciendo que se suspendiese la acción, pues quería hablar a Netzahualcóyotl, y éste mandó que se suspendiese el estrago y se le presentase al cacique. Hízolo acompañado de la principal nobleza de su pueblo, y postrándose a los pies de Netzahualcóyotl, imploró su piedad para que les perdonase la vida, entregándose de todo punto a su arbitrio, y confesando sus demasías. A todos los recibió benigneamente, como había hecho en Texcoco, y no sólo otorgó a su petición, sino que mandó al ejército que conservase las propiedades de los habitantes y no se tocara a la casa de ningún vecino. Mandó sin embargo que Yacapaintzin diese a la tropa cierta cantidad de ropa y víveres, que se repartiese entre ella. Impuso asimismo cierta contribución, que él y sus sucesores deberían pagar anualmente a los reyes de Texcoco por vía de tributo y reconocimiento; todo lo admitieron sin réplica y lo cumplieron en adelante. Para memoria de este suceso, en que ciertamente ganó mucho la humanidad porque se economizó la sangre, mandó quemar algunos templos donde se derramaba ésta copiosamente... en éstos descargaba su cólera y pagaban su enojo.

Myladi. ¡Hombre extraordinario! ¡Gentil sin par en la historia! En todas sus acciones me parece magnífico; pero en ésta lo hallo más admirable que en todas las que usted nos ha referido.

Doña Margarita. La calificación me parece exacta. Si lo considero como un guerrero, se me presenta un Aquiles que se deja ver y desaparece un ejército a su presencia; si como cristiano, enemigo terrible de la idolatría y un vigoroso defensor de la unidad del Ser Supremo, a quien solo es debido todo honor, adoración y alabanza. Si no temiera ofender vuestra delicadez religiosa, me atrevería a decirles que no me parece más grande Salomón cuando hace erigir un templo al Dios santo de Israel, que Netzahualcóyotl cuando

destruye los de los falsos númenes y pulveriza los vanos simulacros. ¡Oh Dios grande y magnífico, distribuidor de tus dones! ¡Tú erigiste un templo en el corazón de este rey gentil, donde te tributó el homenaje de que tú *solo* eres dignísimo! ¡Tú lo sacaste, como una hermosa antorcha, del seno obscuro de la idolatría y abominación para que cantara tus glorias contemplando tus maravillas! Cantolas sin disfraz en este continente el más poderoso de sus reyes. ¡Ah!, si me fuese dado, yo celebraría hoy este triunfo, erigiendo una columna en aquel pueblo en que haría inscribir para perpetua memoria de tan plausible suceso, esta sencilla inscripción:

PARA HONOR DE NETZAHUALCÓYOTL,
MONARCA INVICTO DE TEXCOCO,
QUE ECONOMIZÓ EN ESTE LUGAR LA SANGRE
DE LOS XOCHIMILCAS,
Y DESTRUYÓ LOS TEMPLOS Y SUS DIOSES.
UNA MUJER SENSIBLE
P.

Al día siguiente salió para México, donde se le aplaudió como en las veces anteriores. Los historiadores no asignan el día de este triunfo en Xochimilco y sólo dicen que ocurrió en fines del año de 1429. Decidido a continuar la guerra por el buen éxito de ésta, se despertó la emulación en los mexicanos, que ambiciosos de la gloria sintieron no haber tenido parte en aquella victoria, debida menos al valor brusco con que en aquella época se triunfaba que a una medida sabia y muy militar, tomada en tiempo oportuno. Viendo, pues, el rey de México Izcóatl que el de Texcoco estaba resuelto a seguir el vuelo a su fortuna que tan favorable se le mostraba, y a no dejar las armas hasta triunfar completamente de sus enemigos en algunas provincias que todavía se mantenían sublevadas, como Cuernavaca, Acolman, Otumba y otras poblaciones del norte de Texcoco, reunió el Senado y éste le consultó lo conveniente que sería auxiliar a Netzahualcóyotl con todas sus fuerzas, tanto más cuanto que aquella guerra se la había causado el amor de los mexicanos a quienes vino a auxiliar contra los tecpanecas, y sin cuyo socorro habrían sido víctimas de éstos; de consiguiente era justo ayudarlo a que se repusiese y castigar la traición de sus enemigos.

Myladi. Paréceme justa la consulta del Senado de México.

Doña Margarita. Hay otra razón más poderosa que la que tuvo a la vista y expuso entonces, y consiste en que el desafecto del cacique de Huexotla, contra quien tuvo que combatir, después de habersele mostrado a Netzahualcóyotl tan adicto en la adversidad y de otros caciques, dimanó del odio que le tenían a los mexicanos y se resistían a que cooperase a su engrandecimiento. Prevalidos de su ausencia se le sublevaron algunas provincias, que se habrían mantenido quietas si se hubiese mantenido quieto en Texcoco, y aquí se verificó lo que el Cid español dijo al Rey Don Alfonso:

Antes que a guerras vayades
sosegad las vuestas tierras.
... Muchos daños han venido

por los reyes que se ausentan,
que apenas han calentado
la corona en la cabeza ...
Y el Rey sosiegue su casa
antes que busque la ajena.

Era Izcóatl, como buen viejo, astuto y mañero; y hacía sordo a las voces interiores de su convencimiento, y no le pesaba ver a Netzahualcóyotl embarazado en esta guerra. Llevaba en esto el objeto de distraerle del empeño de reconocerlo por supremo monarca, y se holgaba de verlo vivir en la corte sin el esplendor de soberano, aunque por otra parte estaba aplaudido y obsequiado; mas viendo ahora que con la representación del Senado no podía pasar adelante su disimulo sin notársele, le ocurrió un medio, por el cual dando gusto al rey de Texcoco, lograba su deseo de aumentar su autoridad, no menos que sus estados.

Respondió, pues, a este cuerpo: «Que se alegraba de que pensase tan cuerda y justamente, hallándose él penetrado de las mismas razones que aquella corporación; pero que él no se había atrevido a proponerlas ni auxiliar a Netzahualcóyotl en esta guerra, porque no se creyese que el amor que en lo personal le tenía pesaba más en su corazón que el bien y utilidad de la nación mexicana, exponiéndola a sufrir el peso y contingencias de la guerra, por auxiliar a un sobrino; pero ahora que se le proponía por una asamblea justa e imparcial, libre de toda tacha en la materia, condescendía gustoso, y sería el primero que tomaría las armas y se pondría en campaña para excitar con su ejemplo a sus súbditos... mas para que viese el Senado la equidad con que él pesaba los intereses de todos, había pensado que antes de comprometerse en el socorro se propusiese al Príncipe, que considerándose obligada la nación a auxiliarle en esta guerra por los beneficios que por él había recibido, estaba pronto a ejecutarlo; pero que todas las demás tierras que se conquistasen feudales del imperio habían de ser partibles entre los dos Monarcas, extinguiendo todos los señoríos y uniendo a estos reinos las provincias y pueblos que les tocasen, en las cuales cada uno pusiese sus gobernadores, y que nada pudiera determinarse en los negocios de Estado y gobierno, sin el concurso de los dos soberanos».

Agradó al Senado el pensamiento y hecha la propuesta a Netzahualcóyotl condescendió en ella, porque así lo pedían las circunstancias del tiempo, esperando alguna favorable para enmendar este yerro. Llevó a mal la extinción de los señoríos, y sólo puso por condición que *se le había de jurar y reconocer por señor supremo de toda la tierra, del mismo modo y con las mismas solemnidades que a sus antecesores*. No pusieron obstáculo a esta condición Izcóatl ni el Senado, teniendo por de poca importancia esta ceremonia siempre que lo substancial del gobierno dependiese del concurso de ambos reyes. Celebrado pues el convenio, el Senado tomó las providencias necesarias para levantar en breves días un numeroso ejército, proveyéndolo de armas y víveres. A ejemplo de los mexicanos se movieron también los tlatelolcas y comenzaron a levantar tropas con que auxiliar a Netzahualcóyotl. Su rey Quauhtlatohuatzin, aunque inferior al de México en su cuna, gozaba de una justa reputación militar que no lo hacía inferior a él; por tanto, vivía aquel pueblo y su soberano en una especie de subordinación y

dependencia de los mexicanos, que no se atrevían a dar paso a nada sin su noticia y consentimiento, y así más parecía un señor feudatario de México que un soberano independiente. Netzahualcóyotl por su parte ocurrió a los señores de Tlaxcala y Huexotzinco, pidiéndoles todo el número de tropas que pudiesen mandarle y que viniesen a la posible brevedad. Consecuentes siempre estos jefes a su amistad y principios, aprontaron luego un grueso cuerpo de ejército, que entre unos y otros pasaba de diez mil hombres mandados por buenos jefes; de modo que a principios del año de tres conejos, o sea de 143, estaba en México este socorro, que reunido a las tropas mexicanas y tlatelolcas, se acercaba al número de cien mil soldados. Consultaron los reyes sobre el plan de campaña que debían seguir y disposición de marchas del ejército, y quedó acordado que se transportase en canoas a las playas del territorio de Texcoco, y ordenado allí marchase a las órdenes de ambos reyes, y a las de éstos el de Tlatelolco con los infantes de México Mochtheuzoma, Tlacaeleltzin y Axayacatzin, el infante de Texcoco Quauhtlehuantzin, Totoquiyauhtzin y otros príncipes de las casas de México y Texcoco.

Estando señalado el día, se embarcó el ejército y transportó en una noche a las playas de Texcoco. Al llegar a Quauhtlinchán salió el enemigo en número muy inferior al ejército de Netzahualcóyotl, y embistiendo ambos con bizarría se trabó una sangrienta escaramuza que duró algunas horas, hasta que los rebeldes no pudiendo sostener la carga; tornaron la fuga, quedando en el campo muchos cadáveres de ambas partes. Los texcocanos no quisieron seguir el alcance, sino que reunieron su tropa para darle descanso. Al siguiente día marchó el ejército por el rumbo del norte y al llegar a Nopohualco, tornó a presentarse el ejército enemigo reunido en número inferior: empeñose el ataque con denuedo, aunque duró poco, porque los enemigos volvieron la espalda sin considerable pérdida de una y otra parte. Al llegar a Culhuacán, situado a las márgenes del río Papalotlan, entre esta población y la de Chautla en que había un puente, cuyas ruinas existen todavía sobre dicho río, lo hallaron guarnecido de un grueso cuerpo de ejército que defendía el paso. Peleose con intrepidez por ambos ejércitos, derramose mucha sangre de unos y otros, con especialidad de algunos famosos capitanes texcocanos que llevaban la vanguardia y fueron los primeros en acometer; pero al declinar el día cedieron los enemigos retirándose hacia Chiuhnauhtlán, enseñoreándose del puente el ejército aliado. Éste hizo noche en aquel punto y al día siguiente continuó su marcha a Ocolman. Era éste lugar fuerte por su situación en medio de una laguna con solos dos entradas, guarnecidas con un grueso cuerpo de tropas mandadas por su señor Ochpancatl, a cuyas órdenes militaban algunos bravos capitanes tecpanecas, escapados de la guerra de Atzcapotzalco. El ejército unido procuró ganar las entradas; pero la guarnición las defendía con bizarría y el ataque duró por lo mismo tres días; al cabo de ellos cedió Ochpancatl y fue tomada la ciudad con gran carnicería, sin perdonar el vencedor más que a las mujeres y niños, y algunos pocos de la guarnición que libraron por la fuga. Netzahualcóyotl dio fuego a los templos y casas, la ciudad se entregó al pillaje y el día siguiente se mantuvo allí la tropa descansando de la fatiga.

Mister Jorge. He visitado esos lugares en el reconocimiento que hice de la laguna y presas que llaman del Rey, y estoy seguro de que Ochpancatl no pudo escoger una posición más militar que ésa para defenderse. Esto me hace creer que aquellos caudillos tenían más que regulares conocimientos de la guerra.

Doña Margarita. Muy luego emprendió el ejército su marcha quemando las poblaciones que se hallaban al paso e hicieron alguna resistencia, como Tenayocan, Tepecpan y Chiuhnauhtlán. De aquí volvieron sobre la derecha al rumbo del Leste, y se pusieron delante de Teotihuacán que estaba guarnecido con un numeroso ejército; pero en breve tiempo se rindió y fue saqueado por los vencedores. Igual suerte corrió Quauhtlanzinco, Aztacapatzco y otros lugares de menos consideración, entre los cuales la ciudad de Otumba fue la que hizo resistencia y sufrió mayor estrago. Revolvió el ejército a la izquierda sobre Zempoalan, ciudad grande y de mucho gentío; pero así ésta como Aztequemecan, escarmentadas con los tristes sucesos de las otras, pararon el golpe que les amenazaba rindiéndose voluntariamente y enviando mensajeros a los jefes vencedores. También las ciudades de Ahuatepec, Tepepolco hoy lugar muy despoblado, Apan y otras de aquella comarca que se habían mantenido fieles a Netzahualcóyotl, felicitaron a este soberano por medio de sus enviados, mandándole víveres en abundancia, con lo que se regaló y repuso el ejército. En tan breve tiempo sujetó las provincias rebeladas con una serie no interrumpida de triunfos, que hizo perder el ánimo a los caudillos que las habían seducido, que tomaron la fuga.

Arreglado el gobierno de estos pueblos sojuzgados, retrocedió el ejército al rumbo del oeste a la provincia de Tepotzotlán y marchó en buen orden por el camino de Tezontepec, Temazcalapan, Xaltocan y Teoloyocan sin disparar una flecha, porque aterrorizados unos y atraídos otros por la benignidad de tan buen príncipe salían en grupos a ofrecerle dones. Siguió hasta Quauhtitlan y de allí pasó a México, donde se le recibió con indecible alegría... Noto en usted, Myladi, cierta enajenación y me parece que la veo como absorta y muy cogitabunda. ¿Podré saber la causa que motiva esa sensación?...

Myladi. Motívala ese mismo Netzahualcóyotl, y mejor dicho ese cambio repentino de su fortuna. ¿No es ese mismo hombre el que hemos visto escaparse pocos días ha de las garras de Maxtla como el pajarillo de la red del cazador; saltar las tapias del jardín de aquel tirano; correr como una liebre perseguida de veloces galgos; burlar la vigilancia de los tecpanecas en su mismo palacio, a merced de un sahumero de *copalli*; salirse por un ahujero como gato; ocultarse bajo de un tlapahuehuetl por la fidelidad de Quacox y librarse en fin, ya bajo unos tercios de ixtli y de *chian*, o entre unas matas de saúco? ¿Cómo ahora lo veo triunfante de sus enemigos, rodeado en México de esplendor, y árbitro de la suerte de este vasto continente? ¡Oh fortuna!, ¡qué mudable e inconstante eres! ¡Dichoso el que no fía en tus caprichos, sino en una Providencia santa e infinitamente sabia, en aquel Supremo Señor, en cuyas manos está el primer eslabón de todos los seres, que dirige su destino desde el principio de una eternidad sin principio!

Doña Margarita. Efectivamente este personaje da materia para éstas y otras profundas meditaciones, de las que debemos sacar por fruto entregarnos ciegamente en manos de una Providencia bienhechora, reflexionando que la última de las criaturas, ¿qué digo?, de los insectos más despreciables, no es objeto indiferente para Dios, que sobre todos vela como si fuese el único objeto de su creación. ¿Con qué cara se atreve el ingrato deísta a desconocer esta sabia y cuidadosa Providencia? ¿Acaso podría pronunciar su lengua ese insulto, si ella no se la conservara para que diese testimonio de su existencia? La admiración de usted subirá de punto en la conversación de mañana cuando le presente a

este mismo Príncipe disponiendo de los reinos, y echando una línea divisoria en sus lindes respectivos, cambiando la faz política de este vasto imperio y zanjando los fundamentos de la felicidad que disfrutaron sus súbditos durante su reinado.

Myladi. Deseamos oír de la boca de usted esa interesante relación, y le protestamos que estaremos aquí bien temprano aprovechándonos del placer a que nos convida la frescura de este lugar.

Doña Margarita. Oigan ustedes el anuncio del día que les hagan las alegres golondrinitas, y reciban sus gorjeos como señal del convite que les hago.

Myladi. A ese canto alegre, que tanto regocijo nos causa, añado yo algunas reflexiones. Acuérdomme de mi país, que considero en aquella misma hora que aquí nos alegramos, hundidos sus habitantes en la obscuridad y ateridos de frío. ¡Ah! ¡Qué felices son los mexicanos habitando un suelo, que sin duda la augusta Trinidad bendijo de muy buena gana, complaciéndose en el momento de su creación! No sé cómo me he de acomodar a vivir en Londres cuando regrese a aquella ciudad: esta idea me entristece. A Dios, señora.

CONVERSACIÓN SEXTA

Myladi. Hemos seguido el consejo de usted, las golondrinas nos han despertado recordándonos con su canto la venida de la aurora. ¡Qué dulce gorjeo el de este animalito! ¡Con qué ternura se insinúa en el oído! Yo celebro su venida como señal de ventura.

Doña Margarita. No es usted sola: conozco persona que en su diario anota el día de su llegada, y también conocí a un padre de familia que daba a ésta una merienda de chongos en celebridad de su venida a México.

Myladi. No lo extraño de corazones sensibles que celebran las bellezas de la naturaleza y no pierden de vista al *Dios criador* de Netzahualcóyotl, que por todas partes y a todas horas del día, y en todas las estaciones nos habla al corazón y nos excita a tributarle honor, gloria y alabanza. Llegado este Príncipe a México, y no teniendo que apetecer, pues todo su reino estaba reconquistado con auxilio de los mexicanos, trató de dar estabilidad a su gobierno, poniéndolo a cubierto de una nueva usurpación, como la que Tezozómoc hizo a su buen padre Ixtlilxóchitl, y al efecto, se puso de acuerdo con Izcóatl en dividirse el imperio de este continente; esto era lo que puntualmente deseaba este ambicioso monarca; pretendía también que se extinguiesen todos los señoríos, pues el objeto era centralizar el gobierno y extinguir aquellas soberanías parciales que embarazaban el mejor gobierno, y dando ocasión a diferentes reclamaciones de los caciques, excitaban alarmas y revoluciones con frecuencia. Marchaban ambos monarcas acordes en todo; pero de repente Netzahualcóyotl cambió de opinión, porque por este cambio de sistema iba a quedar reducido a nulidad el régulo de Tlacopan o Tacuba Totoquiyauhtzin, a quien deseaba proteger y darle un trono.

Mister Jorge. ¿Y qué motivo pudo haber para ese cambio en un hombre de tanta probidad?

Doña Margarita. El que causa por lo común las revoluciones y trastornos de los imperios... Una mujer hermosa, la linda Matlalzihuatzin: el padre Torquemada refiere en parte su historia, en la que yo no estoy conforme en *todas sus partes*, por las razones que diré. Es menester tomar la cosa desde su origen para dar una idea completa de este singular acontecimiento de aquella época. Afectado Netzahualcóyotl de una fuerte ictericia, vino a mudar de temperamento a Tlatelolco donde vivía Temictzin, a quien había dado por esposa a esta joven su padre Totoquiyauhtzin régulo que era de Tacuba, la cual era muy niña y la criaba como a hija, teniéndola en su casa. Temictzin le mandó que sirviese la mesa a Netzahualcóyotl y su vista le causó una impresión tan profunda que no pudo comer, y desde aquel momento quedó ciegamente enamorado de ella. El padre Torquemada dice que Netzahualcóyotl no habló palabra a Temictzin, sino que aguardó ocasión de quitársela sin pedírsela y ésta se le vino a las manos, porque habiéndose sublevado en aquellos días una provincia de Texcoco, lo mandó con un grueso de tropa para que la subyugase y secretamente dio orden Netzahualcóyotl a sus ayudantes para que en el momento de la acción de guerra, lo comprometiesen y abandonasen para que pereciese en ella, como dice que se verificó; de modo que en su concepto, Temictzin hizo en nuestra historia el mismo papel que Urías en la de David y Matlazihuatzin el de Betsabé. Paréceme ésta una fábula, porque la conducta siempre humana de Netzahualcóyotl no da lugar a pensar de esta bajeza. En su mano estuvo gozar de aquella joven, pues a ello le daba sobrado lugar la voluntaria oblación que de ella le hizo su marido, presentándosela a que le sirviese la mesa. Por otra parte, si aún era niña y como tal e hija, y no como esposa, la tenía su marido sin haberla tocado, bien podía, según las leyes de la nación, pedirla para esposa el rey de Texcoco, y no se la habrían negado, ni el que pasaba por su marido ni su padre Totoquiyauhtzin que necesitaba el favor de Netzahualcóyotl para engrandecerse como lo consiguió por medio de aquella joven. Ésta fue, por último, mujer de Netzahualcóyotl y madre de Netzahualpilli, sucesor de éste en el trono de Texcoco. Dice la historia de esta señora que reunía al buen parecer la destreza y artificio para hacerse amar, y adornada de tan bellas partes había ganado enteramente el corazón del Príncipe. Su privanza, su alta nobleza y su natural ambición la hicieron concebir el designio de exaltar su casa cuando menos proporciones había para ello; sin embargo de muchos obstáculos que se le presentaban, ella forzó su empeño de tal modo, que logró hacer que entrase en sus proyectos su amante. Reducíase éste, no sólo a que no se le despojase a su padre de los estados de Tacuba, sino a que se le aumentasen, agregándosele algunas tierras de las recién conquistadas, y lo que es más, a que se le diese en el gobierno del imperio igual parte que al de México, de suerte que fuese éste un triunvirato de que dependiese toda la fortuna de este continente, sin que pudiera decidirse ningún negocio sin la concurrencia de las tres cabezas. Toda la dificultad consistía en ganar la voluntad del rey de México, hombre testarudo y ambicioso de mando. Fue por lo mismo preciso que Netzahualcóyotl emplease todo su talento, sagacidad y elocuencia, para hacer valer su pretensión a favor de Totoquiyauhtzin. Era éste sujeto de capacidad, prudencia y valor, diestro en la milicia, y tenía por otra parte el mérito de haber sido siempre fiel a Netzahualcóyotl, guardando al mismo tiempo buena armonía con los mexicanos, a pesar de la lealtad que debía a Maxtla, dando por sus tierras franca entrada a

sus ejércitos en la invasión referida. Prevalido pues de estas razones, propuso Netzahualcóyotl al Senado de México su proyecto. Apenas lo oyeron cuando lo desecharon con ardor, harto escandalizados; mas no por eso desmayó; antes por el contrario, esforzando sus razones entre otras, les dijo: «Que aunque había entrado conquistando a sangre y fuego el reino de su antecesor Maxtla para castigar su tiranía y la de sus aliados, jamás había sido su ánimo destruir de todo punto esta monarquía, una de las más ilustres del imperio de donde procedían muchas casas y familias, porque semejante conducta no podía dejar de ser tiránica, no habiendo sido todos igualmente culpados en la invasión de Tezozómoc ni en los excesos de Maxtla; pues era bien notorio que muchos siguieron su partido con repugnancia y a más no poder, cuando de no hacerlo así sólo habrían conseguido su ruina. Que uno de ellos fue Totoquiyauhtzin, quien no obstante el parentesco inmediato que tenía con la casa de Atzcapotzalco estaba tan mal hallado con la dominación tecpaneca que, cuando se le presentó la ocasión de sacudirla, lo ejecutó y en ocasión tan favorable que, abriendo paso por Tacuba a las tropas mexicanas, lograron entrar sin embarazo a incorporarse con el ejército; que en la suposición de que no era justo que totalmente se extinguiese la monarquía tecpaneca, sino que subsistiese y que el que la obtuviese participase del gobierno, ninguno con más razón que Totoquiyauhtzin, quien a más de descender de la caca de Atzcapotzalco, estaba adornado de todas las prendas de valor, talento y prudencia apreciables en un rey; y que finalmente, para el acierto, más fácil y pronto despacho de los negocios del gobierno, era conveniente que fuesen tres y no dos las cabezas del imperio, porque de esta suerte, habiendo desigualdad en los votos, el que diera un tercero, formaría decisión en los asuntos dudosos».

A este discurso de Netzahualcóyotl, proferido con energía, gracia y elocuencia, y acompañado de aquel prestigio y unción irresistible que le daba tan ilustre personaje, enmudeció todo el Senado, dando a entender con su silencio que condescendía en la propuesta; mas tomando entonces la palabra el rey Izcóatl, le habló de esta suerte:

«Muy amado sobrino: Confieso que tus razones me han convencido en cuanto a que no se extinga el reino tecpaneca, que así por su antigüedad como por su nobleza, de que somos participantes por repetidos enlaces y por ser el tronco de donde proceden tantas ilustres familias, es razón que se mantenga y restaure en su antiguo esplendor; dándole parte en el gobierno al Monarca que ocupe su trono. También me parece muy acertado el pensamiento de que sean *tres* las cabezas del imperio para facilitar de este modo el despacho de los negocios, pero en lo que no puedo convenir es en que a Totoquiyauhtzin se le dé la posesión de este reino y la investidura de rey, y parte en el gobierno, porque la misma razón que alegas del más inmediato enlace de parentesco con los últimos reyes tecpanecas es el mayor obstáculo que tiene para ser elegido, pues late muy viva en sus venas la sangre de los dos tiranos Tezozómoc y Maxtla, y... su misma acción de infidelidad para con ellos aunque a nosotros nos haya sido provechosa nos debe hacer advertidos para guardarnos de él, y no ponerlo en estado de que proceda con nosotros con igual deslealtad, causando nuevas alteraciones en el imperio. Otros señores hay de la misma casa, de igual nobleza y no inferiores prendas, que descienden de ella, antes que se manchase con las tiranías de los dos últimos reyes, y de éstos puedes elegir el que quisieres, que cualquiera de ellos será de mi aprobación, como no sea Totoquiyauhtzin».

He aquí, señores míos, una cuestión de política, la más ardua y difícil que pudiera presentarse a la discusión del Senado de México. Convenía que permaneciese un trono antiguo y de nombradía, cual era el tecpaneca, pues los individuos de esta nación jamás podrían convenirse en que desapareciese de este continente, porque ¿quién es el que no desea que se inmortalice el nombre de su patria, y que ésta conserve su independencia? Por otra parte, Totoquiyauhtzin había prestado servicios importantes a los mismos mexicanos, por los cuales lograron triunfar de su opresor y recobrar su libertad.

Myladi. Es verdad... pero ¿y la traición hecha a Maxtla no era un óbice para que se desconfiase de él y se temiese que en iguales circunstancias obrase del mismo modo?

Doña Margarita. Es verdad; pero en asuntos de política, no tanto se consideran las razones de *una estricta justicia*, cuanto las de conveniencia pública... porque si aun en asuntos de este ramo, o como hoy dicen, con un galicismo insoportable, *del resorte*, el sumo *derecho es suma injusticia*, ¿qué será cuando versan las que se llaman razones de Estado? Por otra parte, Totoquiyauhtzin estaba en posesión de mandar a los tecpanecas, que le obedecían gustosos, y ponerles otro príncipe sería introducir desazones en el mismo pueblo, que tal vez producirían una nueva guerra civil desastrosa; he aquí el aspecto por donde yo he considerado esta cuestión. En fin, discutiéndose con gran detenimiento y con largos debates, Netzahualcóyotl recabó de su tío Izcóatl que condescendiese en el nombramiento de Totoquiyauhtzin, que a los estados de Tacuba se agregase la quinta parte de las tierras nuevamente conquistadas y el resto se dividiese igualmente entre los reyes de Texcoco y México. Que al de Tacuba, se le diese la investidura de rey de los tecpanecas, con el título de *Tecpanecatl Tecuhtli*; al de México, *Culhua Tecuhtli*, por el antiguo reino de Culhuacán que poseía por sucesión legítima, y a Netzahualcóyotl el de *gran Chichimecatl Tecuhtli*, que tuvieron sus antepasados. Acordose también que este triunvirato gobernase el imperio, sin que pudiera determinarse cosa alguna de importancia, sin el concurso de los tres reyes, entre quienes debería preferir en dignidad el de Texcoco, y se le había de jurar y coronar por supremo emperador del mismo modo y con las mismas solemnidades que lo fueron sus mayores, y que esta jura se había de celebrar en México y, al mismo tiempo, habían de ser reconocidos por sus colegas y compañeros los otros dos reyes. Tan gran trastorno produjo en el gobierno de esta tierra el deseo de complacer a una belleza, llevado a cabo por un rey joven, *enamorado*, sabio y poderoso. A él debió el imperio mexicano su acrescentamiento y opulencia. Muchos políticos han creído que éste es problema de difícil resolución por los sucesos posteriores, ocurridos después de la conquista de los españoles, y si esta medida trajo más bienes que males a este suelo. Su resolución no podríamos darla con acierto hasta no examinar en la historia de la conquista la concatenación de los sucesos ocurridos entre estas tres partes del imperio, y que proporcionaron a Hernán Cortés la usurpación total de este vasto continente. Comenzose luego a trabajar en los preparativos de la jura, cuyo arreglo tomó a su cargo el Senado de México; despacháronse correos para todas partes hasta las costas de uno y otro mar, convocando a todos los señores y principales caballeros para la ciudad de México, a tan augusta función. Hízose con una pompa y magnificencia jamás vista, a mediados del año de cuatro cañas, que fue el de 1431. Las ceremonias fueron las mismas que usaron otros emperadores, como dijimos al referir la coronación de Quinantzin, con la diferencia de

que poner la corona era prerrogativa del rey tecpaneca de Atzacapotzalco, como primer príncipe del imperio, y era el primero que le saludaba con el nombre de *gran Chichimecatl Tecuhtli*; pero en esta vez no fue así, sino que sentado Netzahualcáyotl en su *Tlahtocaypalli*, o silla real, que estaba colocada sobre unas gradas en el fondo principal del salón del palacio de Izcóatl, tomó éste una manta muy fina labrada de varios colores y se la puso desde los hombros; después tomó la corona y se la colocó en la cabeza, saludándole con el nombre dicho: ejecutado esto, tomó asiento en un trono que estaba prevenido a la derecha de Netzahualcáyotl. A esta sazón, el nuevo rey de Tacuba que estaba de pie colocado junto al de Texcoco, le hizo una profunda reverencia, saludándole con el nuevo renombre y tomó otro asiento que se hallaba a la izquierda del de Texcoco. Siguiéron después los infantes de México y Texcoco, y príncipes de estas casas, el rey de Tlatelolco y los demás señores y caballeros de aquel gran concurso, uno en uno por su orden, y pasando por delante de Netzahualcáyotl repetían el mismo saludo, haciendo aquel homenaje o especie de juramento de fidelidad, y de reconocer por colegas del imperio a los reyes asociados. Concluida la ceremonia, Netzahualcáyotl se levantó de su asiento y acompañado de sus colegas salió a la puerta de palacio donde había innumerable concurso de pueblo, el cual luego que lo vio comenzó a victorearlo. Siguióse a este acto un muy espléndido banquete, no sólo para los señores y principales, sino también para el pueblo, y en éste y en los días subsecuentes se hicieron muchas fiestas y regocijos públicos, preparados de antemano de bailes, saltos, suertes de ligereza, alardes, combates singulares, juegos de pelota, palo, volador y otros que acostumbraban los indios mexicanos, de que hablar a ustedes cuando diga algo de sus costumbres e historia general.

Myladi. Advierto que en esa solemnísimas fiesta, nada tuvo que ver Huitzilopuchtli.

Doña Margarita. Netzahualcáyotl no estaba de buenas con ese caballero, como Ahuitzotl, Moctheuzoma y otros reyes fanáticos; ya he dicho que lo detestaba de corazón y que eso forma su mayor elogio.

Hízose luego el repartimiento de tierras convenido, tirando una línea de sur a norte, desde el cerro nombrado Cuexcomatl, que está a la parte del sur respecto de México, y trayéndola en derechura por medio de la laguna, donde se dice que clavaron unos morillos o estacas muy altas de ambas orillas que sirviesen de mojoneras; corriendo después para el norte atravesó la línea los cerros de Xoloque y Techimalli hasta el territorio de Tototepec, que era lo que hasta entonces se había conquistado. Todavía subsistían en los días de Boturini y Veytia las señales de esta división en un albarradón que corría de sur a norte, a la falda occidental del Peñón de los Baños que era conocido por la *albarrada de los indios*, a distinción del de San Lázaro, que era obra de los españoles, para contener el derrame de las aguas de la laguna de Texcoco, y según los linderos que señalan los escritores antiguos corría la línea por el sur entre Ixtapalapan y Culhuacán, atravesando la laguna de Chalco por entre Nativitas y Xochimilco, y por el norte corría atravesando el terreno que es ahora laguna de Tzumpango, y seguía por entre este pueblo y el de Citlaltepec hasta Tototepec. Todas las tierras de la banda del *leste* quedaron agregadas al reino de Texcoco y en su posesión Netzahualcáyotl; y todas las del poniente que era la mayor parte, quedaron anexas a los reinos de México y Tlacopan,

dándole a este último los estados de Mazahuacan y otros pueblos de su comarca, que fue lo que regularon corresponderle a la quinta parte de lo ganado. De este modo quedó el nuevo reino encerrado y circunvalado entre el de México, como lo estaba también el de Tlatelolco.

Comenzaron desde entonces a gobernarse los de este triunvirato con total independencia en los negocios interiores de sus respectivos reinos; mas en los de guerra y paz, nada podía hacerse sin el concurso de los tres. Así lo afirma don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, como público y notorio, y en comprobación de esta verdad, refiere unos trozos de un antiguo cantar llamado Xópancuçcatl que cantaban los indios en lengua *náhuatl* en sus fiestas y saraos, y sus palabras las traduce al castellano de este modo: «Dejaron dice memoria en el Universo los que ilustraron el imperio de México, y aquí en Aculhuacán los reyes Netzahualcóyotl y Mochtheuzomatzin, y en Tlacopan Totoquiyauhtzin: de verdad que será empresa eternizada tu memoria por lo bien que juzgasteis y registeis el trono y tribunal del Dios criador de todas las cosas».

Llegó el tiempo de que Netzahualcóyotl partiese a gobernar su reino conquistado con tantos afanes: ofendido por una parte de la infidelidad con que le habían correspondido muchos señores, y algunos pueblos de Texcoco y agrado por otra de la generosa hospitalidad que desde su infortunio había recibido en México, donde asimismo había disfrutado las mayores satisfacciones y aplausos, quisiera mantenerse en esta corte, pues tenía fabricados en ella hermosos palacios y jardines; pero instado de sus súbditos y convencido de que su ausencia pudiera producir una nueva revolución como la pasada, y que tan caro le costó, resolvió restituirse a su capital. Manteníanse ocultos en ella varios personajes que habían sido sus enemigos declarados y que le habían hecho la guerra, como Ixtlacauhtzin señor de Huexotla, Motoliniaztzin de Cuauhtlinchán, Ochpancatl de Acolman, Totomihua de Cohuatepec, Tlilmatzin, de quien tantas perfidias hemos contado su hermano bastardo y gobernador puesto por Maxtla, y su cuñado Nonohualco, y presumiendo que serían objetos de su persecución, determinaron recurrir a su clemencia, enviándole algunos mensajeros para implorarla. Concedioles la gracia que pedían, asegurándoles que tenía olvidados sus delitos y sólo se acordaría de ellos para perdonárselos, y atenderlos en cuanto pudiese, por lo que les hizo prevenir que se mantuviesen quietos hasta que él fuese, que sería dentro de breve, pues a su llegada pensaba hacerles algunas mercedes.

Myladi. No me canso de oír de la boca de usted esas anécdotas, y cada vez que me refiere alguna se me dilata el corazón.

Doña Margarita. Y si eso pasa por usted, ¿qué pasará por el mío? Soy mexicana y la gloria de mis mayores la hago mía exclusivamente: mil veces he puesto en paralelo la virtud de la clemencia de este príncipe, con la de aquellos emperadores de Roma que tantos elogios han merecido de la posteridad. ¡Cuántos no se le han dado a aquél que dijo: «Siempre es digno de clemencia el que habla mal de la Majestad, porque o está loco, o está quejoso; si lo primero, está fuera de la jurisdicción de las leyes; si lo segundo, debe oírsele su queja en justicia»! ¡Cuántos no merecerá el que positivamente perdona, no a los que han hablado, sino a los que se han sublevado contra este príncipe, a los que le han

hecho la guerra a muerte, al hermano que se ha coludido con sus enemigos para quitarle la vida en su propia casa, convidándolo para un festín! ¡Ah! No hay comparación entre caso y caso: éste es original y muy pocos presenta la historia de su especie. Hay algo más que realza esta conducta heroica, y sobre lo que llamo vuestra atención. Cuando Netzahualcóyotl entró en Texcoco, echó menos en el número de concurrentes a dichos personajes y preguntó la causa por que no se le presentaban; respondieronle que sin embargo del perdón que les había otorgado, ellos conociendo la gravedad de sus afanes y no hallándose con valor para sostener su presencia, no habían osado comparecer, sino que se habían salido tomando el camino de Tlaxcala. Sintiólo mucho Netzahualcóyotl y mandó a Coyohua, caballero de su comitiva, que partiese en diligencia a alcanzarlos, diciéndoles de su parte que él venía a Texcoco llamado de sus fieles súbditos, no para castigarlos ni renovar memorias de injurias pasadas, sino para ampararlos y hacerles cuanto bien pudiese: que se asegurasen de su palabra, pues había olvidado de todo punto sus aberraciones; finalmente, que se volvieran a sus casas donde se les trataría con una decencia correspondiente a su cuna. Partió Coyohua sin demora y aunque llegó con prontitud y alcanzó a los emigrados, no pudo por esfuerzos que hizo recabar de éstos que regresasen a Texcoco: el miedo, los remordimientos, la confusión y, más que todo, la pequeñez de su ánimo, no les permitía ni aun pensar que hubiese un corazón tan magnánimo en la tierra, capaz de perdonar sus atroces injurias y devolverles bienes por males; ésta es por lo común la flaqueza de los miserables mortales, que quieren comparar la infinita misericordia de Dios para perdonarlos, por la ninguna piedad que tienen en sus ánimos ruines; esto los retrae de invocarla y les inspira la fatal desconfianza de su salvación, que es el mayor agravio que pueden hacer a la Divinidad, que ha dicho por la boca del Salvador, que perdonará no sólo siete veces, *sino setenta veces siete*, es decir, ilimitadamente; Dios se goza en su gloria con el ejercicio de sus virtudes, y sobre todo, con el de la clemencia... ¡Oh!, ¡si los mortales probaran de la dulcedumbre celestial de esta virtud, ellos se acelerarían a ser virtuosos y clementes!...

Myladi. Reflexiones precisas son éstas, que ojalá las tuviéramos siempre fijadas en la memoria... mas no nos distraigamos. ¿Qué respondieron esos hombres a quien les brindaba con la clemencia?

Doña Margarita. Respondieron con mucha sumisión y agradecimiento que reconocían su bondad en perdonarles, y le aseguraron que más tolerable les sería la cruel memoria de sus yerros que la presencia del monarca, por lo que elogian de mejor gana vivir en humilde fortuna en otras regiones que en la opulencia en Texcoco. Entonces Totomihua, señor de Cohuatepec, uno de los emigrados, llamando a dos hijos que llevaba consigo Ayocuantzin y Quetzaltecolotzin, le dijo al mensajero: «He aquí, estos niños, lléveselos al Rey, dile que ellos no han sido cómplices en nuestros delitos y que se los envíe para que los ampare su bondad». Y tornándose hacia estas criaturas inocentes les dijo: «Id a servir con amor y lealtad a vuestro soberano, tomando escarmiento en nosotros, que hasta ahora vuestra inocencia os salva». Partió con ellos Coyohua y los emigrados siguieron su camino para Tlaxcala y Huexotzinco, donde se establecieron y de donde procedieron después muy ilustres familias. Netzahualcóyotl los acogió con bondad y les dispensó cuanto favor habría concedido a su padre.

Myladi. Verdaderamente que la historia de este príncipe es la historia de la virtud.

Doña Margarita. Convengo en esta verdad, aunque no tardaré en mostrar a ustedes *alguna flaqueza* que lo haga resentir de la miseria humana y de su origen corrompido. El ser perfectos en la carrera de la virtud sólo se ha reservado a los discípulos del Evangelio. El autor de este libro divino es la suma perfección y sus preceptos sólo van encaminados a este grande objeto. El gentil columbra una pequeñita antorcha y, aunque la sigue con constancia, da sus tumbos y caídas: el cristiano sigue un fanal luminoso de luz indeficiente y sus pasos son firmes y seguros. Espero manifestar a ustedes esta verdad, separándome con pena, hasta mañana. A Dios señores.

CONVERSACIÓN SÉPTIMA

Myladi. Nos dejó usted ayer con la miel en los labios y si usted se separó con pena, mayor la tuve yo.

Doña Margarita. El tiempo no permitía otra cosa, pues los calores son excesivos y las fiebres andan baratas: aprovechémonos del fresco de la mañana y con él, con la verdura de estos árboles que encantan, porque la primavera los ha vestido maravillosamente, y con el placer que cause a ustedes lo que les siga refiriendo de su queridito Netzahualcóyotl, el placer será triplicado. Al separarse este príncipe de México para Texcoco, los mexicanos tuvieron un día de pesar; amábanle mucho porque él se lo merecía y, por otra parte, nuestro pueblo es dulce y amorosísimo: ya ustedes han visto lo que nos ha pasada en estos días con el primer jefe de la república, y podrán calcular lo que pasaría entonces. No sólo el bajo pueblo sintió su ausencia, sino el Senado y la nobleza. Embarcose con su tropa para Texcoco y también lo acompañaron los infantes de México, los senadores y multitud de personas que no acertaban a separarse de él. Dirigió su marcha hacia las playas inmediatas a un bosque llamado Acayacac, que presumo sea el mismo que aún existe en las tierras de la hacienda nombrada la *Chica*, propia del hospicio de San Jacinto, dominicos de Filipinas, y aún se ve en él una alberca y vestigios de un magnífico estanque rodeado de ahuehuetes, de cuyo lugar pintoresco entiendo haber hablado a ustedes otra vez. Ofendiose de estos aplausos el rey Izcóatl y se excitaron tan vivos celos en él, que habiendo regresado de Texcoco la nobleza y el Senado, recibió a todos con seño y aspereza, afeándoles como extremos imprudentes una acción de noble gratitud que sin duda los honraba. Díjoles entre muchos reproches que ni por la sangre, ni por la edad, era Netzahualcóyotl más digno que él de ser coronado y reconocido por supremo monarca de la tierra; pero mucho menos *por el valor, en que le era muy inferior, tanto cuanto va de un joven soldado bisoño a un capitán veterano*, a que se agregaba ser el rey de la Nación mexicana. Finalmente, que el haber instado el Senado y la nobleza con tanto empeño para que se coronase Netzahualcóyotl, era para él un justo motivo de sentimiento y desconfianza. El de Texcoco con su gran perspicacia no ignoraba el desafecto de su tío, pues había visto el desdén y mal ojo con que le trataba; pero su prudencia y deseo de conservar la paz le hacía disimular y hacer en obsequio de ella algunos sacrificios. En breve llegaron a sus oídos las expresiones injuriosas de Izcóatl

que herían su amor propio hollando la fama de su valor, que era bien notorio, y la prenda inapreciable en aquellos tiempos, no digo con respecto a los reyes, sino aun para los particulares: por tanto, se decidió a romper el silencio que hasta entonces había guardado. Lleno de enojo le mandó decir con dos caballeros de su corte que se aprestase para la guerra, porque dentro de diez días se presentaría sobre México con su ejército, y con las armas en la mano le haría conocer y confesar que por su valor era digno de la alta dignidad de gran *Chichimecatl Tecuhtli* que tenía, aun cuando no la hubiese heredado de sus mayores. Mandó luego que levantasen sus capitanes más gente y la tuviesen a punto, y en ordenanza militar. Turbose el rey de México al oír un desafío que no esperaba, y multiplicando disculpas procuraba indemnizarse del hecho sobre que se le reconvenía, atribuyendo a siniestra interpretación sus palabras y a depravada intención del que las hizo llegar a oídos de su sobrino para alterar la armonía de entrambos; prorrumpió en amenazas contra el que hubiese suscitado aquella desazón y ofreció dar a Netzahualcóyotl la satisfacción que quisiese. Dada esta respuesta, y sin consultar al Senado sobre el modo de tranquilizar a su sobrino y desarmar su cólera, no ocultándosele su inclinación al bello sexo, mandó reunir a todas las jóvenes más hermosas de México de las casas más ilustres y que sobresaliesen en prendas y belleza, de las que escogió 25 que entregó a dos caballeros de su casa para que las presentasen a Netzahualcóyotl en demostración de su afecto, ofreciéndole dar otras satisfacciones que quisiese. Los enviados cumplieron con la orden; pero esta acción, en vez de calmar a Netzahualcóyotl, encendió más su cólera interpretándola como confirmación del primer insulto, pues creyó que esto era lo mismo que tratarle de cobarde y afeminado. Ocultó su disgusto a los enviados y les previno dijese a su señor que dentro de muy breve le daría la respuesta. Mandó que se hospedasen aquellas jóvenes en uno de sus palacios, y que se las sirviese con el posible esmero y delicadez. Al tercero día las hizo llevar a su presencia, las dio muchas joyas de oro, piedras, ropas exquisitas y luego mandó a dos señores de su corte que las acompañasen a México, y devolviéndolas al rey Izcóatl le dijese: «Que le devolvía aquellas damas a quienes no había ni aun tocado, sino obsequiádaslas, y hecho que se las sirviese como demandaba su sexo y hermosura. Que negocios de esta naturaleza e importancia no se trataban por medio de mujeres: que el ser atento y galante con ellas, y amarlas mucho, no se oponía al valor, ni era prueba de cobardía como se lo haría ver la experiencia el día señalado, para el cual nuevamente lo apercibía que estaría sobre su ciudad de México». Aumentose la confusión de Izcóatl al oír esta respuesta sin dar otra que repetir las que antes había dado, y habiendo despedido a los enviados, reunió el Senado para consultarle lo que debería hacer. Llamó también a los reyes de Tlacopan Tacuba y Tlatelolco, a quienes persuadió que lo auxiliasen haciéndoles entrar en la liga y causa común, porque si él era vencido, con cualquier achaque y pretexto caería sobre ellos Netzahualcóyotl, y los despojaría de sus reinos. Ofrecieron enviar sus tropas lo más pronto posible. Se nombraron jefes que mandasen el ejército bajo las órdenes de Izcóatl, que se pondría a la cabeza de ellas, y se tomaron otras medidas en tan urgente lance. Otro tanto hizo Netzahualcóyotl y en pocos días levantó un cuerpo lucido, que revistó por sí mismo, con el que se embarcó al anochecer y al siguiente día fue a desembarcar a las faldas del cerro de Tepeyacac, donde hoy está la colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, porque ya desde aquellos tiempos habían formado los tlatelolcas una especie de albarradón en este sitio que comunicaba con la ciudad.

Puesto en orden su ejército comenzó a marchar, y a su cabeza y corta distancia el mismo Netzahualcōyotl, sin permitir que alguno le acompañase. Iba gallardamente adornado a su usanza, vestido de un sayo primorosamente labrado de colores, que le abría desde el cuello a la cintura, quedándose las mangas más arriba del codo: de la cintura a las rodillas descendía un tonelete curiosamente tejido de rica y vistosa pluma. Llevaba por casco la piel curada de la cabeza de un coyote por cuya loca descubría el rostro, y entre las orejas naturales de esta fiera, dos borlas rojas de algodón, que era la insignia de la orden de los tecuhtlis. Llevaba también en los brazos y muñecas, brazaletes y pulseras de oro, guarnecidas de pedrería, y otras semejantes en las corvas y pantorrillas. Las plantas de los cacles y sandalias eran de oro macizo, afianzadas con cordones rojos y repartidas en el cuerpo: por éste y espalda muchas joyas de oro y pedrería. Empuñaba en la mano derecha una macana cortadora y en la izquierda abrazaba un escudo de piel curada, guarnecido de plumas, y en su centro por divisa... lo que no debo proferir... porque es demasiado vergonzoso. De esta suerte llegó este guerrero denodado a los arrabales de Tlatelolco, donde ya le esperaba el ejército mexicano en buen orden, y a su frente Izcóatl, y puesto a proporcionada distancia en que pudiese ser oído, le dijo con voz firme: «Aquí me tienes a cumplir la palabra que te he dado y a vengar mi agravio; pero no puedo negar que me es muy sensible haber de lavarlos con sangre de tus súbditos que en nada me han ofendido, y pues tú solo me has agraviado, si de veras los amas y deseas librarlos de este estrago, sal a lidiar conmigo cuerpo a cuerpo, que esto es lo que únicamente puede decidir la disputa de cuál de los dos es más valiente, y el que venciere será digno de coronarse por supremo monarca. Yo te ofrezco que aunque los míos me vean muerto a tus pies, no se moverán contra ti, sino que se volverán por el mismo camino que vinieron».

A este bizarro reto respondió Izcóatl, o tímido o prudente: «Muy amado sobrino. Jamás he pensado, y mucho menos proferido, cosa que pueda ofender tu valor de que tan repetidas veces he sido testigo fiel en tantos y tan ilustres hechos, por los cuales eres muy digno de la corona del imperio que pocos días ha puse yo mismo sobre tu cabeza, aunque no la hubieras heredado de tus mayores; y así lo que conviene es que dando crédito a mi verdad depongas tu enojo, y entres en paz en tu ciudad de México donde serás respetado, amado y servido como lo fuiste el tiempo que en ella has vivido». «Asaz colérico respondió Netzahualcōyotl, resuelto a dar al mundo una nueva prueba de mi valor, no admito otro partido que el de pelear, y pues no quieres que entre los dos, de cuerpo a cuerpo se decida la cuestión, no me culpes después del estrago que haga en los tuyos». Y volviéndose a sus soldados les mandó atacar.

Hiciéronlo con notable denuedo y con él mismo fueron recibidos de los valientes mexicanos; así es que se trabó un sangriento combate que no duró mucho, porque habiendo logrado un soldado ordinario de Texcoco matar a un famoso capitán mexicano nombrado *Ichtecuachicatli*, que mandaba un grueso de tropa, comenzó ésta a desmayar y retirarse; lo que visto por Izcóatl mandó hacer seña de suspensión haciendo flotar una gran sábana blanca colocada en la asta de un palo muy alto, y envió a cuatro senadores que dijese a Netzahualcōyotl que ya era bastante lo hecho para que se diera por satisfecho de su enojo. Puestos los senadores a su presencia, con bastante humillación le dijeron de rodillas: «Hijo nuestro muy amado, ¿hasta dónde piensas llevar tu enojo contra los mexicanos? ¿Quieres acaso derramar toda su sangre y corresponder de este modo a lo

mucho que te aman? Basta ya con lo hecho; y cuando no quieras atender a las canas de tu tío, de quien estás quejoso, atiende a los clamores de los viejos, de su senado, nobleza y plebe, que en nada te han ofendido y no desean otra cosa que verte contento y desenojado». «Levantaos, padres míos respondió Netzahualcóyotl, que yo no puedo negarme a vuestros ruegos, pues cuanto estoy quejoso de vuestro rey, estoy bien satisfecho del amor de los mexicanos, y por eso rehusaba castigar en ellos mi agravio, y quería que entre su rey y yo se decidiese la cuestión; mas ya por vuestro ruego depongo la queja y estoy pronto a renovar la paz con él y con vosotros; pero con la condición de que para perpetua memoria de este suceso me han de dar anualmente los reyes de México, Tlatelolco... y Tacuba, un reconocimiento como a supremo monarca de la tierra».

Myladi. ¿Al de Tacuba ha mentado usted?

Doña Margarita. Sí señora.

Mister Jorge. ¡Qué pronto se olvidó de los beneficios y ser político que debía a Netzahualcóyotl! No hay que admirarse, tales resultados dan los empeños de *faldas*.

Doña Margarita. Los senadores de México respondieron a Netzahualcóyotl: «Entrad por ahora, señor, y descansad en vuestra ciudad donde seréis servido y obsequiado; allá se tratarán estos negocios y se hará todo lo que mandares». Dieron luego aviso al rey Izcóatl, que salió prontamente acompañado del de Tlacopan, Tlatelolco y familia de la Casa Real de México, y habiéndose abrazado y héchose expresiones de mutua satisfacción, entró Netzahualcóyotl acompañado de esta comitiva y seguido de ambos ejércitos, fue recibido con grande aplauso. Hospedose en una casa que aquí tenía fabricada, donde descansó aquel día y el siguiente. Al tercero, mandó convocar al Senado, a que concurrieron dichos reyes, los infantes y la mayor parte de la nobleza de los mismos reinos para tratar sobre el feudo que pedía se le diese anualmente, y demás condiciones con que se renovaría la paz y alianza de estas Coronas. Atentos y callados todos los de aquel congreso, dictó Netzahualcóyotl los artículos siguientes:

Primero. Que dichos tres reyes le habían de enviar a su corte, por vía de reconocimiento anual de suprema dignidad, cien fardos de mantas blancas con cenefas de pelo de conejo, teñida de varios colores. Otros veinte fardos de mantas reales con las mismas cenefas: éstas eran las que se ponían los reyes en los actos y funciones públicas. Otros ídem de mantas esquinadas de dos colores con las mismas cenefas, de las que usaban para los bailes públicos. Dos rodela de colores con las divisas de pluma amarilla. Dos penachos de la misma plumería de las que llamaban *tecpilotl*, que eran los que usaban los emperadores, y dos pares de borlas de plumas para atar el cabello.

Segundo. Que este tributo se había de repartir proporcionalmente para su entrega entre las ciudades siguientes: México, Tlatelolco, Tlacopan o Tacuba, Atzacapotzalco, Tenayocan, Tepotzotlán, Quauhtitlan, Toltitlan, Ecatepec, Huexotitlan, Coyoacán, Xochimilco y Cuexcomatitlan.

Tercero. Que sin embargo de pagar este feudo los reyes de México y Tacuba serían mantenidos en la dignidad de colegas del de Texcoco y cabezas del imperio, del mismo modo que fueron creados y reconocidos en la jura y coronación del Emperador, y que el de Tlatelolco sería mantenido en su reino sin pagar otro feudo que el ya dicho.

Cuarto. Que todos los señores y grandes del imperio habían de ser restituidos a su dignidad y posesión de sus estados, de que fueron despojados por las anteriores capitulaciones, celebradas con el rey de México antes de la guerra del *desafío*; y que si los que se hubiesen retirado a otras provincias no quisiesen, se nombrarían otros de su misma sangre y familia que entrasen en la posesión de sus estados, y que recayese en ellos la dignidad.

Quinto. Que los dichos señores habían de hacer nuevamente por sí, y a nombre de sus respectivos súbditos, el homenaje de fidelidad, reconociéndole por supremo emperador, y a los dichos dos reyes por sus colegas, obligándose a servir con sus personas y súbditos en paz y en guerra en cuanto se les mandase.

Sexta. Que la mayor parte del año habían de asistir en sus respectivas cortes.

El senado y la nobleza concurrente a esta asamblea convinieron llanamente en todo lo que propuso Netzahualcóyotl; sólo el rey de México repugnaba la restitución de los señores a sus estados, alegando las fatales consecuencias que se habían experimentado en todos tiempos por las frecuentes rebeliones que habían hecho contra sus soberanos, las cuales serían en el imperio un nuevo origen de inquietudes que perturbarían la marcha de gobierno.

Myladi. Creo que tenía razón Izcóatl en pensar de este modo y nadie mejor que usted está en el caso de calificar su justicia por lo que ha visto; y si no, dígame usted: ¿Cuál ha sido la causa de que desde el año de 1824 en que ustedes plantearon la federación no haya habido paz? ¿No es verdad que porque obrando los estados en el concepto de soberanos e independientes, cada cual hacía lo que le venía en gana, procuraba aumentar su poderío, se substraía del Gobierno General, creaba empleos, levantaba tropas, pensionaba a los pueblos, disipaba las rentas, las convertía en aprovechamiento de los particulares mandarines y ponía al Estado a punto de quebrar, excediendo con mucho el gasto al recibo? ¿No es verdad que todos estos males han impulsado a los pueblos a pedir al Congreso actual la centralización del Gobierno?

Doña Margarita. La respuesta, en *parte*, a las reflexiones que usted me hace y cuya justicia no desconozco, la oírás si tiene la bondad de permitirme que continúe llevando el hilo de la Historia. A pesar de las observaciones de Izcóatl, y por las que se echaba por tierra el sistema federal que tanto ha afligido a este continente y al antiguo, Netzahualcóyotl se mantuvo firme en su opinión diciendo que no podía excusar de la nota de tiranía este despojo, porque a los que se mantuvieron fieles era darles un severo castigo en vez del condigno premio que habían merecido; y por lo respectivo a los desleales, a más de tenerlos ya perdonados, era cosa injusta que por el delito *personal* de un señor, quedase su sucesión privada de la dignidad y estados que le pertenecía. Que

para estorbar las rebeliones que pudieran ocurrir, como las pasadas, había otros medios justos y prudentes como era precisarlos a vivir en la corte, o en aquellos destinos que se les diesen, y no en sus estados, sino una pequeña parte del año y esto con licencia de sus respectivos soberanos, y gravarlos con alguna pequeña pensión para que ésta les recordase siempre la suprema autoridad del Emperador y de sus colegas; y finalmente, sería muy conveniente colocarlos en los cargos y empleos más honoríficos para distraerlos de cualesquier pensamiento ambicioso. Ya ustedes ven que en esta parte pensó Netzahualcóyotl tan acertadamente, que en estos tiempos que llaman *ilustrados*, los monarcas obran del mismo modo, pues tienen a su lado y en sus cortes a aquellos grandes señores dueños de crecidas rentas con el doble objeto de esplendorizar su capital, hacer que en ellas gasten sus riquezas y no piensen trastornar el orden por medio de los pueblos en que ejercen jurisdicción, y obran a sus órdenes inmediatas.

Por lo respectivo a las rentas dijo que no era una gran cosa la disminución por lo que habían de percibir los señores atendido el mayor número de pueblos que se habían aumentado al imperio y reino de México, de los que antes eran exentos y no pagaban contribución alguna, y que sin este aumento y gozando los señores sus rentas habían sido opulentos sus antepasados y no menos los reyes de México. En cuanto al de Tacuba, aunque no se igualasen sus rentas a las de Texcoco y México, eran incomparablemente mayores que las que disfrutaron sus antecesores. Últimamente, que nada de esto era comparable con el lustre, decoro y grandeza que resultaba a los soberanos de tener a su lado y servicio estos señores, adornados de sus dignidades y preeminencias con la decencia y fausto que les facilitarían sus rentas. Cedió Izcóatl a estas razones y concertado este pacto, se puso en ejecución y en virtud de él fueron restituidos a sus estados catorce régulos del reino de Texcoco, nueve de México y siete de Tacuba, que eran del antiguo imperio tecpaneca. No quiso Netzahualcóyotl que este feudo que acababa de imponer a los tres reyes, lo recaudasen los cobradores de sus tributos, sino que especialmente nombró para ello a un caballero principal de su corte llamado Caylotl, y puso una especie de contaduría particular de recaudación; providencia que se observó hasta los tiempos inmediatos a la conquista de los españoles. ¿Qué les parece a ustedes? ¿Lo entendía o no Netzahualcóyotl en esto que llamamos *política*?

Myladi. Seguramente... pero...

Doña Margarita. ¿Qué quiere decir ese *pero*? Esa reticencia es para mí misteriosa: ¿halla usted algo de defectuoso que notar en esa conducta?

Myladi. Me explicaré con franqueza. Me parece una cadetada ⁷ eso del desafío a su tío Izcóatl, a quien tantas obligaciones debía Netzahualcóyotl. ¿Por qué no se dio por contento con las satisfacciones que le procuró dar? Es menester considerar que era su deudo, que era un anciano respetable, y dígame que como a viejo debía haberle disimulado y no quererlo llevar todo a punta de lanza.

Doña Margarita. La conducta de Netzahualcóyotl a primera vista me pareció lo mismo que a usted; pero pues se ha revestido de sus afectos cuando yo se lo presentaba en su infortunio como un monarca desgraciado, permítame que yo lo considere como un

soberano restablecido en su trono y digno de que se le tratase con el decoro debido a la majestad, y como representante de una nación grande. En fin, permítame usted que yo represente ahora el papel de su abogada.

Myladi. Gustaré mucho de oír su defensa de tal boca.

Doña Margarita. En los reyes considero yo dos hombres, el uno privado y el otro público. Bajo el primer concepto, cuando es insultado, debe fácilmente condonar la injuria que se le hace, y darse por satisfecho y desagaviado a la menor insinuación o satisfacción que se le dé; mas no bajo el segundo, porque es el representante de una nación, la cual es ofendida en su persona y no puede ser insensible a sus agravios sin mancillarla. Izcóatl había incurrido en este exceso, ofendiendo de un modo escandaloso al primer pueblo de este continente. Sea en hora buena que como hombre sujeto a pasiones, viendo eclipsada su gloria al lado de su sobrino, hubiese concebido celos de Netzahualcóyotl y explicándose con poco decoro en su tertulia privada; malo era, porque un rey debe ser el modelo de la perfección en cuanto haga y diga, porque se le observa hasta en sus acciones más secretas; pero desatarse en injurias contra Netzahualcóyotl en los lugares públicos, reprender al Senado con palabras duras porque le había hecho obsequio acompañándolo en su regreso a Texcoco y decir que ni por su nacimiento, que no era legítimo, ni por su valor merecía que se le distinguiese, es un agravio verdaderamente imperdonable. La cuna de Netzahualcóyotl era noble, su origen legítimo, su valor, sabiduría y prudencia, conocida y experimentada a favor de los mexicanos y del mismo Izcóatl cuando lo invocó en su auxilio que voló a impartírsele, y por el que quedó rey pacífico de México. Por otra parte, ¿no fue un agravio muy grande cuando trató de aplacarlo mandarle veinte y cinco mujeres hermosas, creyéndolo por medio de esta vil seducción capaz de sacrificar el honor de su corona a una pasión baja y degradante? Creo, por tanto, que el enojo del Príncipe fue justo, y si parece a usted cosa escandalosa el que para vengar este agravio se presentase a la cabeza de un ejército, acuérdesese que los reyes no tienen otro tribunal cuando se sentencian sus causas que el campo de la guerra. Finalmente, el valor era la prenda más amable de aquellos príncipes y pasar por cobardes era la mayor vileza. Si Netzahualcóyotl se hubiese mostrado insensible a estas injurias, habría menguado mucho en el concepto de sus súbditos, y tal vez no habrían querido reconocer por monarca a quien dejaba manchar de ese modo la dignidad de que se veía revestido. Creo en fin que obró como debía y que esa acción que a usted parece una *cadetada*, es una de las que mayor honor hacen a su reinado. ¿Qué hombre que se llama caballero en las naciones cultas de Europa, deja hoy que se le ultraje de este modo, ni quiere parecer cobarde? El que sufre un agravio de esta naturaleza es mal visto y no puede alternar en una sociedad decente, y a fe mía que es una verdadera *cadetada* el proponer un desafío, el aceptarlo y llevar padrinos para matarse a sangre fría: algo más digo, es una verdadera locura digna de castigarse, poniendo, tanto al que lo propone como al que lo acepta y presencia, en una casa de Orates, vestido con un saco burlesco. El hombre en sociedad ha renunciado el derecho que tenía en el estado natural de propulsar injuria con injuria, y vengarla con sus propias manos; ha depositado sus derechos en las manos de los jueces para que sentencien con imparcialidad y justicia.

Mister Jorge. Vaya, que Netzahualcáyotl ha tenido en usted una excelente abogada, y yo quería que mis causas siempre se defendiesen por la misma y tener la suerte de aquel príncipe.

Doña Margarita. En este asunto he procedido a lo menos con la imparcialidad que debe un abogado. Se acordarán ustedes que al referir este hecho confesé que un hombre tan ilustre como nuestro príncipe, no había dejado de tener algunas imperfeccioncillas de hombre, porque jamás he pretendido presentarlo como un modelo *perfectísimo*; flaqueza fue en él haber valentado la causa de Totoquiyauhtzin hasta colocarlo en el trono, porque en ello tuvo el principal influjo la hija de éste Matlalzihuatzin, de quien estaba ciegamente enamorado Netzahualcáyotl; pero en el pecado llevó la penitencia, pues la recompensa que a poco le dio por sus favores fue unirse con Izcóatl para hacerle la guerra por un hecho que en nada le tocaba, y por temor de perder el trono que acababa de ocupar por Netzahualcáyotl.

Myladi. A mí me parece que en el agravio personal de este príncipe hubo algo de *política...*

Doña Margarita. No algo, sino algos, y mucho, como es más fácil conocerlo. La centralización del gobierno hecha en virtud de la triple alianza, iba a acarrear muchos males a la misma, porque por medio o causa de ella quedaban despojados muchos régulos de su señorío, quedaban reducidos a la mendicidad, con multitud de hombres que repentinamente habían pasado de la opulencia a la miseria. Netzahualcáyotl no podía prometerse sino muchas reacciones que lo expusiesen a ser víctima de ellas, y más si tenían la fortuna de que se pusiese a su cabeza un jefe hábil, valiente y afortunado como lo fue Tezozómoc, que le exponía a correr la misma suerte que a su padre Ixtlilxóchitl. Presentósele a Netzahualcáyotl la ocasión de evitar tan grandes males, y lo hizo como sabio político. En el curso de esta historia haré ver a ustedes que por haberse desviado de esta conducta Mochtezuma, y absorbido todo el imperio, multiplicó los quejosos, los cuales como el cacique de Zempoala apenas tuvieron ocasión de substraerse de su obediencia, cuando se unieron a los españoles y cooperaron a la esclavitud de todo el imperio mexicano. Hemos discurrido como políticos; pero la hora no nos permite demorarnos en esta conversación, que continuaré mañana si el tiempo lo permite. A Dios, señores.

CONVERSACIÓN OCTAVA

Doña Margarita. La extensión de los señoríos había causado, como indiqué a ustedes ayer, una general desazón, así por el despojo violento que produjo, como por temor de que el nuevo gobierno se convirtiera en tirano y despótico; pues todo gobierno, por suave y moderado que sea, tiende naturalmente a extender la órbita de sus atribuciones, de consiguiente el restablecimiento de dichos señoríos fue un golpe magistral de política de Netzahualcáyotl que aumentó el número de sus creaturas, aseguró su trono, le granjeó el aplauso universal de la nobleza y le atrajo la celebridad que no había tenido hasta

entonces monarca alguno. Enorgullecíanse los texcocanos de ser mandados por un príncipe a quien la naturaleza no había negado ninguna de las virtudes que honran la especie humana: complacíanse de servirlo con una noble emulación y él mostraba a todos una dulzura encantadora, moneda de alto precio con que pagan los buenos reyes. Restituyose de México a Texcoco con tanta pesadumbre de los mexicanos como contento de sus súbditos. Fue el primer objeto de su atención realizar por su parte el convenio, reponiendo a los caciques expatriados o perseguidos. El más considerable por su esplendor era el de Huexotla Iztlacauhtzin, pero como se ha dicho, no se atrevió a volver, aunque con reiteración se llamó de Tlaxcala; entonces Netzahualcóyotl dispuso que la restitución se verificase en la persona de su hijo primogénito Tlanoliatzin; a quien por derecho le correspondía. Esto es dar verdaderas garantías a los pueblos, esto es inspirarles confianza, esto es asegurar el trono: obras quieren los pueblos y no promesas aéreas que se tornan en mengua de quien las hace y no las cumple. Mostrose más confiado o menos tímido Motoliniahtzin, señor de Quauhtlinchán, que estaba retirado en Texmolocan hoy llamado Texmeluca, provincia de Huexotzinco, el cual se le presentó y fue restituido con otros varios señores. No restituyó a Huetzin cacique de Teotihuacán, que lo acompañó en sus desgracias, porque ya era muerto; pero a su hijo Quetzalmemelotzin le nombró capitán general de la nobleza y mandó que fuese presidente del tribunal de justicia que en aquel pueblo erigió. Este tribunal conocía de todos los pleitos que se seguían entre la gente noble que vivía en los pueblos de la campiña o rastro de la corte, y podremos llamarle, siguiendo la nomenclatura de la Constitución que hoy aún rige de 1824, en parte *tribunal de distrito*. Restableció el Senado de Otumba, que después de la muerte de Quetzalcoixtli había quedado agregado a la Corona. Colocó en el otro lado a otro señor principal que también le había servido en la segunda guerra, llamado Quechltecpantzin, y dispuso que allí se erigiese otro tribunal, semejante al de Teotihuacán en todas sus atribuciones. Dio la ciudad de Chautla, con otros pueblos ubicados en la ribera de la laguna de Texcoco, a un hijo suyo llamado Quauhtlatzacuilotzin que era todavía pequeño, y mandó que le llevasen a criar en ella bajo la dirección de unos caballeros que le dio por ayos, para que desde niño tomase amor a un lugar que debía gobernar siendo grande: a los que envió con comisión de hacer que regresase el cacique de Huexotla asegurándole el perdón; dio tierras y vasallos en el territorio de Cohuatepec, pero reservó para sí esta ciudad, incorporándola en la Corona, haciendo lo mismo con la de Iztapaluca y algunos otros pueblos del rumbo del sur en las fronteras de Chalco; pues no juzgó político que estuviesen a disposición de señores particulares, porque vivía desconfiado del cacique de Chalco, no obstante que le había jurado obediencia, en lo que no se engañó, pues era un malvado y le dio después muchos pesares. También incorporó a la Corona a Papalatlan, Xaltocan y otros lugares de la banda del norte que estaban en la frontera de México por el poniente.

Aunque todos estos caciques fueron restituidos en esta vez, unos a la posesión de sus antiguos estados, y otros colocados en los que nuevamente se les dieron, sin embargo ninguno recibió el título ni investidura de rey que algunos habían tenido en los tiempos anteriores, sino que fueron considerados como los *ricos omes* de Castilla, o grandes del imperio, obligándose con nuevo homenaje cada uno en particular por sí, y a nombre de sus súbditos, a la obediencia y cumplimiento de las condiciones que se les impusieron y a pagar el feudo que fue cortísimo, y sólo por mero acto de reconocimiento. A ejemplo de

Netzahualcōyotl hicieron lo mismo los reyes de México y Tacuba en sus respectivos reinos, bien que hasta hoy se ignora los nombres y estados de los que fueron restituidos; percíbese sólo que lo fueron los señores de Xochimilco, Mizquic y Tenayocan, y estos estados quedaron agregados a México en la división que sufrió lo conquistado. Las demás ciudades y pueblos del territorio imperial las dividió Netzahualcōyotl en ocho provincias, poniendo en cada una de ellas un recaudador de tributos de los que cada provincia debía entregar. Hizo cargo al mismo tiempo a cada uno de ellos de administrar su producto, que pagaban en comestibles para el abasto de la casa imperial, por cierto número de días que reguló a proporción de lo que cada uno recolectaba.

Myladi. Entiendo que pues la contribución era de comestibles y no de dinero, sería su arreglo muy difícil y complicado.

Doña Margarita. Éralo efectivamente; mas Netzahualcōyotl que era metódico y exactísimo hasta tocar en minucioso aun en los más complicados reglamentos, todo lo facilitó del modo que diré a ustedes y que es bastante curioso. De la corte de Texcoco, sus barrios y aldeas del contorno formó una provincia y puso en ella dice el señor Veytia por recaudador a un caballero llamado Matlalaca, el cual, de los víveres que colectase había de mantener la casa imperial por setenta días, dando en cada uno de ellos veinte y cinco *tlacompixtlis* de maíz para tamales.

Myladi. ¿Y qué eran esos *tlacompixtlis*?

Doña Margarita. Una medida de las varias que usaban. Cada uno tenía una fanega y tres almudes de los nuestros, y así los veinte y cinco *tlacompixtlis* componían treinta y una fanegas, y tres almudes. Los tamales es comida demasiado conocida en estos países y muy usada especialmente entre los indios; son, como usted habrá notado, unos pastelitos o cubiletos de masa de maíz, rellenos de diversos guisados de carne, pescado, capulines, etc. en figura de bollos, envueltos en las mismas hojas de las mazorcas del maíz que llaman *totomoxtli*, cocidos dentro de una olla de barro sin agua. El maíz se prepara oportunamente con la cal, lo mismo que para la tortilla.

Myladi. Alégrome de saber que esa preparación es necesarísima.

Doña Margarita. Y tanto, que sin ella no podríamos usar de esta semilla, por lo que un observador no común decía que esta operación es uno de los mayores descubrimientos que pudo Dios permitir entre nosotros por un efecto de su misericordia hacia este pueblo.

Myladi. Así lo entiendo, y aseguro a usted señora que cuando regrese a Europa procuraré vulgarizar el uso de este alimento, no menos que el del atole, al que he visto obrar maravillas durante la epidemia del *Cholera morbus*, lo mismo que para calmar las irritaciones. ¿Qué miserere hay que no ceda con unos tragos de atole frío? Bien lo conocieron los españoles, principalmente en estos tiempos en que vi embarcar en Veracruz a centenares los metates con dos o más manos que llaman metlapiles. Recién hecha la conquista, y aún dos siglos después, como todos la echaban de caballeros, veían con el más alto desprecio al gachupín que bebía atole; pero ya en estos últimos tiempos

dieron como decimos el piojo, y conocimos que era una fanfarronada y que allí se alimentan con comidas muy más groseras que las nuestras; vimos sus soldados expedicionarios que se comían los tronchos de col y nabos crudos, como si fuesen marquesotes; a nada le hacían el fiero aquellos brutales soldados, y ellos nos corrieren el velo que nuestros padres nos habían echado cuidadosamente por efecto de su orgullo, haciéndose pasar todos por caballeros; mas sigamos nuestra conversación porque esto sería el cuento de nunca acabar. Asimismo debía dar diariamente el colector o mayordomo para la casa, tres *tlacompixtlis* de frijoles, o sea judías o habichuelas; otros tres de *chian* semilla de que ya he dado idea; cuatrocientas mil tortillas o pan de los indios; cuatro *tlaquimiles* o envoltorios de cacao: componíase cada uno de mil cacaos o almendras; cien guajolotes; veinte panes de sal, que eran redondos, de más de un palmo de diámetro y como tres de alto; veinte *chiquihuites* o cestos de chile ancho, otros tantos de chile menudo que llaman *chiltecpin*, o vulgarmente *chiltepiquin*, que es picantísimo. Los *chiquihuites* o *chiquihuimes*, que llaman los españoles canastos, los hacían de varios tamaños y hechuras; pero la medida de estos que daban de chile, se reguló por menos de media arroba. Daban también diez cestos de tomates, no de los que en España son conocidos con este nombre que aquí llamamos xitomates, sino otros pequeños redondos, verdes, de carne más consistente, la pepita más menuda y la piel más gruesa, que les servía para el guisado común que llamamos clemole. Daban asimismo otros diez canastos de *ayavactli* o pepita de calabaza, que servía para varios guisados, principalmente para el *pipián*, que es muy agradable y recio; veinte jarros de miel de maguey, regulado cada uno en dos libras. Fuera de esto estaba obligado a dar venados, jabalíes, liebres, conejos, codornices y toda clase de volatería; toda clase de pescados, ranas, almejas y otros mariscos que producen la laguna, ríos, estanques y piscinas que para esto tenían; mas la caza y pesca no tenían asignación fija, porque era eventual y según el tamaño de las piezas; pero siempre con mucha abundancia y correspondiente a los demás comestibles, como los perrillos itzcuintlis capados, cuya raza ha quedado en Chihuahua y son muy pequeños, la cual era comida regalada.

Myladi. ¿Y todo esto se consumía en la Casa Real de Netzahualcóyotl? ¿Y era tanta su familia?

Doña Margarita. Sí señora. Su familia era mucha, pero usted debe suponer que no sólo ella era la consumidora, lo eran los pobres. Los magistrados, como después diré en lugar oportuno, eran alimentados por el Rey, y multitud de hombres y mujeres infelices; antes que éste se sentase a la mesa ellos habían saciado su necesidad, y él mismo presenciaba el acto de ministrárseles el alimento... ¡Oh, buen rey! ¡Oh, modelo de beneficencia y bondad! ¡Con cuánto júbilo y ternura recuerdo tu caridad! Tú eras el padre de los pobres, el apoyo de la justicia, el terror de los malvados, el amparo de todos los infelices... Alma más noble que ésta no la ha conocido este inmenso continente: ella era mayor que todo este vasto imperio y puede decirse de él lo que la Historia dice de Cicerón, que era mayor que la república, cuyos destinos rigió por algún tiempo. Muchas ocasiones tendré, señores, para probaros esta verdad que tal vez os parecerá una paradoja o efecto de una imaginación altamente exaltada. Esta noticia del prodigioso gasto de la casa de Netzahualcóyotl se hiciera increíble, a no hallarse contestada por todos los autores indios que la dan con puntualidad como una cosa admirable; unos para ponderar su poder; otros,

para exaltar su opulencia; aquellos para manifestar su liberalidad; esotros para mostrar su clemencia. Si el momento de sacar a un infeliz de la miseria que lo abrumba y precipita al despecho, es el más precioso que el hombre puede disfrutar en la tierra, bien podremos decir que este príncipe tuvo el noviciado del cielo y que éste le ha concedido por premio que su nombre se tome en bendición hasta nuestros días, y lo será mientras entre nosotros haya corazones sensibles. El padre Torquemada refiere esta noticia haciendo el cómputo por mayor de la casa de Netzahualcóyotl y dice que la sacó de los libros de su gasto. El padre Clavijero se explica de este modo: «Era tanto lo que anualmente se expendía en su familia y casa en el mantenimiento de los ministros y magistrados, y... en el alivio de los pobres, que sería increíble, y yo no osaría escribirlo si no constara por las pinturas originales vistas y examinadas por los primeros misioneros que se emplearon en la conversión de aquellos pueblos, y si no lo confirmara el testimonio de un descendiente de aquel monarca, convertido a la fe cristiana y llamado después del bautismo don Antonio Pimentel.

Era pues dice Clavijero el gasto de Netzahualcóyotl, reducido a medidas castellanas, el siguiente:

Fanegas de maíz	4 9 3
De cacao	2 744
De chile y tomate	3 2
De chiltecpin	24
De sal	1 3 panes gruesos
Pavos	8

No tiene guarismo el consumo que se hacía de *chian*, habichuelas y otras legumbres; de ciervos, conejos, patos, codornices y toda especie de aves». Sobre estas curiosas noticias añade una reflexión este juicioso escritor, diciendo: «Bien puede calcularse el número exorbitante de gente que era necesaria para recoger tan gran cantidad de maíz y de cacao, especialmente cuando se tiene presente que este provenía de comerlo con los países calientes, no habiendo en todo el reino de Anáhuac terreno propio para el cultivo de aquella planta³. Catorce ciudades suministraban aquellas provisiones durante medio año, y otras quince durante otro medio...».

Myladi. Parece muy difícil creerlo, y a no ser porque lo oigo de la boca de usted, lo dudaría mucho. ¿Pues qué, treinta y nueve ciudades principales tenía el imperio de Texcoco?

Doña Margarita. Fácil cosa es saberlo; vaya usted haciendo la cuenta; Texcoco, Huexotla, Quauhtlinchán, Atenco, Chiauhitla, Tenayocan, Papalotla, Tepetlaxtoc, Acolman, Tepechpan, Xaltocan, Chimalhuacán, Ixtapalocan y Coatepec... ¿No son catorce?

Myladi. Es claro.

Doña Margarita. Veamos las otras quince: Otumba, Aztaquemecan, Teotihuacán, Cempoala, Axapochco, Tlalanapan, Tepepolco, Tizayocan, Ahuatepec, Oztoticpac, Quauhtlancinco, Coyoac, Oztotlahcan, Achichillacachocan y Tetliztac... Creo que está la cuenta exacta y contra demostraciones no valen argumentos. A usted le hace fuerza esta verdad por lo que hoy ve; muchas poblaciones de éstas han desaparecido y con ellas sus nombres; démosle gracias a los conquistadores, a las epidemias que nos trajeron, como viruelas, fiebre amarilla, sarampión, a los millones de hombres que desaparecieron con el matlazahuatl, cocolixtli y otras dolencias que fueron consiguientes a la conquista. ¡Oh, espada terrible del conquistador!, he aquí tu obra. ¿Usted calcularía con exactitud lo que fue Roma en los días de Augusto por lo que hoy es?

Myladi. Sin duda que no.

Doña Margarita. Pues aplique usted esa reflexión al imperio mexicano y salimos del paso. A los jóvenes tocaba la provisión de leña, de la que se consumía en la Casa Real una porción inmensa. Yo he seguido en esta relación principalmente a don Fernando de Alva en su *Historia chichimeca*, pues trae muy por menor dice el señor Veytia la división de provincias, los nombres de los mayordomos o administradores de ellas, y lo que cada uno daba para el gasto de la Casa Real.

Myladi. Por Dios que no omita usted el referírnosla, pues será bastante curiosa.

Doña Margarita. Daré a usted gusto en ello. Ya hablé del primer mayordomo; el segundo se llamaba Tochtli y tenía a su cargo la provincia de Atenco, que corría desde el territorio de la corte hacia las riberas de la laguna: componíase de once pueblos, cuyos tributos debía recaudar y mantener con la misma cantidad de comestibles la Casa Real por setenta días.

El tercero se llamaba Caxcax, y a cargo de éste estaba la provincia de Tepepulco y cobranza de sus tributos, constaba de trece poblaciones, debía mantener la Casa del Rey por sesenta días.

El cuarto se llamaba Tematzin, recaudaba los tributos de la provincia de Axapochco, hoy voz corrupta llamada Ayápoxo, formada de trece poblaciones, y mantenía la Casa Real por quince días.

El quinto se llamaba Yatl, recaudaba los tributos de Quauhtlancinco, que tenía veinte y siete lugares y debía mantener la Casa Real por setenta y cinco días.

El sexto se llamaba Quauhtecolotl, que recaudaba los tributos de la provincia de Ecatepec y mantenía la Casa por cuarenta y cinco días, y de este modo estaba hecha la designación para todos los días del año.

Al séptimo, llamado Papalotl, se le encargó la recaudación de la provincia de Tetitlán, que era bastante dilatada, y comprendía las grandes ciudades de Cohuatepec, Iztapalocan, Tlapacoyan y otras poblaciones numerosas.

Al octavo, nombrado Quauhtencohua, se le encargó la provincia de Tecpimpan, o sea Tepechpan, que constaba de ocho poblaciones. Estos dos últimos mayordomos no tenían obligación de suministrar cosa alguna para la Casa Imperial. Los otros seis que la mantenían no podían llenarla perfectamente con sólo lo que colectaban de comestibles en sus respectivas provincias, porque en todas no había todo lo que se necesitaba y así se permutaban unos con otros, y con las demás provincias de lo que tenían y les faltaba de víveres por otras producciones como mantas, ropas de todos géneros, plumas, piedras preciosas, perfumes, armaduras, maderas, oro, plata en barretones y joyeles, y en otras muchas cosas que tributaban también de las otras, a más de los víveres que se traían de otros puntos.

En las cartas de Cortés publicadas por el señor Lorenzana, se da no poca idea de estas contribuciones, pues sus estampas son tomadas del museo de Boturini, a quien se arregló el señor Veytia, y me parece que por ahora no debo de hablar a ustedes del orden y método que se guardaba en la paga de tributos, personas que los pagaban, etc.; me bastará por ahora decirle que en cada pueblo había una suerte de tierra en lo mejor de él, que era del rey o señor de aquel estado. Éste había de tener cuatrocientas medidas de las suyas en cuadro. Cada una componía tres varas castellanas y así la suerte debería tener mil doscientas varas en cuadro. Dábanles a estas tierras varios nombres como *Tlatocatlale* (o tierra del señor), *Tlatocamilli* (sementería del señor), *Itonatlintlacoatl* (cosechas del señor) o como lo interpreta don Fernando de Alva alegóricamente, *tierras que acuden conforme a la ventura o dicha de los señores*.

Para la siembra y labores de ellas, nombraba diariamente el *calpixque*, que era un subalterno que había en cada pueblo, los operarios que debían trabajar en ellas de gente plebeya y tributaria, y todos los frutos pertenecían íntegramente al señor, destinados para las fábricas y reedificios de los palacios de los reyes, y otros gastos que no eran de la manutención. Las gentes que las labraban que eran plebeyas, y estaban destinadas y señaladas en cada lugar se llamaban *tecpanpuhque* o *teuhepanpocque*, es decir, gentes que pertenecen a los palacios y no podía ocupárseles en la labranza de otras tierras sino precisamente en la de éstas. Finalmente, había otras en cada pueblo que llamaban *calpollali*, o sea tierra de los barrios, que se labraban también en comunidad y de sus productos pagaban los tributos en cada pueblo que estaba encabezado, y el residuo se distribuía entre los vecinos tributarios para su manutención a proporción de la familia que cada uno tenía. Había otras propias de los caballeros y gente noble que no tributaba, materia que por ahora no es del caso deslindar.

En las tres indicadas especies de tierras era propiamente en las que los reyes y señores de cacicazgos tenían *dominio directo y útil*, y los recaudadores de tributos percibían los frutos de la primera y segunda íntegramente, llevando cuenta y razón de la que correspondía al mantenimiento de la Casa Real, y lo que tocaba al palacio y cámara, y del mismo modo percibían lo que pagaban de tributo de la tercera especie de tierras que se aplicaban para lo uno o para lo otro, según se necesitaba; haciéndose sus permutas y aplicaciones de unos con otros efectos; porque como ya he dicho, a más de los comestibles pagaban tributos de mantas, plumas y otras cosas que ferían por mantenimiento.

Las sementeras que se hacían en estas tierras, unas eran de maíz, frijol, chile, etc., y de semillas, según era a propósito el clima para producirlas, y así entraba también en esto la permuta entre unos y otros recaudadores. Los reyes de México y Tacuba siguieron después este mismo plan que trazó el de Texcoco; pero no se encuentran entre sus escritores de estos reinos quienes hayan presentado noticias tan individuales y exactas del gasto de sus palacios, aunque es bien sabido que el de Mochtezoma era inmenso, según las relaciones de Gomara, que como he dicho otra vez son las más exactas.

Myladi. Paréceme justo confesar por lo que usted nos ha dicho, que esas medidas eran las únicas que deberían tomarse en un país donde las producciones eran respetadas como verdaderas riquezas efectivas, según sabemos, y que por tales las tuvieron las antiguas naciones del Universo, cuando aún no era conocido el uso de la moneda que regula todos los valores de las cosas, y por cuyo invento ninguna en el mundo es inapreciable.

Mister Jorge. Ese modo de pensar es conforme con la opinión de qué sé yo que padre de la Iglesia que he leído.

Myladi. He quedado admirada de ese orden con que se cobraban los impuestos a estos pueblos; verdaderamente que eran económicos.

Doña Margarita. No la echaban de *Financieros* como los del día; y yo lo que veo es que mientras más reglamentos se dictan hoy para el arreglo de la hacienda, ésta menos percibe y más se explica la miseria pública; bien que esto más se debe a los recaudadores que hay de ella, infieles muchos, y no pocos ladrones descarados e impudentes, y todos impunes, que es lo que más me duele.

Myladi. ¿Y todo lo arregló por sí Netzahualcóyotl?

Doña Margarita. Claro es que sí: él fue conquistador y legislador de su pueblo como nadie lo había sido, y espero mostrárselo a ustedes mañana con alguna detención.

Myladi. Deseo oír a usted en esta parte.

Doña Margarita. No tardaré mucho en hacerlo, si Dios la vida nos presta. Hasta mañana.

CONVERSACIÓN NONA

Doña Margarita. He notado ayer la admiración que causó a ustedes la incalculable economía establecida para la recaudación de los tributos que impuso Netzahualcóyotl en las contribuciones de sus pueblos para el mantenimiento de su casa y familia; su fausto no era insultante a la miseria pública como el de algunos reyes de Europa, como lo fue el de la Casa Real de España, de la que se dice que diariamente ascendía su gasto a más de treinta mil pesos; el del monarca de Texcoco contribuía a dos grandes objetos: el primero a aumentar el prestigio del trono y el segundo a distribuirse entre sus súbditos

desgraciados, de quien era un verdadero padre, porque, como ya he dicho, partía con ellos el alimento de su mesa tomándolo antes que él, y cubría su desnudez ministrándoles ropas a los desnudos; ahora lo manifestaré arreglando la administración de justicia, erigiendo tribunales, dando orden y expediente a los negocios, y sobre todo formando de nuevo las costumbres. Necesitaba hacer una regeneración total de su pueblo, desmoralizado de todo punto.

Myladi. Así lo entiendo: porque ¿qué podría esperar de los texcocanos acostumbrados a ver diarias revoluciones que trastornaron el imperio de su padre, a quien vieron inmolar, y del gobierno de dos tiranos sucesivos que autorizaron los crímenes, que fueron los primeros en ejecutarlos, y que hollaban todos los derechos y fueros de la naturaleza y de la justicia por conservar un imperio usurpado?

Doña Margarita. Persuadido Netzahualcóyotl por experiencia propia y dolorosa de estas verdades, y asegurado, ya por sus triunfos, ya por sus virtudes, de la fidelidad de sus pueblos, que sólo podía conservar por medio de la administración de la justicia; determinó volver a crear tribunales de ella en todas las capitales de provincia, nombrando jueces de los *mismos* patricios que la distribuyesen, librando los pleitos según las leyes de sus mayores y las que de nuevo promulgó, y de que después hablaremos; pero concediendo a las partes agraviadas el recurso de apelación para el tribunal de justicia que estableció en su corte.

Myladi. ¿De apelación ha dicho usted, señora?

Doña Margarita. Sí, de apelación, de este gran beneficio, que un padre de la Iglesia católica no ha dudado comparar con el que sol dispensa a los mortales; porque ¿qué mayor consuelo podrá sentir un hombre aherrojado en una prisión y a punto de morir, cuando entiende que su causa pasará a manos de otros jueces o más sabios, o más compasivos e imparciales, que lo libren de la pena a que aquéllos lo han condenado? Componíase este tribunal de un presidente y veinte y tres consejeros de conocida sabiduría y probidad. El presidente era uno de los primeros señores del imperio. De los consejeros cuatro eran caballeros de la mayor nobleza, cuatro ciudadanos de Texcoco y los quince restantes de las ciudades principales, y cabezas de provincia que tenían de ellas y sus moradores; esta circunstancia era la más propia para consultar a la confianza de los que deberían ser juzgados. Juntábanse todos los días desde por la mañana, después de nacido el sol en un salón del palacio que destinó para ello Netzahualcóyotl, donde sentándose en cuclillas sobre unas esteras en un estrado que levantaba diez y ocho gradas del suelo, daban audiencia a todo el que la pedía, determinando así tanto las causas que se seguían en primera instancia, como las que se presentaban por apelación de los otros tribunales inferiores del reino. De las sentencias de este Consejo, fuese en unas o en otras causas, todavía había apelación para el Consejo Supremo o Cámara del Emperador, de que luego hablaré.

Manteníanse los jueces en el tribunal y allí les servían a mediodía la comida de la cocina del Monarca, después de la cual continuaban en su ejercicio hasta media tarde que se retiraban a sus casas, y este orden se guardaba inviolablemente todos los días,

exceptuando aquéllos en que por tener que asistir los jueces a sacrificios públicos o festividades solemnes no se abría el tribunal, y eran severamente castigados los que sin justo motivo de enfermedad, ocupación en servicio del Monarca, o licencia suya, dejaban de concurrir diariamente... medida que ojalá se adoptara para contener entre nosotros esas faltas escandalosas que se hacen a los tribunales y congreso, y que tanto demoran el despacho de los negocios en daño de las partes y del tesoro público.

Myladi. En daño de las partes ya lo entiendo, pero no del tesoro público.

Doña Margarita. Muy fácil cosa es conocerlo. ¿Los diputados no están pagados por él? Claro es que sí, luego los días que faltan a las cámaras como que perciben aún sus dietas y no las ganan, es clara que lo lasta la hacienda pública. No ha tres días que oí decir a un diputado en sesión bastante concurrida del pueblo, deplorando esta desgracia, que hay ley que ha costado a la nación *doscientos mil pesos* y tal vez ha sido necesario derogarla a poco de haberla publicado. Los magistrados de que iba hablando de Texcoco no tenían asignación fija de sueldo, porque esto estaba al arbitrio del Monarca, a proporción de la mayor o menor familia que cada uno tenía, para que pudiera mantenerla, no sólo con la decencia correspondiente a su dignidad, sino con desahogo y abundancia; de suerte que no hubiese disculpa para admitir cohecho, pues al que se le justificaba haberlo recibido se le castigaba con pena de muerte. Esta pena se imponía aún en tiempo del segundo Mochtezuma, pues el padre Sahagún dice: «Si oía el señor que los jueces o senadores que tenían que juzgar dilataban mucho, sin razón, los pleitos de los populares que pudieran acabar presto, y los detenían por los cohechos, pagas o por amor de los parentescos; luego el Rey mandaba que los echasen presos en unas jaulas grandes, hasta que fuesen sentenciados a muerte; y por esto los senadores y jueces estaban muy recatados, y avisados en su oficio... En el tiempo de Mochtezuma echaron presos muchos senadores o jueces en unas jaulas grandes, a cada uno por sí, y después fueron sentenciados a muerte, porque informaron al Rey que éstos no hacían justicia derecha o justa, sino que injustamente la hacían, y por eso fueron muertos, y eran éstos que se siguen: el primero se llamaba Mixcoatlailotlac; el segundo, Teyenotlamochtli; el tercero, Tlacuehcalatl; el cuarto, Iztlacamizcoatlailocatli; el quinto, Unsaca; el sexto, Toquatli; el séptimo, Victlolinqui. Éstos eran todos de Tlatelolco».

Myladi. ¡Dichoso tiempo en que así se castigaban los jueces malvados!

Doña Margarita. Yo también suspiro por él y aseguro a ustedes que los mexicanos eran más felices que nosotros, pues conocemos algunos bribones que se pasean impunemente, constándonos que venden la justicia como en el mercado se venden los huevos.

Mister Jorge. Como este crimen es de difícil prueba, yo atribuyo a esto su impunidad.

Doña Margarita. No hay cosa más fácil de probar: tiene un juez mil y quinientos pesos, o dos mil; gasta ocho o diez mil... luego este exceso es el fruto de sus rapiñas y concusiones. No nos cansemos, la mejor garantía de la justicia es castigarlos de este modo; todo lo demás son teorías de los llamados publicistas y teorías alegres. Yo conozco muchos de estos malvados que cuando entraron a servir la judicatura no tenían

ni capa en el hombro, y a poco tiempo los veo con magníficos trenes y una opulencia propia de un fúcar. A más del sueldo les daba Netzahualcóyotl una especie de gratificación, porque cada ochenta días los llamaba a su presencia y después de manifestarse satisfecho y bien servido de ellos, con expresiones muy afables, les regalaba joyas, mantas, plumas y otras cosas también a su arbitrio según convenía al mérito de cada uno. ¿Quién no se esmeraría en servir con lealtad y eficacia a tan justo y amable soberano?

Conocía este Consejo de Justicia, así como los demás tribunales del reino, de todas las causas civiles y criminales entre nobles, plebeyos y sacerdotes y legos, es decir, que no había fueros, y en todas materias, excepto en asuntos de ciencias, artes y hacienda real que estaban a cargo de otros tribunales como vamos a ver. Por tanto, los profesores de ciencias y artes, así como los ministros y empleados en el manejo de la hacienda, estaban sujetos a este tribunal de justicia en los asuntos que no pertenecían a este ramo, o en los delitos que cometiesen en otras materias; de suerte que si el militar tenía un pleito de tierras, ya fuese actor, ya reo, había de litigarlo en este tribunal. Si el astrónomo o músico tenía pleito de divorcio como actor o reo, aquí había de determinarse, y si el recaudador de tributos cometía un homicidio, este tribunal juzgaba de su causa.

Myladi. Según eso en Texcoco había un tribunal de ciencias y artes. Es cosa que no había oído decir de ninguna nación, aun de las que pasan por más ilustradas.

Doña Margarita. Efectivamente lo había y también se lo nombraba el Consejo de la Música, que hoy nuestros pedantes, que todo lo *grecizan* o denominan y definen con voces griegas, lo denominarían tribunal *filoarmónico*. Ninguno podía enseñar ni abrir oficina o escuela, sin que primero fuese examinado y aprobado por este tribunal, y obtenido licencia de él. Los ministros que lo componían eran sujetos consumados en dichas profesiones y artes que ellos alcanzaron: no podía salir a luz ninguna obra de astronomía, cronología, música, pintura ni historia sin que la revisasen estos ministros, y los contraventores eran severamente castigados del mismo modo que los plateros, lapidarios y demás oficiales que hiciesen alguna obra defectuosa, pues denunciada al tribunal y reconocida en él, era penado el artífice a proporción del defecto que tenía o al arbitrio de los jueces. Tenían éstos gran cuidado de que todos los profesores tuviesen copia de discípulos a quienes enseñar sus facultades, y estaban obligados a llevar cada año al tribunal un número de éstos que hubiesen enseñado para que se examinasen y el que faltaba era castigado, y no menos lo era si los discípulos no estaban bien enseñados; pero al mismo tiempo cuidaban los jueces de que los padres, parientes y tutores de los niños pagasen a sus maestros: por los pobres y huérfanos pagaba el Rey.

Tales eran las atribuciones de este Consejo, el cual se reunía todos los días del mismo modo que el de justicia, y eran sus miembros igualmente alimentados y remunerados por el Rey; mas no era la misma la colocación de sus asientos, porque en él había tres tronos sobre gradas, uno en el fondo del salón mirando a la puerta para el rey de Texcoco, a su derecha otro igual para el rey de México y a la izquierda el tercero para el de Tacuba. De uno y otro lado seguía el estrado de esteras para los ministros que no tenían número fijo, porque el Rey nombraba a todos aquéllos que sobresalían en las ciencias para miembros

de este cuerpo. Tenía asimismo su presidente, cuyo asiento estaba enfrente de las sillas de los reyes, y para su elección no se atendía tanto a la nobleza como a la sabiduría e instrucción de las facultades. He aquí el asilo del mejor saber, donde se honraba a los hombres únicamente por sus talentos.

Myladi. ¿Y qué tenían que ver con este tribunal ni con estos lugares los reyes de México y Tacuba?

Doña Margarita. Estos soberanos concurrían a este Consejo en ciertos días a oír cantar las poesías históricas antiguas y modernas, para recrearse e instruirse de toda su historia, y también cuando se presentaba un nuevo invento en cualquiera facultad para examinarlo, o tal vez para premiarlo, pues según dice el señor Veytia, delante de las sillas había una gran mesa en que se veían acopiadas joyas de oro, plata, pedrería, plumas y otras cosas estimables, y en los rincones de la sala muchas mantas de todas calidades para remunerar a las habilidades y estimular a los profesores. Estas alhajas se repartían por los reyes en los días en que concurrían a los que más sobresalían en las ciencias. A semejante impulso se deben los adelantamientos de las artes en aquel siglo, que ahora admiramos, cuyos pocos restos que hoy existen en la Europa y en nuestro museo sorprenden a los profesores. Conozcamos, señores, que Texcoco fue el Atenas del Anáhuac, y la maestra de México, como la ciudad de Minerva lo fue de la de Marte, yo pregunto: ¿Obra acaso de este modo nuestro Gobierno actual? ¿Protege a los profesores? ¿Esa Academia de San Carlos no yace en el más deplorable abandono? Claro es que sí. Me entristezco al formar estas reflexiones, y remontándome a aquellos tiempos de la Ilustración mexicana me parece que estoy en el gran concurso de los tres reyes, y de lo más granado de su corte y al son de instrumentos dulces, aunque mezclados con cierta melancolía sabrosa, que arranca lágrimas involuntariamente, oigo cantar aquella composición dulcísima que nos ha quedado de Netzahualcóyotl, de las muchas que trabajó y que comienza: *Oíd con atención...*

Myladi. Yo ruego a usted que si la sabe de memoria nos la recite, porque si hemos acompañado con la imaginación a los indios en sus bodas y funerales, justo será que también acompañemos a sus reyes en sus honestos placeres.

Doña Margarita. Harelo con gusto, pero será preciso que ustedes se impongan primero del argumento de esta bella canción, muy desfigurada hoy por la traducción que ha sufrido y que sepan que es la ruina del imperio tecpaneca la que canta este ilustre príncipe.

«Oíd dice con atención las lamentaciones que yo el rey Netzahualcóyotl hago sobre el imperio, hablando conmigo mismo y presentándolo a otros por ejemplo. ¡Oh, rey bullicioso y poco estable! ¡Cuando llegue tu muerte serán destruidos y desechos tus vasallos! Veranse en obscura confusión y entonces ya no estará en tu mano el gobierno de tu reino, sino en el del Dios criador y todopoderoso. Quien vio la casa y corte del anciano Tezozómoc, y lo florido y poderoso que estaba su tiránico imperio, y ahora lo ve tan marchito y seco, sin duda creyera que siempre se mantendría en su ser y esplendor, siendo burla y engaño lo que el mundo ofrece, pues todo se ha de consumir y acabar.

Lastimosa cosa es considerar la prosperidad que hubo durante el gobierno de aquel viejo y caduco monarca, que semejante al sauz, animado de codicia y ambición, se levantó y enseñoreó sobre los débiles y humildes. Prados y flores le ofreció en los campos la primavera por mucho tiempo que gozó de ellos; mas al fin, carcomido y seco, vino el huracán de la muerte y arrancándolo de raíz lo rindió, y hecho pedazos cayó al suelo. Ni fue menos lo que sucedió a aquel antiguo rey Cotzaztli, pues ni quedó memoria de su casa y linaje. Con estas reflexiones y triste canto que traigo a la memoria, doy vivo ejemplo de lo que en la florida primavera pasa, y el fin que tuvo Tezozómoc por mucho tiempo que gozó de ella. ¿Quién, pues, habrá por duro que sea, que notando esto no se derrita en lágrimas, puesto que la abundancia de las ricas y variadas recreaciones son como ramilletes de flores, que pasan de mano en mano, mas al fin todas se deshojan y marchitan en la presente vida? ¡Hijos de los reyes y grandes señores!, considerad lo que en mi triste y lamentoso canto os manifiesto cuando refiero lo que pasa en la florida primavera y el fin y término del poderoso rey Tezozómoc! ¿Quién repito viendo esto será tan duro e insensible que no se derrita en lágrimas, pues la abundancia de diversas flores y bellas recreaciones son ramilletes que se marchitan y acaban en la presente vida? Gocen por ahora de la abundancia y belleza del florido verano con la melodía de las parleras aves, y liben las mariposas el néctar dulce de las fragrantas flores... todo es como ramilletes que pasan de mano en mano, que al fin se marchitan y acaban en la presente vida».

Ésta es una de las dos odas que se hallaron entre las preciosidades de Boturini, que el padre Clavijero deseaba tener para publicarlas en su obra, como él mismo dice, que tradujo al castellano don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, descendiente de aquel monarca y de quien en el siglo diez y seis eran célebres, aun entre los españoles, los *sesenta* himnos que formó en loor del Criador del cielo. El mismo Clavijero presenta la mejor idea de esta composición diciendo: «Que era una lamentación de la inestabilidad de las grandezas humanas en la persona del tirano de Atzacapotzalco, el cual a guisa de un árbol grande y robusto había extendido sus raíces, y ensanchado sus ramos hasta dar sombra a todo el territorio del imperio; pero al fin seco y podrido, cayó al suelo sin esperanza de recobrar su antiguo verdor». Yo no soy, señores, capaz de hacer comparaciones entre este poeta rey y los famosos de la antigua Grecia; pero pues os he presentado diversos razonamientos suyos, hechos ya, ante el tirano Maxtla, consolando a Chimalpopoca en su prisión, respondiendo al rey Izcóatl en sus conferencias con el Senado de México sobre cambiar el sistema de gobierno y reponer la antigua monarquía tecpaneca, invistiendo con la púrpura a Totoquiyauhtzin; y ya, en fin, arengando a sus soldados y calmando con su proclama una sedición militar; creo que puedo aplicarle el mismo criterio que de Píndaro formó el sabio Bartelemy en su viaje de Anacarsis, diciendo: «Su ingenio vigoroso e independiente nunca se presenta sino con movimientos irregulares, nobles e impetuosos. Si va a cantar los dioses se levanta como una águila hasta el pie de sus tronos; si canta los hombres se precipita en la lid como un caballo fogoso; en los cielos, sobre la tierra, hace correr por decirlo así, un torrente de imágenes sublimes, de metáforas atrevidas, de pensamientos fuertes y de máximas luminosas». Netzahualcóyotl amaba tanto la poesía que habiendo sido condenado a muerte un reo, hizo éste en la cárcel ciertos versos, en los cuales se despedía del mundo de un modo tan tierno y patético que los músicos de palacio sus amigos, formaron el proyecto de cantarlos al Rey, y éste se

enterneció de tal manera que concedió la vida al reo. Suceso extraordinario añade en la historia de Acolhuacán, en que sólo se hallan ejemplos de la mayor severidad».

Myladi. A pesar de que no entiendo la lengua mexicana, concibo a poco más el mérito de la oda que usted nos acaba de referir.

Doña Margarita. Sepa usted que a despecho de los conquistadores y del gran cuidado que tuvieron en ocultarnos las bellezas de la poesía mexicana, esta oda se vulgarizó tantos años después de la conquista que se recitaba frecuentemente por los indios, y para consolarse de la esclavitud que los oprimía, pues faltos de bestias de carga los hacían suplir por ellas en los caminos, los estropeaban y mataban a los que por débiles no podían seguir a sus compañeros esperando un porvenir alegre, y un día de libertad, la endechaban y lloraban sin consuelo. Sobre esto se refiere el hecho siguiente, que se ha copiado del libro de la secretaría del antiguo Virreinato, de los documentos tomados a Boturini y reunidos de orden del Rey; dice en substancia así: «Viniendo de Tlalmanalco, de donde era gobernador, a México don Fernando de Alva, encontró a don Juan de Aguilar, indio gobernador de Quatepec, cerca del pueblo de Quauhtlinchán, que venía a pie y le acompañaban catorce o quince indios cargados de comida, para que los españoles los repartiesen en Tacuba, es decir, para hacerlos sus esclavos, pues tales eran los que llamaban de *encomienda*. Venían asimismo los criados de Aguilar que le traían estirando el caballo. Todos venían *llorando* y cantando en tono lúgubre. Parose sorprendido Alva para contemplar aquel tierno espectáculo y oyó que cantaban una canción del rey Netzahualcóyotl, que sin duda sería ésta; Aguilar satisfizo su curiosidad, diciéndole: "¿De qué te espantas nieto mío? ¿No sabes que éstos que vienen aquí conmigo cargados como *tapixques* o indios inferiores son *herederos* y descendientes del rey Netzahualcóyotl, y que su desdicha ha llegado a tal punto que van a ser repartidos en Tacuba como villanos ruines?...". Yo los voy consolando con traerles a la memoria lo que dejó escrito en sus cantos aquel gran rey Netzahualcóyotl...».

Myladi. ¡Lance triste, vive Dios! Y que si aún hoy conmueve el corazón, ¿cómo no lo conmovería a aquellos hombres *libres* que sin justicia, ni aun la menor razón aparente, fueron despojados de sus bienes y reducidos a una deplorable servidumbre?

Doña Margarita. ¡Ah! si fuese capaz de consolar a un corazón cristiano y magnánimo el ver vengado un agravio, yo me regocijaría ahora viendo que el cielo había ya satisfecho a la justicia y que tamaña injuria estaba hoy castigada, verificándose lo que el rey Netzahualcóyotl vaticinó en su canto: *Las grandezas humanas son como ramilletes de fragrantés flores, que pasan de mano en mano, y que al fin se marchitan y acaban en la presente vida.* Pasó ese bello ramillete de la dominación española y volvió a las manos de que fue arrancado... El árbol majestuoso que extendía sus ramas por todo este continente, y que todo lo cubría, sufrió el primer golpe de hacha por la mano fuerte e intrépida del cura Hidalgo en Dolores... Repitiole otros Morelos, y muchos caudillos... bamboneó, y apenas se mantuvo entre la muerte y la vida oscilante, cuando el heroico Iturbide en Iguala le dio el último fatal golpe, lo echó a tierra y una ley de expulsión lanzó más allá de los mares a los que se guarecían bajo su sombra ya opaca y marchita. ¿Quién pregunto, ya con aquel cantor monarca, por duro que sea, no se derretirá en llanto viendo

que aquellas alegrías de una dominación orgullosa y petulante se ha tornado en lágrimas? Aquí debería yo decir con Píndaro a los monarcas de la tierra: *Sed justos en todas vuestras acciones...* Con tal motivo compuso sobre este canto el mismo don Fernando de Alva un romance que referiría a ustedes si no temiera hacerme empalagosa.

Don Jorge. De ninguna manera lo es usted.

Myladi. Ambos suplicamos a usted que nos lo recite.

Doña Margarita. Pues óiganlo, aunque con algunas ligeras enmendaturas que ha sido preciso hacerle por las muchas manos por donde se ha copiado hasta nuestros días, las que también habrán sufrido algunas otras piezas del mismo Netzahualcóyotl, de que apenas existe uno u otro ejemplar.

Romance

Tiene el florido verano
su casa, corte y alcázar,
adornado de riquezas,
con bienes en abundancia.
Con disposición discreta
están puestas y grabadas,
bellas plumas, piedras ricas
que al mismo sol aventajan.
Allí el precioso carbunco
de sus hermosas entrañas,
sin dar lugar una a otra,
luces y fulgor derrama.
Allí el diamante estimado
de fortaleza se engasta,
con aquesta, y con sus visos
vivas centellas levanta.
Aquí se van ofreciendo
las lucidas esmeraldas,
del galardón de sus obras
mil floridas esperanzas.
Luego topacios se siguen,
que a la esmeralda se igualan,
pues el galardón promete
de la celestial morada.
Aquesto es lo que de reyes,
de príncipes y monarcas,
en pechos y corazones
se imprime, encierra, y esmalta.
Las amatistas moradas,
significando las ansias

del Rey para sus vasallos
de los gustos la templanza.
Todas estas piedras ricas
con sus vestiduras varias,
¡oh Padre, oh Dios infinito!
adornan tu corte y casa.
Estas piedras que al presente
con mil amorosas trazas,
yo el rey Netzahualcóyotl,
he juntado aunque prestadas.
Son los príncipes famosos,
a uno Axayacatl llaman,
a otro Chimalpopoca,
y Xicotencatltramata.
Hoy estoy regocijado
de sus fiestas y palabras,
y de los demás señores
que aquí con ellos se hallan.
Sólo siento que por breve
goza de este bien el alma;
pero siempre lo que es gusto
con facilidad se pasa.
La presencia me recrea
de estas águilas lozanas,
de estos tigres y leones
que a mil mundos espantaran:
Éstos que por su valor,
eterna memoria alcanzan,
cuyo nombre, y cuyos hechos
eternizará la fama.
Sólo agora gozo, y uso
piedras ricas como varias,
que me sirvieron de lustre
en mis sangrientas batallas.
Hoy, ¡oh príncipes tan nobles!
prendas de mi cara patria,
mi voluntad os festeja,
y como puede os alaba:
Parece que respondéis
del alma son prendas caras,
como vapor que de flores,
preciosísimas exhala.
¡Oh rey Netzahualcóyotl!
¡Oh Mochtezoma monarca!
con vuestros blandos rocíos
vuestros vasallos se amparan.

Pero al fin vendrá algún día
que amaine aquesta pujanza,
y que todos ellos queden
en horfanidad amarga.
Gozad, poderosos reyes,
esta majestad tan alta
que os ha dado el Rey del Cielo,
con gusto y placer gozadla.
Que en esta presente vida
de la máquina mundana,
no habéis de imperar dos veces,
gozad, porque el bien se acaba.
Mirad que el futuro tiempo,
siempre promete mudanza,
¡tristes de vuestros vasallos
porque tienen de gustarla!
Veis aquí los instrumentos
ornados con las guirnaldas,
de mil olorosas flores,
gozad, pues, de su fragancia.
Y pues la paz y concordia
las amistades enlazan,
unos con otros asidos,
regocijaos hoy con danzas.
Para que en un breve rato
de piedras tan estimadas,
gocen príncipes y reyes
en suave placer y holganza;
pues que con tanta alegría,
su voluntad os consagra,
el rey Netzahualcóyotl
juntándoos hoy en su casa.

He aquí la poesía de que os he hablado, cuyos defectos conozco tanto en el arte como en sus conceptos, y de que sólo he hecho mención para recordar aquel acontecimiento, que en parte comprueba la exactitud de la relación que acabo de haceros. Voy a hablar ya del Consejo de la Guerra compuesto de un presidente y veinte y un ministros. Aquél era siempre algún gran señor y famoso general, y de éstos, tres de la primera nobleza de Texcoco y quince de las otras provincias; pero todos oficiales veteranos de acreditado valor y conducta.

No se juntaba este Consejo todos los días, sino cuando ocurría algún asunto militar relativo al servicio; porque si era en otra manera, conocía en él el tribunal de justicia, ya de su respectiva provincia o ya del Gran Consejo de la Corte. Reuníase para determinar una guerra ofensiva o defensiva, y en él se daban todas las providencias oportunas que se juzgaban convenientes: en estas ocasiones siempre se deliberaba a presencia del

emperador o de las tres cabezas del imperio. A este tribunal estaban también sujetos los embajadores por lo respectivo al cumplimiento de sus encargos, y en él se examinaba su conducta. El que no cumplía era castigado a proporción de sus faltas, así como eran premiados los que desempeñaban perfectamente sus embajadas. En orden a sueldos y gratificaciones estaba sobre el mismo pie que los anteriores.

El cuarto Consejo era el de *Hacienda*, formado de ministros prácticos en el conocimiento de todas las provincias, sus frutos y modo con que se pagaba el tributo de ellos, porque la inspección de este tribunal era tomar cuentas anualmente a los que estaban diputados para la cobranza, percibir los tributos, guardar y distribuir la hacienda, según las órdenes del Soberano, conocer de todas las causas que ocurriesen en la materia, castigando a los recaudadores que faltaban al cumplimiento de su obligación; ya por las usurpaciones que hacían, ya por haber cobrado más de lo tasado, o de las personas exentas, o de las cosas de que no debía exigirse; o finalmente, por haber procedido con rigor y perjuicio de los súbditos en la cobranza.

Myladi. Muchas veces he oído quejarse a usted de lo que roban en las aduanas marítimas de esta república, creyendo que apenas recoge la nación el *décimo* de lo que debía, y entiendo que sería conveniente establecer un tribunal de esta naturaleza.

Doña Margarita. Es cierto; pero no consistiría el bien en que sólo se estableciese el tribunal, sino que sus jueces fuesen íntegros, capaces de llevar a efecto las leyes y de arrostrar los peligros de la vida que se les presentasen. ¿No se acuerda usted haberme oído decir que un juez de letras de Tampico fue calumniado allí, que vino a México, se sinceró, se le mandó regresar a su destino y pocas leguas antes de entrar en el lugar fue asesinado quedando este crimen impune, pues se supuso que lo había cometido una gavilla de salteadores? ¿No se acuerda usted de lo que hemos hablado acerca de los escandalosos contrabandos que se introducen en San Luis Potosí, por cierto rico que domina aquel departamento con su dinero y por el que se ha quitado y despojado al administrador de la aduana, tan sólo porque es hombre puro y fiel? ¿A qué no ha visto usted castigar ejemplarmente a ningún ladrón de éstos? Necesitamos un gobierno tan enérgico como el de Netzahualcóyotl; mientras no lo haya, esto no andrà derecho, seremos mendigos en medio de nuestras riquezas y careceremos de lo preciso cuando la naturaleza nos brinda con todo. Este Consejo se reunía todos los días y a las mismas horas en otra pieza del palacio. Componíanlo veinte y tres ministros en el mismo orden que el de Justicia, y a cuyo plan estaba arreglado. Por lo común entraban en esta corporación los mayordomos del monarca y algunos *comerciantes principales*; esta circunstancia es muy digna de atenderse, porque en asuntos de hacienda nadie lo entiende mejor que los *comerciantes*.

A más de estos tribunales erigió Netzahualcóyotl otro Supremo, compuesto de catorce ministros, que eran los primeros señores y grandes del imperio, a quienes obligó por este medio y con este título honesto, a permanecer en la corte para invigilar su conducta y movimientos, escarmentado de su volubilidad, inconstancia y propensión a sublevarse. Consultaba siempre que le parecía los negocios que le ocurrían en cualesquier materia. Este Consejo tenía sus sesiones en una gran sala que formaba tres divisiones. En la

primera, a la testera, estaba en medio un fogón que ardía siempre sin apagarse día y noche. A la derecha, se levantaba un magnífico trono sobre gradas, que llamaban *teohicpalpan*, que quiere decir *tribunal de Dios*. El respaldo de la silla era de oro guarnecido de piedras preciosas y detrás una especie de dosel o estrado tejido de ricas plumas, y en medio sobre la silla una ráfaga como rayos o resplandores de oro y pedrería. El resto de las paredes del salón estaba entapizado de paños tejidos de pelo de conejo, con variedad de colores, flores y animales, y el suelo alfombrado de pieles de tigre.

Delante del trono estaba un sitial cubierto con otro paño de éstos, y sobre él, al lado derecho, una rodela de plumas y oro, una macana, un arco y una aljaba con flechas, una *calavera* humana y sobre ella una pirámide de un palmo de alto, de piedra verde, que algunos escritores dicen que era esmeralda, encajado en ella un plumaje de la pluma más exquisita de aquéllos que se ponían en la cabeza, o que daban el nombre de *tecpilotl*. Al lado izquierdo, sobre el sitial, estaba una porción de piedras preciosas y una flecha de oro, que era la que usaban en lugar de cetro estos monarcas, empuñándola con la mano izquierda. En medio del sitial estaban tres mitras o medias tiaras, insignia de que usaban estos príncipes en los actos más augustos y de majestad, cuya invención se atribuye al mismo Netzahualcóyotl y aún se ve en las pinturas de los emperadores de Texcoco y México que le sucedieron. Estas tres coronas que se veían sobre el sitial eran diferentes, una era guarnecida de pedrería, otra tejida de plumas, y otra de algodón y pelo de conejo de color azul; poníanselas para oír las causas.

A la izquierda del fogón estaba otro trono más abajo cuya silla tenía tejida de plumas con varias labores, y aquel jeroglífico o insignia que usaban los emperadores como escudos de armas. No tenía sitial como el otro delante, sino esteras, en las que ordinariamente se sentaba el Monarca, que era presidente de este Consejo, para oír las causas y determinar los negocios que en él se trataban. Sólo pasaba al otro cuando el negocio era de mucha gravedad y para pronunciar o confirmar alguna sentencia de muerte, en cuyos casos se sentaba el Emperador en dicho *tribunal de Dios*, y puesta una de aquellas tiaras en la cabeza, la mano derecha sobre la calavera y empuñando en la siniestra la flecha de oro, pronunciaba la sentencia fatal de que no había apelación; luego echaba una raya sobre la imagen del acusado, y éste era el fallo terrible.

Myladi. Nada de cuanto usted me ha dicho hasta aquí me ha llamado más la atención que estas ceremonias; querría que usted me explicase su contenido, porque a la verdad que son tremendas y misteriosas.

Doña Margarita. No sé si acertaré a satisfacer a usted en lo que justísimamente duda y me pregunta. Responderé por lo que he *conjeturado* y mis reflexiones no pasarán de conjeturas, por eso las expondré con timidez. Los texcocanos y mexicanos tenían ideas precisas de todas las cosas, como he probado recorriendo muchas prácticas del derecho público, civil y de guerra, que practicaban, y mucho más probaré cuando recorra su legislación que es admirable y sus máximas morales. Sabían muy bien que la mayor y más augusta prerrogativa de un monarca después de hacer justicia, y observando los trámites legales de sus códigos, era pronunciar una sentencia que decidiese de la vida o de la muerte de un hombre. Para fungir este derecho eminente de su autoridad se

investían de sus atribuciones, simbolizadas en la corona y el cetro, y por eso recurrían a él. En los juzgados de la antigua España ningún juez dictaba una sentencia de muerte sin empuñar el bastón, y por eso en la fórmula de la sentencia se expresaba esta cláusula: *Puesta la mano en el bastón*, es decir, apoyándose en la autoridad legítima que le era conferida, y de la que aquel bastón es señal o símbolo de autoridad; distinción tan propia que nadie puede usarla sin borlas colgantes que la indican, y lo diferencian de los demás jueces pedáneos o inferiores que no la tienen. El poner la mano sobre una calavera en este momento terribleísimo es una señal que me hace estremecer. Es recordarle al Rey que llegará un día en que dará cuenta al Ser Supremo de aquella sentencia, cuando sufra su terrible juicio, sí, el juicio de aquel Señor que ha dicho: *Cuando llegare el último día de los tiempos, yo juzgaré vuestras justicias*. Tal es la interpretación que yo doy a estas ceremonias *misteriosas*, no dudando que los juicios de un monarca tan circunspecto, sabio y precavido, serían justos, aunque salidos de la boca de un rey gentil. También era una reunión de gentiles el Areópago de Atenas y el Senado de Roma, y de éste bien saben ustedes la calificación honrosa que hizo el Espíritu Santo en el libro de los Macabeos.

En la segunda división del salón estaban seis sillas, tres de cada lado, con sus estrados y adornos muy lucidos; pero inferiores del del Emperador. En las tres de la derecha se sentaban por el orden que se refiere los señores de Teotihuacán, Acolman y Tepetlaxtóc, y en las tres de la siniestra los señores de Huexotla, Cohuatlican y Chimalhuacán. En la tercera división estaban colocadas con igualdad las ocho sillas restantes, cuatro por banda, en que tomaban asiento a la derecha los señores de Otumba, Tolantzinco, Cuauhchitenango y Xilotepec, y a la izquierda los señores de Tepecpan, Tenayocan, Chiuhnauhtlán y Chiauh-tla. Todos los días asistía el Emperador a este Consejo por las mañanas por espacio de tres horas, y en él oía a cuantos venían a pedir justicia, que administraba aunque fuese en asuntos de poca monta, y entre las personas más ínfimas del pueblo de quien era *verdadero padre*. Tratábanse también en este Consejo toda clase de negocios de *Estado, Justicia, Hacienda y Guerra*, y otros cualesquiera que fuesen, porque iban a él, o por apelación o segunda suplicación, los que se seguían en los demás tribunales del imperio. Tampoco tenían estos ministros sueldo fijo, pero era mucho más crecida la recompensa que el de los otros Consejos, y tenían la prerrogativa de comer siempre a la mesa del Emperador. Es admirable este orden progresivo de etiqueta en los tribunales según sus diversas atribuciones, y de este mismo orden sacaba este gran rey indecibles ventajas a beneficio de la causa pública. Nos hemos pasado un rato largo y divertido; creo que mañana no lo será menos cuando yo hable a ustedes de las personas subalternas que intervenían en estos juicios, y modo de arreglar los procesos.

Myladi. Escucharemos a usted con la satisfacción de siempre, y subirá de punto nuestra admiración notando multitud de particularidades, que no llaman la atención del común de las gentes.

Doña Margarita. Así será. A Dios, señores.

CONVERSACIÓN DÉCIMA

Doña Margarita. Ofrecí a ustedes el día de ayer, al separarnos, que hoy los divertiría presentándoles las personas subalternas que intervenían en los juicios o causas de los texcocanos: voy a cumplir mi palabra y sólo pido que me estén atentos.

Había dice el señor Veytia en los tribunales ministros inferiores que equivalían a nuestros escribanos, procuradores y alguaciles, gente *non sancta*, bellaca, pero necesaria como ciertos males de la república, sin los que no nos podemos pasar. A los escribanos llamaban *amatlacuilo*, es decir, el que pinta en papel; a los alguaciles *topilli*, o sea *topiles*, nombre que aún conservan en los juzgados de Indias. Es cierto que algunas causas se terminaban en juicios verbales, pero eran de muy poca entidad, porque en las demás se procedía por escrito asentando las declaraciones de los reos y deposiciones de los testigos, y asimismo en los pleitos de tierras sobre linderos, en los de cuentas, etc., y generalmente se ponían por escrito las sentencias y determinaciones para dar cuenta al Emperador, como luego diré, y quedaban archivadas en los tribunales. Para esto tenían diestros escribanos, que pintaban con mucha brevedad y ligereza los jeroglíficos y caracteres, que les servían de letras, sobre el papel de maguey o palma que fabricaban. Los *topiles* servían de cuidar, barrer y asear las salas de los consejos, de hacer comparecer a los que eran llamados por los jueces y ejecutaban los demás oficios de nuestros alguaciles.

Había también abogados y procuradores; a los primeros llamaban *tepamtlatioani*, es decir, el que habla por otro; a los segundos *tlanemiliani*, los cuales en lo substancial ejercían los mismos oficios que los nuestros. Substanciábanse las causas con mucha brevedad y sin permitir dilación, porque un pleito seguido por todas instancias no podía durar más que cuatro meses de los suyos, o sea ochenta días. Eran diligentísimos en la averiguación de la verdad y de los hechos, y hacían que los reos y testigos que declaraban interpusiesen una especie de juramento, cuya fórmula no nos declaran los escritores; pero sí que quedaban estrechamente ligados a decir verdad y que al perjurio lo castigaban con pena de muerte.

Los jueces por sí mismos tomaban las declaraciones, tanto a los reos como a los testigos, y tenían gran *maña* e industria en las preguntas y repreguntas que les hacían para indagar la verdad. Aun todavía se observa que las causas de que se encargan, las redondean y ponen en claro los hechos a maravilla, pues tienen un conocimiento singular del corazón humano, como ha manifestado el señor Palafox en su tratado *De las virtudes del indio*. Yo podré añadir sobre los hechos que presenta aquel respetable prelado, uno ocurrido en Zongolica en los días de la primera revolución de 181. Quejábase un indio con otro de que se le había huido su mujer de Tehuacán. «¿Qué señas tiene?», le preguntó. Éstas y las otras, le dijo. «Pues yo sé dónde está: se halla hoy en Zongolica, si quieres vamos mañana y yo te la entrego». De hecho, se pusieron en camino ambos y le entregó la mujer juntamente con el raptor. Llevados al juez, éste preguntó que cómo la había conocido y la respuesta que dio fue esta: «Yo vi a esa mujer que estaba muy cariñosamente espulgando y peinando a este hombre, y luego entendí que no era su marido sino su amante, porque esta clase de cariños no son comunes entre los esposos legítimos, que aunque se amen se tratan con cierto desprendimiento que no tienen los enamorados...».

Myladi. ¡Cierto que era ese hombre tan buen conocedor como tunante!

Doña Margarita. Los jueces daban términos a las partes para que sus abogados hablasen por ellas, y lo hacían del mismo modo que hoy se practica en nuestros tribunales, excepto en los delitos graves y públicos en que procedían sumariamente. Hecha la información de los testigos que examinaban, pronunciaban la sentencia sin dar término al reo para defenderse y en esto obraban con injusticia, pues a todo reo debe oírsele aunque el juez sepa que lo es por convencimiento y conozca lo que juzga, como Dios supo lo que juzgaba en el juicio de Adán, que es el tipo de todos los juicios. También usaban de careos y en ello no era permitido al abogado o procurador, u a otro alguno hablar, sino solamente a las partes, arguyéndose y defendiéndose entre sí a presencia de los jueces que de aquel acto formaban juicio, y pronunciaban sentencia a mayor número de votos, y no secretos, sino públicos; y en caso de discordia, si era en tribunal inferior se remitía al superior de la corte, y si era en uno de éstos al Gran Consejo del Emperador. Los jueces oían los alegatos de las partes con suma atención, mas con la cabeza baja y cruzados de manos, en cuclillas para no ver los afectos que explicaban los gestos del orador: temían mucho a la seducción terrible que éstos causaban en el ánimo, al modo que los jueces del Areópago, que tenían por igual causa sus sesiones de noche. Efectivamente, es muy temible el gesto del orador, y tuvo razón Demóstenes para decir que la primera cualidad de éste era el *gesto*, la segunda el *gesto* y siempre el *gesto*. Un orador de bella presencia; de voz dulce y sonora, de puntuación exacta, cuando habla es como un torrente desbordado e impetuoso que todo lo arrastra en pos de sí. ¡Qué arma tan terrible es la elocuencia! El padre Clavijero forma el más cumplido elogio del *juicio u orden de procedimientos* de los mexicanos: «Jamás dice emplearon la tortura para arrancar al inocente a fuerza de dolor la confesión del crimen que no había cometido; jamás se valieron de aquellas bárbaras pruebas del duelo, del fuego, del agua hirviendo y otras semejantes, que fueron la legislación dominante de los pueblos europeos y que hoy no podemos recordar sin horror en las historias». Los legisladores del día prohíben en sus Constituciones la tortura, y los mexicanos pueden lisonjearse de que de tiempos muy antiguos sus monarcas ya la tenían prohibida, sin llamarse con tanta boca *filantrópicos*. A más de los tribunales dichos, se juntaban también en otro salón de palacio otros ministros que no tenían número fijo. Éstos eran *visitadores y pesquisidores*, a quienes mandaba el soberano hacer las averiguaciones que convenía, tanto dentro como fuera de la ciudad. Servían también para llevar mensajes o embajadas. Reuníanse desde por la mañana hasta la tarde para estar allí prontos para lo que se ofreciese, al modo que los ayudantes de ejército a disposición del general, y comían también de la cocina de palacio. Saliendo a diligencia fuera de la corte se les abastecía de todo lo necesario para el viaje, dándoles criados que les sirviesen y llevasen víveres, y los recaudadores de los tributos de las provincias estaban obligados a acudirles con lo que necesitasen en las respectivas a donde eran enviados o en las inmediatas. Los tribunales de las provincias debían dar cuenta al monarca cada cuatro meses, y a su Supremo Consejo, de todos los negocios que en ellos se habían seguido y concluido en aquel tiempo; de las determinaciones que habían tomado en las causas y del estado de las que quedaban pendientes. Para esto iban uno o dos ministros con sus escribanos que llevaban los procesos. Los consejos de la corte debían hacer lo mismo cada doce días; pero con estos se guardaba otro orden, porque iban todos los ministros que componían el tribunal con sus escribanos y demás

ministriles. Eran recibidos del Emperador y su Consejo Supremo con mucho honor y distinción, le daban cuenta de todas las causas y consultaban en las que ocurrían de gravedad al trono. Las causas debían terminarse mensualmente sin quedar rezagada ninguna, y si aún no bastaban las sesiones ordinarias de los tribunales se tenían extraordinarias nocturnas. Esto es saber gobernar y conservar los pueblos en justicia, paz y orden.

Myladi. Según lo que usted acaba de contarnos, es preciso inferir que entonces estaban mejor administrados los pueblos que el día de hoy, porque yo veo en los diarios de México el estado de las causas pendientes y me admira que habiendo tantos jueces no puedan ponerse al corriente del despacho, y que no pocos centenares de hombres giman en las cárceles por la pendencia de sus causas.

Doña Margarita. La consecuencia es tan cierta como dolorosa y no hay que responder en contra, sino deplorar la pésima administración de justicia en que vivimos. Multitud de criminales quedan en cierto modo impunes, porque el tiempo de su arresto se les cuenta por el de compurgación de las penas que debían sufrir; así es que la de muerte se les conmuta en la extraordinaria mayor de presidio, se les destina a Veracruz, de donde regresan muy luego a repetir sus crímenes, esto es *si llegan* a su destino, pues muchos se escapan en el camino. Digan lo que quieran los enemigos del Gobierno español, entonces se administraba mejor y más pronta la justicia. Verdad que sostendría aunque me costara la vida, porque no porque muriese por ella dejaría de ser cierto.

Myladi. Estoy persuadida de la verdad y exactitud con que usted nos ha referido ese método admirable de gobernar; pero quisiera que nos diese idea de los personajes a quienes estaba conferida la regencia de esos tribunales.

Doña Margarita. Muy poco pide usted, señora, y presto será cumplido su deseo. El Consejo de Gobierno era regentado por Ichantlatohuatzin hijo de Netzahualcóyotl. El de la Academia de Música por Xochiquetzaltzin hijo del mismo, y que lo servía. El de la Guerra a que asistía el Hueytlacóxcatl, o sea el generalísimo, y que lo servía Quetzalmanalitzin señor de Teotihuacán, lo presidía Acapiopioiltzin Tlalóxtecuhtli. Este hombre, que era honradísimo y sabio, fue nombrado por Netzahualcóyotl regente del imperio en la minoridad de su sucesor Netzahualpitzintli. ¡Cuán grande no sería su mérito para obtener tamaña confianza! También era hijo del Emperador. Éralo asimismo el presidente del Consejo de Hacienda llamado Ecuhuetzin. Es pues visto, que lo principal del gobierno estaba entre este monarca y sus hijos, y por tanto no debemos admirarnos de que su reinado hubiese sido el de la paz y el orden. No es menos admirable que lo dicho, el sistema de legislación que este rey sabio introdujo en el imperio. Confieso que éste se resiente de cierta dureza propia de un pueblo que, aunque ilustrado en la manera posible, reducido a su propio continente, sin navegación ni comercio con otras naciones de allende de los mares, y esencialmente guerrero, era semibárbaro y cruel como el de Israel a quien su caudillo Moisés llamaba de *cerviz dura*; pero en el fondo esta legislación era justa y proporcionada a la nación para quien se había establecido. Esta dureza, a pesar de la ilustración del siglo, se advierte aun en la del norte de Europa. Es menester no olvidarse de lo que sabiamente ha dicho sobre esta materia el padre Clavijero con

respecto a las leyes de la guerra de los mexicanos: «Es difícil decir que éstas sean justas en un pueblo belicoso. El gran aprecio que en él se hace del valor y de la gloria militar hacen que se miren como enemigos a los que no lo son realmente, y el deseo de conquista lo impulsa a traspasar los términos prescritos por la justicia. Sin embargo añade en las leyes de los mexicanos se notan rasgos de equidad que harían honor aun a las naciones más cultas. No era lícito declarar la guerra sin haber examinado antes en pleno consejo sus razones, y sin que éstas fuesen aprobadas por el jefe de la Religión. A la guerra debían preceder las embajadas que repetidas veces se enviaban al estado, o gobierno al cual se iba a declarar, para obtener pacíficamente por medio de un convenio, y antes de tomar las armas, el allanamiento del objeto de la disputa. Esta dilación daba tiempo al enemigo para que se apercibiese para la defensa, y mientras facilitaba su justificación contribuía a su gloria; pues se estimaba villanía y bajeza en aquellas gentes atacar un enemigo desprovisto y sin que precediera un rito solemne, a fin de que nunca pudiera atribuirse la victoria a la sorpresa, sino al valor. Es cierto que estas leyes no eran siempre escrupulosamente observadas; mas no por esto dejaban de ser sabias y justas, y si hubo injusticia en las conquistas de los mexicanos, otro tanto y algo más puede decirse de las que hicieron los romanos, los griegos, los persas, los godos y otras célebres naciones».

Sabemos que todas las grandes providencias de estado las consultaba Netzahualcóyotl con los hombres más sabios de su imperio, no obstante que él por sí tenía bastante prudencia y sabiduría para conducirse. Conviene a los escritores en que convocaba a cortes dos veces al año. Yo no podré decir a ustedes qué clase de cortes eran éstas, ni el modo con que en ellas se discutían los negocios, ni si en las mismas se presentaba algún diputado a hacer alarde, no de su sabiduría, sino de su necedad y tontería, disputando horas enteras, aburriendo a sus compañeros hasta quedarse sin auditorio ni aun del bajo pueblo de las galerías, sin que esto le haga entender el sumo desagrado con que es oído, gravando además a la nación con algunos miles de pesos diarios que le cuesta cada ley... y sobre lo que no se escrupuliza; nada de esto diré; pero sí que es indudable que se reunían estas asambleas y que el fruto de ellas fueron no pocas leyes de las que haré una corta reseña comenzando por las penales. Empezamos por el adulterio. La mujer adúltera moría apedreada públicamente, y el cómplice, en el caso de probarse que su marido la encontraba en *fragante*; pero si el marido no lo había visto y era cierto el delito, ambos cómplices morían ahorcados.

Incesto. El que se juntaba con su madre, hermana, consuegra o antenada, moría ahorcado, y si era con voluntad de la mujer, lo eran ambos con una misma soga.

Los adúlteros eran apedreados de dos maneras, o poniéndoles la cabeza sobre una piedra, o dándoles con otra, o apedreándoles muchos. Si era noble, por compasión le daban garrote y después le tiraban piedras, y esto se ejecutaba con testigos, pues no bastaba la acusación del marido y era además necesaria la *confesión* de la acusada. Si el marido la mataba tenía pena de muerte, pues el imponérsela estaba reservado a la justicia, aunque la deprendiese en adulterio, teniéndose por una usurpación de la autoridad pública la imposición de ninguna pena por un particular. Ustedes deben notar que en esta parte es más benigna la legislación de los mexicanos que la antigua española, que aún no está

derogada; pues el marido que hallare a los adúlteros en fragante tiene facultad para matarlos; pero no para matar al uno y dejar al otro, sino a los dos si pudiere verificarlo.

El que se vestía de mujer, o la que se vestía de hombre, sufría la pena de horca.

Myladi. ¿Usted alcanza la razón de esta ley?

Doña Margarita. Parece que es porque por medio de ella se impedían los actos libidinosos que fácilmente pueden encubrirse.

Al que hurtaba un muchacho y después lo vendía se le condenaba a la pena de horca; de este modo quedaba prohibida la pena de esclavitud, tanto de los hijos propios como de los ajenos. Éste es el crimen de plagio que no acertaron a castigar las leyes romanas.

Myladi. No sé qué quiere decir *plagio*.

Doña Margarita. Esta voz viene de la palabra latina *plaga* que significa llaga, herida, calamidad, infortunio; y a la verdad: ¿qué herida más profunda puede hacerse al corazón de un padre que la de privarle de lo que más ama en el mundo? La ley de Moisés castigaba, como la de los indios, con la misma pena al plagio que al homicida. Platón miró este crimen con tanto odio como la tiranía. Nuestra legislación de partidas impone al plagiario, si fuere hidalgo, la pena de trabajos perpetuos, y al que no lo fuere, la del último suplicio, añadiendo que en las mismas incurren los que dan o reciben, venden o compran hombres libres, sabiendo que lo son, con ánimo de servirse de ellos como de siervos, o con el de venderlos.

Myladi. Según eso el infame comercio de negros es sin duda uno de los plagios más detestables.

Doña Margarita. ¿Y quién lo duda? ¡Ah! Esta sola idea me horroriza cuando considero lo que la miserable humanidad padece hoy en los Estados Unidos del Norte, en ese pueblo que osa llamarse impudentemente *país clásico de la libertad*, cuando sus mercados de esclavos son unas tablas de carnicería humana, donde se venden los hombres y las mujeres desnudos para que se les registren... lo que el pudor no puede explicar, para ver si tienen lacras o defectos, como los caballos para servir..., donde se castiga con la muerte una mirada airada de un infeliz negro o negra a su señor cuando le maltrata y queda impune el vil amo que tal hace..., donde no se permite comulgar en la misma sagrada mesa al blanco que al negro, como si Jesucristo no se diese sacramentado del mismo modo al uno que al otro, y no hubiese derramado su preciosa sangre por todos sin acepción de personas, introduciendo en su santuario una distinción que él aborreció... ¡Bendito sea, porque entre nosotros no se conoce la esclavitud! ¡Llor eterno al Congreso mexicano que no ha permitido que se devuelvan los esclavos que pisan este suelo bendito, este asilo sagrado y verdadero lugar de la libertad, comprado con la sangre de nuestros primeros héroes, y llor igualmente a la magnánima nación inglesa, que con su dinero, respetos y autoridad ha libertado a una parte de la miserable humanidad de esa plaga horrible y escandalosa! ¡Desgraciados pueblos donde aún padece esa porción de

infelices sin socorro! Yo veo vibrar la espada vengadora del cielo sobre ellos, y no tarda en llegar el día de una terrible venganza. ¡Felicitémonos, amada Myladi, de que tanto la nación inglesa como la mexicana, se han interesado de una manera tan noble y heroica a favor de tantos infelices esclavos, y hagamos incansables votos por su prosperidad, seguras de que el cielo pío los escuchará benignamente!

Homicidio. El homicida era castigado con la pena de muerte siendo despedazado, y lo mismo la mujer, ya fuese noble o plebeya. Igual castigo sufría el que públicamente desacreditaba a otro en *materia* grave, sobre todo si el agraviado era persona de calidad, cuyo crimen se averiguaba con la mayor escrupulosidad. El que hacía maleficios, moría sacrificado y abierto por los pechos. El que mataba con veneno era ahorcado.

Myladi. Lo que usted acaba de decir muestra el grande aprecio que los mexicanos hacían del honor. Efectivamente, calumniar a una persona virtuosa en lo que más ama, que es su reputación, importa tanto como quitarle la vida natural.

Doña Margarita. Embriaguez. El *tlamacazque* o sacerdote dedicado al culto de los ídolos sufría la pena de muerte si se le justificaba estar amancebado; tanta pureza exigían en los sacerdotes. Reflexión que deben tener presente los que desaprueben el celibato de los clérigos. Cualquier caballero que se embriagaba sufría la pena de muerte. Semejante dureza era necesaria en un pueblo que propende al uso de los licores embriagantes y que origina, lo primero su despoblación, y en segundo lugar que lo predispone para cometer crímenes enormes; pocos delitos atroces se ejecutan sin que sus agresores se hayan electrizado antes con el licor que los reanima y vigoriza para entregarse a los trasportes del furor. En esta ley de la embriaguez deben tenerse presentes las consideraciones por que Moisés prohibió la comida de la carne de marrano, y era la principal, porque ella viciaba la sangre en aquel país cálido y daba por resultado el humor venéreo, que pasaba a lepra común contagiosa y después a lepra elefantina incurable. En esta clase de leyes se consultaba a la salubridad pública. Sin embargo se permitía el uso del pulque a las mujeres paridas en muy poca cantidad, a los viejos y a los soldados en campaña para vigorizarlos un tanto.

Sodomía. Se castigaba con la pena de muerte. El rey Netzahualpilli la extendió a los alcahuetes y alcahuetas. Al que cometía pecado nefando, y a la mujer que con otra tenía delectaciones carnales que llamaban *phtlache*, los ahorcaban, y ponían sumo cuidado en evitar este exceso. Si era sacerdote, lo quemaban para satisfacer la gravedad de la culpa.

Las alcahuetas eran sacadas a la plaza pública, y en ella les quemaban los cabellos hasta que llegaba a lo vivo con teas y les untaban la cabeza con ceniza caliente. Aumentábanse algunas circunstancias a estas personas, si eran de suposición, a quien servían algunas terceras. Hoy este crimen queda impune.

Al sacerdote que hallaban comprendido en delito de deshonestidad, le privaban de oficio y era desterrado.

Si alguno tenía acceso con esclava ajena y moría estando preñada, hacían esclavo al que cometía la culpa; si paría, se llevaba el parto a su casa y lo tenía de libertar con precio.

Divorcio. La mujer casada que recibía mal trato de su marido, anulaba el matrimonio si quería. El marido entonces era condenado a llevarse los hijos y mantenerlos, y además se le obligaba a dar la mitad de sus bienes a la mujer, la cual ya no podía casarse con otro. Por este retrahente *pecuniario* los divorcios eran poco comunes. Por el mismo principio serían menos entre nosotros si se observase esta ley.

Fraudes y hurtos. A un hombre miserable le era permitido venderse por el precio en que se convenía con el comprador en uso de su natural libertad; pero si siendo esclavo de uno se suponía libre y en este concepto se vendía a otro comprador, éste perdía el precio que había dado por él y además volvía el esclavo al primitivo dueño. Lo mismo se entendía en punto a venta de tierras, en cuyo caso se castigaba al vendedor por fraudulento. En los hurtos era ley general que siendo de cosa de valor tenían pena de muerte, y si la parte se convenía pagaba en mantas la cantidad al dueño, y otra más para el fisco real. A esto acudían los parientes, y por la culpa quedaba esclavo, y si lo había gastado y no tenía con qué pagar, pagaba con la vida. El que hurtaba en la plaza o feria que llamaban *tianguis*, luego era allí muerto a palos, por ser en lugar público cometido este acto de atrevimiento.

El que hurtaba cantidad de mazorcas de maíz o arrancaba cantidad de matas, tenía pena de muerte; pero le era permitido tomar algunas para comer.

Si alguno vendía por esclavo algún niño perdido, quedaba esclavo y le vendían la hacienda dándole al niño la mitad, y devolviendo al comprador lo que había dado, y si eran muchos los ladrones, los vendían. Esta pena tenía también el que enajenaba o vendía algunas tierras que se le habían dado en depósito, sin licencia de la justicia. Al que hurtaba plata u oro lo desollaban vivo, y lo sacrificaban al dios de los plateros que llamaban *Xipe*: sacábanlo por las calles para escarmiento de otros, suponiendo que era delito cometido contra esta divinidad.

Myladi. Si hoy se ejecutara esta pena, ¡cuántos desollados veríamos en México!

Doña Margarita. El ladrón tenía la pena de ser esclavo de la persona a quien robaba para indemnizarlo del hurto, y si éste no lo quería por tal, los jueces lo vendían a otro para pagar con su valor el robo. Deben ustedes notar para que perciban la eficacia de esta ley, por otra parte bárbara, que constituido un hombre esclavo de otro, éste en uso de su dominio y libre disposición que tenía de él, podía ofrecerlo por voto a alguna divinidad para ser sacrificado a ella, y éste era un poderosísimo retrahente para no cometer este delito. El que usurpaba tierras, aunque fuese persona principal, siendo de considerable valor sufría la pena de horca si el dueño legítimo probaba la usurpación. Por esta ley todo propietario vigilaba las suyas y se evitaban pleitos sobre deslinde de tierras tan frecuentes en el día, y que destruyendo las familias atrasan además la agricultura. Si entre dos personas se suscitaba litigio sobre tierras, siempre que ambas sembrasen a porfía, a una y otra se les prohibía cosecharlas; y si alguna de ellas lo hacía, era puesto a la vergüenza en la plaza pública en el día de *tianguis*, llevando colgada al cuello una sarta de mazorcas de

la tierra sembrada. Ya que hablo a ustedes de esta ley conservadora de la propiedad, debo decirles que el Rey era protector de las de las propiedades de los ciudadanos, y así es que si un mayorazgo vivía desbaratadamente arruinando su caudal, perdía el uso de sus bienes y los ponía en depósito para impedir que los derrotase en perjuicio de sus sucesores y familia. Parecerá a muchos injusta esta ley; pero en realidad no lo es, porque ¿cómo podrá sufrirse que un padre que tiene muchos o pocos hijos disipe en una noche en un juego toda su substancia, y dejándolos reducidos a la miseria los convierta en mendigos o salteadores que escandalicen la sociedad, y sean miembros podridos de ella?

Los relatores o jueces que hacían falsa relación al Rey de algún pleito, así como los que injustamente los sentenciaban, tenían pena de muerte. Teníanla igualmente los que se dejaban sobornar, y además de los ejemplares que he referido a ustedes de Mochtezuma, debo decirles que habiendo fallado un juez en Texcoco a favor de un rico en un pleito que contra él seguía un pobre, éste se quejó al Soberano, el cual mandó ahorcar al juez de la primera instancia. La ley se observaba con mucha escrupulosidad; los jueces no podían recibir de las partes ni una sed de agua: si recibían alguna ligera y tenuísima demostración de ellas, eran reprendidos a *solas*, por el decoro de su dignidad, ásperamente, y si reincidían hasta tercera vez los privaban de oficio y los hacían rapar afrentándolos para siempre.

Myladi. Por lo que usted nos ha dicho con respecto a la embriaguez, entiendo que estaba prohibido el uso de los licores embriagantes; pero noto que los magueyes formaban en tiempo de la gentilidad una parte de la riqueza de los particulares, y no puedo concebir cómo pudiera suceder esto, estando tan prohibido el uso del pulque; porque sería cosa durísima poseer una riqueza en este suelo y privarse de ella.

Doña Margarita. Responderé con el texto del señor Veytia diciendo: «El uso de los licores embriagantes estaba sujeto a ciertas reglas de un uso muy riguroso. El licor se daba comúnmente a los enfermos y ancianos, porque decían que tenían enfriada la sangre, y a pesar de esto se les ministraba con tasa para que no se embriagasen. El común del pueblo podía beber pulque en las bodas y fiestas, mas con temor del castigo si se embriagaba. Podían también beberlo los que se ocupaban en trabajos recios, como los albañiles y soldados, las paridas en los primeros días del parto y no más. Los señores, caballeros y aun los jefes militares tenían por afrenta tomar licor. Castigábanse los ebrios con ser trasquilados públicamente en el mercado, y se les derribaba la casa de su habitación, privándoseles de todo oficio público. La razón de esta ley era porque decían que no merecía habitar en sociedad humana quien voluntariamente renunciaba al buen uso de su razón. El mancebo dice el señor Veytia que bebía con demasía moría a golpes en la cárcel; las mujeres que se embriagaban eran apedreadas como adúlteras; al noble le quitaban el oficio y quedaba afrentado; al plebeyo se le tusaba el cabello. En Texcoco al noble lo ahorcaban y arrojaban al río; al plebeyo lo vendían por algunos años y a la tercera vez lo ahorcaban. En el manifiesto que un celoso franciscano hizo sobre los excesos de embriaguez que se cometían después de la conquista de México, dice, que Netzahualcóyotl mandó matar a una de sus concubinas por borracha, sin contenerlo el respeto de ser sobrina del rey de México, y que pasando por el pueblo de Ozumba hizo que se ejecutase igual pena con una tía suya que tenía magueyes y vendía pulque.

Pondera los excesos que se cometían en México por causa de la venta libre que había en esta ciudad de este licor en que estaba interesada la hacienda real, por el arrendamiento que hacía de este ramo, siendo uno de los privilegios que gozaba el asentista, que ninguna persona pudiese sacar de la pulquería a ningún indio, sirviendo ésta como de lugar de asilo para la ejecución de muchas maldades. Atribuye la disminución de la población a la gran copia de pulque que beben, y todos los desórdenes a las demasías que los borrachos cometen por causa de la embriaguez. Es loable el celo de este buen franciscano. ¿Mas qué hubiera dicho si supiese los que posteriormente han ocurrido por la libertad con que se ha permitido la venta del aguardiente de caña que destruye rápidamente la población? ¿Qué si hubiera sabido que en el actual Congreso se ha formado la apología de los licores que se introducen del extranjero, y que se ha desechado la prohibición de introducirlos? Es para mí una cosa que apenas acierto a creer, aunque la palpo: tal es esta terrible verdad... Los indios mexicanos han cuidado más de la pureza de las costumbres que los actuales gobernantes, aunque precian de cristianos católicos e ilustrados. Aún más añadido: Que a pesar de que en todo se obra por principios de imitación casi servil de las naciones extranjeras, y a pesar de que los licores fuertes se prohíben en Norte América por lo nocivo que son, en México no sólo se toleran, sino que en su Congreso se defienden con el mismo vigor que si por ellos resultase el mayor bien a nuestra sociedad. Continuaremos mañana hablando sobre otras famosas leyes antiguas y, por ahora, deploramos la desgracia que nos ha cabido de *sólo* admirarlas, como pudiéramos con los de Solón u otros sabios legisladores. A Dios.

CONVERSACIÓN UNDÉCIMA

Myladi. La última reflexión que hizo usted ayer al terminar su conversación, me ha causado una sensación profunda, porque ciertamente es cosa que choca infinito el paralelo que naturalmente hacemos entre las costumbres del pueblo mexicano *gentil*, con el pueblo mexicano *cristiano*. Acuérdesse usted, señora, que el primer día que tuvimos el honor de conocerla en este mismo lugar, cuando comenzamos nuestra conversación, mi esposo le dijo estas precisas palabras, que tengo bien presentes: *He notado también aquí imperfecciones y abusos que envilecen a este pueblo, y lo ponen en el último lugar del catálogo de los pueblos civilizados.* Al oír usted estas palabras se demudó toda, y yo conocí que le había entrado una daga en el corazón, y la disculpé, porque es muy natural cosa amar a su país y sentir que se oigan expresiones de esta naturaleza en la boca de una persona extranjera. Me propuse darla a usted una cumplida satisfacción; he querido muchas veces hacerlo, pero he temido recrudecer esta especie y renovar aquella herida; mas ya que la ocasión se me viene de rodada, permítame que la diga, que aquel día mi esposo y yo estábamos abrumados de pena. Es el caso: la noche anterior yéndonos para casa en el coche, éste pasó por encima de un hombre borracho que estaba tendido sobre el medio de la calle; había poca luz, porque los faroles estaban casi apagados por ser ya tarde; el cochero no vio aquel hombre; pero conociendo lo que era porque se espantaron las mulas cuando pasó el coche, nos apeamos y vimos a un miserable que arrojaba mucha sangre por la boca, lo metimos con mil trabajos en el coche y lo auxiliamos como pudimos. Gracias a Dios que a fuerza de dinero y cuidado logramos que se curara: he

aquí lo que entonces amargaba nuestros corazones, y la vehemencia del dolor le hizo prorrumpir en aquellas expresiones fuertes. Porque, señora, discurriendo ahora con calma e imparcialidad, dígame usted, ¿cómo podrá tolerarse que en una ciudad de primer orden se permita que veamos tantos hombres tirados por esos suelos a todas horas, de día y de noche, como unas bestias sin sentidos?, ¿tantas tabernas, donde no se ve sino personas semidesnudas entregadas a la crápula, vomitando blasfemias y palabrotas, corrompiendo la inocencia de la juventud?, ¿tantas calles desaseadas y pestilentes?, ¿hombres y mujeres haciendo sus necesidades naturales en la plaza mayor como si estuviesen en un campo sin testigos?, ¿tantos muladares casi en el centro de la ciudad, que no sé cómo no se apestan ustedes a cada paso?, ¿tantos caños pestilentísimos? ¿Qué es esto? ¿Será posible que así se desatiendan las costumbres y la policía?... ¡¡Bah!!!... ¿Qué ya no hay moral pública?

Doña Margarita. Tiene usted mucha razón: tiempo hubo en que en esta parte estábamos mejor que ahora. ¿Pero qué quiere usted que hayan producido tantas revoluciones y tantos desórdenes? Quizá querrá Dios que entremos en juicio, escarmentados con sus fatales resultados y que se verifique entre nosotros... que *el mucho desorden trae el orden*. Estoy satisfecha, y usted no me diga ya más sobre esto una palabra, y sigamos con nuestra revista sobre las antiguas leyes de los mexicanos. Veamos las militares.

Esta nación esencialmente guerrera tenía muchas; sólo hablaremos de las que decían relación al derecho público y de gentes. Una de ellas prevenía que no se podía mover guerra sin justo motivo, como el de agravio hecho a un pueblo, usurpación de autoridad o bienes. En estos casos, para declararla, celebraban una junta los ancianos y jefes militares para que en ella dijese su opinión: si consideraban la guerra justa, todos convenían en ella; pero si el motivo era leve, decían dos y tres veces que no se hiciese, porque no hallaban razón para ello; así es que se miraban mucho para romper con un monarca o con un pueblo. Entiendo que esta modesta y equitativa conducta se observó hasta los días del segundo Mochtezoma, pues según consta en su vida escrita por don Fernando Alvarado Tezozómoc, el deseo de poseer un país donde se encontraba la piedra llamada ojo de gato, *huitziltetel*, muy preciosa entre los mexicanos, le hizo emprender la campaña de Tututepec y Quetzaltepec, consultando para hacerla de mera ceremonia a los reyes de Texcoco y Tacuba. Si se determinaba, procedía a la publicación, enviando mensajeros con rodela, mantas y otras cosas, apercibiendo de este modo al contrario. Aun por el camino público por donde transitaban, caminaban levantadas las rodela de una manera visible y todo el mundo respetaba por esta señal en ellos el carácter público de enviados. Recibido el mensaje, se juntaban los súbditos del príncipe notificado, a quienes pedía su voto; si decían que sí, porque se consideraban capaces de defenderse, se aprestaban a la defensa; y si no, porque reconocían su flaqueza, acopiaban joyas, plumas y cosas de gran valor entre ellos, y salían a prestar la obediencia a su contrario o a transigirse en sus pretensiones. De este modo se confederaban de amigos los pueblos y ayudaban en las otras guerras que se ofrecían, porque los vencidos en campaña pagaban mayores tributos. El emplazamiento para la lid muchas veces he dicho que era indispensable. Las ideas caballerescas, por más que se pongan en ridículo, tienen un fondo de honradez y son generosas. Aunque entraban furiosos en los momentos de atacar a un pueblo enemigo, jamás eran objetos de su saña los niños, los viejos y las mujeres preñadas, que por lo común se formaban en procesión para darse en espectáculo de lástima a los guerreros, y

esto bastaba para desarmarlos. ¡Raro contraste entre los llamados bárbaros mexicanos y los preciados filántropos europeos!

Al que hacía daño en la guerra a los enemigos sin licencia del general o acometía antes de tiempo, se le castigaba con pena de muerte. La misma sufría el que descubría los secretos al enemigo, pues se le hacía pedazos y su generación quedaba infamada. El que en baile o fiesta sacaba las insignias militares sufría pena de muerte. Con respecto a los prisioneros y esclavos regían las leyes siguientes. El caballero principal que por su desgracia era hecho prisionero en la guerra, si le daban libertad sus enemigos no podía volver a su patria, por que sus conciudadanos lo mataban.

Myladi. ¿Y por qué tanta crueldad y mala correspondencia a sus servicios?

Doña Margarita. Daban por causa que pues no había sido hombre para defenderse o morir en la guerra, era justo que muriese en una prisión, teniéndolo por menos deshonra, que volver fugitivo. Un ejemplo raro de esto se nos presenta en la vida del segundo Mochtezuma con Tlahuicole. Éste era el más valiente general que tenían los esforzados tlaxcaltecas: por su desgracia fue hecho prisionero en *Malpaís* cerca de Chalco. Presentáronse vivo al Emperador, el cual desentendiéndose de la mucha guerra en que le había hecho destrozos en su ejército, y olvidándose de que en una de las acciones contra los tlaxcaltecas había perecido su hijo Tlapahuepantzin, en vez de mandarlo al sacrificio lo llenó de aplausos, lo regaló e hizo con él demostraciones propias de un monarca que sabía apreciar el valor militar aun en sus enemigos. Dispuso que quedase a su servicio y le mandó a la guerra que tenía con los de Michoacán donde obró prodigios de valor; mas vuelto a México no quiso regresar a su patria por no presentarse afrentado, y pidió por favor que se le inmolase en el sacrificio gladiatorio. Trabajó mucho Mochtezuma por disiparle esta especie, mas no pudiéndolo conseguir señaló el día del sacrificio. Pusiéronlo dice el Clavijero atado por un pie en el *temalacatl*, que era una piedra grande y redonda en que se hacían aquellos sacrificios. Salieron a combatir uno a uno con él muchos hombres animosos, de los que mató según unos ocho e hirió hasta veinte, hasta que cayendo medio muerto en tierra de un golpe que recibió en la cabeza, fue llevado ante Huitzilopuchtli, y allí le abrieron el pecho, le sacaron el corazón y murió como todos los que expiraban en el sacrificio ordinario.

Myladi. ¡Jesús y qué mal gusto tuvo ese hombre! ¡Lástima de valor tan mal empleado! ¿Y era ese guapo por ventura algún gigante?

Doña Margarita. Nada menos que eso: el señor Zurita dice que era bajo de cuerpo, espaldado, de terribles y grandes fuerzas; la macana con que peleaba son sus palabras tenía un hombre bien que hacer con alzarla. Llamábanle *Tlahuicole*, que quiere decir el de la *divisa de barro*, porque siempre traía por divisa una asa de barro cocido y torcido; su nombre ponía pavor a los mexicanos. Este suceso ocurrió poco antes de la conquista de los españoles, y a la llegada de éstos se contaba como cosa reciente y muy memorable. Tanto así era el pundonor militar de los tlaxcaltecas, y nos admiramos de que los griegos lo llevasen hasta el extremo de decir las espartanas a sus hijos cuando iban a la guerra: *ven muerto, o con el escudo o sobre el escudo*. Esto se llama amar a la patria y tener

pundonor militar. El esclavo que se huía de la prisión y se entraba en el palacio del Rey, no sólo quedaba libre, sino que también lo era de las penas a que se le había condenado. Sobre la *usura* había una ley que hoy escandalizaría a nuestros famosos agiotistas, que chupan la sangre de la nación y se llaman patriotas y socorredores de ella en sus necesidades. Ésta prohibía la usura, pues si alguno prestaba algo a otro lo hacía bajo su palabra y voluntariamente; sólo era permitido prestar sobre prenda que caucionaba el pago.

Myladi. ¿Y qué me dice usted en cuanto a las leyes de sucesión entre los mexicanos, porque entiendo que por ellas se puede muy bien calcular el grado de sabiduría de una nación?

Doña Margarita. Diré a usted con el señor Veytia que por lo general era de padres a hijos varones, y no a las hijas. Comúnmente heredaba el hijo mayor habido en la primera mujer, es decir, en la principal que era respetada por soberana entre todas las mujeres, y si alguna era de la sangre real chichimeca o de México, ésta era la que prefería y su hijo era el sucesor. Lo mismo se observaba en los señores de las demás provincias sujetas; pero cuando el hijo mayor no tenía aptitud, valor y conducta para gobernar, el padre nombraba por sucesor a uno de los otros hijos que le parecía más hábil sin preferencia de mayoría; pero era necesario que fuese habido en la mujer principal. De este modo los hijos se esmeraban en ser buenos para complacer a su padre y heredar como mayorazgos *electivos*.

Cuando no tenía hijo varón de dicha mujer, y sólo hijas, nombraba el señor a uno de sus nietos, al que conocía más apto y de más mérito; pero si tenía nietos por línea de varón, éstos eran preferidos con tal que fuesen nietos de la mujer principal, y si ninguno de los nietos por ambas líneas era a propósito para gobernar, en este caso la elección del sucesor la dejaba a los principales señores de sus estados, los cuales eran árbitros a nombrarlo por el orden que después diré; de modo que más interés tomaban en dejar sucesor que gobernase bien que no en preferir a sus hijos o nietos, al modo que Alejandro quiso que la dominación de su reino, y el fruto de sus conquistas, fuese del jefe más digno de su ejército, y que mejor pudiera conservarlas. En este caso sucedían en las tierras y bienes que tenían patrimoniales que llamaban *mayagues*, que los repartían a su arbitrio entre sus hijos y herederos.

Si el señor no tenía hijos, o de éstos ninguno era apto para gobernar, en este caso sucedían al señorío los hermanos por elección en saliendo la sucesión de hijos o nietos; pero cuando recaía en hermano, tampoco era por mayoría, si en el mayor no concurrían las disposiciones precisas para mandar; y en defecto también de hermanos elegían a un pariente del señor, el más inmediato, si era capaz de gobernar, y si no lo tenían, elegían a otro principal y jamás recaía la elección en un *mazehuatl* o del estado llano, pues siempre se tenía cuidado de elegir sujeto de la línea y parentela del señor, si lo había, que no tuviese defectos para gobernar y en su falta el que seguía.

Cuando moría el rey de México se juntaban los señores principales de su corte, como otra vez he dicho, y hacían la elección que según el señor Veytia y Clavijero confirmaban los

reyes de Texcoco y Tacuba. Esta aserción está contradicha por el testimonio de don Fernando Alvarado Tezozómoc, el cual no supone al elector de Texcoco como elector *honorario* y aprobante, sino como elector efectivo con un influjo directo e inmediato en la elección. Dice en la vida de Mochtezuma segundo: «Que por muerte del rey Ahuizotl se reunieron los doce electores del imperio: que Netzahualpilli como primero en dignidad de esta corporación tomó la palabra, y exhortó al colegio electoral para que procediese luego a la elección por el peligro que había de que se sublevasen contra el imperio mexicano las provincias recién conquistadas, y los enemigos terribles tlaxcaltecas, hiliuhquitecpas, michoacanos y otros. Que después recorrió la lista e hizo reseña de los príncipes mexicanos que podían tenerse en consideración para el imperio, y nombró entre los hijos de Tizoc y Axacayatl (sic) a Mochtezuma, el cual salió electo». No sé como el padre Clavijero pudo decir en la nota al folio 159, tomo 1 de su obra, y en varias partes, que los electores de Texcoco y Tacuba sólo eran *honorarios*, y no efectivos... y que no se halla dato alguno para creer que se hallasen presentes a alguna elección de emperador de México... Parece que este escritor es harto recomendable por *indio*, por pariente de los principales reyes de Texcoco y por haber escrito cuando aún estaba reciente la memoria de aquellos sucesos. Yo para conciliar la verdad histórica con el respeto que me merece Clavijero, creo que pudo muy bien suceder que Netzahualpilli hubiese venido a México a activar la elección, porque temiese un levantamiento y que por eso tuviese una parte bastante activa en la elección de Mochtezuma, habiendo presidido el colegio electoral en aquel acto como la persona más digna.

Myladi. Parece éste el temperamento más prudente que puede tomarse en esta duda histórica.

Doña Margarita. El señor Veytia añade sobre lo que tengo dicho, que estos dos soberanos electores, a quienes competía aprobar la elección, se informaban si ésta se había hecho con la formalidad debida, pues hallando alguna nulidad por parte de los electores mandaban repetirla, no obstante que dichos tres señores principales de México, Texcoco y Tlacopan eran soberanos independientes, no sólo para lo civil y criminal, sino también para la elección de los señores súbditos suyos, que ellos en sus dominios confirmaban a los señores inferiores de sus monarquías.

Con corta diferencia se observaba el mismo orden de sucesión en el reino de Michoacán; bien que entre éstos el señor propietario en vida elegía sucesor empezando por hijo o nieto, el cual desde el principio entraba a gobernar y entendía en los negocios, y así se imponía y adquiría mayores conocimientos para cuando quedase de señor absoluto; pero si en los últimos días de su vida no había nombrado sucesor, se le iban a preguntar a los señores de su corte y el que entonces nombraban, ése era el que sucedía.

En algunos reinos, particularmente en el de México, aunque hubiese hijos sucedían los hermanos, alegando para este derecho que siendo hijos de un padre lo tenían igual en la herencia del señorío; así es que acabada la sucesión de hermanos, volvía la de los hijos del señor por el orden ya expresado.

Si aquél que tenía derecho al señorío se mostraba ambicioso del mando y quería preferir a otros, o se entrometía en el gobierno antes de tiempo, aunque el señor lo hubiese nombrado, no lo admitía el pueblo a la sucesión, ni tampoco lo consentía el señor supremo, a quien pertenecía la aprobación que se hacía después de muerto el señor principal. En este caso dice el señor Veytia, dejaba pasar algunos días para examinar cuál de los hijos, nietos u otro que tuviese derecho a la sucesión era el mejor para gobernar; a éste elegía del modo que se ha dicho, y entonces lo confirmaba el supremo señor.

Myladi. Noto mucha sabiduría en ese orden de suceder porque se consulta simultáneamente a la naturaleza y a la política; a la primera, por el mayor grado de aproximación; y a la segunda, porque es muy dura cosa someterse al mando de otro, sin más mérito que haber sido el primero en el orden de nacer, habiendo en la familia otros individuos de ella que tengan mejores disposiciones para gobernar. La preferencia tan sólo por ser el primero en nacimiento, sólo puede tolerarse en las sucesiones de las monarquías por cortar las guerras civiles que son consiguientes, cuando el derecho de sucesión es dudoso. El temor que se tenía a la reprobación del propuesto por el superior, creo que haría se mirasen mucho en las propuestas y que éstas recayesen siempre en el más digno de heredar; bajo este aspecto he considerado la relación que usted nos ha hecho, y me parece justa.

Doña Margarita. Hay otra circunstancia muy digna de notar y es que como estos pueblos vivían por lo común en continuas guerras, cuidaban mucho de que la elección del sucesor recayese en el hombre de más valor, pues el que no se había distinguido en la guerra y no se presentaba con las insignias militares, se reputaba poco digno de gobernar; he aquí el modo de formarse esta nación guerrera, contando con tantos capitanes útiles, cuántos eran los caciques; ya no se admirarán ustedes de que el imperio mexicano hubiese sojuzgado a todo este inmenso continente en tan breve espacio de tiempo. Desengañémonos, la prosperidad de un pueblo está en su legislación: cada ley es una semilla de aquella; si se considera cada una aisladamente no se perciben sus ventajas; pero la reunión de todas, su conexión, armonía y sistema, da este feliz resultado. Los reyes de España conservaron los cacicazgos, bien que despojados de la autoridad de que estaban investidos sus antiguos poseedores, porque toda se la usurpó la Corona. Procuraron sin embargo mantener este orden de suceder compasándolo a falta de orden fijo por los principios comunes de los mayorazgos regulares de Castilla, de varón a varón, y para pronunciarse en esta materia con tino y prudencia pidieron informes circunstanciados a oidores y ministros, que por su saber merecían ser creídos. Uno de éstos fue el señor don Alonso de Zurita, oidor de Guatemala y después de México, a quien se le previno informase también a la corte en estos precisos términos. «Otrosí averiguareis cuáles señores de estos caciques tenían el señorío por sucesión y sangre; cuáles por elección de sus súbditos; qué es el poder y jurisdicción que estos caciques ejercitaban; qué es el que ahora ejercitan y qué provecho viene a los súbditos de este señorío en su gobernación y policía». Puedo asegurar a ustedes que he visto la respuesta dada en cuanto al primer extremo en unos autos seguidos en la Real Audiencia de México sobre un mayorazgo de los descendientes de Mochtezuma, y la he hallado no sólo conforme con lo que les he referido, sino aun casi transcritos literalmente los mismos conceptos y palabras con que se explica el señor Veytia.

En Guatemala era costumbre que el sucesor de un señorío había antes de mandar en un estado corto para probar su conducta, y acreditar si por ella era capaz de obtener un mando mayor.

Ya que he hablado a ustedes del modo con que era elegido un monarca, me parece que gustarán de saber el ceremonial político con que era felicitado por su exaltación a tan alta dignidad.

Myladi. Con sumo gusto lo oiremos, pues será digno de unos hombres que en cuanto usted nos ha contado eran finos, políticos y muy cumplidos.

Doña Margarita. Escogeré una pieza muy recomendada por los editores del periódico intitulado: *Ocios de los españoles emigrados en Londres*, que en el número recomiendan la elocuencia de los indios mexicanos, que el padre Sahagún insertó en sus obras; pero antes me parece que debo referir la felicitación al trono que hizo Netzahualpilli a Mochtezuma, que nos ha conservado el padre Acosta, y de la que decía el padre Mier que había oído grandes elogios a los sabios humanistas de París. Ustedes elegirán la que gusten, pues todas tienen un mérito relevante en clase de elocuentes felicitaciones.

Myladi. Yo quiero ésa de que habla el padre Mier.

Doña Margarita. Tiene usted buen gusto y con el mismo la referiré: «La gran ventura que ha alcanzado todo este reino, ilustre mancebo, en haber merecido tenerte a ti por cabeza de todo él, bien se deja entender por la facilidad y concordia de tu elección y por la alegría general que todos por ella muestran. Tienen cierto, muy gran razón, porque está ya el imperio mexicano tan grande y dilatado que para regir un mundo como éste no se requiere menos fortaleza y brío que el de tu firme y animoso corazón, ni menos reposo, saber y prudencia que la tuya. Claramente veo yo que el Omnipotente Dios ama esta ciudad, pues la ha dado luz para escoger lo que le convenía. Porque ¿quién duda que un príncipe que antes de reinar había investigado los nueve dobles del cielo, ahora obligándole el cargo del reino, con tan vivo sentido no alcanzará las cosas de la tierra para acudir a su gente? ¿Quién duda que el grande esfuerzo que siempre has mostrado valerosamente en casos de importancia no te ha de sobrar ahora donde tanto es menester? ¿Quién pensará que en tanto valor haya de faltar remedio al huérfano y la viuda? ¿Quién no se persuadirá que el imperio mexicano haya llegado ya a la cumbre de la autoridad, pues te comunicó el señor de lo criado tanta que en sólo verte la pones a quien te mira? ¡Alégrate, o tierra dichosa, porque te ha dado el Criador un príncipe que te será columna firme en que estribes! Será padre y amparador de que te socorras: será más que hermano en la piedad y misericordia para con los tuyos. Tienes por cierto un rey que no tomará ocasión con el estado para regalarse y estarse tendido en el lecho, ocupado en vicios y pasatiempos; antes el mejor sueño le sobresaltará el corazón y le dejará desvelado el cuidado que de ti ha de tener. El mejor y más sabroso bocado de su comida no gustará, suspenso en imaginar en tu bien. Dime, pues, reino dichoso, ¿si tengo razón en decir que te regocijes y alientes con tal rey? Y tú, ¡oh generosísimo mancebo y muy poderoso señor!, ten confianza y buen ánimo que pues el Señor de todo lo criado te ha dado este cargo, también te dará su esfuerzo para tenerle y del que en todo el tiempo pasado ha sido

tan liberal contigo, puedes bien confiar que no te negará sus mayores dones, pues te ha puesto en mayor estado del que goces por muchos y buenos años». El padre Clavijero añade que Mochtheuzoma probó a responder a esta felicitación hasta por tercera vez, pero que no se lo permitió un flujo de lágrimas; ¡cuán elocuente no estaría esta arenga en idioma mexicano!

Myladi. Creo que es obra completa en su línea y noto en ella un príncipe que habla con la dignidad de un rey, y de muy diverso modo que hablaría una persona particular, que tal vez mezclaría conceptos de una adulación baja y servil.

Doña Margarita. Aquí podré yo decir a ustedes lo que Esquines dijo a sus discípulos cuando les leyó la famosa arenga que contra él había pronunciado su competidor Desmóstenes, y por la que fue desterrado... ¿Qué diríais si la hubierais oído de su boca?

Myladi. Quisiera oír ya el otro razonamiento que usted nos ofreció, porque supongo que tendrá también mucho mérito retórico y gustamos de las bellezas de este arte encantador.

Doña Margarita. Presentaré a ustedes el que se le dirigía al nuevo monarca electo, participándole la noticia de su nombramiento. Es largo, pero tiene conceptos muy bellos y en él habla el corazón, quizás se le hará a ustedes empalagoso...

Myladi. Lo que es bueno nunca cansa y así refiéralo usted, que lo escucharemos con gusto.

Doña Margarita. Dice así: «Oh señor nuestro humanísimo, piadosísimo, amantísimo y digno de ser estimado más que todas las piedras preciosas y que todas las plumas ricas! Aquí estáis presente y os ha puesto nuestro soberano Dios por nuestro señor a la verdad, porque han fallecido e ídose a sus recogimientos los señores vuestros antepasados, que murieron por mandado de Dios. Partieron de este mundo el señor N. y N., y dejaron la carga del regimiento que traían a cuestras, debajo de la cual trabajaron como los que van camino arriba y llevan a cuestras cargas muy pesadas. Éstos, por ventura, acuérdanse o tienen algún cuidado del pueblo que regían, el cual está ahora despoblado y a obscuras, y yermo sin señor por la voluntad de nuestro Dios; por ventura tienen cuidado, o miran su pueblo que está hecho una breña y una tierra inculta, y están las pobres gentes sin padre ni madre, huérfanos, que no saben ni entienden, ni consideran lo que conviene a su pueblo: están como mudos que no saben hablar o como un cuerpo sin cabeza. El último que nos ha dejado huérfanos es el fuerte y muy valeroso señor N., al cual por breve tiempo y pocos días le tuvo prestado este pueblo y fue como cosa de sueño, así se le fue de entre las manos porque le llamó Nuestro Señor para ponerle en el recogimiento de los otros difuntos sus antepasados, que hoy están como en arca o en cofre guardados; así se fue para ellos, ya está con nuestro padre y madre, el dios del infierno que se llama Mictlantecutli: ¿por ventura volverá acá de aquel lugar adonde se fue? No es posible que vuelva; para siempre se fue y perdió su reino; en ningún tiempo le verán acá los que viven ni los que nacerán; para siempre nos dejó; apagada está nuestra candela; fuéenos nuestra lumbre y ya está desamparado, ya está a obscuras el pueblo y señorío de Nuestro Señor Dios, que él regía y alumbraba, y ahora está a peligro de perderse y destruirse este

mismo pueblo y señorío que llevaba a cuestras, y que dejó en el mismo lugar que la carga que soportaba. Allí está donde dejó a su pueblo y reino pacífico y sosegado, y así le tuvo todo el tiempo que le rigió pacíficamente y poseyó el trono y silla que le fue dado por Nuestro Señor Dios, y puso todas sus fuerzas e hizo toda su posibilidad para tenerlo tranquilo y sosegado hasta su muerte. No escondió sus manos ni sus pies debajo de su manta con pereza, sino que con toda diligencia trabajó por el bien de su reino. Al presente tenemos gran consolación y regocijo, ¡oh humanísimo señor nuestro!, porque nos ha dado el Dios por quien vivimos una lumbre y resplandor del sol, que sois vos; él os señala y demuestra con el dedo y os tiene escrito con letras coloradas: así está determinado allá arriba y acá abajo, en el cielo y en el infierno, y que vos seáis el señor y poseáis la silla, estrado y dignidad de este reino, ciudad o pueblo, brotado a la raíz de vuestros antepasados, que la pusieron muy profunda y plantaron de muchos años atrás. Vos sois, señor, el que habéis de llevar la pesadumbre de la carga de este señorío o ciudad; vos sois el que habéis de suceder a vuestros antepasados los señores vuestros primogénitos para llevar el peso que ellos llevaron; vos, señor, habéis de poner vuestras espaldas debajo de esta carga grande que es el regimiento de este reino; en vuestro regazo y en vuestros brazos pone Nuestro Señor Dios este oficio y dignidad de regir y gobernar a las gentes populares, que son muy antojadizas y enojadizas. Vos, por algunos años, los habéis de sustentar y regalar como a niños que están en la cuna; vos habéis de poner en vuestro regazo y en vuestros brazos a todos, y los habéis de halagar, y hacerles el son para que duerman el tiempo que viviéredes en este mundo. ¡Oh señor nuestro serenísimo y muy precioso! Ya se determinó en el cielo y en el infierno, y se averiguó y te cupo esta suerte: a ti te señaló, sobre ti cayó la elección de Nuestro Señor Dios soberano. Por ventura, ¿podraste esconder o ausentar?, ¿podraste escapar de esta sentencia?, o por ventura ¿te escabullirás o hurtarás el cuerpo a ella? ¿Qué estimación tienes de Dios Nuestro Señor? ¿Qué estimación tienes de los hombres que te eligieron, que son señores muy principales e ilustres? ¿En qué grado de aprecio tienes a los reyes y señores que te designaron, señalaron y ordenaron por inspiración y ordenación de Nuestro Señor Dios, cuya elección no se puede anular ni variar por haber sido por ordenación divina el haberte elegido y nombrado por padre y madre de este reino? Pues que esto es así, ¡oh señor nuestro! esfuérzate, ámate, pon el hombro a la carga que te se ha encomendado y confiado; cúmplase y verifíquese el querer de Nuestro Señor; ¿por ventura, por algún espacio de tiempo llevarás la carga a ti encomendada, o acaso te atajará la muerte y será como sueño tu elección a este reino? Mira que no seas desagradecido, teniendo en poco en vuestro pecho el beneficio de Dios, porque él ve todas las cosas secretas y enviará sobre vos algún castigo como le pareciere, porque en su querer y voluntad está el que te aniebles y desvanezcas, o te enviará a las montañas y a las cabañas, o te echará en el estiércol y suciedades, o te acontecerá alguna cosa torpe o fea. Por ventura serás infamado de alguna cosa vergonzosa, o permitirá Dios que haya discordias y alborotos en tu reino para que seas menospreciado y abatido, o por ventura te darán guerra otros reyes que te aborrecen y serás vencido y aborrecido, o quizás permitirá Su Majestad que venga sobre tu reino hambre y necesidad. ¿Qué harás si en tu tiempo se destruye tu reino o nuestro Dios envía sobre ti su ira mandando pestilencia? ¿Qué harás si en tu tiempo se destruye tu pueblo y tu resplandor se convierte en tinieblas? ¿Qué harás si se desolare en tu tiempo tu reino? ¿O si por ventura viniere sobre ti la muerte antes de tiempo, o en el principio de tu reinado, y antes que te apoderes de él te destruyere y pusiere debajo de sus pies Nuestro

Señor todopoderoso? ¿O si acaso súbitamente enviare sobre ti ejércitos de enemigos de hacia los yermos, o de hacia la mar, o de hacia las cabañas y despoblados, donde se suelen ejercitar las guerras y derramar la sangre, que es el beber del sol y de la tierra; porque muchas e infinitas maneras tiene Dios de castigar a los que le desobedecen? Así pues, es menester, ¡oh rey nuestro!, que pongas todas tus fuerzas y todo tu poder para hacer lo que debes en la prosecución de tu oficio, y esto con lloros y suspiros, orando a Nuestro Señor Dios invisible e impalpable. Llegaos, señor, a él muy de veras con lágrimas y suspiros para que os ayude a regir pacíficamente vuestro reino, porque es su honra; mirad que recibáis con afabilidad y humildad a los que vengan a vuestra presencia angustiados y atribulados; no debéis decir ni hacer cosa alguna arrebatadamente; oíd con mansedumbre y por entero las quejas e informaciones que delante de vos se presenten; no atajéis las razones o palabras del que habla, porque sois imagen de Nuestro Señor Dios y representáis su persona, en quien está descansando, y de quien él usa como de una flauta, y en quien él habla, y con cuyas orejas él oye. Mirad, señor, que no seáis aceptador de personas, ni castigéis a nadie sin razón, porque el poder que tenéis de castigar es de Dios, es como uñas y dientes de Dios para hacer justicia, y sois ejecutor de ella y recto sentenciador suyo; hágase pues la justicia, guárdese la rectitud, aunque se enoje quien se enojare, porque estas cosas os son mandadas de Dios, y Nuestro Señor no ha de hacerlas, porque en vuestras manos las ha dejado. Mirad que en los estrados y en los tronos de los señores y jueces no ha de haber arrebatamiento o precipitación, de obras o de palabras, ni se ha de hacer alguna cosa con enojo; mirad que no os pase ni por pensamiento decir: *Yo soy señor, yo haré lo que quisiere*, que esto es ocasión de destruir, y atropellar y desbaratar todo vuestro valor, toda vuestra estimación, gravedad y majestad. Mirad que la dignidad que tenéis y el poder que se os ha dado sobre vuestro reino o señorío, no os sea ocasión de ensoberbeceros y altivaros; mas antes os conviene muchas veces acordaros *de lo que fuisteis atrás, y de la bajeza de donde fuisteis tomado para la dignidad en que estáis puesto sin haberlo merecido*. Debéis muchas veces decir en vuestro pensamiento: ¿Quién fui yo antes y quién soy ahora? Yo no merecí ser puesto en lugar tan honroso y tan eminente como estoy, sino por mandado de Nuestro Señor Dios, que más parece cosa de sueño que no verdad. Mirad, señor, que no durmáis a sueño suelto; mirad que no os descuidéis con deleites y placeres corporales; mirad que no os deis a banquetes ni a bebidas en demasía; mirad que no gastéis con profanidad los sudores y trabajos de vuestros vasallos, en engordaros y emborracharos; mirad que la merced y regalo que Nuestro Señor os hace en elegir os rey, no la convirtáis en cosa de profanidad, locura y enemistades. ¡Oh señor rey y nieto nuestro! Dios está mirando lo que hacen los que rigen sus reinos y cuando yerran en sus oficios danle ocasión de reír de ellos, y él se ríe y calla, porque es Dios que hace lo que quiere y hace burla de quien quiere; porque a todos nosotros nos tiene en el medio de la palma de su mano, y nos está remeciendo, y somos como bolas y globos redondos en su mano, pues andamos rodando de una parte a otra y le hacemos reír, y se sirve de nosotros cuando giramos de una parte a otra sobre su palma. ¡Oh señor y rey nuestro!, esforzaos a hacer vuestra obra poco a poco; acaso por nuestros pecados no os merecemos y vuestra elección nos será como cosa de delirio, y se hará lo que Nuestro Señor quiere, que poseáis su reino y su dignidad real por algunos tiempos; acaso os quiere probar y hacer experiencia de quién sois, y si no hiciéredes vuestro deber, pondrá a otro en esta dignidad. ¿Tiene por ventura pocos amigos Nuestro Señor Dios? ¿Eres tú solo por acaso su único querido? ¡Cuántos otros tiene conocidos! ¡Cuántos son

los que le llaman! ¡Cuántos los que dan voces en su presencia! ¡Cuántos los que lloran! ¡Cuántos los que con tristeza le ruegan! ¡Cuántos los que en su presencia suspiran! Cierto que no se podrán contar. Hay muchos generosos, prudentísimos y de grande habilidad, y de los que ya han tenido y tienen cargos, y están en dignidades, de muchos es rogado, y muchos en su presencia dan voces; bien tiene a quién dar la dignidad de sus reinos. Por ventura, con brevedad y como cosa a de ensueño, te presenta su honra y su gloria; tal vez te da a oler y te pasa por tus labios su ternura, su dulcedumbre, su suavidad, su blandura y las riquezas que sólo él las comunica, porque sólo él las posee. ¡Oh muy dichoso señor!, inclinaos y humillaos; llorad con tristeza y suspirad; orad y hacedlo que Nuestro Señor quiere que hagáis, el tiempo que él por bien tuviere, así de noche como de día; haced vuestro oficio con sosiego, continuamente orando en vuestro trono y estrado, con benevolencia y blandura; mirad que no deis a nadie pena, fatiga ni tristeza. Mirad que no atropelléis a persona, no seáis bravo para con ninguno, ni habléis a nadie con ira, ni espantéis a sujeto alguno con ferocidad. Conviene también, ¡oh señor nuestro!, que tengáis mucho cuidado en no decir palabras de burlas o de donaire, porque esto causará menosprecio de vuestra persona: las burlas y chanzas no son para las personas que están en la alta dignidad vuestra. Tampoco os conviene que os inclinéis a las chocarrerías de alguno, aunque sea muy vuestro pariente o allegado; porque aunque sois nuestro prójimo y amigo, e hijo y hermano, no somos vuestros iguales, ni os consideramos como a hombre, porque ya tenéis la persona, la imagen la conversación y familiaridad de Nuestro Señor Dios, el cual dentro de vos habla y os enseña, y por vuestra boca se hace oír: vuestra boca es suya, vuestra lengua es su lengua y vuestra cara es la suya, etc.; ya os adornó con su autoridad y os dio colmillos y uñas para que seáis temido y reverenciado. Mira, señor, que no vuelvas a hacer lo que hacías cuando no eras señor, que reías y burlabas; ahora te conviene tomar corazón de *viejo, y de hombre grave y severo*. Mira mucho por tu honra, por el decoro de tu persona y por la majestad de tu oficio; que tus palabras sean raras y muy graves, porque ya tienes otro ser, ya tienes majestad, y has de ser respetado, temido, honrado y acatado; ya eres precioso de gran valor y persona rara a quien conviene toda reverencia, acatamiento y respeto. Guárdate, señor, de menoscabar y amenguar, ni amancillar tu dignidad y valor, y la dignidad y valía de tu alteza y excelencia. Advierte el lugar en que te hallas, que es muy alto, y *la caída de él muy peligrosa*. Piensa que vas por una loma muy alta y de camino muy angosto, y que a la mano izquierda y derecha hay grande profundidad y hondura, que no os es posible salir del camino hacia una parte y otra sin, caer en un profundo abismo. Debes, señor, también guardarte de lo contrario, no haciéndote sañudo y bravo como bestia fiera, a quien todos tengan temor. Sed templado en el rigor y ejercicio de vuestra potencia, y antes debes quedar atrás en el castigo y ejecución de él que no pasar adelante. Nunca muestres los dientes del todo, ni saques las uñas cuanto puedas. Tampoco te muestres espantoso, temeroso, áspero o espinoso; esconde los dientes y las uñas; junta, regala, y muéstrate blando y apacible a los principales y mayores de tu reino y de tu corte. También te conviene, señor, regocijar y alegrar a la gente popular según su calidad, condición y diversidad de grados que hay en la república: confórmate con las condiciones de cada grado y parcialidad en la gente popular. Tened solicitud y cuidado de los areitos y danzas, y también de los aderezos e instrumentos que para ellos son menester, porque es ejercicio donde los hombres esforzados conciben deseo de las cosas de la milicia y de la guerra. Regocija, señor, y alegra a la gente baja, con juegos y pasatiempos convenientes, con lo

cual cobraréis fama y seréis amado, y aun después de la vida quedará vuestra fama, amor y lágrimas por vuestra ausencia, en los viejos y viejas que os conocieron. ¡Oh felicísimo señor y serenísimo rey, persona preciosísima!, considerad que vais de camino y que hay lugares fragosos y peligrosos por donde transitáis; que habéis de ir muy contento, porque las dignidades y señoríos tienen muchos barrancos, resbaladeros y deslizaderos; donde los lazos están muy espesos unos sobre otros, que no hay camino libre ni seguro entre ellos, y los pozos disimulados, que está cerrada la boca con yerba, y en el profundo tiene estacas muy agudas plantadas, para que los que cayeren se enclaven en ellas. Por todo esto conviene que sin cesar gimáis y llaméis a Dios y suspiréis: mirad, señor, que no durmáis a sueño tendido, ni os deis a las mujeres, porque son enfermedad y muerte a cualquier varón. Convieneos dar vuelcos en la cama, y habéis de estar en ella pensando en las cosas de vuestro oficio y en dormir soñando los negocios de vuestro cargo, y las cosas que Nuestro Señor nos dio para nuestro mantenimiento, como son el comer y el beber, para repartirlo con vuestros principales y cortesanos, porque muchos tienen envidia a los señores y reyes, por tener lo que tienen, de comer y de beber lo que beben; y por eso se dice que los reyes y señores *comen pan de dolor*. No penséis, señor, que el estrado real y el trono es deleitoso y placentero; no es sino de gran trabajo y de mucha penitencia. ¡Oh bienaventurado señor nuestro, persona muy preciosa!, no quiero dar pena ni enojo a vuestro corazón, ni quiero caer en vuestra ira e indignación; bástanme los defectos en que he incurrido, y las veces que he tropezado y resbalado, y aun caído en esta plática que tengo dicha; bástanme las faltas y defectos que hablando he hecho, yendo como a saltos de rana delante de nuestro Dios invisible e impalpable, el cual está presente y nos está escuchando, y ha oído muy por el cabo todas las palabras que he pronunciado imperfectamente, y como tartamudeando, con mala orden y con mal aire; pero con lo dicho he cumplido: a esto son obligados los viejos y ancianos de la república para con sus señores recién electos. Asimismo he cumplido con lo que debo a Nuestro Señor, el cual está presente y lo oye, y a él se lo ofrezco y presento. ¡Oh señor nuestro y rey! ¡Viváis muchos años trabajando en vuestro oficio real! He acabado de decir».

El orador que hacía esta oración dice el padre Sahagún delante del señor recién electo era alguno de los sacerdotes muy entendido, y gran retórico, o alguno de los tres sumos sacerdotes que, como en otra parte se dijo, el uno se llamaba Quetzalcóatl, el otro Tectlamacazqui y el tercero Tlaloc; o por ventura la hacía alguno de los nobles y muy principales del pueblo, muy elocuente, o embajador del señor de alguna provincia muy entendido en el hablar, que no tiene empacho ni embarazo ninguno en lo que ha de decir; o tal vez era alguno de los senadores muy sabio, o algún otro muy fino retórico, a quien le acude el lenguaje copiosamente y lo que ha de decir a su voluntad. Esto es así necesario, porque al señor recién electo le hablan de esta manera, y porque el entonces recién nombrado toma el poder sobre todos, tiene libertad de matar a quien quisiere, porque ya es superior: por esta causa dícese entonces todo lo que ha menester para que ejecute bien su oficio, mas con mucha reverencia, humildad y con gran tiento, llorando y suspirando.

¿Qué parece a ustedes ese modo de hablar lleno de figuras, de comparaciones, de consejos y máximas morales? ¿A que no han visto ustedes en la historia un pueblo que

hable a su soberano con más franqueza, al mismo tiempo que con más respeto ni que tenga una idea más alta de lo que es la dignidad regia?

Myladi. Efectivamente, todo lo reúne y ese razonamiento hará honor a los antiguos mexicanos, como no se los hacen algunos escritos que hoy leemos, en que se adula a uno que otro de nuestros gobernantes cuando la fortuna les ha hecho algún favor. Hoy nos hemos entretenido más de lo regular y así demos punto a nuestra conversación para continuar mañana, con lo que nos acabará de dar idea del grado de ilustración a que habían llegado nuestros mayores en la época de la Conquista. A Dios, señores.

CONVERSACIÓN DUODÉCIMA

Myladi. Insensiblemente, siguiendo el método de gobernar de Netzahualcóyotl, hemos hablado no sólo de sus leyes y administración de justicia, sino aun del ceremonial que usaban en la exaltación al trono cuando los reyes eran elegidos para ocuparlo; pero entiendo que nos hemos apartado del modo como se imponían los tributos a los pueblos y se exigían de ellos; querría que usted nos tratase de esta materia, pues yo a la menos no me doy por satisfecha con saber la economía que se guardaba en la recolección de los mantenimientos para la Casa Real, aunque es bastante curioso el modo con que nos ha referido esta economía.

Doña Margarita. El cardenal de Lorenzana anotando las cartas de Hernán Cortés a Carlos V, agotó ya esta materia; sin embargo diré algo acerca de ella siguiendo los pasos del señor Veytia, que escribió con posterioridad a dicho prelado, o a lo menos en su misma época. Protesta que se ha valido de los mejores monumentos y manuscritos que pudo conseguir, y dice que los indios tributaban a sus señores concurriendo cada provincia y pueblo según la calidad, número de tributarios, tierras y frutos, industria y fomento que tenían. Cada pueblo o provincia tributaba de lo que en ella se cosechaba, sin que para ello fuese necesario salir de sus tierras, ni pasar de la caliente a la fría, ni de ésta a aquélla. Con lo que más tributaban era con las semillas y algodón que cultivaban, para lo que en cada pueblo tenían los señores señaladas tierras y esclavos de los prisioneros de guerra que guardaban y trabajaban, ayudándoles la gente del pueblo y de los contornos si en éstos no había tierras para ello, porque habiéndolas en su pueblo, preferían la labor de éstas y no iban a ayudar a otros. También concurrían con leña y agua, y servicio para las casas. Los artesanos tributaban con lo que era de su oficio, pues no se acostumbraba repartir tributos por cabezas, sino a cada pueblo y a cada oficio mandaban lo que habían de dar, y ellos lo repartían y proveían acudiendo con el tributo a sus tiempos, al modo del encabezamiento que se usa en España, de modo que los labradores beneficiaban las tierras, cosechaban y encerraban el fruto; los artesanos tributaban de lo que trabajaban en sus oficios; los mercaderes de sus mercaderías y de cuanto comerciaban. Una de las especies con que tributaban los cortesanos eran ciertas mantas de tres puntas que se añudaban en el pecho como mantos capitulares sueltas de otra punta atrás que arrastraba,

cuyo ropaje usaban sólo los señores principales; tributaban también ciertas bandas o cíngulos de la misma materia, mantas tejidas de plumas, arcos, flechas, hondas, plumajes, macanas, chimales o adargas, etc., que servían para la guerra.

Myladi. Ya no me admiro de haber oído hablar de los grandes armeros que tenía Moctheuzoma en los templos de México, y con que hacía la guerra armando muchísimos soldados en poquísimos días, puesto que con ellos se le contribuía por tributo.

Doña Margarita. El señor Veytia refiere por circunstancia particular que los indios de San Juan Teotihuacán tributaban con seis envoltorios de mostaza, cinco de mantas bordadas y grandes en que se contenían otras cinco más de refacción; diez envoltorios de mantas blancas; un manojo de plumas y diez más finas; un envoltorio y cinco maxtles labrados o bordados; una medida de cacao; tres mil seiscientas treinta gallinas; ciento cuarenta cargas de ocote; ciento veinte petates; sesenta icpales chnitles; diez pantles; diez ollas apastles, y con proporción a esto con que acudía este distrito, se puede inferir con cuánto contribuirían los demás. El algodón era una de las materias con que se tributaba a los reyes, porque era un artículo principal para la vida, así como la lana lo es en la Europa, no sólo los pagaban los pueblos donde se cosechaba, sino también los de tierra fría que estaban en comercio con los de tierra caliente donde lo adquirían, así como sucede el día de hoy que se elabora, aunque en *pocas cantidades*, en Puebla, México y otras ciudades.

Myladi. Dispense usted que la interrumpa, porque me choca oírle decir que se elabora en pocas cantidades en Puebla, cuando he visto en aquella ciudad que éste es el primer artículo de su comercio.

Doña Margarita. No me arrepiento de haberlo dicho; pero usted deba entenderlo *respectivamente*. El comercio de algodón que hoy hace Puebla, apenas es sombra de lo que fue durante el gobierno de Carlos IV, es decir, en la época en que por causa de la guerra con Inglaterra, esta América se vio precisada a reducirse a sí misma y elaborar en su seno las estofas que necesitaban sus habitantes para su preciso uso. Éstas formaban una masa de caudal circulante que en el día ha desaparecido, y por cuya falta la nación en lo general se ve hoy hundida en la miseria. En los años de 18 a 181 los ingresos de numerario en Puebla únicamente ascendían de siete a ocho millones de pesos anuales, y los artículos principales eran los tejidos en algodón, sombreros, loza, vidrios, herramientas, cobre labrado, talabartería, jabón y harinas. Por los años de 182 a 184, sólo la casa de don Joaquín de Haro, vecino de Puebla, en el renglón de mantas y rebozos negoció un millón y más de cuatrocientos mil pesos, habiendo otra porción de individuos de grande caudal que hacían igual comercio. En el día está reducida la población a un tercio de lo que era en el año de 181. Consistía entonces en ochenta y dos mil seiscientas nueve personas, siendo la total población de aquella intendencia, ochocientas once mil doscientas ochenta y cinco personas, incluidas indios y castas. Vean ustedes con respecto a Querétaro las ventajas que sacaba de su comercio de lana, que ha desaparecido como el de algodón en Puebla. Gastaba un año con otro en sus fábricas de cuarenta y seis a cuarenta y ocho mil arrobas de lana. Sus paños eran de los que llaman docenos, casi iguales a los de segunda de Barcelona; su calidad de más duración que la de éstos, e

ingleses, de la misma segunda; el consumo de estos paños se había hecho general en toda la América. Fabricábanse anualmente doscientas treinta mil varas de paño; treinta y nueve mil de jerguetilla; diez y ocho mil de bayeta; veinte y cuatro mil de jerga y bayetones que competían con los ingleses, siendo el precio de estos renglones una tercera parte más barato que los de ultramar. Los tintes de todos colores se perfeccionaron con rapidez, tanto en Querétaro como en Aguas Calientes, donde se establecieron iguales fábricas con mucha utilidad de sus vecinos, y en Acámbaro. Las principales fábricas de estos paños, sostenidas con tesón, eran las del coronel don Juan Antonio de la Llata, de don Tomás Ecala, don José Cerrón, don Francisco Iglesias, del capitán Llata, Barreiro, Carcaba, teniente coronel Martínez, Bustamante, Domínguez, capitán Carballido, Merino, Gómez y otros. Un obraje con otro tenía ciento ochenta hombres lo menos, y mantenían tres mil quinientas y treinta familias, y quizá otras tantas resultaban sostenidas por las fábricas que llamaban de *angosto*: no bajaba de sesenta mil pesos las rayas semanarias dentro y fuera de la ciudad... Hoy ya no existe nada de esto, ni circulan los veinte y ocho millones setecientos y sesenta mil pesos, en que se estimaba anualmente este comercio en la llamada Nueva España y que hacía la felicidad de sus hijos... El mexicano sensible que vio aquellos lugares florecientes, y hoy pasea por ellos, siente arrancársele el corazón de dolor y pide a Dios mande a sus ojos una fuente de lágrimas para llorar tanta desdicha, viéndolos yermos y poblados los caminos de salteadores, y propagada la desmoralización hasta en las cabañas. Si tiende la vista sobre los oficios mecánicos, los ve todos en manos extranjeras, sin tener los menestrales mexicanos en qué ocuparse... Hasta los muñecos que se vendían en el portal de México para juego de los niños son introducidos por los extranjeros: herrajes de montar, fierros, espuelas, herramienta de labranza, comercio al menudeo es de los extranjeros... todo, todo lo han absorbido para sí; he aquí que sólo he levantado a ustedes *una punta* del velo que oculta nuestras desgracias; sin embargo de esto, de que las palpamos, de que casi ninguna plata circula y todo es cobre... y cobre en mucha cantidad falsificado en Norte América, y aun en México, Guanajuato y otros lugares; todavía en el Congreso General tiene protectores este sistema comercial y sobre la experiencia adquirida con millones de desdichas sin cuento se hacen prevalecer contra ellas las doctrinas de Smith, Say y otros señores economistas que se han paseado alegremente en el jardín de los bobos, y que con sus doctrinas nos han hecho más daño en la economía política que los autores criminalistas en el Foro. Me he detenido más de lo que quisiera en esta digresión, porque soy *mexicana* y por hacerles entender a ustedes si acaso están prevenidos como es natural, como que son extranjeros que su comercio libre, si nos ha proporcionado un grado de civilización, nos ha quitado muchos millones de pesos y, sobre todo, la paz y ventura que es la consecuencia de la miseria. Nada diré a ustedes de la *franquicia* de los puertos que proporciona el inmenso contrabando, porque sería necesario suponerlos destituidos de sentido común, si me extendiera sobre este particular.

Myladi. Nada tengo que oponer a las demostraciones que usted nos ha presentado; y aunque como amante de mi país deseo que aumente su riqueza, no querría que fuese en ruina de tantas y tan buenas gentes. Alguna vez he oído hablar acerca de esto a una persona juiciosa y que atribuía esta desgracia a dos causas; primera, a la inexperiencia; segunda, al deseo de que la Inglaterra tomase una parte activa en los asuntos del comercio, interesándola por este medio a que con sus respetos se impidiese una invasión

de España, que entonces se temía, y no sin fundamento, como lo vimos después en la expedición de Tampico.

Doña Margarita. Algo de esto hubo. La nación no ignoraba de *todo punto* los males que le podrían sobrevenir del comercio libre con las naciones extranjeras, pues sabía los males que por él estaba ya experimentando la otra América, y además había leído de algunos manifiestos que los indicaban paladinamente; pero como hay mucha diferencia entre lo que se lee y lo que se sufre, no llegó a convencerse de aquellas advertencias que procuró ofuscar la teoría de los publicistas sobre el comercio libre. Toda novedad tiene sectarios y por eso es muy peligrosa. Hablemos ya de nuestra historia y no se restreguen más las heridas que chorrean sangre y que en mi concepto *son incurables*. Decía, señores, que los indios tributaban oro a sus príncipes en polvo, aunque en corta cantidad, y lo tomaban de los ríos y placeres. No lo había en la porción que ahora, porque no era artículo de atención primaria, sino secundaria, pues las riquezas de un pueblo sin comercio exterior no pueden consistir sino en sus mantenimientos, y en algunos artículos de un lujo caprichoso. Contribuían también al Estado con pequeñas cantidades de los frutos y producciones peculiares de los terrenos que habitaban, encabezándoseles con mucha equidad; pero el resultado era muy cuantioso por la gran población.

Myladi. Pues si eso sucedía así, ¿cómo he oído yo lisonjearse a los españoles de que con su conquista felicitaron a los indios y los hicieron propietarios de sus bienes mismos, de que no podían disponer libremente?

Doña Margarita. Esa misma especie he leído en el padre Vetancurt (página 54, 2.^a parte, tomo 2) y según hago memoria dice: «Tan sujetos tenía Mochtezuma a sus vasallos, y tan avasallados a los que sujetaba, que así renteros que labraban tierras arrendadas como pecheros que llamaban esclavos, porque no pagando los vendían, le daban de lo que cogían, de tres fanegas, una, y de todo lo que criaban, de tres uno, y fuera del tributo servían con sus personas todas las veces que a la guerra y caza eran necesarias, y tenían una piedra con que moler el maíz, una olla en que cocer yerbas para comer y un petate en que dormir... Estaban tan oprimidos que si comían un huevo les parecía que el Rey les hacía merced, porque fuera de eso les tasaban lo que habían de comer, y lo demás se lo quitaban». Esto lo dice Vetancurt para formar la apología de la conquista, y hace una comparación entre aquel estado de opresión en que vivían y el de holganza a que después pasaron bajo el gobierno español. Es menester tener un criterio exacto para distinguir estas ideas. Es preciso convenir en que en los días de Mochtezuma los indios vivían en verdadera opresión, y que ésta y el temor de ser sacrificados en la guerra, o en el templo de Huitzilopuchtli, fueron las dos causas primordiales que los hicieron prestarse fácilmente como en Zempoala, a las órdenes del conquistador, pues que les ofrecía una libertad que no disfrutaban y les anunciaba una religión de paz que abominaba los sacrificios humanos; he aquí los agentes principales de esa rápida conquista y las causas naturales que la proporcionaron sin recurrir a milagros, apariciones de Santiago a caballo y otras patrañas, agregándose la desigualdad de las armas y caballos, la táctica militar, etc., etc. Es incuestionable que los indios estaban muy aquejados con los tributos y que los pagaban aun de las cosas más viles y despreciables, como son los *piojos*: oigan ustedes el pasaje que refiere el cronista Herrera: «Enseñoreados los españoles del palacio

de Mochtheuzoma donde los tenía hospedados y mantenía a placer, lo robaron siendo el jefe de los ladrones Pedro de Alvarado, marca con que es conocido, pues era ladrón por esencia, no dejaron rincón ni aposento que no registrasen; el capitán Alonso de Ojeda encontró en unos aposentos muchos costalejos de a codo, llenos y bien atados: tomó uno y sacolo fuera, y abriéndole delante de algunos de sus compañeros, halló que estaba lleno de piojos y afirmando que esto era verdad, le ataron de presto y espantados de aquella extrañeza, contáronlo a Cortés, el cual preguntó a Marina y Aguilar lo que quería decir cosa tan nueva, y respondieron que era tan grande la sumisión que al Rey hacían todos, que el que de muy pobre y enfermo no podía tributar, estaba obligado a espulgarse cada día y guardar los piojos para tributarlos en señal de vasallaje, y que como había gran número de gente menuda, así había muchos costalejos de piojos; cosa la más peregrina que se ha oído y que más muestra la sujeción en que Mochtheuzoma tenía su reino. Hay quien diga que no eran piojos, sino gusanillos; pero Alonso de Ojeda en sus memoriales lo certifica de vista y lo mismo Alonso de Mata». Paréceme que no se puede presentar prueba más clara de este hecho asqueroso. Pero los indios no mejoraron de condición con los tributos que después les impusieron los conquistadores, pues fueron repartidos como esclavos a sus nuevos señores, sirvieron de bestias de carga para conducir de Veracruz a México la fardería que venía de España, el anclaje, cables y demás herramienta de marina de aquel puerto al de Acapulco y otros puntos, para construir barcos en que expedicionar en demanda de las islas de la especería; de modo que según los escritores, estos caminos podrían empedrarse con calaveras de indios, porque o morían en fuerza del cansancio o los remataban los españoles cuando no podían seguir a sus compañeros; los mejor parados tenían las espaldas tan llenas de mataduras, lobanillos y pasmazones como las mulas de un hato de arrieros. ¿Cuántos millones no murieron por viruelas, matlazahuatl, desague de Huehuetoca, mita para las minas y otros trabajos forzados? Pero aún hay más; hasta el año de 1786 en que por la ordenanza de intendentes de 2 de diciembre del mismo año se prohibió el repartimiento de los alcaldes mayores en la provincia de Oaxaca, los indios sufrieron infinitos males. Un alcalde mayor repartía doce reales para una libra de grana, que se le había de pagar seca, por valor de veinte reales: si pasado el tiempo no cumplía, se le azotaba, se le embargaban sus bienecitos, y hasta el jacal en que vivía, para reintegrarse el malvado alcalde mayor; así sacaban en un quinquenio cuatrocientos a trescientos mil pesos de Villalta, Zimatlan y el Marquesado, que eran las mejores alcaldías mayores.

Yo entiendo que si había alguna equidad en la exacción de los tributos como supone el señor Veytia, fue durante el reinado de Netzahualcóyotl, que fue el de la justicia, mas no en los días de Mochtheuzoma, y así creo que debemos considerar sus relaciones. Dada ya idea de las cantidades y modo con que se exigían los tributos, es tiempo de ver quiénes estaban exentos de pagarlos, supuesto que no hay regla que no tenga sus excepciones. Por supuesto en tiempo de guerra ninguna persona estaba exenta de contribuir, fuérase de cualesquier clase que fuese; pero en el de paz lo estaban los *tecuhtlis* y *pilles* o *pillis*, que se reputaban como hidalgos y caballeros que servían en las guerras y oficios públicos de gobernadores, ministros de justicia y otros cargos honoríficos, asistiendo en casa del soberano, sirviéndole unos de escuderos para acompañarle, otros de mensajeros, otros en fin de comisionados, etc.

Entre éstos había otros que no tenían gente de cargo que mandar, a todos los cuales por el hecho de estar en la casa del rey estaban exentos de tributo, y jamás lo pagaban doble, es decir, al rey y al cacique o señor que lo mandaba a la casa de éste para que le sirviese. Se contaban entre los exentos de tributar, los hijos de familia que vivían bajo la potestad paterna o los huérfanos, porque faltándoles sus padres se acogían a algún pariente para servirle porque les diese de comer, y así vivían hasta que se casaban sin salario, porque no acostumbraban darlo. Las viudas, los impedidos para trabajar, aunque tuviesen tierras dice el señor Veytia que se las labraban y beneficiaban otros, como ni tampoco los mendigos, ni los *mayegues* de los señores, ni de otros particulares, porque con lo que contribuían a éstos de su trabajo, quedaba compensado el tributo que habían de dar al monarca. Finalmente, los que servían en los templos al culto de los ídolos y no se ocupaban en otra cosa. Ustedes verán por lo dicho que entre los indios tenía lugar aquella máxima de equidad tan recomendada en el antiguo derecho: *A nadie se grave con dos cargas*.

Mister Jorge. No ha muchos días que recorriendo las ruinas de Santiago Tlatelolco en compañía de algunos de mis paisanos, en solicitud de unas antigüedades que se le ofrecieron vender extraídas de aquel lugar, se me dijo que era puntualmente el mismo sitio donde se ponía el famoso mercado que llamó la atención singularmente de los españoles; la relación que de él se me hizo fue tan pomposa que me pareció inverosímil; quisiera saber de la boca de usted qué hay en esto de verdad, porque usted sabe muy bien que la grandeza y opulencia de una nación se mide por lo que ella muestra en sus mercados o lonjas de comercio.

Doña Margarita. Son deseos justos que yo satisfaré gustosa; y aunque me correspondía hacerlo cuando tratase de la grandeza de México, aprovecharé la ocasión, porque cuanto diga relación a la ilustración y policía de los mexicanos, debe referirse a los texcocanos, que fueron el tipo de éstos como otra vez he indicado y siempre repetiré. Marcharemos sobre sus huellas, así como Roma marchó sobre las de los griegos en materia de civilización, leyes, edificios y cuanto constituye grande y brillante a un pueblo o reino.

Era grande la industria y continuado el tráfico que tenían los indios entre sí en todas las ciudades grandes como México, donde por la confluencia de todos los pueblos comarcanos satisfacían a sus necesidades de toda especie. Había en esta capital muchas plazas con un continuo mercado. El de Tlatelolco sobresalía entre todos y estaba rodeado de edificios respetables y sólidos, y de portales donde podía hacerse la feria, preservándose de la intemperie del tiempo, no de otro modo que en la famosa plaza llamada de Santa María de Gracia de Guadalajara que admiré cuando la vi, donde competía la abundancia de víveres con el orden en que estaban distribuidos y vigilancia que tenía el juez del mercado; tanto para que no se introdujesen animales muertos, como para evitar los fraudes de los compradores y vendedores. Los escritores españoles nos han dejado exactas descripciones del mercado de Tlatelolco; pero yo doy la preferencia al que nos presenta Gomara, aprobado por Chimalpain. Conozco que ustedes podrían leerlo en el capítulo 13 del primer tomo de su obra página 23, pero me parece que no lo permitirían las reflexiones que sobre aquella historia podríamos hacernos recíprocamente.

«*Tianguiztli* dice llaman los indios el mercado: cada barrio y parroquia tiene su plaza para contratar. De cinco en cinco días es el ordinario, y creo que ésta es la orden y costumbre de todo el reino y tierras de Mochtezoma. La plaza es ancha, larga, cercada de portales, y tal en fin que caben en ella de sesenta y aun más mil personas que andan vendiendo y comprando, porque como es cabeza de toda la tierra, acuden allí de toda la comarca, y aun de lejos tierras, y de todos los pueblos de la laguna, por cuya causa hay siempre tantos barcos y canoas, y tantas personas como digo, y aun más. Cada oficio y mercadería tiene su lugar señalado que nadie se lo puede quitar ni ocupar, que no es poca policía; y porque tantas gentes y mercaderías no caben en la plaza grande, repártenla por las calles más cerca, principalmente las cosas engorrosas o gruesas y de embarazo, como piedra, madera, cal, ladrillos, adobes y toda cosa para edificios tosca y labrada, esteras finas, groseras y de muchas maneras, carbón, leña y hornija o leña menuda, loza y toda suerte de barro pintado, vidriado y muy lindo de que hacen todo género de vasijas desde tinajas hasta saleros; cueros de venado crudos o curtidos con su pelo o sin él, y de muchos colores teñidos para zapatos, broqueles, rodela, cueras o forros de armas de pelo, y con esto teñían cueros de otros animales y aves con su pluma adobados, y llenos de yerba, unas grandes y otras chicas, que era cosa para mirar por los colores y extrañeza. La más rica mercadería es la sal y mantas de algodón blancas, negras, azules y de todos colores, grandes, pequeñas, unas para camas, para colgaduras, para bragas, camisas, tocas, manteles, pañizuelos y otras muchas cosas. También hay mantas de hojas de *metl* que llaman *nequén*, y de palma, y pelos de conejos que son buenas, preciadas y calientes; pero mejores son las de pluma. Venden hilados de pelos de conejo y telas de algodón, hilaza, y madejas blancas y teñidas de todos colores. La cosa más de ver es la volatería que viene al mercado, porque además de que de estas aves comen la carne, visten la pluma y cazan a otras con ellas, son tantas que no tienen número, y de tantas raleas y colores que no se puede explicar, mansas, bravas, de rapiña, de aire, agua y sierra. Lo más lindo de la plaza son las obras de oro y plumería de que contrahacen cualquier cosa y color, y son tan ingeniosos los indios oficiales de esto que hacen de pluma una mariposa, un animal, un árbol, una rosa; las flores, las yerbas y peñas las hacen tan propias y al natural, que parece lo mismo que si estuvieran animadas, y acontéceles no comer en todo un día, poniendo, quitando y asentando la pluma, y mirando a una parte y otra, al sol, a la sombra y a la vislumbre, por ver si dice mejor a pelo, contrapelo, o al través de la haz, o del envés, y en fin no le dejan de las manos hasta ponerla en toda perfección: ¡tanto sufrimiento pocas naciones lo tienen, mayormente donde hay *cólera como en la nuestra!*».

Myladi. Poseo una imagen que me regalaron de Pátzcuaro y que conservo para llevarla a Inglaterra; pero me temo que su belleza pierda mucho, porque me dicen que la polilla destruye la pluma cuando no se ventila, y lo sentiré a fe mía.

Doña Margarita. Si esa imagen es obra de un tal Rodríguez nativo de aquel lugar, usted la conservará por muchos años ilesa. Aquel artífice descubrió un raro secreto de preservar la pluma, y consiste en pegarla mezclando la goma con una raíz que allí conocen con el nombre de *tacinguis*: yo poseo un pequeño papel que me regaló en polvos, y éste es un secreto que quisiera yo revelar a los poquísimos artífices que nos han quedado en Pátzcuaro de este bello mosaico, así como a los pintores el mezclar el aceite de *chia* con

que barnizan las pinturas con zumo de *sábila*, que es amarguísimo y mata a las moscas que ensucian los cuadros.

El oficio más primoroso continúa Chimalpain y artificioso es el de platero, y así sacan al mercado cosas bien labradas con piedras y *fundidas en fuego*: un plato ochavado del que un cuarto es de oro y el otro de plata, no soldado sino fundido, y en la fundición pegado. Hacen una calderita que sacan con su asa y como una campana pero suelta; un pez con una escama de plata y otra de oro, aunque tengan muchas, y vacían un papagayo que se le ande la lengua, que se le meneé la cabeza, y las alas muy al natural: funden una mona que juegue pies y cabeza, y tenga en las manos un hueso que parece que hila, o una manzana que parezca que come; esto tuvieron a mucho los españoles y los plateros de España no alcanzan el primor.

Myladi. Ni yo tampoco lo alcanzo, y a no referírnoslo usted no lo creeríamos...

Doña Margarita. Muy fácil es presentar a ustedes comprobantes de esta verdad, y de que no podrán dudar. Cuando se conquistó México, hecho el saqueo de esta ciudad y distribuidas entre aquellos bandoleros las más exquisitas piezas del arte, dice el mismo Chimalpain sirvieron al emperador con muchas piedras, y entre ellas una esmeralda fina como el palmo de la mano, pero quebrada y que remataba en punta como pirámide, y con una gran vajilla de oro y plata en tazas, jarros, platos, escudillas, ollas y otras piezas de *vaciadizo*, unas como aves, otras como peces, otras como animales, otras como frutas y flores, y todas al vivo que había mucho que ver. Enviáronle sin esto muchas máscaras mosaicas de piedrecitas finas con orejas de oro, y los colmillos de hueso fuera de los labios... Cuando Cortés regresó a España, traía cinco esmeraldas entre otras que tuvo de los indios, finísimas, que las valoraron en *cien mil ducados*; la una era labrada como rosa, la otra como corneta, otra un pez con los ojos de oro, obra de los indios maravillosa; otra era como campanilla con una rica perla por badajo o guarnecida de oro, con *Bendito quien te crio* por letra tal era la inscripción o mote que mandó grabar en ella; la otra era una tacita con el pie de oro, con cuatro cadenitas para tenerlas asidas en una perla larga por botón, tenía el bebedero de oro y por letrero: *Inter natos mulierum, non surrexit major*, inscripción desatinada, pero que indicaba el aprecio que le mereció aquella alhaja. Por esta sola pieza, que era la mejor, le daban unos ginoveses en la Rábida cuarenta mil ducados para revender al Gran Turco; pero no las diera él entonces por ningún precio, aunque después las perdió en Argel cuando fue allá el Emperador. Dijéronle cómo la Emperatriz deseaba ver aquellas piezas y que se las pediría y pagaría el Emperador, por lo cual las envió a su esposa con otras muchas cosas antes de entrar en la corte, y así se excusó cuando le preguntaron por ellas. Fueron las mejores que en España tuvo mujer, y ésta fue doña Juana de Zúñiga, sobrina del duque de Béjar e hija de don Carlos Arellano, conde del Aguilar. No creo puedo presentar a ustedes testimonio más cierto.

Myladi. ¿Mas como es, señora, que no nos han quedado algunos restos de esas preciosidades? ¿Acaso se murieron los plateros que las hacían, o se les olvidó el oficio como al herrero de Mazariegos?

Doña Margarita. Ambas cosas sucedieron. Porque después de hecha la conquista, el Ayuntamiento de México que reasumió el mando, prohibió con pena de perdimiento de bienes el que se trabajara *oro ni plata...* ni aun tejuelos, para que todo todo se mandase a España. He leído el acuerdo que está en los libros de este ayuntamiento y me lo mostró el padre Pichardo de la Profesa que tenía en confianza sus asientos. Si lo dicho admira a ustedes, admírense más cuando sepan que las mujeres plateras de Atzacapotzalco y Cholula eran las que trabajaban esas piezas delicadísimas.

Myladi. ¡Infeliz nación! ¡A qué grado de embrutecimiento te hicieron retrogradar tus conquistadores!

Doña Margarita. Mayores cosas diría a ustedes si les hablara de la Conquista. Dirélas mañana con respecto al mercado, cuya conversación dejaremos, porque el calor del día y el vientre reclaman sus derechos, y es menester vivir en paz con él y con la cocinera. A Dios, señores.

CONVERSACIÓN DECIMATERCIA

Doña Margarita. He venido en fuerza del compromiso y porque no les había avisado a ustedes del estado de mi salud. Ayer me retiré bastante incómoda con el calor y dolor de cabeza que me comenzaba: lo atribuí a la debilidad de estómago, me excedí algo en el almuerzo, y se me declaró una jaqueca de las crueles que me dan de cuando en cuando; mas ya me siento aliviada, aunque no de todo punto buena; en parte lo atribuyo a un hedor pestilencial que se ha soltado en mi calle que no hay estómago que lo sufra... ¡sobre que ya los muladares casi están dentro de México!... Quizás el nuevo presidente logrará sus deseos de ver limpia y sana esta ciudad. Pasado mañana me dicen que empieza la limpia con 3 presidarios, a quienes auxiliará con real y medio en mano además de la comida, y dos reales a cada soldado de la partida que los escolte.

Myladi. Dios lo haga, señora, porque ya vivimos casi dentro del fango. Esas calles de la moneda, Santa Inés, Chiquis, Zuleta y otras, vaya... si no sé cómo no se han asfixiado sus vecinos.

Doña Margarita. ¿Y dónde me dejan ustedes la de la cerca de Santo Domingo, que ha merecido que se le llame la calle del Mar negro, porque ha habido tiempos en que era un lago prieto en que nadaban patates, vasos excretorios y... lo que no se puede decir sin incomodarse.

Myladi. Entiendo que nada se consigue de provecho mientras la laguna que recibe los desagües de México no se limpie con uno o dos pontones de vapor, que con la mayor facilidad ahondarán los cañones, ahorrarán muchísimos jornales y pondrán el lago navegable y ancho de Chalco a México en poquísimas horas, siendo las canoas tiradas a remolque por un buque de vapor. Si viera usted qué lástima me da ver una multitud de

indios remeros que para hacer andar a la canoa una vara pujan y revientan con el remo, atollados en el fango. ¿Cómo se les ha escapado a ustedes ese proyecto?

Doña Margarita. ¿Cómo se les ha escapado, dirá usted, a esos arbitristas chupa medios y sanguijuelas de México que en todo quieren ganar, y que hasta los muñecos y matracas nos traen de Europa en perjuicio de la industria de nuestro pobre pueblo? Sólo me ha faltado ver en esta Semana Santa, Judas venidos de Francia y de Alemania. Sigamos nuestra conversación de ayer.

«Esmaltan continúa Chimalpain, gastan y labran los indios esmeraldas, turquesas y otras piedras, y ahujeran perlas. Formando el mercado hay en él mucha plumería que vale mucho, oro, cobre, plata, plomo, latón y estaño, aunque de los tres metales postreros es *poco*; piedras y perlas muchas, de mil maneras de conchas y caracoles pequeños y grandes, huesos, chinias, esponjas y otras menudencias, y cierto que son muchas y muy diferentes y para reír las bujerías, los melindres y dijes de estos indios de México; y hay que admirar en las yerbas, raíces, hojas y simientes que se venden, así para comida como para medicina, que los hombres, mujeres y niños tienen mucho conocimiento de las yerbas, porque con la pobreza y necesidad las buscan para comer y sanan de sus dolencias, que poco gastan en médicos aunque los hay y muchos boticarios que sacan a la plaza sus unguentos, jarabes, aguas y otras cosillas de enfermos, y casi todos sus males curan con yerbas, que aun para matar los piojos la tienen propia y conocida. Las cosas que para comer tienen no se pueden contar; pocas cosas vivas dejan de comer: culebras sin colas ni cabezas, perrillos que no gañen castrados y cebados, topos, lirones, ratones, lombrices, piojos, y aun tierra, porque con redes de hilo de malla muy menuda barren en cierto tiempo del año una cosa molida que se cría sobre el agua de las lagunas de México y se cuaja, que no es yerba ni cieno, y hay de ello mucho, y en ollas como quien hace sal lo vacían y allí se cuaja y seca. Hácenlo tortas como ladrillos y no sólo las venden en el mercado, mas llévanlas a otros también fuera de la ciudad y lejos. Comen esto como nosotros el queso y así tiene un saborcillo de sal que con *chilmolli* es sabroso, y dicen que a este cebo vienen tantas aves a la laguna como patos que muchas veces por invierno la cubren por todas partes. Venden venados enteros y a cuartos, garzas, liebres, conejos, tazas, perros y otros que gañen que llaman *cuzaitl*. Hay tanto del bodegón y casillas del mal cocinado que espanta. Hay también carnes y pescados asados, cocidos en pan, pasteles, tortillas de huevos de muchísimas aves; no hay número en el mucho pan cocido, en grano y espiga que se vende juntamente con habas, frijoles, y otras muchas legumbres. No se pueden contar las muchas y diferentes especies de frutas de las de España que se venden en este mercado, verdes y secas; pero lo más principal y que sirven de moneda, son unas como almendras que llaman *cacavatl* o cacao. No es de olvidar la mucha cantidad y diferencias que venden de colores, y de muchos buenos de que se carece en España y hacen de hojas de rosas, flores, frutas, raíces, cortezas, piedras, madera y otras cosas que no se pueden tener en la memoria. Hay miel de abejas, de *centli* o maíz que es su trigo, de *metl* y otros árboles que vale más que arroyo. Hay aceite de *chian*, simiente que unos la comparan a la *mostaza*, y otros a la *zaragatona*, con que untan las pinturas para que no les dañe el agua; también lo hacen de otras cosas, pues guisan con él y untan, aunque más usan manteca *sain* y cebo. No acabaría si hubiese de contar todas las cosas que tienen para vender, y los oficiales que hay en el mercado, como son estuferos o sea

artífice de varias obras, barberos, cuchilleros y otros, que muchos pensaban que no los había entre estos hombres de nueva manera. Todas estas cosas que digo, otras que no sé y muchas que callo, se venden en cada mercado de estos de México. Los que venden pagan algo de asiento al Rey, o por alcabala, o porque los guarden de ladrones, y así andan siempre por la plaza entre la gente unos como alguaciles, y en una casa que todos los ven están doce hombres ancianos como en judicatura, librando pleitos. La venta y compra es trocando una cosa por otra: éste da un gallipavo por una medida de maíz; el otro da mantas por sal, o dineros que es cacao y que corre por tal por toda la tierra, y de esta manera pasa la baratería o sea ventas o trueques. Tienen cuenta, porque por una manta o gallina dan tantos cacaos; tienen medidas de cuerda para cosas como maíz y pluma, y de barro para otras como miel y vino: si las falsean penan al falsario y quiebran las medidas». Tal es la relación que nos dejó Gomara, y que aprobó después Chimalpain revisando y anotando esta obra española.

Myladi. Antes de que pase usted señora adelante con esta relación de los mercados que he oído con extraordinario placer, porque me fortifica en la ventajosa idea que me he formado de la civilización de los mexicanos, me permitirá usted que por curiosidad le pregunte: ¿por qué ha dado usted preferencia a esta relación sobre la de otros escritores?... ¿Por qué se ríe usted?... ¿No podré saber la causa?

Doña Margarita. Ríome porque esa pregunta es muy discreta y me abre campo para desarrollar algunas cosillas que sólo en este lugar vienen a cuento. Ese escritor es sincero a la conquista, su mérito literario lo califica el padre Clavijero en estas dos palabras: «Su historia dice *es sensata y curiosa, la escribió con datos* que tuvo de la boca de los conquistadores, y los que sacó de las obras de los primeros religiosos que se emplearon en la conversión de los mexicanos: se imprimió en Zaragoza en 1554». Yo añado: fue capellán de Cortés y de su boca supo mucho de lo que había pasado... Estaba en Sevilla, que era la confluencia de todos los viajeros y conquistadores de Indias, porque allí estaba la casa de la contratación, y era el punto de donde casi todos saltan para las Indias, y adonde tocaban a su regreso y contaban todo cuanto había pasado, y todo lo revelaban. A él le sucedía lo mismo que a nosotros con los polizones que venían de España. Si usted quería saber cómo andaba lo de por allá, no tenía más que tratar con ellos *luego* que desembarcaban, y se lo decían de *pe a pa*; pero era menester que lo hiciera usted *luego*, porque venían de primera silla; mas ya a los tres días después que habían hablado con sus amos, a quienes venían consignados, ya no les sacaba usted palabra aunque los matase, porque lo primero que les encargaban, como si fuese un gran precepto, era que nada dijese; de este modo ocultaban la miseria del país y se nos vendían como señorones que nos venían a honrar y dispensar su protección, habitando entre nosotros. Por medio de esta máxima ignoraron los mexicanos por cerca de tres siglos lo que era España. Sobre lo dicho agregue usted que la obra de Gomara se prohibió por el Consejo de Indias. ¿Y por qué sería esto? ¿No lo adivina usted? Luego es claro que tengo razón de preferir la relación de este escritor español sobre las de otros muchos.

Myladi. Creo que con mucha justicia.

Doña Margarita. La relación del mercado de Tlatelolco me da materia para muchas reflexiones. La primera que me ocurre es el grado de policía a que estas gentes habían llegado, pues allí encontraban cuanto necesitaban, no sólo para satisfacer las precisas necesidades de la vida, sino cuanto decía relación de lujo y comodidad de ella, todo, todo se encontraba allí reunido y traído a mucha distancia. ¿Quién lo creyera? Hasta el excremento humano dice el padre Sahagún se ponía allí de venta en canoas.

Myladi. ¿Y para qué se vendía esa cosa tan apestosa? ¡¡Fo!! Hasta se me revuelve el estómago de imaginarlo...

Doña Margarita. ¿Para qué? Para curtir las pieles. ¿Los gallegos, llamados *privaderos* en Andalucía, y los catalanes no la compran en España para beneficiar las tierras? ¿No tienen su precio a proporción de la mayor o menor actividad que hay en esto, y la conocen qué sé yo por qué examen de paladar que hacen? Pues no hay que admirarse de que los mexicanos lo destinasen para estos usos, así como los curtidores usan de la canina de perro para el mismo objeto. Dícneme que el Conde de Revilla Gigedo trató de que se matasen los perros de México, que hoy han llegado a tal número, que acaso no lo habrá en Constantinopla donde por ley del Alcorán está prohibido matarlos, y que el cuerpo o gremio de curtidores representó sobre la falta que les hacía la canina para sus operaciones. Nada es inútil para un pueblo laborioso. La segunda reflexión que me ocurre es la gran población que supone un mercado tan numeroso repetido cada cinco días. Del de Tepeyac o sea Tepeaca en el departamento de Puebla, que no era ciudad muy considerable, dice Clavijero, refiriéndose al padre Motolinía, que veinte y cuatro años después de la conquista, cuando ya estaba muy decaído el comercio de aquellos pueblos... no se vendían en el mercado de cada cinco días menos de *ocho mil gallinas europeas*, y que otras tantas se vendían en Acapetlayocan: ¿dónde hay hoy un mercado en que se consuma en tan corto tiempo igual número de aves?, acaso ni en el de México. La tercera reflexión es que por medio de estos mercados los mexicanos se civilizaron hasta un punto del que ya no era posible pasaran, supuesto que estaban reducidos a sí mismos sin comercio fuera de este continente. He aquí el gran medio de introducir la cultura aun entre los pueblos más bárbaros, y de satisfacerse mutuamente sus necesidades; medio por el cual logró el ilustrísimo señor don Vazco de Quiroga, primer obispo de Michoacán, hacer cristianos y felices a los pueblos de su diócesis, estableciendo las que hoy llaman *tandas* o ferias que aún se celebran en Guanajuato. Aquel santo prelado aplicó cada pueblo a un oficio: en uno todos eran zapateros, en otro sombrereros, etc., y reunidos en la tanda, cada uno vendía su mercadería respectiva, y todos se trataban y felicitaban como individuos de una familia. Después de tres siglos, es decir, en el año de 199, sacó el Gobierno español utilidad de este establecimiento, porque reunidos algunos particulares ricos para vestir el ejército español, que militaba contra los franceses, se llevaron de México vestuarios, zapatos y otros útiles trabajados en aquellos pueblos de Michoacán.

Myladi. Si usted ha concluido sus reflexiones, yo haré una puesta que me toca la vez, y es que los mexicanos cuidaban más del orden en estos mercados y de la buena fe que debía haber en ellos, mucho más de lo que se cuida en el día.

Doña Margarita. ¿Y quién lo duda? La plaza es hoy el lugar del fraude, el punto de reunión de las mujeres llamadas *cuchareras*.

Myladi. ¿Y quiénes son esas *harpías*?

Doña Margarita. Ya usted las ha definido con el nombre *exacto* que debe dárseles. Unas mujeres muy sucias, rotas, crapulosas, insolentes, que por lo común traen las enaguas atadas con ñuditos.

Myladi. ¡Ah, bien!... de éstas he visto muchísimas principalmente en las tabernas, y por lo común andan reunidas. ¡Jesús, qué bocas tienen! ¡Qué blasfemas! ¡Qué impudentes! Oí unas el otro día, y por una calle principal, que me horrorizaron...

Doña Margarita. Pues de éstas andan muchas en la plaza y roban a las bobitontas con la mayor destreza; lo mismo hacen esos que andan con jorongos y calzoneras, éste es el uniforme de los ladrones de México, o de capotitos amarillos. Es tanta la impudencia y descaro de estos pícaros que, a mediodía y a toda luz, los he visto robar en el cementerio de la Catedral. Hubo una temporada en que cierta pandilla de éstos se colocaba en la esquina de la calle de Santo Domingo y Tacuba, y les robaban a los indios los burros; el modo con que se los desaparecían yo no lo concibo, creo que podían dar lecciones a los famosos gitanos de Andalucía; éstos han robado y roban impunemente por falta de justicia y policía; aunque el robado los conozca no se atreve a acusarlos, los tienen unos cuantos días en la cárcel, a poco los sueltan, y van y matan al acusador, y vuelven a quedar impunes. Háblese de poner una vigilante policía, en el momento aparecen mil escritos contra el proponente diciendo que es espionaje, que es tiranía, que vivimos en país de libertad, sin reflexionar esos majaderos que en los países clásicos de verdadera libertad hay policía vigilantísima, y que sin ella no puede haber seguridad individual en las ciudades populosas.

Myladi. Entiendo que el mercado de Tlatelolco produciría grandes sumas al erario de Mochtezuma: yo querría que usted nos dijese por un cálculo aproximado cuánto producirá anualmente el de México.

Doña Margarita. No ha muchos días que vi en el estado de ingresos del Ayuntamiento del año de 1824, que por derechos municipales rindió el mercado la cantidad de doscientos treinta y cinco mil setecientos veinte y un pesos, cinco reales siete octavos, y entiendo que daría mayor cantidad si se realizase el plan que la misma corporación presentó al Congreso General solicitando gravar e hipotecar sus propios, para construir sobre sólido un nuevo mercado en que estuviesen almacenadas las semillas y demás artículos de consumo, con lo que se conseguiría dar mucho adorno a la ciudad, hacerlo más fructífero y evitar la plaza de un incendio a que está hoy muy expuesta con una montaña de madera seca, que no sólo haría perecer el palacio y las casas contiguas, sino que consumiría el Archivo General, y la pólvora almacenada en dicho palacio que volaría quizá una parte de la ciudad. Yo me asombro al ver tanta omisión y letargo en cosa de tanta importancia. En tiempo oportuno hablaré a ustedes del modo de hacer el comercio los mexicanos, y les diré cómo por este medio lograron llevar sus armas hasta más allá de

Guatemala. Por ahora volvamos la vista hacia Netzahualcáyotl y contemplemos a este brillante astro en su ocaso. Quisiera no llegar a este término, porque un príncipe de tal magnitud debería ser inmortal. La Providencia, como hemos visto; le dio sinsabores y gustos: de éstos gozó por no poco tiempo; pero después tornó a probar el cáliz de la tribulación, cáliz que le dio un pleno convencimiento religioso de la unidad de Dios. Yo he descubierto la causa de él en el tomo 3.º de las varias piezas colectadas de orden del Rey, inéditas, que hoy existen en el Archivo General que contiene 32 fojas, y a la séptima se dice en substancia: «Que habiendo sabido Netzahualcáyotl que Teoateuhctli, señor de la provincia de Chalco, se había rebelado negándole la obediencia, celebró junta de los notables de su corte a quienes pidió dictamen sobre lo que en aquel caso debería hacer, manifestándole la contumacia y rebeldía con que había obrado, a pesar de la dulzura y clemencia con que en diversas ocasiones lo había tratado. En el acto de la discusión tomó la palabra el infante Tlachotlalaltzin, hijo del Rey, y puesto de rodillas le habló en estos términos: "Justo es, señor, que me encomendéis como a hijo tuyo el castigo de este exceso; yo te doy palabra delante de estos grandes señores de no volver a tu presencia hasta no traerte preso o muerto al que ha tenido el atrevimiento de disgustarte. Dejaré la provincia en paz, y a su gente tan escarmentada, que ni aun por pensamiento les ocurra más la locura que ahora han cometido". Estimó Netzahualcáyotl este ofrecimiento y se le dio el mando del ejército formándolo de la gente más lucida, con la cual pasó como en parada a vista del Emperador y de su corte, y acompañaron a este jefe sus dos hermanos Xochiquetzaltzin y Acapipioltzin, sin que faltase hijo o deudo de los grandes de Texcoco que no se hubiese incorporado en las filas, adornándose cada uno lo mejor que pudo y teniendo a mengua el quedarse en la corte. Llegados a la frontera de Chalco puso el Infante su campo a la vista de sus enemigos que estaban situados en una sierra bastante fuerte y en actitud de defenderse; mas antes de emprender cosa alguna, mandó un parlamento al cacique de Chalco por el que le decía que aunque venía con orden de prenderle por sus excesos, él le exhortaba a que se presentase en persona, pues su padre que preciaba de misericordioso y magnánimo le trataría bien, y él se ofrecía de medianero para que no se le causase el menor daño; pero que si no aceptaba esta medida, procedería a castigar a los suyos guardándose de tocar a su persona, pues lo tendría por tal afrenta, como si tocase la de una mujer, por hallarse viejo y ciego.

El cacique sin perturbarse ni recibir enojo respondió al enviado: "Gran castigo merecía tu atrevimiento por venirme con tal embajada de un muchacho como es el que te envía, haciéndome tantos fieros y amenazas, pues cree que las ha con los del reino de su padre, a quienes debe de dar la vida por gracia y merced. Decidle que entienda que, a pesar de que soy viejo, ciego y enfermo, sentado en mi cama le daré tanto en que entender a él y a su ejército que ruegue a los dioses pueda escapar con vida, y que si puedo haberlo a las manos le haré azotar como a un muchacho, castigando de este modo no visto su atrevimiento. Que si hasta aquí he procurado no enojar ni ofender al Rey su padre en cosa que le lastime el corazón, en lo de adelante lo haré por haberme enviado por general de su ejército a un rapaz, motivo por que le hostilizaré cuanto pueda y ejecutaré castigos ejemplares y no vistos en los que más lucieren ante sus ojos; y tú sábetete que si no lo hago en tu persona, es respetando tu carácter de enviado que te disculpa, y así vete en paz y no aguardes otra respuesta".

Entendida ésta por el Infante se corrió y avergonzó en extremo, prorrumpiendo en amenazas y blasfemias contra sus dioses, que permitían tamaño atrevimiento en un viejo ciego y sin manos. Por tanto, mandó a su ejército que estuviese a punto para comenzar a obrar al día siguiente.

El cacique de Chalco luego que despidió al mensajero del Infante, llamó a los de su consejo y les dijo: "Avergonzado estoy de lo que este muchacho me ha mandado decir. Si me queréis bien y deseáis mi venganza, os ruego que recorráis la tierra y me traigáis a los hijos del rey de Texcoco que me dicen salen al campo: quiero darle este disgusto para que por sí pruebe el que me ha dado su hijo". Mandó pues que en ciertos puntos y partes más peligrosas de la sierra se situase mucha gente de armas para que matasen sin riesgo a los que quisiesen trepar por ellos. Al siguiente día los texcocanos quisieron ocuparlos; pero fueron de tal modo derrotados por la improvisa salida que hicieron los de Chalco, que fueron muertos sobre diez mil hombres, y los demás perseguidos por la espalda en el alcance, y quedaron además muchos prisioneros. Supo Netzahualcóyotl esta desgracia y tuvo gran pena considerándose vencido por un cacique ciego y viejo, que había eclipsado sus anteriores triunfos y a los que debía él poseer un inmenso distrito que cogía de mar a mar. Afligíale también sobre manera la proximidad en que se hallaba el enemigo de su corte, no menos que el verse sin hijo legítimo que le sucediese en el trono. El cacique de Chalco llevó adelante el proyecto de apoderarse de sus hijos. Habían venido en aquella sazón de México a Texcoco dos del rey Axayacatl a visitar a su tío y uniéndose con los de este príncipe salieron una mañana a holgar al campo todos juntos para cazar por las inmediaciones de Texcoco; pero fueron sorprendidos por una partida de los de Chalco, cayendo en sus manos prisioneros. Llevados a la presencia del cacique Teoteuhctli, se alegró mucho de tener tan buena presencia y luego los mandó sacrificar; sacáronles los corazones y tuvo la crueldad de ponérselos al cuello. No contento con esto, mandó que los cadáveres se colocasen en cuatro ángulos de una pieza de su casa donde se reunía con los suyos a tener sus festines, haciendo que sirviesen sus manos de albortantes para sostener con ellas unas hachas que alumbraban la sala. Servía acaso en aquella casa una india cautiva de Texcoco, que conmovida con aquel espectáculo horrible se dio tan buena maña que logró quitar los cadáveres y llevarlos a Texcoco. El Rey, desde su primer desgracia, tuvo la debilidad de reunir los sacerdotes para consultarles lo que debería hacer para aplacar la ira de los dioses que tan cruelmente le castigaban, y estos hombres sanguinarios le aconsejaron que hiciese sacrificar gran número que tenía de prisioneros de otras guerras anteriores. Aumentose la pesadumbre en Netzahualcóyotl por la circunstancia de que la india al presentarle los cadáveres le dijo: "Señor, ¿dónde están tus glorias y tu poder? Tú que tenías sujetas tantas naciones, mira cómo te ha tratado un viejo y ciego, mira cómo fue poderoso para prender y quitar la vida a tus hijos, cuyos cuerpos te presento".

Netzahualcóyotl avisó al rey de México de esta desgracia y, al mismo tiempo, le mostró lo inútil que habían sido los sacrificios de sangre humana hechos a sus dioses: entonces fue cuando con tal desengaño, fijando sus ojos en el cielo, dijo: "¡Ah!, verdaderamente los dioses que yo adoro son de piedra e insensibles, pues ni hablan ni sienten. Ellos no pudieron formar la hermosura del cielo, el sol, la luna y estrellas que lo embellecen, y dan luz a la tierra, ni los ríos, fuentes y plantas que la adornan... Todo esto tiene algún Dios

oculto y desconocido que es el único que *puede consolarme* en la aflicción que me atormenta, como mi corazón siente, y a él quiero por mi ayudador y amparo..."».

Myladi. ¿Conque Netzahualcóyotl, aquel príncipe que abominaba la idolatría y sacrificios humanos, que destruía los templos por primera operación en las ciudades que ocupaba, como en Xochimilco, condescendió en que se sacrificasen los prisioneros para obtener gracia de sus númenes en esta tribulación?

Doña Margarita. Sí señora, es preciso confesar esta flaqueza y, sin pretender disculparla, permítame usted que le recuerde que Salomón después de haber erigido el templo que proyectó David; después de haber sido testigo de la gloria y majestad del Señor que lo rodeó; después de haber visto consumir las víctimas con fuego del cielo y después, en fin, de haber confesado delante de Dios y de su pueblo su *unidad*, dentro de breves años erigió otro templo contiguo a los falsos dioses, seducido por los encantos de las mujeres idólatras: éste es el hombre, un cúmulo o acervo de contradicciones, de virtudes y de vicios; con la misma cabeza con que medita una acción virtuosa, medita a sangre fría un asesinato... ¡Oh buen Dios! Jamás apartes de nosotros tu espíritu y tu gracia decía David; *enclava* con tu santo temor mis manos... pero ¡oh culpa dichosa la de Netzahualcóyotl! podré yo exclamar, ¡pues diste por resultado su sincera conversión a Dios y que hiciese una confesión más explícita de su unidad, dejando un modelo de edificación a su pueblo, que lo preparó para recibir después con docilidad el Evangelio! Tengo que decir a ustedes sobre esto cosas asombrosas.

Myladi. Usted me parece que habla enigmáticamente, no entiendo palabra de lo que nos dice.

Doña Margarita. Prometo a usted que mañana desarrollaré ese enigma, no me es posible hacerlo ahora porque aún tengo rescoldos de la jaqueca de ayer, y así me retiro hasta mañana.

Myladi. La deseamos alivio. A Dios.

CONVERSACIÓN DECIMACUARTA

Myladi. Siempre he tomado interés en la salud de usted, pero ahora mucho más. Varias veces desperté en la noche y recordaba aquellas últimas palabras con que terminó ayer su conversación: «Tengo que decir a ustedes *cosas asombrosas*»; díganoslas por su vida y calme mi inquietud.

Doña Margarita. Agitado el sensible corazón de Netzahualcóyotl con la honda pesadumbre que le había dado el cacique de Chalco; ya con la derrota de su ejército; ya con la muerte cruel de sus dos hijos, clamó al Dios *Todopoderoso criador de todas las cosas, oculto y no conocido*, y para alcanzar de su bondad algún consuelo se retiró al bosque de Tezcutzinco, y apartado de todos los negocios que pudieran distraerlo de su

meditación ayunó cuarenta días; ofrecíale sacrificio de incienso y *copalli* al salir el sol, al mediodía, al ocultarse y a la medianoche. Pasado este tiempo, uno de sus pajes llamado Iztapalcotzin oyó una voz de la parte de afuera del aposento donde estaba, que le llamaba por su nombre; salió a ver quién era y encontró con un mancebo hermoso, resplandeciente y ricamente vestido. Espantose con aquella visión; mas el mancebo tornó a llamarle por su nombre: «No temas le dijo, ve y dile al Rey tu señor que se consuele, que el Dios Todopoderoso y no conocido, a quien ha ayunado y hecho ofrenda en estos cuarenta días, lo ha oído y lo vengará por mano de su hijo Axóquetzin que vencerá a los chaleas, y le quedarán sujetos con su rey cautivo, y que la Reina su mujer parirá un hijo muy sabio y prudente que le sucederá en el reino». Dicho esto se desapareció y el paje entró en donde estaba Netzahualcóyotl, al que encontró haciendo su ordinario sacrificio de incienso y *copalli*, y le dio cuenta de cuanto había visto y oído del mancebo. Túvolo el Emperador por disparate y embuste, tanto más cuanto que el infante Axóquetzin jamás se había visto en acción de guerra, pues era niño de diez y siete años, su mujer mayor de edad y hacía años que no paría; aunque por otra parte al oír decir que el *Dios no conocido* a quien había adorado, le prometía hacer tal merced, se consoló y animó; mas por saber si era superchería y engaño del paje, le mandó arrestar. En aquella misma madrugada, el dicho infante con otros mancebos de Texcoco se escaparon y fueron al campo de los texcocanos que estaba sobre Chalco, en que estaba el ejército de su padre. Llegó en ocasión en que los oficiales iban a almorzar sobre una rodela grande, como lo tenían por costumbre militar, antes de dar la batalla que pensaban aquel día, para probar fortuna segunda vez sobre los chalcas. Luego que lo vio su hermano Acapiopiotzin se holgó mucho de ello, y le preguntó cómo había podido llegar por una tierra llena de enemigos sin recibir daño, a lo que respondió que el deseo que tenía de verlos le había dado grande ánimo y sin temor había venido. Mandole que se sentase a almorzar, pero el otro hermano y Chantlatoatzin, a quien parece estaba confiado el ejército, que era hombre áspero, grosero y de condición severa, prohibió que se sentase en aquel asiento, diciendo que no era para él, sino para capitanes y hombres valerosos. Porfiábanle sus hermanos que lo dejase sentar pues lo era y lo había manifestado teniendo ánimo para venirlos a ver comprometiendo su vida, lo que daba indicio de que con el tiempo sería un grande hombre y merecedor de cualesquiera honra. Sin embargo de esto Chantlatoatzin asió del brazo al niño y lo echó de allí con menos precio diciéndole: *Que se fuese a comer a las faldas de las mujeres y no a la mesa de los capitanes*. Avergonzado el joven Axóquetzin con semejantes ultrajes, se entró a la tienda donde estaban las armas de sus hermanos y se armó con una rodela y macana decidido a ir a matar o prender al cacique de Chalco que había muerto a sus hermanos y primos los mexicanos, y dado tan gran pesadumbre a su padre. No dio parte a nadie de su resolución, ni aun a sus hermanos, y ni aun quería que lo supiesen y acompañasen los jóvenes que habían venido con él de Texcoco; así es que él solo se entró en el campo enemigo sin temor alguno, caminando con tal presteza que no pudieron contenerlo ni alcanzarlo los capitanes que le seguían para que no pereciese. Penetró al fin hasta la tienda del cacique de Chalco, invocando en su corazón al Dios de su padre, y encontró allí a Teoateuhctli sentado en su silla, dando desde ella órdenes a los oficiales que le rodeaban y sin que ninguno de ellos osase contenerlo, lo asió por los cabellos y sacó arrastrando hasta fuera de su tienda. El cacique le suplicó que atendiese a sus canas y años, que era hombre principal, y que no lo llevase cautivo de este modo. Entonces el Infante le levantó tomándole de la mano y le dijo: «Teoateuhctli, aunque por

la crueldad y alevosía que cometiste en sacrificar a mis hermanos y primos, hijos de tan poderosos reyes, merecías que te llevase arrastrando ante sus ojos, sábetete que yo uso contigo de hidalguía por quien soy, y porque no es de nobles tomar de un enemigo vencido una cruel venganza». Suelto, pues, lo llevó hasta Texcoco, sin poderlo evitar la mucha gente que ocurrió de los chalcas para salvarlo. A esta sazón movió Acapiopiotzin su campo sobre los enemigos, ocurriendo en socorro de su hermano, rompió sobre ellos, les hizo gran matanza, dispersó a muchos, cautivó a no pocos y se terminó prontamente la acción, siendo consecuencia de ella por entonces la paz de la provincia rebelada.

Sabida por Netzahualcóyotl esta importante nueva, mandó poner en libertad a su paje, a quien hizo grandes mercedes; entrose en el jardín de su palacio y puesto de rodillas, inclinada la cabeza y sin atreverse a alzar los ojos al cielo en muestra de su mayor humildad, dio muchas gracias al Todopoderoso, causa de todas las causas, de quien acababa de recibir tamaño beneficio. «Verdaderamente creo le dijo que estás en los cielos claros y hermosos que alumbran la tierra, y que desde allí gobiernas, socorres y haces mercedes a los que te llaman y piden favor, como conmigo lo has hecho. Prométote de reconocer por mi Señor y criador, y en agradecimiento del bien recibido, hacerte un templo donde seas reverenciado y se te haga ofrenda por toda mi vida, hasta que tú, Señor, te dignes mostrarte a este tu esclavo, y a los demás de mi reino, y de hoy en adelante ordenaré que no se sacrifique en todo él gente humana, porque tengo para mí que te ofendes de ello». Levantose del suelo y, más alegre entonces que jamás había estado, salió a la sala donde los grandes le esperaban para darle el parabién por la victoria del Infante. El Rey les dijo: «Esos plácemes los recibo como de súbditos que tan bien me quieren; pero más gustaré de que deis gracias por tan gran victoria al Dios Todopoderoso criador de todas las cosas, que dio ánimo y esfuerzo a mi hijo, *niño* y sin *fuerzas*, como todos sabéis, porque sólo a este Dios estimo y quiero por mi amparador; y de hoy en adelante no ha de haber sacrificios de gente humana, porque este Señor se ofende de ello: esto haced, y castigad a los que lo hiciesen; y porque a todo el mundo sea notoria la victoria de mi hijo, salid a recibirle todos con músicas y bailes hasta que lo traigáis a mi presencia, y al cacique de Chalco ponedlo en prisión hasta que sea tiempo de castigarlo».

Ejecutose todo como Netzahualcóyotl mandó; llegado el Infante lo recibió en la sala, lo abrazó y besó en el rostro, levantándolo del suelo donde estaba de rodillas y le besaba las manos; llevóselo a un ángulo de la sala donde le hizo sentar junto a sí y le dijo: «Cuando yo no estuviera cierto de que eres mi hijo, bastaba el haber visto que sintiendo el dolor que mi alma recibió con la vista lastimosa de tus hermanos y primos muertos, afrentados por tan cruel hombre en tan tierna edad, y pospuesto todo temor y riesgo de tu vida la aventuraste por vengar su muerte y mi deshonra, cuya determinación fue por orden del Dios no conocido; esto bastaría para que juzgase que de él únicamente ha dimanado todo, acudiendo en tu socorro y ayuda». Usó con él de otras palabras tiernas y amorosas, y le mandó le informase cómo había tenido tanto ánimo para acometer una empresa tan riesgosa; el infante le dijo: «Sabrás, señor, que una noche de éstas pasadas, estando durmiendo en mi aposento, entró en él mucha luz que me pareció de día. Despertando vi junto a mi cama un mancebo blanco y muy lindo con vestiduras resplandecientes, y temeroso de aquella visión me cubrí la cara; él me habló y dijo: "No temas, que yo he venido de parte del Dios Todopoderoso que crio el cielo, la tierra y todo lo que ves, a

quien tu padre ha llamado y hecho ofrenda, a hacerte que madrugues y, sin decirle a él nada, como a ninguna persona, vayas a la frontera de Chalco donde están tus hermanos, pues a ti está reservada la venganza de los muertos que el cacique de aquella provincia sacrificó, y si lo sabe tu padre no te ha de dejar ir. Está cierto de esto que te digo y de que cuando me hayas menester estaré contigo". En esto desapareció quedando el aposento como antes. Yo con el cuidado de madrugar me desvelé y en amaneciendo me levanté. Al salir de este palacio hallé a tres mozos hijos de caciques, que me preguntaron adónde iba; díjeles que tenía deseos de ver a mis hermanos e iba adonde estaban; dijéronme que querían venir conmigo y de acuerdo fuimos todos al campo; llegamos a la tienda a tiempo que iban a almorzar y le refirió todo cuanto entonces le había ocurrido. Cuando llegué a la tienda del cacique continuó le vi y la gente que le acompañaba; me afligí y estando indeciso sobre lo que haría, llegó el mancebo hermoso y me asió del brazo derecho diciéndome: "No tomas, ni desmayes, que aquí estoy yo, y cobrando ánimo nuevamente, llegué y le saqué preso sin que nadie me ofendiese, y me acompañó hasta que me dejó sano y salvo con los míos».

El rey Netzahualcóyotl en reconocimiento de tal beneficio como Dios le había hecho, le edificó un templo muy suntuoso de cal y canto, de nueve sobrados o altos, y en el último en la parte interior lo guarneció con oro y piedras preciosas, y por lo exterior se lo dio un betún negro, adornándolo con algunas estrellas. Por ser cosa oculta y no *conocida* este Dios, *no* le hizo estatua ni figura, quedando en el centro... *vacío hasta su tiempo*. Mandó además en todo su reino que en lo sucesivo todos hiciesen ofrenda al *Dios no conocido*, causa de las causas, y Todopoderoso, de incienso y *copalli* en todas las horas que él la había hecho, prohibiendo el sacrificio de hombres con graves penas. En el último cuerpo del templo estaban los instrumentos que se tocaban a las horas de la ofrenda. El principal era el que llamaban *Callitli* y éste fue el nombre que se dio al templo. Concluido ya el edificio, la reina legítima Matlaltzihuatzin parió un niño a quien llamaron Netzahualpilli, que tanto quiere decir como *príncipe o hijo del ayuno*, por el de cuarenta días que hizo su padre. El cacique de Chalco no sufrió la pena de ser sacrificado a los dioses, porque como he dicho estaba abolida; pero sus crímenes no quedaron impunes, pues fue entregado a las bestias feroces como tigres y leopardos que lo despedazaron.

Mister Jorge. Magnífica es por cierto la relación que usted nos acaba de hacer. Confieso que la he escuchado con sorpresa; pero permítame que le diga lo que un incrédulo a un párroco fervoroso cuando le hablaba de las delicias de la gloria: *¡Ah padre!, ¡qué bueno sería que yo fuera allá, si eso fuera cierto!*

Doña Margarita. ¿Quién le ha dicho a usted que yo pretendo cautivar el entendimiento de nadie y hacerle creer como dicen en un hueso? Yo no soy fundadora de secta para que pretenda hacer prosélitos y exigir de ellos una ciega deferencia a cuanto digo. Refiero lo que la historia cuenta, y nada más, dejando a cada uno a salvo su derecho para creer o no lo que le plazca. Ahora, si ustedes me preguntan cuál es mi opinión *privada*, si tengo o no razones para creer lo que refiero, eso ya es otra cosa; entonces presentaré las razones de mi creencia y las examinaré a la luz de una buena crítica.

Myladi. Puntualmente eso es lo que deseamos saber, la opinión de usted, porque sería temeridad decidir *pirrónicamente* eso es falso, tan sólo porque no nos peto; decisión bárbara que no puede darse razonablemente, cuando se refiere un hecho ocurrido en cierta época se cuenta el lugar donde sucedió, las personas que intervinieron en él, los monumentos públicos que se erigieron para perpetuar su memoria, los autores que lo refieren, etc., etc., todo lo cual da muchos grados de certeza que aquietan el entendimiento. ¡Aviados estábamos con calificar de falsa una cosa, tan sólo porque es sobre nuestra razón y al primer golpe no la comprendemos! Entonces negaríamos el magnetismo, el flujo y reflujo del mar, la electricidad, la causa de la gravedad de los cuerpos y otros fenómenos de la naturaleza, cuyas causas no alcanzamos.

Doña Margarita. ¡Bravísimo, señorita! Vaya, que usted ha tomado la hacha y sin querer ha comenzado a desmontar la maleza; esa buena disposición que noto en su juicio y que no podría menos de envidiar el padre Malebranche, me anima a formar una especie de disertación que no viene bien en la boca de una pobre mujer que apenas sabe lo muy preciso para salvarse, y eso... ¡oh dolor!, no lo practica. Efectivamente, al discurrir sobre este asunto será necesario tocar algunos puntos teológicos que atañen en cierto modo a la religión, como son los milagros en que ésta estriba, cosa de que disto mucho, pues que ella no necesita de defensores como yo, ni personas tales pueden ni deben presentarse en tal palestra, porque se exponen a poner en ridículo la más santa de las causas del mundo y a dar armas a sus enemigos para que pretendan triunfar de ella. No lo permita Dios que tal sucediera, ni que por mi causa menguara en lo más mínimo del concepto que debe tenerse de ella.

Myladi. No sucedería así, pues cuando en tal discusión usted se deslizase en algo, sería involuntariamente y sus equivocaciones se le disimularían por su piedad y su celo. No, no, mi amiga, es preciso que usted nos diga su opinión en tan delicado punto.

Doña Margarita. Harelo y quizá podré aquietar las dudas de su esposo de usted. ¡Ah!, tendríame por muy dichosa si tal consiguiese, porque yo estimo en más la conquista de un entendimiento dócil por medio de la razón que la de muchas plazas por las armas. Heme aquí, pues, convirtiendo esta hermosa alameda en una academia para tratar de un hecho que, más bien, debería examinarse en un liceo. Si nos observara el autor del *Viaje de Anacarsis* recordaría la memoria de Platón cuando, sentado a la sombra de un plátano, habló a su sobrino en *secreto*, de un *Dios Trino y Uno* y le reencargó que a nadie lo revelase, muy temeroso de correr la suerte desgraciada de su maestro Sócrates. Pero nosotros podremos hablar con franqueza a la faz del universo, de los asuntos mas sublimes y recónditos que se han revelado a todo el mundo, no por un hombre atrevido que osara penetrar el santuario augusto de la Divinidad; sino por el Hijo de Dios, salido del seno de su Padre, para revelarnos misterios tales, que ni el mortal concibe, ni el ángel comprende. Jamás ha dicho Chateaubriand me parece más magnífica la religión de Jesucristo que cuando su Iglesia entona a la faz de la tierra, sin temor y entre cánticos melodiosos, el símbolo de su fe. No lo hace en esos antros oscuros, asilos de la maldad y perfidia, entre las sombras de la noche, sino como su fundador instruyó al mundo, como subió a los cielos en la mitad del día a romper los candados de las puertas eternas de la gloria; tal ejemplo me obliga a darle en esta vez las más humildes gracias, usando de las

palabras con que él agradeció a su padre el que se hubiese prestado a revelar sus secretos a los humildes, ocultándolos a los pretendidos sabios de la tierra... Pero yo deliro y me moriría si ahogase en mi pecho estas expresiones de gratitud. Fijemos pues la cuestión, si a ustedes parece, en los términos siguientes:

¿Es probable que Dios hubiese movido el corazón de Netzahualcōyotl en los términos que dije ayer para que le conociese, confesase su unidad y evitase los sacrificios de sangre humana en su reino? ¿Este hecho está fundado en principios que no pueden negarse sin faltar a las reglas de una sana crítica? Preciso es, señores, recordaros ahora lo que otras veces he referido, es decir, el triste estado en que se hallaba esta nación en los días del reinado de este príncipe. Este miserable pueblo conservaba entonces algunas ideas de la religión cristiana que se había anunciado a sus mayores y de la que algunas de sus máximas aplicaron a sus costumbres; pero ofuscadas aquellas luces, se hundieron en el abismo de la idolatría y de un culto sanguinario que fomentaba su espíritu guerrero, y que los precipitó al mayor exceso de la abominación. No me excedo cuando aseguro que esta deplorable situación era muy semejante a la de los primeros habitantes del mundo después del Diluvio, y cuando para escaparse de ser destruidos por otro igual osaron construir la famosa torre de Babel, y por cuyo delito fueron dispersos en diferentes lugares de la tierra. Cuatrocientos veinte y seis años eran pasados de la ruina del mundo dice el señor Bossuet, y cada pueblo marchaba por el camino de la corrupción olvidando a su Criador; mas Dios, por embarazar el progreso de tan gran mal, empezó a separar y reservar para sí un pueblo escogido de en medio de ella. Abraham fue elegido para ser cabeza de todos los creyentes... El cielo le dio huéspedes, los *ángeles le revelaron* los consejos de Dios y en todo se mostró lleno de fe y de piedad. No se crea que pretendo hacer una comparación absoluta entre el padre de los creyentes y nuestro príncipe; sólo sí recordaros que el mismo Dios, que es de todos los tiempos, usó de igual misericordia para que se cumpliesen los admirables designios de su Providencia sobre este pueblo, como lo acreditó después su historia. Dióle grandes virtudes, que nadie le negará sin contradecirla: amor a la justicia y al orden; una preservación extraordinaria de sus grandes enemigos Tezozómoc y Maxtla; valor y astucia para recobrar su reino usurpado; fuerza para sojuzgar sus enemigos; política para dar perpetuidad a su reino; amor a las artes y ciencias, no sólo para ilustrar a su nación, sino para suavizar por medio de ellas sus costumbres feroces, y que por el mismo deseasen un cambio total de religión, siquiera para no ser inmolados en muchos miles en las aras de Huitzilopuchtl... Tal fue el modo maravilloso, a par que suave, con que Dios obró en esta parte de su mundo para no hacer violencia en el cambio que le preparaba, y que estaba reservado para el año de 1521. No era posible atento el curso regular de las cosas y modo con que Dios ha hablado al corazón de los hombres en otros tiempos que Netzahualcōyotl dejase de ser excitado al convencimiento de la unidad de Dios cuando vivía en el seno del politeísmo, sino por los mismos medios de que el cielo se había valido en otros tiempos. Las santas inspiraciones, los deseos justos de mejorar la condición de nuestra especie, entiendo que no podían venir sino siguiendo el orden guardado en los tiempos en que Abraham fue preservado de un pueblo corrompido. Yo no puedo dudar que esta misma marcha trazó a su querido Netzahualcōyotl cuando, por medio de tal conducta, iba a brotar la luz del seno de las tinieblas e iba a ganar tantas ventajas la miserable humanidad, de que es protector y conservador el que se hizo hombre y elevó a la más alta dignidad nuestra especie.

Fijémonos en otras consideraciones dignas de observarse. Después de haber dado a este Monarca un largo periodo de paz, justicia y abundancia, le hace probar como a otro David el cáliz de la tribulación: un vasallo rebelde le declara la guerra; le insulta por su enviado de una manera exquisita; marchita sus laureles cogidos en cien batallas, le mata diez mil hombres; le asesina dos de sus hijos y después presenta sus cadáveres en espectáculo de irrisión; se orna el pecho colgándose los corazones de aquellas inocentes víctimas y para que se le haga más sensible este cúmulo de ultrajes inauditos, quien los comete es un viejo, ciego, enfermo e incapaz de moverse del asiento desde donde dicta tan sanguinarias órdenes... He aquí la sazón más oportuna en que Dios le habla a su corazón; el hombre atribulado recurre al Ser Supremo para que le consuele, y entonces recurre con tanta más eficacia y ardor cuanto que la experiencia le acaba de acreditar que sus dioses, a quienes ha sacrificado víctimas a despecho de su corazón que las detesta, son incapaces de darle el menor consuelo. Siempre ha sido éste el periodo del desengaño y en él los hombres se han convertido a Dios. Invocado por el ayuno de 4 días y de una oración continua, Dios que es accesible a todos los hombres y compasivo por esencia, escucha sus clamores y le consuela. Si alguno me dijere que Dios no necesita obrar prodigios extraordinarios, ni multiplicar milagros, le responderé que es cierta la proposición en un orden común; pero no en un orden extraordinario de cosas y éste ciertamente lo era. Separado este continente del antiguo de donde podrían venirle ministros evangélicos, casi era indispensable el que Dios hablase al corazón de los hombres para retraerlos de cometer el crimen de la idolatría, que es el que más detesta y por un medio extraordinario, como habló Abraham, a Moisés, a Loth y a los patriarcas del Antiguo Testamento, a quienes reveló sus misterios, así como a los profetas... ¿Entonces lo hizo? Luego ahora pudo hacerlo, era el mismo Dios, el mismo bienhechor de la especie humana, que por tal medio libró multitud de víctimas de las aras de Huitzilopochtli; tal vez si no hubiera habido esta cesación de sacrificios y los texcocanos hubiesen cometido las mismas crueldades que poco tiempo después cometieron los mexicanos, la especie humana *casi* se habría extinguido entre nosotros.

Myladi. Paréceme muy avanzada esa proposición, por no decir paradójica.

Doña Margarita. Pues no lo es sino demostrada por la Historia. Doce años después de muerto Netzahualcóyotl, si no me equivoco, en la dedicación del templo mayor de México que hizo el rey Ahuitzotl, fueron sacrificados setenta y dos mil trescientos cuarenta y cuatro prisioneros. Para hacer con mayor aparato tan horrible matanza, se dispusieron dice el padre Clavijero aquellos infelices en dos filas, cada una de milla y media de largo, que empezaban en las calles de Tacuba y de Iztapalapan, y venían a terminar al mismo templo. «Los reyes sucesores de este monstruo, cada uno antes de tomar posesión o afirmarse en el trono, salían a guerras que con causa o sin ella movían a las provincias para traer prisioneros y hacer iguales matanzas». Esto supuesto, pregunto: si en el imperio que era mayor que el de México se hubiera observado igual conducta y hecho iguales matanzas, ¿a qué número habrían llegado éstas? La imaginación se espanta al contemplarlo; luego es visto que se habría casi arruinado la especie humana en este continente; luego fue una de las providencias más benéficas para la humanidad la que Netzahualcóyotl dictó para beneficio de la miserable especie humana. ¿Y habrá quien dude que Dios, padre de ella, dejaría de hacer alguno de sus antiguos prodigios para librar

tanta multitud de hombres hechos a su imagen y semejanza, y objetos de su infinita compasión? Luego el haber obrado estas maravillas no fue sin objeto, y objeto grande, porque ha obrado otras de su especie en los antiguos tiempos. ¡Cuántas consecuencias no podría yo sacar de este principio y mostrar que tal prodigio no se obró sin causa! Veamos sus resultados.

Dispuestos de este modo los texcocanos a recibir el Evangelio, Texcoco fue el primer lugar dichoso donde la religión se mostró en todo su esplendor y fue el gran plantel de donde se propagó a toda esta América. Efectivamente, el día 12 de junio de 1524, llegaron a aquella ciudad con fray Martín de Valencia los doce primeros religiosos franciscanos, y celebraron la primera misa cantada el día siguiente de San Antonio en un salón del palacio de Netzahualcōyotl, habiendo cantado la tarde anterior vísperas solemnes: éste fue un espectáculo grandioso que enterneció a los indios y los hizo derramar muchas lágrimas. Comenzaron luego a bautizar a los primeros personajes de aquel reino, como lo fue su monarca Ixtlilxōchitl, de quien fue padrino Cortés, así como Alvarado lo fue de Cohuanacoxtzin su hermano. Bautizose también la reina Tlacoahuatzin, madre del rey dicho, y... aquí llamo vuestra atención aquella célebre Papantzin resucitada prodigiosamente, de quien habla Clavijero, teniendo su resurrección por efectiva y milagrosa, y como una de las señales prodigiosas con que se anunció la ruina del imperio de Mochtezuma. También en Texcoco en aquel mismo año celebró Cortés, antes de marchar para la expedición de las Ibueras, el primer sínodo o asamblea eclesiástica que fue la primera que hubo en esta América, en la que se hallaron personas doctas: cinco clérigos, diez y nueve frailes y seis letrados, presidiendo fray Martín de Valencia como vicario del Papa, y concluido este sínodo se repartieron los misioneros por todo el país a anunciar el Evangelio, al modo que los apóstoles de Jerusalén terminaron el primer concilio de los apóstoles. La iglesia parroquial de Texcoco está edificada en los palacios de Netzahualcōyotl, circunstancia que llama mucho la atención de las personas piadosas; tal vez éste sería el mismo lugar donde él construyó el templo al Dios *no conocido* y donde hacía continuamente oración. Éstos son favores, señores míos, de un mérito que sólo Dios sabe estimar y los que lo siguen.

Myladi. Pero, señora, me hace fuerza que un rey gentil pudiese dedicarse a la oración y ayuno, cual pudiera hacerlo el más estrecho cenobita.

Doña Margarita. Si usted se hubiera instruido en el plan de educación que observaban escrupulosamente los indios, aun los mexicanos, disiparía fácilmente esa duda; ellos conocían el mérito de la oración mental, que no es otra cosa que un comercio entre el Criador y la criatura. En la conversación anterior, cuando presenté a ustedes la felicitación que se hacía por una persona grave a un nuevo rey electo, notarían que se le exhortaba a que *orase*, y que esto era común, lo prueban estas expresiones: «¡Cuántos son los que dan voces en su presencia (en la de Dios)! ¡Cuántos los que lloran! ¡Cuántos los que con tristeza le ruegan! ¡Cuántos los que en su presencia suspiran! Cierto que no se podrán contar». En la relación que don Carlos Sigüenza y Góngora hace de los colegios donde se educaban las niñas de México y Texcoco, cuando refiero las arengas que el *cihuatlamacazque*, o capellán de aquellos conservatorios, hacía a las niñas al tiempo de su recepción, y después la rectora pone en boca de ésta estas palabras que le dirigía...

Pero sabe que en este lugar están las doncellas hermanas de Dios, que lo alaban de día y de noche, es también lugar meritorio y de penitencia... porque la que aquí viviere bien y se humillare *enviando* al cielo suspiros acompañados de lágrimas, y tantas que *inunden el trono de Dios, ganará su amistad*. ¿Qué extraño es, pues, que un príncipe en quien hemos observado tantas virtudes morales, aun cuando estaba en el barullo del mundo, conmovido por la tribulación y estrechado a dirigir sus clamores al cielo, lo hubiese hecho por tanto tiempo y a proporción de las grandes penas que lo aquejaban? ¿Cuándo halla el hombre mayor consuelo que cuando se dirige a Dios y le presenta su corazón? Hay además de estas observaciones otras que nos ministran *hechos* incuestionables; tal es la erección del templo al *Dios criador* no conocido, de que da idea el padre Clavijero. Fabricó dice en honor del Criador del cielo una torre alta de nueve pisos. El último era oscuro, su bóveda estaba pintada de azul y adornada con cornisas de oro. Residían en ella hombres encargados de tocar en ciertas horas del día unas hojas de finísimo metal, a cuyo aviso se arrodillaba el Rey para hacer oración al Criador del cielo, y en su honor ayunaba una vez al año. No se olviden ustedes de que era principio asentado en la astronomía mexicana que los cielos eran nueve, y que en su centro residía el Dios supremo; decían en frase de los mexicanos... que eran *nueve dobles*, como vimos en la felicitación de Netzahualpilli a Moctheuzoma. Ustedes saben mejor que yo que los antiguos patriarcas erigían un monumento por lo común que perpetuase la memoria de algún favor singular que habían recibido de Dios, o denominaban con nombre singular aquel lugar que recordase la memoria del prodigio; tales son muchas de las etimologías de los lugares del Antiguo Testamento. Abraham erigió a Dios un altar en el mismo lugar donde se le apareció, y ofreció dar la tierra de promisión a él y a su descendencia. Jacob hizo otro tanto en el mismo lugar donde vio en sueños la escala misteriosa y la piedra sobre que había reclinado su cabeza, la ungió con óleo y erigió como monumento de su visión. Moisés importa tanto como decir: *Del agua le saqué*, y con este nombre se recuerda su origen; del mismo modo que *Netzahualpilli*, que quiere decir el niño *del ayuno*, o según el señor Veytia *cernícalo que ayuna*, recuerda la memoria del que hizo su buen padre en la aflicción. Es visto, pues, que no faltan monumentos con que probar estos hechos maravillosos, y que resistirse a su creencia es cerrar voluntariamente los ojos a la luz de la historia que los persuade. Éstas son las razones que he tenido para creer que este pasaje importantísimo de nuestra historia merece crédito; sin pretender, señores, cautivar vuestro entendimiento, habrélas omitido, pero he hablado excitada por vuestra curiosidad y respetos.

Mister Jorge. He oído con deleite las reflexiones de usted sobre un punto principalísimo de la Historia de este país, y no sé cómo sus primeros escritores lo han pasado por alto o no se han detenido como debieran en inculcarlo. Véome tentado de decir a usted como el rey Agripa sonriéndose cuando oyó el magnífico razonamiento de San Pablo sobre la Resurrección: *Poco falta para que me persuadas a hacerme cristiano*.

Doña Margarita. En fin, señores, sea o no verdadero este suceso, yo doy a Dios humildes gracias porque crio la hermosa alma de Netzahualcáyotl, de quien *piadosamente creo* que por haber seguido la ley natural, hoy sea uno de los hermosos astros que brillen al pie de su trono; y para dar término a la relación de su preciosa vida, escuchad ya el último pasaje de ella.

Siete años después de este suceso, sintiendo este monarca que estaba cercana su muerte, reunió a sus hijos y principales señores de su corte, colocó junto a sí a Netzahualpilli y les habló de esta manera:

«Bien sabéis, y os son notorios, los muchos agravios que he recibido del cacique de Chalco y de los suyos durante mi gobierno, y que no he sido poderoso a sujetarlos, aunque he sujetado a tantas gentes cuantas existen entre los dos mares. Corrido y afrontado por Teoateuhctli, con parecer de nuestros sacerdotes hice muchos sacrificios de gente humana; pero mis males no tuvieron remedio, antes por el contrario, mis hijos y sobrinos fueron sacrificados con menosprecio de sus padres y de sus personas. Afligido sobremanera con tales desgracias, puse mi corazón y mis ojos en el cielo; consideré su hermosura, la del sol, luna, estrellas y la de todo lo criado, y entre mí dije que no era posible que todo esto hubiese sido hecho por nuestros dioses, sino que el que lo había formado había sido algún Dios muy poderoso, que a nosotros era oculto y no conocido. Con esta consideración sentí un nuevo aliento y alegría dentro de mi corazón, y determiné recogerme en el bosque de Tezcutzinco, donde ayuné cuarenta días a este Dios no conocido, ofreciéndole incienso y *copalli* en diferentes horas, y con la mayor humildad que pude le pedí favor y socorro para mi aflicción y desconsuelo. Os es notorio el efecto y beneficio que de esto se me siguió, y que para no cansaros no os refiero. Últimamente me dio este príncipe que yo tanto deseaba, aunque su madre tenía tanta edad y se le había pasado el tiempo sin parir. Siéntome ahora herido de la muerte y el consuelo que llevo de esta vida es dejaros un rey como el que Dios os ha dado, y confío que os ha de gobernar en paz y quietud, premiando a los buenos y castigando a los malos y soberbios. Por tanto, hijos, deudos y vasallos míos, obedecedle y respetadle como a vuestro rey, que en ello serviréis al Dios que prodigiosamente me lo dio; entendidos de que no cumpliendo como tenéis obligación con sus mandatos, os castigaré ejemplarmente, como lo hizo con los chalcas y su cacique, por mano de mi hijo el Infante, aunque *niño* y sin experiencia de la guerra. Y vos príncipe, hijo mío, os encargo que honréis a vuestros hermanos y a todos vuestros deudos y vasallos haciéndoles mercedes, que de esta forma los reyes se granjean las voluntades y son tan queridos de los suyos como temidos de sus enemigos. Mirad, hijo mío, que naciste de milagro y que te me dio el Dios *no conocido*. Respetad su templo y haced ofrenda como yo he hecho y vos habéis visto, no consintiendo que haya sacrificios de gente humana, porque de ellos se enoja y castigará al que lo hiciere. Llevo el dolor de no tener luz ni conocimiento, ni ser merecedor de conocer a tan gran Dios; pero tengo por cierto, que ya que los presentes no le conozcan, *ha de venir tiempo en que sea conocido y adorado en esta tierra*. Y porque vos, mi hijo Acapiioltzin, me habéis sido siempre obediente y he conocido tu lealtad y amor, te nombro y dejo por coadjutor del Príncipe mi hijo para que juntamente con él gobernéis el reino como de ti confío». Entonces abrazó al príncipe heredero besándole en un carrillo y después fue abrazando a sus demás hijos y deudos.

A poco de ocurrido esto, murió el rey Netzahualcóyotl. El infante Acapiioltzin entró en la sala donde tenía su trono: hizo que Netzahualpilli ocupase su silla, y juntos todos los hermanos y caciques principales le besaron la mano como a rey, comenzando por Acapiioltzin regente del reino. A esta sazón se presentó e hincó delante del nuevo rey su hermano Axóquetzin, vencedor de los Chalcas, y pidió alguna remuneración por los

servicios que había hecho; quiso hablar Acapiopioiltzin, pero el nuevo rey le mandó a uno de los caballeros que allí estaban, que con un pintor y un carpintero pasase a Chalco, viese los palacios del cacique difunto y se los trajese dibujados sin faltarles cosa alguna. Habiéndolo así hecho, mandó que en el mejor lugar de Texcoco se construyesen a su hermano otros tales y tan buenos como aquéllos en que viviese, y le dio renta suficiente para que se mantuviese en la provincia de Chalco y otros lugares, con la que vivió después en descanto y opulencia: «Señores, puedo deciros como Augusto a su esposa poco antes de morir, después de haberse visto en un espejo y compuéstose los cabellos poniéndose en postura decente: ¿Qué tal he hecho mi papel en la farsa del mundo? Muy bien. ¡Ah! exclamó, pues la escena es acabada... celebradla... *plaudite jam...*».

Myladi. Sí, sí, es acabada; pero acabada con indecible sentimiento mío... Netzahualcóyotl goza, como *piadosamente creo*, de la inmortalidad y sin duda de una justa celebridad de que no le defraudará el tiempo, sino que aumentará la memoria de sus hechos y virtudes.

Doña Margarita. Pues honremos su memoria y digamos a presencia de este mismo cielo que fue testigo de ellas, y de este suelo que tantas veces pisó: ¡Viva el gran rey de Acolhuacán! ¡Viva el sabio, el valeroso, el prudente, el religioso Netzahualcóyotl!... ¡Viva! ¡Viva! A Dios, señores.

CONVERSACIÓN DECIMAQUINTA

Myladi. ¿Conque ayer hemos pagado el tributo debido a la sensibilidad y a la justicia?

Doña Margarita. Sí señora, lo hemos pagado, y es el mismo que se debe a todo ser benéfico que ha honrado la humanidad y que por recibirlo todos deberían ser buenos. Al tiempo de tomar ustedes el coche vi correr las lágrimas por las mejillas de esta señorita, y cierto que no fueron las únicas que se derramaron por un hombre que ha cuatro siglos que no existe sobre la tierra.

Myladi. Confieso que las derramé y que al decir ¡Viva! se me añadió la garganta y... no sé lo que sentí. Yo querría que jamás murieran los buenos, y como soy tan amiga de ellos y tan amante de la sociedad, cuando los veo desaparecer de entre nosotros pido al cielo que mi alma vuele a reunirse en su compañía y que ésta sea perdurable; he aquí un grande argumento de la inmortalidad de nuestra alma, porque ¿no sería injusticia inspirarnos unos deseos inasequibles?

Doña Margarita. Ese mismo amor y cariño que usted ha manifestado a Netzahualcóyotl, le muestra el padre Clavijero que lo colma de elogios, y aun lo hace autor de ochenta leyes que dictó durante su reinado; supónelo también un vigilantísimo celador de su observancia, y aun dice que habiendo dado un reglamento sobre plantíos de árboles, como hubiese salido disfrazado en cierta vez al monte y hubiese visto que un indio solo pepenaba unas cortezas, le dijo que por qué no cortaba un árbol; respondióle que porque

el Rey lo había prohibido; entonces compadecido de la miseria pública mandó que se extendiese la tala a más terreno; de este modo hacía que se observasen sus órdenes.

Myladi. ¿Podrá usted decirme por qué motivo se ocultó la hora y día de su muerte, y no se le hizo funeral público, sino que se le supuso como a Rómulo arrebatado al cielo?

Doña Margarita. No lo sé; pero presumo que sería por evitar el mucho llanto y duelo que se habría formado en la corte por la pérdida de tan gran rey, y como su sucesor era muy niño, tal vez se temería alguna fatal consecuencia de esta circunstancia entre muchos aspirantes que quizá podría tener aquel trono. Esto es lo que yo presumo y no más. Ocupada de la relación de los hechos de Netzahualcōyotl, me he desentendido de los de los otros reyes, con quienes tienen íntima relación, para ponerlos más en claro y así me torno ahora a continuar los de Izcóatl y sus sucesores en el trono de México, no menos que de los de Tlatelolco y Tacuba. Muchas veces he ponderado la política y astucia del rey Izcóatl, aunque difiriendo de las relaciones del padre Clavijero que atribuye el engrandecimiento de los mexicanos exclusivamente a este monarca; pero he demostrado que, aunque tuvo en él mucha parte reuniendo sus fuerzas a Netzahualcōyotl, éste fue el que principalmente dirigió las operaciones de la campaña, y con ellas, el cambio del sistema, y por el establecimiento de la triple alianza llegaron los mexicanos a ser dominados de los que poco antes los habían subyugado. No por esto pretendo disminuir el mérito de Izcóatl, de quien además debo decir que hermoseó a México con bellos edificios, siendo los más notables el templo de la diosa Cihuacoatl y el de Huitzilopuctli. Murió en 1436: sus exequias se celebraron con extraordinaria magnificencia. Este valiente príncipe se halló según Veytia en las memorables batallas además de las que se dieron en las inmediaciones de México en defensa de esta ciudad contra las fuerzas de Maxtla, en las de Huexotla, Ixtlacotzin, Nonohualcatl, Cohuatlican, Nepohualca, Aculhuacán y Acolman: y se verificó su muerte a los cinco años de haberse asegurado el trono de Texcoco en Netzahualcōyotl. Izcóatl tanto quiere decir como cara de culebra. Aunque tenía valor y astucia, se nota en su política cierta artería que hacía un gran contraste con la magnanimidad de su sobrino. Pronto fue remplazada su muerte con la de Mochtezuma Ilhuicamina en dicho año de 1436, señalado con el jeroglífico de nueve pedernales, reuniéndose para su nombramiento los electores del imperio mexicano. Llámesele *el heridor del cielo*, pues el jeroglífico con que lo pintan en el catálogo de los reyes mexicanos es un pedazo de cielo estrellado, encajado en él una flecha; creen unos que por su valor en la campaña, que fue tal que según el padre Torquemada en las guerras que sostuvo hizo por su mano prisioneros, ochenta y cuatro de los más valerosos capitanes y soldados de los ejércitos contrarios, y otros para denominarlo el *monarca celeste*. Para merecer el ser inaugurado y subir al trono salió a obrar sobre los chalcas, de quienes había recibido como hemos visto muchas injurias, y estuvo a punto de ser sacrificado por su feroz cacique: hízoles muchos prisioneros y el día señalado para la función entraron en México los presentes que le hicieron los vencidos, divididos en tantas cuadrillas los portadores de los regalos cuantos eran los pueblos que los remitían. La historia militar de este gran guerrero abunda en hechos dignos de la memoria, así como los acontecimientos desgraciados ocurridos en los veinte y cinco años y cuatro meses que duró su reinado. En el anterior de Izcóatl, este monarca se desavino con Totoquiuhatzin señor de Tlatelolco y entonces se turbó la paz que había entre mexicanos y tlatelolcas,

que habían vivido unidos como un solo pueblo aunque dividido en dos fracciones, por lo que Mochtezuma hizo la guerra a Quauhtlototl y éste pereció en ella. Cesaron por entonces los bandos públicos, pero el rencor quedó en los corazones de tal manera que terminó al fin en la ruina del reino tlazolteca, que subyugaron los mexicanos con la muerte de su rey Moquihuix, como después veremos. Después hizo la guerra a los cohixcas, oztomantecas, cuetzaltecas, ichcatenpantecas, teoxahualcas y pochtepecas, a quienes venció por haber muerto a unos enviados suyos a cierta comisión, pretexto de que se valieron los mexicanos para subyugar este continente y reducirlo a su dominación. También hizo guerra a los de Tlachco o Tazco y Tlachmalac, y los sujetó a su imperio: de vuelta de esta campaña ensanchó el templo de Huitzilopochtli, que adornó con los despojos que le proporcionó esta guerra. Luego marchó contra los chilapanecas, contra los de Cuauhteopan y Tzumpahuacán, provincias situadas en tierra caliente. Después de esta guerra sostuvo otra Mochtezuma contra Atonaltzin señor de Cohuixtlanhuan hoy llamado Cohixtlanhuan, en el obispado de Oaxaca y provincia de la Mixteca alta. Motivó el que este cacique no permitía el tránsito por sus tierras a los mercaderes mexicanos: bien sabía cuál era el poder del Monarca de éstos; pero mayor era el orgullo de este régulo, el cual tuvo la imprudencia de hacerles el mal que podía a los traficantes, de despreciar la embajada que Mochtezuma le envió interpellándolo para que mudase de conducta o se apercibiese para la campaña. Mofose de esto Atonaltzin, hizo sacar a presencia de los enviados sus riquezas y mostrándoselas les dijo: «Llevad este tesoro a vuestro rey con que me tributan mis vasallos, por ellos conocerá cuánto me aprecian: que me avise cuánto le dan los suyos, porque como se lo contribuyen a él, con lo mismo me contribuirán a mí si yo le venciere; mas si por el contrario yo fuere vencido por él, cuanto poseo será suyo y sabed que no os quito la vida porque respeto en vosotros el carácter de enviados, y sería vileza poner mis manos en hombres inocentes... Tomad este presente, entregadlo a vuestro amo y decidle lo que me habéis oído».

Ésta fue una provocación que comprometía el honor de Mochtezuma; oyóla con admiración porque era nueva en las de su clase; aceptó el desafío y se lo hizo decir para que se preparase para la guerra. Excitó a los reyes de Texcoco y Tacuba para tomar parte en la campaña en virtud del pacto de la triple alianza, y entre los tres monarcas se aprestó un lucido cuerpo de tropas que marchó a la Mixteca; otro tanto hizo Atonaltzin y a pesar de la superioridad de los mexicanos y texcocanos en la disciplina militar, no sólo resistió la invasión, sino que los hizo retirar afrentados a sus casas sufriendo mayor pérdida que los mixtecos, aunque la de éstos no fue pequeña... Al referir este pasaje el padre Torquemada dice con el candor que campea en sus escritos: *Es caso recio querer echar a uno de su casa, no más que por antojo y sin justicia*. Este apotegma pudo aplicárselo después a los españoles sus paisanos, que hicieron otro tanto con los indios.

Myladi. No esperaba yo tanto valor de los mixtecos.

Doña Margarita. Lea usted el *Cuadro histórico de la Revolución mexicana*, y se convencerá de que es la mejor infantería que hay en esta América; ellos fueron los soldados predilectos del inmortal don Valerio Trujano, que sostuvieron el sitio de Huaxuapan en 1812, el de Xonacatlan bastante célebre y los que coadyuvaron a dar

nombraría al general Morelos cuando se presentó en Tehuacán en 12 de agosto del mismo año para marchar después sobre Orizava, Oaxaca y Acapulco.

Afrentados los reyes de la triple alianza con la derrota dicha, reunieron doble ejército que el año anterior y volvieron a la carga con doble furor: los ejércitos eran en tanto número, según Torquemada, que *eran como langostas cuando cubren el sol a grandes bandadas*. Conoció Atonaltzin la debilidad de sus fuerzas para resistir a los mexicanos y llamó en su ayuda a los tlaxcaltecas y huexotzincas; prestáronsele efectivamente y entonces para remover todo obstáculo, y que pudiesen obrar contra Mochtheuzoma, les hizo que atacasen el presidio que éste tenía en Tlachquiuhco hoy Tlaxiaco, donde desbarataron la guarnición mexicana. A pesar de esta derrota, los reyes unidos atacaron a Atonaltzin, lo vencieron, lo hicieron su feudatario y acabaron con casi todo el ejército auxiliar de tlaxcaltecas y huexotzincas. Fueron fruto de esta victoria Coixtlahuaca, Tochtepec y otra porción de pueblos, cuyos caciques viendo muertos a los suyos se amotinaron contra Atonaltzin, lo mataron, acabaron con los restos de auxiliares suyos que habían allí quedado y se presentaron en México, ofreciéndose por súbditos de Mochtheuzoma: esta conquista aumentó el poder del imperio y de ella tuvo gran cosecha Huitzilopuchtlí, pues los infelices cautivos fueron inmolados en sus aras... A este triunfo se siguió el que los mismos reyes obtuvieron el siguiente año sobre los indios de Cotzamaloapam en la costa de Sotavento de Veracruz, y aprovechándose de su ausencia los de Chalco, tornaron a insurreccionarse, pero disimularon el hecho para castigarlo en mejor sazón. Obtuvieron en este mismo tiempo otra victoria sobre los quauhtochas que quedaron sometidos y sus cautivos inmolados en la dedicación del templo, llamado Yopitli. Más difícil y más famosa dice el padre Clavijero fue la expedición emprendida en el año de 1457 contra Cuetlachtlan, o sea Cotaxtla, provincia situada en la costa del seno mexicano; fundada o habitada a lo menos por los olmecas, arrojados por los tlaxcaltecas, y que contenía una población muy considerable. Había en ella gran cantidad de gente y para sojuzgarla excitó Mochtheuzoma a sus dos colegas, los que reunieron numerosas fuerzas, incorporándose en ellas Tizoc y Axayacatl, que después fueron emperadores de México, y también Ahuitzotl, no menos que Moquihuíx, monarca que fue de Tlatelolco, y otros personajes ilustres por su gran valor y estima. A esta guerra no fueron los reyes de México, Texcoco y Tacuba, por parecerles que eran bastantes estos famosos capitanes.

El plan de esta campaña se penetró en Tlaxcala por varios emisarios secretos que había en México de aquella república y de Huexotzinco, que estaban ofendidos de los mexicanos, tecpanecas y aculhuas por la mortandad que habían hecho de los suyos en la guerra de Coixtlahuaca; por esto, y porque los de Cotaxtla reconocían su origen de los tlaxcaltecas, y vengarse de lo pasado, reunieron sus fuerzas incluyéndose las de Cholula, y vinieron más de cuarenta leguas en su auxilio. Los cholultecas marcharon con aparato, llevando consigo la estatua de Huitzilopuchtlí, en cuya protección confiaban, y a quien iban haciendo muchas fiestas y ofreciéndole sacrificios. En Cotaxtla fueron recibidas estas tropas auxiliares con mucho amor y agradecimiento. El ejército mexicano marchó sin saber sus jefes palabra de este socorro; mas luego que lo entendieron, salieron órdenes de la corte para que se regresase del mismo punto donde recibiesen sus generales aquella orden: tomoles en Ahuilizapan hoy dicho Orizava y reunidos los jefes en junta de guerra, prevaleció el dictamen de regresar y obedecer la orden; pero Moquihuíx lleno de

arrogancia dijo: «Vuélvanse todos los que quieran, que yo con mis tlatelolcas batiré al enemigo aunque sea en gran número...». Picáronse los demás generales de esta atrevida resolución y acordaron pasar adelante desobedeciendo la orden de las cortes. Así lo hicieron, vencieron al enemigo y a sus auxiliares, y trajeron prisioneros a México seis mil doscientos, que fueron sacrificados. Quedó desde entonces Cotaxtla sujeta a México y establecido allí para seguridad un presidio con fuerte guarnición de tropas.

Myladi. No apruebo esta conducta, porque jamás los jefes deben desobedecer las órdenes superiores; pero sí admiro el pundonor militar de aquellos generales que se avergonzaron de regresar a México sin obtener el triunfo que se habían propuesto a su salida.

Doña Margarita. Quiero que ustedes noten una razón de política y de conveniencia que tuvieron los tlaxcaltecas para auxiliar a los de Cotaxtla, y es ésta. Sujeta esta provincia a México, ellos quedaban sin su comercio de los artículos más principales para la vida, como eran el algodón y la sal que adquirirían de aquel país, y esto los movió principalmente a socorrerla; la experiencia mostró en lo sucesivo que no se engañaron. ¡Ah!, si los mexicanos hubieran previsto los tristes resultados que dentro de algunos años les daría este triunfo, se habrían guardado mucho de conseguirlo.

Myladi. No alcanzamos la razón de ese concepto, desarróllelo usted y aquiete nuestra curiosidad.

Doña Margarita. Por medio de este triunfo, como continuase la rivalidad entre los mexicanos y tlaxcaltecas, y ambas naciones se mantuviesen en perpetua guerra, les cerraron todo comercio con la tierra caliente y los dejaron reducidos a la sierra Matlacueye en que carecieron de sal, algodón y otros artículos precisos de la vida. Así se mantuvieron hasta la llegada de los españoles. Como el departamento litoral de Veracruz pertenecía ya a Mochtezoma, abrieron relaciones estos aventureros con aquel Monarca y pudieron penetrar a lo interior. Si hubiesen permanecido los de Cotaxtla en amistad con Tlaxcala, sin duda que no habrían internándose, allí habrían perecido probablemente, ya sea por el rigor del clima, ya por acciones de guerra que habrían tenido, apoyados los de Cotaxtla en las fuerzas de Tlaxcala, o sea negándoles de todo punto los mantenimientos que de orden de Mochtezoma les franqueó Teuhtlile; pero alentados con ellos, y más que todo con los regalos de oro y plata que les hizo, los decidió a internarse, a la sazón que México y Tlaxcala estaban en guerra; aprovechose Cortés de esta división, apoyose en la fuerza de Tlaxcala que se le franqueó por vengarse de Mochtezoma y he aquí que allanado tal obstáculo, logró dominarlos a todos, valiéndose de los unos para sojuzgarlos después a todos. He aquí como dicho triunfo fue funesto a los mexicanos, y puede decirse que él fijó para lo futuro su desgracia y esclavitud. Un hecho al parecer insignificante y nulo es origen de muchos males.

Myladi. Ciertamente que la reflexión es oportuna y que no puede hacerse sino después de haber estudiado profundamente la Historia de este país... Pero así lo dispuso la Providencia que rige suavemente los destinos de los pueblos por medios muy desconocidos a la sabiduría humana. Siguió a este triunfo de Cotaxtla o Cuetaxtlan un periodo de paz, y como se debió únicamente al valor de Moquihuix, Mochtezoma trató de remunerarle este

servicio; no debió hacerlo así, pues nunca merece premio una desobediencia a la potestad superior, aunque sea favorable el éxito al Estado, que la insubordinación produce.

Mister Jorge. ¿Y cuál fue el premio que se le dio?

Doña Margarita. Casarlo con una hermana de Axayacatl, que después fue emperador de México, boda que se celebró con gran pompa, y se la dio en dote porción de tierras en el barrio de Aztacalco saliendo al bosque de Chapultepec. Este enlace fue muy funesto a Moctheuzoma, por lo que después diré siguiendo el orden de la historia.

En esta sazón se sublevaron los de Chalco contra los mexicanos y se les hizo una guerra a muerte, y tal que causó una total dispersión de las gentes de aquella provincia que se asilaron en los bosques y cavernas. Compadecido de la desgracia de esta gente popular, concedió Moctheuzoma indulto para que regresasen a sus casas y familias, y en este tiempo se dio a este continente un singular espectáculo de lealtad de que hay muy pocos ejemplos en la Historia: éste es un hecho en que están de acuerdo todos los historiadores; fue el caso. Un hermano de Moctheuzoma fue hecho prisionero por los chalcas, y sea por congraciarse con el Emperador de México, o por asegurar su independencia del imperio poniendo una testa coronada en su provincia, lo estrecharon a que aceptase la corona; resistiose a ello con constancia, pero le urgieron tanto a que fuese rey que afectó otorgar su solicitud. Mandoles que en un árbol muy elevado le pusiesen un tablado, ocultándoles el designio de esta pretensión: de hecho, lo construyeron, subió a él con un ramo de flores en la mano y desde allí les dijo: «Sabed, mexicanos, que los chalcas me quieren hacer rey, mas no permita Dios que yo haga traición a mi patria; antes bien con mi ejemplo os enseñaré a estimar en más la fidelidad que se le debe que la propia vida». Dicho esto se precipitó de aquella elevación y se hizo pedazos. Esta acción que frustró todos los planes de los chalcas, los irritó de tal manera que allí mismo atacaron a los mexicanos que se hallaban presentes y les dieron muerte. Temieron mucho por este hecho que Moctheuzoma les declarase la guerra, y les aumentó este temor haber oído cantar en aquella ocasión un tecolote, ave nocturna y de mal agüero, que siempre ponía y aún pone pavura en los ánimos supersticiosos de los indios, y presumieron por él que se les declararía la guerra por Moctheuzoma, como así se verificó, la cual se les anunció que sería a sangre y fuego, pues a poco esparcieron hogueras en los montes inmediatos, que era la señal de desolación con que se anunciaba esta fatal desgracia, y se verificó en los términos que tengo dicho.

Myladi. ¡Qué pocos de los aspirantes a un trono justifican su sinceridad del modo que lo hizo este fidelísimo mexicano! Hemos visto en nuestros días hombres que afectan renunciar con sinceridad una corona con las palabras, al mismo tiempo que desmienten con sus obras semejantes protestas, pues sus medidas, examinadas a buena luz por los políticos que no se dejan engañar con apariencias, son encaminadas a este objeto: ¡miserables!, quieren ser engañadores, pero en verdad que ellos son los engañados.

Doña Margarita. Nada es más cierto que lo que usted acaba de decir; y yo añado que a los ambiciosos les sucede lo que a los enamorados, que creen que nadie los mira cuando todos los observan. De poco le habrían servido a Moctheuzoma Ilhuicamina sus triunfos

con los enemigos exteriores, si en oportuno tiempo no hubiese destruido el interior que tenía muy cerca de su capital y que amenazaba su existencia: hablo ya de Quauhtloa, rey que entonces era de Tlatelolco. Este régulo, o por ambición de extender sus dominios, o por odio personal al rey de México, se había propuesto destruir a su antecesor Izcóatl; declarose una oposición escandalosa entre ambos reyes que se comunicó a los pueblos: eran éstos dos barrios en que se insultaban mutuamente sus vecinos, y ni aun al mercado concurrían sino uno que otro furtivamente. Esta oposición dice Clavijero duró muchos años, hasta que Mochtezuma previendo el golpe se anticipó a dárselo a su enemigo, dándole un furioso asalto a Tlatelolco y mandándole quitar la vida a su rey Quautloa. Entonces hizo que le sucediese Moquihui, que como veremos, heredó las ideas de su antecesor y tuvo la misma suerte, quedando desde entonces agregada esta monarquía a la mexicana.

A los nueve años del reinado de Mochtezuma, sobrevino una grande inundación a México por las copiosas lluvias, y en tan afflictivas circunstancias se ocurrió a Netzahualcóyotl para que consultase el modo de remediar este gran mal. Efectivamente, proyectó hacer una albarrada de madera y piedra que detuviese la fuerza de las aguas para que no llegasen a la ciudad; la empresa era atrevida, pero se realizó como todo lo que se proyecta cuando el peligro urge. Los tres reyes de la liga aprontaron multitud de gentes. «Cierta dice el padre Torquemada que fue hecho muy heroico y de corazones valerosos intentarla, porque iba metida casi tres cuartos de legua el agua dentro, y en partes muy honda, y tenía de ancho más de cuatro brazas y de largo más de tres leguas. Estacáronla toda muy espesamente con estacas muy gruesas, les cupieron de parte a los tecpanecas, coyohueques o de Coyoacán y xochimilcas, y lo que más espanta es la brevedad con que se hizo, que parece que ni fue oída ni vista la obra, siendo las piedras con que se hizo todo de guijas muy grandes y pesadas, trayéndolas de más de tres y cuatro leguas de allí, con que quedó la ciudad por entonces reparada, porque estorbó que el golpe de las aguas salobres se encontrasen con esotras dulces sobre que estaba fundada la ciudad. Mostrose añade en esta obra Netzahualcóyotl muy valeroso, no menos que esforzado Mochtezuma, porque *ellos eran los primeros* que ponían mano en esta obra, animando con su ejemplo a todos los demás señores y macegales o plebeyos que en ella entendían». Cuando considero sobre esto y me figuro que por el abandono en que el Gobierno tiene el desagüe, y de repente nos viésemos con una inundación en México, me pregunto a mí misma: ¿Qué suerte correríamos entonces con tanto holgazán, con tanto lépero y pillo que puebla esta capital, que no piensan más que en holgar y pasar una vida cómoda, aunque sea viviendo de la trampa, de la estafa y del robo? ¿Se aplicarían estos tunantes al desagüe o serían los primeros en escaparse para rehuir de este trabajo? Soy justa, señores, y no puedo menos de elogiar y bendecir la memoria del último virrey Apodaca, que en el año de 1819 fue el primero que se presentaba en las obras del desagüe de México a alentar a sus habitantes a trabajar en las acequias. La noche en que supo que las aguas dominaban a México y estaba amenazado, y se le dijo *reservadísimamente* por los ingenieros, padeció en su ánimo angustias de muerte hasta que al día siguiente se consoló sabiendo que habían bajado... ¡Ah! ¡Ya no existe este hombre y por lo mismo no se hará sospechoso este tributo de gratitud, que hoy pago a su memoria! Como los males jamás vienen solos, se siguió a esta inundación una espantosa seca: heláronse las sementeras, mas pudieron suplir la falta de granos con los depositados en el año anterior;

pero sucediendo lo mismo en el siguiente, ya no hubo con qué hacer esta reposición. Corrieron tres años sin cosecharse cosa y he aquí una hambre general en toda esta América; llegó a tal punto que los hombres se vendían por el alimento. En tal conflicto mandó el Rey que ya que se hubiesen de vender por esclavos los indios, fuese por cierto valor y que el precio de una doncella fuese de 4 mazorcas de maíz desgranadas, que hacen una anega o poco menos; y el de un hombre el de 5; providencia justa para evitar que los avaros labradores, abusando de la suerte de los miserables hambrientos, los comprasen por más vil precio. El Rey, aunque abrió sus trojes para socorrer la necesidad pública, no pudo llenar sus deseos: entonces dio licencia para que emigrasen de su reino los que quisiesen para buscar alimento donde lo hallasen. Al despedirse muchos del Monarca, los abrazó y derramó sobre ellos copiosas lágrimas...

Myladi. ¡Espectáculo tierno sería ver a un soberano de tanto prestigio y autoridad como éste, abrazar a los suyos en tal ocasión y por tal motivo! Yo me figuro a un padre de una familia privada que se hallase en igual lance y apenas puedo sostener la idea. ¿Qué será la de un rey que es el padre común de su pueblo y que a todos los ama como a hijos?

Doña Margarita. Por Dios, que no amplifique usted ese pensamiento, porque se destroza mi corazón... ya se me figura que veo igual escena: ¡¡Dios mío, quítame la vida antes que presenciarla!! Cuéntase que la provincia de Tonicapán en la costa, donde no hiela, abundó el maíz, y con tal motivo acudieron allí muchas gentes y se aumentó la población. Al siguiente año abundaron las aguas y se dieron toda clase de semillas, aun donde no se habían sembrado; el padre Torquemada, discípulo hasta en el candor de su buen maestro el padre Sahagún, atribuye esta abundancia extraordinaria al *diablo*...

Myladi. ¿Al diablo? ¿Pues que ese genio del mal es capaz de hacer algún bien a la especie humana?

Doña Margarita. Seguramente que se le atribuye para tener cosecha de almas en los sacrificios, así como las viejas dicen que el diablo *cuida a los niños* para llevárselos adultos y maduros.

Myladi. ¡Valiente patraña, a fe mía! Yo lo atribuyo a la Providencia bienhechora, conservadora de los hombres. Mas ya que usted muestra tan justo horror a la calamidad del hambre, le suplico que entre sus paisanos, sobre quienes pueda tener ascendiente, procure inspirarles la idea de los pozos *artesianos*, por medio de los cuales se hacen fructíferas aun las tierras más estériles. Exhórteles usted a que formen una reunión de labradores, que juntando algunos fondos para traer de Francia o Inglaterra tres o cuatro ingenieros hidráulicos, de los más ejercitados en esta clase de obras con instrumentos a propósito, abran algunos de estos pozos y los vulgaricen por todas partes; de esta manera tendrán ustedes abundantísimas cosechas a poca costa y un gran recurso en estas necesidades. ¡Cuánto no cosecharían entonces en ese país que llaman *el Mezquital*, donde la tierra es demasiado reseca y abundantísima cuando se logra un año regular! Yo así lo he oído decir.

Doña Margarita. Es certísimo y prometo a ustedes propagar esa idea noble.

Myladi. Ayuden a la naturaleza, no sean omisos, ni lo libren todo en la feracidad de su suelo, puesto que la experiencia les ha demostrado la gran mortandad que experimenta la gente pobre en años de sequedad.

Doña Margarita. Agradezco a usted sus buenos consejos y siento separarme, porque el calor es insufrible. A Dios, hasta mañana.

CONVERSACIÓN DECIMASEXTA

Myladi. Mucho madrugar es este...

Doña Margarita. A poco de haberse abierto esta alameda me presenté en ella: no pude sufrir el calor de anoche, creí que estaba en Veracruz, sólo faltó el mosco para que se equivocara con el de aquella plaza.

Myladi. ¿Pues qué habría usted dicho si se hubiera hallado en el coliseo?

Doña Margarita. Habría renegado.

Myladi. ¿Pues que no gusta usted de aquel lugar de delicias, ni de esas bellas óperas que se están representando?

Doña Margarita. Yo no gusto de tales representaciones, una u otra vez que he ido ha sido sólo por gustar del canto y no más; he prescindido de la representación.

Myladi. ¡Es cosa rara! No lo he oído.

Doña Margarita. Pues oígalo usted, aunque sea por primera vez. Yo busco en las cosas la ilusión y la imitación de la naturaleza, no la inverosimilitud. ¿En qué cabeza que no esté trastornada cabrá como creo haber dicho a usted otra vez que un hombre se pelee con otro *cantando*, y que haciendo gorgoritos y trinos dulces le meta un estoque por el corazón o le haga otra semejante fechoría? El enojo y la alegría son afectos tan contrarios que el uno excluye al otro; cantar y darse de puñaladas, o tomarse celos cuando el ánimo se irrita y debe explicarse con el mayor desentono, es cosa que no ha cabido, ni en la cabeza de *Juan de la razón*, que era el mayor loco que ha tenido San Hipólito de México: ir cantando a un patíbulo, ¡qué bobería!

Myladi. Según eso diremos que toda la Europa está en locura, pues gusta de estas composiciones...

Doña Margarita. Saque usted las consecuencias que quiera, pero ésta es mi opinión, y lo será de toda persona que busque en estas composiciones la ilusión y la naturaleza. Fuera

de esto entiendo que pocas delicias puede proporcionar un teatro donde una multitud de holgazanes que llaman *cócoras*, turban el orden con gritar y befar a los representantes, faltándole al respeto al público y al magistrado que preside esas concurrencias. Para presenciar tales desórdenes me iría yo mejor a la pulquería de *Tumbaburros*: ya sabría que estaba entre borrachines y no entre gentes que precian de honradas, pero que obran como bacantes energúmenos, sin pudor ni decencia.

Myladi. ¡Vaya, que el calor de la noche se le ha subido a usted a la cabeza y la ha puesto de mal humor!

Mister Jorge. Nada de eso, la señorita tiene razón en lo que dice.

Myladi. Es una chanza y yo opino del mismo modo. Cuéntenos usted las cosas de Mochtheuzoma.

Doña Margarita. Poco me falta que contar de este personaje, pues está próximo a hacer testamento y morirse como verán ustedes. Efectivamente, conociendo la proximidad de su término, llamó a los principales señores de su corte, a quienes encargó el amor, fraternidad y unión con que deberían tratarse. Díjoles que quedaban tres hermanos dignos de sucederle en el mando: Tizoc, Axayacatl y Ahuitzotl, y aunque el primero era el mayor, le parecía que debía anteponérsele el segundo por haber mostrado más valor en la guerra, y por lo que le dejaba sus armas, y en defecto de éste sus otros hermanos. Manifestoles que dejaba un hijo que les recomendó, pero no se los propuso para el imperio; este desprendimiento probó que prefería a la patria sobre el amor de padre. Hecha esta recomendación y manifestada su última voluntad, despidiéndose de todos amorosamente, murió con general sentimiento de todos, porque tenía virtudes, piedad, valor en la guerra a toda prueba, amor a la justicia, energía para hacer observar las leyes y cuantas excelentes partes pueden exigirse de un buen príncipe. Todavía se recuerda entre los mexicanos su nombre con respeto, y la idea de Mochtheuzoma Ilhuicamina trae como accesoria y correlativa la de un atleta vigoroso, que afronta los mayores peligros por salvar a su patria, compasando sus operaciones por la prudencia y el valor. Reinó veinte y ocho años y meses, según Clavijero, y murió en 1464. Celebráronse sus exequias con tanto mayor aparato, cuanto mayor era la magnificencia de la corte y el poder de la nación. El padre Torquemada dice que puso su casa en grande majestad, nombrando muchos y diversos oficiales, y se servía con grandes ceremonias y aparato... Yo entiendo que fue el tipo de Mochtheuzoma segundo, que llevó la etiqueta de la corte al mayor punto imaginable... Fue añade muy *cultor* de sus dioses y amplió el número de sus ministros, instituyendo algunas ceremonias, por lo que lo compara con Numa Pompilio en Roma: edificó un gran templo a Huitzilopochtli y ofreció innumerables sacrificios en su dedicación, así de hombres como de otras cosas, que para este fin se habían reservado.

Los electores del imperio mexicano, bien convencidos de la justicia con que Mochtheuzoma les había recomendado a Axayacatl, le nombraron su sucesor en el imperio, del que entonces era *tlachocalcatl*, o capitán general, y por su elección su hermano Tizoc obtuvo este empleo. Pronto salió a hacer su correría para sentarse en el trono y les tocó la china a los pobres indios de Tehuantepec del obispado de Oaxaca,

sobre quienes obtuvo un completo triunfo atacándolos, fingiendo huir y tornándose después contra ellos en una emboscada; regresó a México con muchos prisioneros y un rico botín, donde se coronó con grandísimo aparato. Rebeláronse en este tiempo los de Huexotzinco y Atlixco, y uniéndosele los reyes de Tacuba y Texcoco, marchó sobre ellos y logró desbaratarlos. A la vuelta de esta expedición murió Totoquihuatzin rey de Tacuba, de quien tanto he dicho a ustedes otra vez, padre de la esposa de Netzahualcóyotl; llorose su muerte porque se portó con valor y fidelidad, y no hizo quedar mal a su yerno cuando le colocó en el trono a despecho de Izcóatl. Sucedióle en el trono su hijo Chimalpopoca, que imitó la conducta de su padre. En el primer año del reinado de Axayacatl se sintió un espantoso terremoto, en que se movieron y sacudieron fuertemente tres cerros dice el padre Torquemada en la provincia de Xuchitepec, de lo que tomaron sus habitantes muy mal agüero, presumiendo que Axayacatl los sojuzgaría; mas no por esto, sino por la superioridad de sus fuerzas: los venció efectivamente, lo mismo que a los cuetlachtecas, y los prisioneros fueron sacrificados al dios de la guerra en el templo de Tlatelolco llamado Momoztli. A poco se vio amenazado de su cuñado el rey Moquihuix de Tlatelolco, el cual daba muy mal trato a su hermana, o porque se hubiese fastidiado de ella, o porque viese de mal ojo la exaltación de su hermano al trono de México, creyéndose con más mérito que él por la victoria que años antes había obtenido sobre los de Cuetaxtla como ya he dicho a ustedes. Aunque su esposa tenía cuatro hijos de él, se decidió a separarse de su lado y se vino a México, y dio aviso a Axayacatl de la conspiración que en secreto tramaba su hermano, que había podido descubrir a pesar del sigilo con que se urdía este grave negocio. Los informes salieron exactos, pues Moquihuix había excitado a la cooperación de este atentado a varios régulos y estaban de acuerdo con él para auxiliarlo el mismo día en que abortase la conspiración. El plan combinado era que atacando a México los tlatelolcas, ellos acudirían a tomar la retaguardia dejando en medio a los mexicanos. Las desazones de ambos pueblos eran tan escandalosas que donde quiera que se encontraban mexicanos con tlatelolcas se atacaban, distinguiéndose por su furor las mujeres. Tomadas por Moquihuix las prevenciones para realizar su empresa, llamó a una junta de personas notables, en la que les manifestó su designio, esperando de ellos su cooperación. Tomó la voz a nombre de todos un viejo sacerdote llamado Poyáhuatl, quien protestó que morirían todos en la demanda; y para confirmarse en la promesa del auxilio, mandó Moquihuix que se lavase la piedra de los sacrificios humanos y con aquellas lavazas se ordenase un bebedizo de que todos tomarían.

Myladi. He leído en Salustio que otro tanto hizo Catilina cuando reunió a sus conjurados. ¿No admira a usted que ciertas medidas de criminalidad se hayan adoptado casi con generalidad en las naciones, aunque ellas hayan estado aisladas, sin que tuviesen ideas unas de otras?

Doña Margarita. Eso prueba que es uno y común el origen de todos los hombres, y que el crimen con que fue coinquinado el primero se transfundió a toda la especie humana; deduciéndose de aquí una verdad importante para la religión y es: Que el reparador de las maldades del hombre primitivo, lo es de todos los demás. Apurada la copa de este maldito brebaje por todos los concurrentes, se encendieron en furor y ya les parecían perdidos todos los momentos que dilataban el rompimiento. A pesar del juramento de

guardar secreto, muy luego lo supo todo Axayacatl por uno de los mismos juramentados, pues los reyes tienen en todas partes amigos y traidores. Moquihuix ignoró esta revelación y así llevó a cuantos pudo de los suyos a un cerrillo inmediato a la ciudad de Guadalupe llamado Zacahuitzyo, fingiendo ser para otra cosa; hizo un solemne sacrificio en él, allí ratificó él y los suyos el juramento que tenían hecho, y señaló el día de la sublevación, que había de ser a los ochenta venideros. La cosa quedó en este estado. A los diez días del mes Tecuilhuitl o fiesta de los señores mayores fueron muertos varios cautivos, dedicada a los dioses Chanticon y Coahuaxotl, a quienes ayunaron e hicieron sus funerales, y apercibió a sus aliados sobre el modo con que deberían atacar. El de Culhuacán le hizo decir que se estuviese quedo hasta que él llegara, que él aparentaría huir haciendo salir a los mexicanos en su alcance, y que entonces los atacase por la espalda: no puso Moquihuix este proyecto en ejecución. Un día antes del ataque a México, repitieron la ceremonia del brebaje e hicieron fiesta en el templo, del que salieron bien tarde; mas los mexicanos, sabedores de todo se anticiparon, dieron una carga a los de Tlatelolco cuando la gente estaba en el mercado, hirieron a muchos y a los prisioneros los sacrificaron en el templo. Las mujeres de Tlatelolco, después de esto, se soltaron en bandas insultando a los mexicanos, que usando de las armas avivaron la acción; pero subiendo de punto el ardor de ambas partes, ya la guerra se hizo inevitable. El cacique de Acolhuacán no faltó a su palabra, pues vino con su tropa; pero viendo que no se obraba como él había dispuesto, se retiró con su gente cerrando las acequias para que por éstas no acudiese al socorro de los tlatelolcas; entonces Moquihuix se subió al templo, desde donde exhortaba a los suyos a la pelea. Axayacatl les mandó abrir las acequias y auxiliado con los que tenía anticipadamente prevenidos de las inmediateces, empeñó la acción vivamente y quedó indeciso el triunfo aquel día. Mas no así al siguiente, que reforzado Axayacatl con nueva fuerza y distribuida por las calzadas, atacaron la fortaleza principal de Moquihuix en el templo adonde se había concentrado. Éste daba desde allí voces exhortando a los suyos; pero éstos viéndose batidos, comenzaron a insultarlo tratándolo de afeminado; finalmente, apoderados los mexicanos de la fortaleza, uno de éstos llamado Quetzalhua, le arrojó por las gradas, aunque se defendía briosamente, y llegó al suelo casi muerto. En tal estado lo llevaron a Axayacatl que estaba en el barrio de Copolco, inmediato a Tlatelolco, y con sus propias manos le sacó el corazón. Las tropas venidas a esta sazón de varios pueblos inmediatos, viendo que la acción era concluida, se retiraron sin servir a unos ni a otros. Murieron de los tlatelolcas 146 y no pocos de los mexicanos. Cuéntase que no pocos de los vencidos por escaparse se metieron en la laguna poniéndose en traje de los pájaros que llaman *yacacimes*, y que por escarnecerlos y burlarlos les hacían graznar los mexicanos como estas aves graznan, y desde entonces llamaban a los tlatelolcas *yacacimes*, y comenzaban a graznar cuando los veían. Por tal acción Tlatelolco quedó agregado a México, cuyo emperador nombraba gobernador de aquel pueblo. Fue el último durante el gobierno del segundo Mochtezoma Itzquauhtin, el cual fue muerto a garrote juntamente con varios señores mexicanos y texcocanos, cuyos cadáveres desnudos, juntamente con el de Mochtezoma, arrojaron los españoles por las azoteas del palacio de este monarca a un lugar que se llamaba Tevayoc, que quiere decir lugar de la tortuga de piedra porque allí estaba labrada una tortuga de piedra, según refiere el padre Sahagún. Hoy no puedo pasar por Tlatelolco sin que se me recuerden todas estas especies que conmueven mi corazón. Es un lugar árido, seco, tequesquitoso y lleno de escombros, que muestra la grandeza de

aquella antigua ciudad, émula y rival de México, y último asilo y atrincheramiento donde se defendió la libertad mexicana; y para más conmover al viajero, a pesar del transcurso de más de tres siglos, todavía se ven en aquel terreno porción de las puntas de flechas y macanas de piedra obsidiana.

Myladi. No ha muchos días que yo hice recoger algunos pedazos de esas mismas flechas, que espero llevar a Inglaterra para presentarlas al vizconde de Kingsborough, digno apreciador de las antigüedades mexicanas... He aquí le diré un testimonio del valor y constancia con que los mexicanos defendieron inútilmente su libertad en las llanuras de Tlatelolco contra la tiranía española. ¡Lástima que hubiese sido inútil un esfuerzo tan heroico!

Doña Margarita. Agradezco, mi señora, esa muestra de aprecio a mi nación y que no hace el común de mis paisanos que pisan aquellas ruinas, y ni aun se dignan preguntar quién las causó... Ya ustedes habrán entendido por lo que me han oído, que ésta fue la *única* conquista justa que hicieron los antiguos reyes mexicanos, las demás fueron usurpaciones, violencias, rapiñas y tiranía; ¡así fue el desenlace del drama! Moquihuix fue un ingrato a los favores y honras que merecía a la Casa de México; el tratamiento que dio a la hermana de Axayacatl fue bárbaro e inhumano; no contento con ultrajarla, se entraba escandalosamente en los recogimientos de las mujeres que tejían los ornamentos y vestiduras de la diosa Chanticon, y violaba las que le parecían más hermosas, y también dice el padre Torquemada hacía traición a muchos de sus mayordomos y capitanes, de que todos estaban muy sentidos, y aun con ánimo más de matarle que de matar a su enemigo. Cebado en las victorias Axayacatl sin saberse la causa, marchó con los otros dos reyes de la triple alianza sobre la provincia de Matlazinco y de Zinacantepec, y después sobre los ocuiltecas, los de Malacatepec y Coatepec. También hizo guerra a la provincia de Xiquipilco que la gobernaba Tlilcuetzpalin, éste le acometió personalmente y le dio un terrible golpe en un muslo, de que quedó Axayacatl cojo; acudieron otros dos otomíes y le hirieron, quedando abandonado de sus soldados; mas dos criados suyos le socorrieron cuando estaban ya sus enemigos a punto de matarle. Sin embargo de esta desgracia triunfó en la acción. En la que dio a los xiquipilcas, cautivó *once mil sesenta hombres*, pereciendo de los mexicanos ciento seis: por supuesto fueron sacrificados aquellos infelices. Concluida esta campaña, y ya sano de sus heridas, dio un gran banquete con asistencia de los reyes de la triple alianza, en el que fueron muertos Tlilcuetzpalin, señor de Xiquipilco, juntamente con los dos capitanes que le ayudaron; acción bárbara e indigna de un rey cruel, quien añadió a este hecho otra circunstancia de atrocidad, y fue que hizo concurrir al festín Axayacatl a sus mujeres. Renovose después la guerra contra los matlazincas, y entonces fue a Toluca y a Tlacotepec, y personalmente prendió a dos valerosos capitanes. Después marchó su ejército sobre los de la provincia de Tochpan, que se sublevaron, y los de Tototlán, de éstos a ninguno dejó con vida. Axayacatl era de un valor extraordinario, era el primero que se presentaba peleando como un soldado; pero tanto valor lo deturpaba su ánimo cruel y pérfido, pues ejecutaba sus venganzas a sangre fría, como el más cruel asesino, así lo acredita el hecho siguiente.

Teníale odio a Xihuitlemoc, señor de Xochimilco, acaso porque no le auxilió en la guerra contra Moquihuix y andaba buscando el modo de matarle. Vino por su desgracia a

México y le propuso que jugase con él a la pelota; rehusose a ello Xihuitlemoc, temiendo ganarle y causarle con esto sentimiento y desagrado, y si se hacía perdedizo también podía ofenderse de ello; al fin aceptó, y Axayacatl puso por apuesta todas las rentas de aquel año, y unos pueblos de la laguna y a la ciudad de Xochimilco; en conclusión le ganó las rayas, dejando con muy pocas al Rey, que no sentía tanto perder sus rentas cuanto el crédito de buen jugador, porque preciaba de serlo. Acabado el juego, dijo Axayacatl: «Xihuitlemoc es por este año el rey»; mas como era muy político le respondió: «Señor, vos sois siempre mi rey y el haber ganado no han sido las rentas reales, sino favores de haberme dejado ganar mi rey, y de cualquiera manera es vuestra la ciudad de Xochimilco»; mas Axayacatl le respondió: «Yo he perdido y como deudor que soy, tomad la paga, tomad lo que aposté y llevadlo a vuestra casa, y haced de la plaza y laguna lo que quisierais». Luego se despidió, entró en su palacio y llamó a los recaudadores de tributos, les mandó que acudiesen con ellos a Xihuitlemoc. Parecía a éstos que era afrenta dejar a su rey por vasallo de éste y le dijeron que no le diese cuidado, pues ellos harían lo que más conviniese. Diéronse tal maña que se concertaron en la misma ciudad de Xochimilco con una parcialidad, y en un convite que hicieron a Xihuitlemoc al tiempo de ponerle un sartal de rosas al cuello, lo ahorcaron, con lo que quedó libre Axayacatl de la deuda. Este caso dice el padre Torquemada está pintado en la cabecera de Tepetenchin... Esto hacen los reyes despóticos, perversos, y vale más tratar con tigres que con estas bestias feroces, pues les exceden en crueldad.

Myladi. Así lo conozco y por eso los detesto, así como amo a los buenos reyes.

Doña Margarita. El reinado de éste no sólo se hizo memorable por sus sangrientas guerras, sino por algunos fenómenos de la naturaleza. Al sexto año de su gobierno tembló la tierra tan fuertemente que no sólo se cayeron muchas casas, sino que se desmoronaron algunas montañas; reinó 13 años y murió en 1477: dejó muchos hijos y entre ellos a Mochtezuma segundo, que supo apreciar más que su padre el valor militar aun de sus enemigos, como lo hemos visto con Tlahuicole, aquel general de Tlaxcala.

Myladi. ¡Valiente contraste se nota entre el padre y el hijo!

Doña Margarita. El padre Clavijero le llama *severo en el castigo*. Lo fue, y tanto, que sojuzgados los tlatelolcas se hizo justicia pública en el mercado de Ehccatzizimitl y Poyauhtl, por haber sido sospechosos en la sedición con otros muchos de gran valor y esfuerzo: lo fue el cacique de Aculhuacán y otros veinte de sus capitanes, los gobernadores de Cuitlahuac, Cihuanemiltl y Tlatlatl, y al siguiente día Quauyacatl de Churubusco. En fin, nadie quedó sin castigo y la conspiración fue bien vengada. Muerto Axayacatl fue electo con todos los votos su hermano Tizoc, que era general mexicano, de quien muy poco cuenta la Historia en orden a conquistas que hiciese. Parece que se dedicó a proteger a los huextzincas, porque habían cooperado a las conquistas de los mexicanos, y por esto acordó en una junta de consejeros que tuvo, darles casa y asiento en México. Entonces era tan apreciado el valor de los de aquella provincia que a ningún soldado daban insignias de valiente que no hubiese hecho presa en ellos. El señor Veytia, examinando el origen del nombre de Tizoc, dice que importa tanto como llamarle el *tiznado*; que deseoso de multiplicar víctimas que ofrecer a los dioses, hizo varias

expediciones militares y sujetó a Toluca, Mazatlán y otras ciudades; pero sus feudatarios, entre ellos Techotlala señor de Iztapalapan, resentidos de él, y no pudiendo sufrir su dominación, conspiraron contra su vida, y se cree que lo mataron con veneno al quinto año de su reinado que fue en el de 1482. Dice de este Monarca que fue muy circunspecto y severo en castigar los delincuentes, y que en sus días llegó México a una opulencia hasta entonces no vista, y exaltado con las ideas de magnificencia pretendió fabricar un templo al dios de la guerra que excediese a cuantos se habían construido en este continente, a cuyo efecto tenía acopiados inmensos materiales y empezado la fábrica cuando murió.

Algún escritor se ha devanado los sesos averiguando la causa por que le llamaron *Tizoc*, y cree que porque tenía las narices horadadas y en ellas una piedra preciosa; mas según esta razón, sería preciso llamarles a todos los reyes y príncipes con igual nombre, porque todos las traían de la misma manera y con igual adorno. El padre Clavijero dice que en la colección undécima de la *Historia antigua* reunida por el virrey don Antonio de Mendoza se representan catorce ciudades conquistadas por Tizoc, y entre ellas Toluca y Tecaquic, que se habían rebelado, con más, Chillan hoy Chila, Yanhuitlan, Tlapan y Tamapachco, en la Mixteca alta de Oaxaca.

Myladi. He oído mentar a usted a Tecaquic: ¿es por ventura un pueblito inmediato a Toluca por donde yo he pasado cuando fui a las minas de Angangueo?

Doña Margarita. El mismo: allí hay un santuario de Nuestra Señora de los Ángeles encomendado a los padres franciscanos, muy singular para mí, porque la pintura de la imagen que es antiquísima, es del mismo colorido que la de la colegiata original de Nuestra Señora de Guadalupe; esto me lo ha dicho un grabador de buena mano que la observó de cerca y grabó también la de Nuestra Señora de Guadalupe bajo la dirección del famoso Fabregat. En fin, yo tengo, a pesar de lo dicho por el padre Clavijero, a Tizoc por rey pacífico, o a lo menos por menos guerrero y atrevido que su hermano Axayacatl. El padre Vetancurt cuenta que murió envenenado de orden del cacique de Tlacho o Tasco, o como quiere *enhechizado*; llamábase Maztlato y que lo hizo porque desagradaba a los mexicanos que se estuviese en paz; que unas hechiceras enviadas a propósito de Tasco le hicieron esta fechoría saliendo de su palacio; que al volver a él murió luego arrojando sangre por la boca; que se hicieron pesquisas sobre su muerte y descubiertas las mujeres fueron ajusticiadas; finalmente, que se le hizo un solemne funeral, al que asistió el rey de Tacuba Chimalpopoca y el de Texcoco Netzahualpilli.

Myladi. Ya que mienta usted a este personaje, querría saber algo de su historia, pues he oído decir que fue un hijo digno de mi querido Netzahualcōyotl.

Doña Margarita. Puntualmente ahora me toca hablar de él por la íntima relación que tiene su reinado con los reyes mexicanos de esta época.

Aunque fue reconocido rey de Texcoco, no tanto por la declaración que hizo a su favor su padre cuanto por la cordura con que se condujo en su minoridad su coadjutor y regente Acapiopiltzin; sus hermanos que eran muchos, roídos de celos, intentaron derrocarlo del

trono invocando en su auxilio a los huexotzincas que pasaban entonces por los soldados más valientes de este continente: pretendían éstos matar a traición a Netzahualpilli y avisado de ello se presentó en campaña con un buen ejército, y los huexotzincas se aprestaron para recibirlo. El general de éstos inquirió cuál era el traje y armas con que se presentaría el Rey para dirigirse inmediatamente a él, matarlo y dar por concluida la campaña, y aunque hizo muy secretamente esta averiguación, no lo fue tanto que no llegase a oídos del Monarca. Llegado el momento de la batalla, trocó sus armas con las de un capitán suyo muy esforzado, y así es que cargando reciamente sobre el general huexotzinca se trabó entre ambos una dura acción singular, acudió en su socorro Netzahualpilli y se batió con él inútilmente, porque el huexotzinca le dio muerte; los de éste cargaron reciamente sobre el cadáver y creyéndolo del Rey, se disputaban el tomarle cada cual a guisa de perros rabiosos un pedazo de carne como un gran triunfo. A los primeros golpes con que dieron en tierra con este capitán, Netzahualpilli procuró cubrirse con su cuerpo para que sobre él recayesen las heridas, y esto lo salvó; sin embargo, recibió varias contusiones y una herida en una pierna de que quedó estropeado. En esta sazón acudieron tanto huexotzincas como texcocanos para salvar a sus respectivos jefes, y Netzahualpilli hubiera muerto en la confusión a no haberse dejado conocer de los suyos; en esta sazón poniéndose sobre el jefe de los huexotzincas, multiplicó sobre él los golpes y le cortó con sus propias manos la cabeza. Muerto el jefe de los huexotzincas se puso el ejército en dispersión y los texcocanos entraron en la ciudad y la saquearon retirándose triunfantes a Texcoco. Celebrose la victoria solemnísimamente y para perpetuar su memoria, Netzahualpilli mandó que se formase una gran cerca en todo el campo o área de terreno que ocupaba el ejército enemigo durante esta acción... El cual cercado dice Torquemada hoy día se ve en la parte de Texcoco que es saliendo hacia Cohuatlican y tiene el mismo nombre del día en que sucedió la victoria.

Parece que consolidado el imperio en Netzahualpilli trató de casarse con una princesa mexicana, y también que en esta época fabricó el palacio que ha sido tan aplaudido por los escritores antiguos, que hoy se tiene por una fábula, porque Texcoco y sus inmediaciones no presenta otra cosa que ruinas y escombros que entristecen al que las visita. Quiero dar a ustedes idea de este bello edificio para amenizarles en parte la triste relación de matanzas, crueldades, sacrificios y perfidias que han hecho el gasto en esta conversación. Un testigo presencial de gran parte de lo que cuenta es el padre Torquemada, y así me ajustaré a lo que dice este escritor veraz:

«Había en esta ciudad muchos y muy buenos edificios, y aunque había muchas casas de señores que la ilustraban, fueron dos las que pueden ser de mucha y célebre memoria, el antepenúltimo rey que la gobernó llamado Netzahualcōyotl, que edificó sus casas y palacios muy grandes, cuyo asiento fue un suelo de terraplano de más de tres estados en alto. Encima del terraplano edificó sus casas con grandísimas salas y aposentos, y por huir de prolijidad digo que eran tales que bien podían gozar el nombre de imperiales. A su lado, a la parte del poniente, le caía la laguna grande salada; la cual se veía desde cualquier parte del palacio muy clara y distintamente por estar tan alto. Tenía a la parte del mediodía una huerta de grandísima recreación, la cual cercaban más de mil sabinas muy altas y crecidas, y un muy ancho y espacioso foso de agua que era de un río que por él

corría; y aunque ahora está muy arruinado este real edificio, está aún cuasi entera la cerca de las sabinas. El hijo que heredó a este monarca llamado Netzahualpiltzintli, demás de ser muy sabio en ciencia natural era grandísimo arquitecto, y así edificó otros palacios donde hizo su morada, tan aventajados a los que su padre había hecho que no tenían comparación ninguna. Edificolos un poco apartados de los de su padre a la parte del norte, y tan artificiosos, que parecían un muy propio laberinto de los que los antiguos usaron; tan ordenados sus aposentos y recámaras, y con tantas entradas y salidas en lo interior de la casa que si no llevara guía el que en ellos entrara, era fácil perderse. Tenía... y *tiene de presente*, un patio antes de entrar en este interior que hemos dicho, muy grande, todo enlosado muy igual y parejamente, en medio del cual está una muy crecida y gruesa sabina, que cuasi hace sombra a todo el patio. Tiene muchas salas y aposentos a la entrada de él muy grandes y buenos, y en este patio hay un terraplano de más de vara y media de alto, que hace un ambulatorio de doce o trece pies de ancho con un pretil de una vara en alto, todo de piedra, labrado y encalado. Están tres salas que en su lengua llaman *calputes*, que cogen de esquina a esquina todo el patio: son ciertamente piezas muy de ver; éstas servían a los señores de los reinos e imperios comarcanos; la una era del Consejo mexicano, cuando para alguna causa iban a Texcoco; otra del Rey y Consejo de Tlacupa, y la otra del Consejo del mismo rey texcocano. Sobre estas grandísimas salas hay otros cuartos y aposentos que tienen otros ambulatorios y pasadizos, donde los reyes y señores de la Casa Real se recreaban y en algunos dormían, todo muy curioso y de ver. Tenía... y *tiene*, aunque no tan vistosa *ahora*, una huerta de muchísima recreación, de muchas flores y yerbas odoríferas. Tiene en un patio interior que corresponde a sus dormitorios, piedras de espantable grandeza, puestas allí a mano, y todas cavadas por mil partes, que hacen a manera de piletas donde echaban agua y venían a beber pájaros de diversas maneras, a los cuales tiraba el Rey con cerbatana desde su sala y retrete, y de esta manera mataba a muchos, y esto tomaba por recreación todas las mañanas y tardes. Tenía en frente de sus palacios un estanque y alberca de agua tan grande como toda la cuadra de su casa; estaba también cercado e íbase a él por debajo de tierra por una bóveda que entraba de la esquina de la huerta a la esquina del estanque, y entraba en él por canoa, de manera que de nadie era visto. Este estanque tenía grandes recreaciones de aves, y otras cosas de agua en que se entretenía él y los que consigo llevaba, que solía ser alguna de sus más queridas mujeres».

Después de haber referido esto Torquemada, previene enseguida: «... que no ha sido son sus palabras encarecer patrañas sino *decir verdades* muy conocidas, y en realidad de verdad digo que antes he quedado corto en contarlas, que demasiado *en encarecerlas*; y ciertamente que si hubiera de poner todas las cosas que en memoriales antiguos he hallado escritas, demás de lo que yo tengo muy averiguado y *visto*, que parecerían de libros de caballerías, donde no se pretende más que decir mentiras a montones como en el lenguaje mismo que se escriben de verdades».

Myladi. A fe que tuvo razón el padre Torquemada en hacer esta prevención oportuna, porque Texcoco está hoy tan destruido y arruinado que parece imposible pudiera llegar a tan alto punto su exterminio.

Doña Margarita. Es verdad, señora. La primera vez que yo fui allá me quedé fría y absorta al dar una ojeada sobre aquellas montañas de ruinas. El que quisiere tener un motivo justo de execración contra los españoles, no necesita más que colocarse allí para decirles un *anatema* de justa indignación. Cierto que no pudo caer este pueblo en manos más bárbaras, ni en hombres más inciviles y feroces. ¡Qué empeño de destruirlo todo!... Mas, ¡ah!, no es esto tanto lo que me entristece, sino el ver que aún hoy nosotros les imitamos: hemos dado por el pie a todo cuanto podría sernos útil, hemos destruido el sistema de hacienda, condenándonos voluntariamente a la mendicidad... Hemos... ¿mas para qué hemos de hacer reseña de ese millón de desatinos que hemos cometido, y aún seguimos cometiendo en toda línea?... Terminemos estas reflexiones dolorosas y ustedes tengan un día más templado que el de ayer. A Dios, hasta mañana.

CONVERSACIÓN DECIMASÉPTIMA

Myladi. ¿Conque ayer dejamos la casa puesta? Veamos ya quién es esa novia venturosa a quien va a dar su mano y su corazón Netzahualpilli.

Doña Margarita. No puedo satisfacer a tan justa pregunta, porque la Historia no nos lo dice y sólo nos hace mención de su hermana llamada Xocotzincatzin, con quien también casó a poco.

Myladi. ¡Valiente rey que tomaba las mujeres a pares! No es de admirar, porque entre ellos tenía lugar la poligamia: desenrédenos usted este ovillo.

Doña Margarita. Efectivamente, ni aun el padre Clavijero nos indica el nombre de esta novia, sólo dice que aunque tenía Netzahualpilli a la sazón muchas mujeres, todas de ilustre prosapia, pero ninguna tenía el título de reina, reservando tal honor a la que pensaba tomar de la Familia Real de México. Pidiola al rey Tizoc y éste le dio una sobrina suya, hija de Tzotzocatzin. Celebráronse las bodas en Texcoco con gran concurso de la nobleza de ambas naciones. Tenía la novia una hermana de singular belleza, llamada Xocotzincatzin, y amábanse tanto las dos que no pudiendo separarse, la Reina obtuvo el permiso de su padre de llevarla consigo a Texcoco. El frecuente trato y su hermosura hizo que el Rey se enamorase ciegamente de su cuñada, por lo que determinó casarse también con ella, elevándola a la clase de reina. Estas segundas bodas se celebraron con mayor magnificencia que las primeras.

Myladi. ¡Jesús! ¡No sé cómo podían esas mujeres tolerar eso! Yo no, o todo o nada; gracias a Dios que no nací en esos tiempos, ni me destinó la suerte para vivir en un harén o serrallo; lo mío mío, y con nadie lo parto.

Mister Jorge. Hija, nuestra miseria humana hace que con todo os conforméis, las pobres mujeres...

Doña Margarita. Tiene razón la señora. El celo es el hijo del amor y donde no hay amor no hay celo: es la pasión más natural que campea hasta en los brutos, aunque se encamine a un fin honesto. La religión ha consultado a ella prohibiendo más de una mujer, y si Dios permitió la poligamia en el principio del mundo fue porque así convenía para la propagación de la especie humana, que mandó multiplicar por toda la tierra. Es imposible que haya paz en una familia cuando el corazón de los consortes está dividido, y sin paz en un matrimonio no puede haber felicidad; un matrimonio desavenido presenta en una familia el cuadro del infierno.

Myladi. Gracias por la defensa de mi opinión, aunque lo que el señor ha dicho no pasa de una chanza; pero chanza pasada.

Doña Margarita. De la primera reina tuvo un hijo llamado Cacamatzin, que fue sucesor del reino, hombre de gran valor, pero desgraciado, y a quien Hernán Cortés dio garrote en la casa de Mochtezuma, como diré a ustedes si acaso les refiero la historia de esta inicua conquista. De Xocotzincatzin tuvo a Huexotzincatzin, a quien se le puso este nombre en memoria de la victoria ganada a los huexotzincas que referí a ustedes ayer; a Coanacotzin, que también fue rey de Acolhuacán y poco tiempo después de la conquista murió ahorcado, también por orden de Hernán Cortés, y a Ixtlilxóchitl que se abanderizó con los españoles, les franqueó cuantos auxilios necesitaron para consumir sus rapiñas, siendo él uno de los más robados por ellos, y les acompañó con un grueso ejército a la conquista de Iruera y Honduras, y creyéndose este menguado muy honrado por Cortés, tomó su nombre en el bautismo siendo éste su padrino. Mientras dejamos a Netzahualpilli inundado de placer y entregado en los brazos de dos hermosas reinas, pasémonos con el espíritu a examinar lo que pasaba en México con motivo de la exaltación al trono de Ahuitzotl, su octavo rey y cuyo nombre aún pone pavor al que lo oye mentar, y recuerda la idea de un monarca tan fanático como atroz e inhumano. Su primer cuidado fue concluir el templo que su antecesor había comenzado; mas para dedicarlo al dios de la guerra, salió a buscar víctimas que ofrecerle; fue a hacerla a los mazahuas que se habían rebelado y los venció; hizo lo mismo con los tziuhcoas y tecpanecas en la provincia y reinos de Xalisco; volvió sobre los tzapotecas, que además de haberse sublevado, habían dado muerte a unos mercaderes mexicanos y aculhuas; luego contra los de Tlacupan, y todos los prisioneros de estas campañas los hizo venir a México, y fueron tantos dice el padre Torquemada que puestos en renglera por la entrada de San Antonio Abad, que es el cabo de la calzada por la parte del mediodía, y otra renglera por la del poniente, que comenzaba media legua del lugar del sacrificio; venían cayendo a él en las manos de los sacerdotes que los mataban, y la sangre corría por las gradas, abajo del cué o altar, como arroyos de agua cuando *llueve muy continua y reciamente*. «Y no hay que espantarse añade de tanta sangre y copiosa mortandad, pues fueron los sacrificados en esta diabólica dedicación, setenta y dos mil trescientos cuarenta y cuatro cautivos. Duró esta fiesta cuatro días con grandísima celebración y el rey Ahuitzotl dio dones y preseas a todos los convidados, según la cualidad de cada uno, que fueron riquezas sin cuento las que se gastaron, y lo más de ello fue distribuido por su mano, por sólo mostrar amor y voluntad

a todos los de las provincias que se hallaron en su corte». Para este banquete diabólico fueron llamados los reyes aliados, y todas las gentes principales sujetas a los tres reinos que cogen de mar a mar por las partes de mediodía al norte, y todo lo que corre la tierra de oriente a poniente, y juntos todos, que parecían infinitos, comenzó la dedicación.

Myladi. Basta por Dios, señora, basta; no prosiga usted más esa relación; me estremece, se me salta el corazón y quisiera dar de gritos para quejarme al cielo contra ese monstruo y pedirle justicia. ¡Dios mío, manda un vengador!

Doña Margarita. Ya se acercaba, treinta y cinco años faltaban para que se cumpliesen los deseos de usted. Vino el vengador, pero en su línea no fue menos cruel y duro el remedio que el daño. Conozco la justicia con que usted clama y también conozco que éste es el *único* título que puede en algún modo justificar o *cohonestar* la conquista. Las naciones todas forman una familia que reconocen un mismo origen; y bien así como cuando un cuerpo está enfermo, tienen derecho y obligación los miembros sanos para acudir a su socorro y alivio, así las naciones deben auxiliarse cuando de su socorro pende el alivio de la humanidad; pero este derecho debe usarse con la misma sobriedad que el de insurrección que tienen los pueblos contra sus tiranos opresores. Aquí faltó esa *sobriedad*, y por eso repito que el remedio o curación fue casi tan malo como la dolencia.

Jamás, señores, hago recuerdo de este hecho sin conmovérseme las entrañas; mi espíritu se traslada a aquel funesto lugar y se me figura oír los horribles bramidos que darían aquellas infelices víctimas al arrancárseles el corazón, entrándoles a un terrible golpe un pedernal agudo y arrancándoselos en un momento el inhumano sacerdote. El señor Zurita dice que habiéndose convertido a la ley evangélica uno de estos ministros infernales, refería que al tiempo de tomar con entrambas manos el corazón para desprenderlo del pecho, era tan extraordinario el impulso que hacía la víctima, que le alzaba del suelo tres o cuatro veces hasta que el corazón se iba enfriando; ¡tal era el sacudimiento y palpitación de la entraña! Contábame uno dice este escritor que había sido sacerdote del demonio, que después se había convertido a Dios Nuestro Señor y bautizado: «Que cuando arrancaba el corazón de las entrañas y costado del miserable sacrificado, que era tan grande la fuerza con que pulsaba y palpitaba que le alzaba del suelo tres o cuatro veces hasta que se iba el corazón enfriando, y acabado esto echaba a rodar el cuerpo muerto palpitando por las gradas del templo abajo, y por este orden iban sacrificando y ofreciendo corazones al infernal demonio?». ¡Cuántos verdugos serían necesarios para sacrificar este espantoso número de víctimas! ¡Cuántas lágrimas y suspiros no se derramarían en aquellos cuatro días...! ¡O humanidad miserable! ¡Nunca te has visto más deturpada, ni se ha mostrado al mundo con más claridad la necesidad que tenía de un redentor! Mas para que ustedes conozcan lo que es *el hombre* y el cúmulo de contradicciones que envuelve, sepan que ese mismo monstruo que causaba tantos ultrajes a la humanidad era, por otra parte, suave, liberal y amigo de hacer bien a todos. Dice Vetancurt: «He aquí el *fanatismo religioso*, monstruo abominable, que ha llenado al mundo de luto, y sus resultados... Acordaos que en el quemadero de la Inquisición de Sevilla han ardidido mil infelices en una fritanga, cuya sentencia de muerte han firmado con *conciencia tranquila e invocando el nombre de Jesucristo, Dios de paz*, aquellos

inquisidores perversos... ¡Dios se apiade de nuestra miseria y nos dé gracia para servirle, sin tocar en los extremos!».

Como el ejemplo de los reyes es lección eficaz para que los imiten los gobernantes de los pueblos, el cacique de Xalatlauchco o Xalatlaco erigió otro templo a uno de los principales númenes, en que sacrificó los prisioneros que había hecho en la guerra.

No fueron muy felices los auspicios con que comenzó el reinado de Ahuitzotl, pues al cuarto año de su gobierno se sintió un fuerte terremoto y, según las historias antiguas, se dejó ver una fantasma horrible que llamaron los indios Toyohualytohua, que tuvieron por presagio de acontecimientos fatales, entre los que contaron la muerte de Tecocohuatzin, señor de Coyoacán. ¿Qué mayor fatalidad podía sobrevenirles a estos pueblos que tener por rey un fanático religioso cruelísimo que prodigaba la sangre sin tasa? La verdadera fantasma que se presentaría a los mexicanos sería la memoria del horrible día de la dedicación del templo mayor, cuyo recuerdo todavía estremece. En estos días, el rey de Tacuba marchó contra los de Cuextlan, que se habían rebelado, en cuya guerra murieron muchos ilustres mexicanos, como fueron Ayoquetzin, Chalchihquiauhtzin y otros: pasó después a Chinantla en la costa del norte, a cuyos pueblos venció lo mismo que a los coyotlapanecas e hizo tributarios. La muerte cortó el curso de las victorias de este príncipe, segundo rey de Tacuba, y su trono lo ocupó Totoquihuatzin. Su exaltación fue celebrada con regocijos, a que concurren sus colegas, los reyes de México y Texcoco. Nombráronse gobernadores en Ixtapalapan Cuitlahuatzin y en Atzacapotzalco Tezozomocli, aunque éste ya no con el nombre de rey, sino de gobernador, y en Tula Iztlicuechahuatzin. Estos jefes pertenecían al reino de México y su nombramiento era del Emperador. Ahuitzotl hizo guerra con buen suceso a los cuzcaquauhtenancas y a los de Quappilollan; pero no tuvo el mismo con los de Cuezcalculapillan, provincia grande que jamás quedó vencida y fue como la de Tlaxcala.

Al quinto año del gobierno de Ahuitzotl marchó contra los de Cuauhtla de la provincia de Cuextlan, y en esta campaña sobresalió el valor de Mochtezoma segundo que hizo varios prisioneros. Al mismo tiempo quisieron hacer guerra los huexotzincas a los de Quauhquechola cuando los reyes de México y Texcoco marchaban sobre los de Atlixco: entonces dividieron el ejército en tres trozos por diferentes direcciones, metiéndose por Xonacatepec donde les tomaron el paso a los huexotzincas. El triunfo quedó por los mexicanos; distinguióse en la acción Tezcatzin hijo del difunto Axayacatl, que sin duda era hermano menor de Mochtezoma y también se distinguió Tiltototl, que después fue general de los mexicanos. Esta victoria se celebró con mucha solemnidad y sacrificios, único objeto de estas monterías, inmolándose a los prisioneros huexotzincas en gran número, a quienes se les tenía más gana que a los de otras naciones por ser de mayor valentía.

Myladi. Dígame usted si sabe qué causas motivaban estas guerras, porque otras veces nos ha dicho la circunspección con que obraban los reyes mexicanos para moverse contra los pueblos.

Doña Margarita. Cuando los reinos son pequeños, sus monarcas son justos; mas cuando llegan a la cumbre del poder, entonces no tienen más regla que su ambición y capricho. A este punto habían llegado los reyes de la triple alianza; conociendo el secreto de sus fuerzas no consultaban más que a su engrandecimiento, esto ha pasado en todos los gobiernos de cualesquiera clase; no son los mexicanos del siglo de Ahuitzotl los del siglo de Huitzilihuitl; comenzaron a ser injustos desde el reinado de Izcóatl, y fanáticos y crueles desde que dejaron de ser esclavos de los xochimilcas: recuerde usted su historia y conocerá esta verdad. Terminada la guerra de Huexotzinco, celebró Ahuitzotl la dedicación de un nuevo templo llamado *Tlacateco* en que sacrificó los prisioneros que tenía reunidos de las guerras anteriores; pero el gusto que en ello tuvo este Monarca se le agrió, porque a la sazón se incendió otro templo en el barrio de Tlitlan y se tuvo por mal agüero.

Myladi. ¿Y dónde estaba ese barrio?

Doña Margarita. No podré responder a usted, porque México ha mudado enteramente de configuración. Apenas ha que dado el nombre de una u otra calle antigua como Chiconauhtla, Necatitlan, Acatlán que hoy conocemos: México es nuevo en toda su configuración y en sus calles y barrios. Concluida la dedicación de Tlacateco, marchó Ahuitzotl contra los indios de Mizquitlan en la provincia de Cuextlan, y en esta época hizo la guerra de Atlixco. Al referirla, cuentan los escritores antiguos un hecho de valor que deberá llamar la atención de ustedes y fue el siguiente. Habiendo pedido socorro los de Atlixco a los huexotzincas, porque ya tenían a los mexicanos encima, estaba jugando a la pelota un famoso capitán llamado Toltecatl, no menos bravo que fornido. Luego que se instruyó de lo que pasaba, dejó el juego dirigiéndose a Atlixco, entró en la batalla desarmado fiándose en sus puños, abatió con ellos al primero que se le presentó, quitole las armas y con ellas hizo prodigios de valor en los mexicanos, que no pudiendo vencer a los de Atlixco, abandonaron el campo y entraron en México cubiertos de ignominia. La recompensa que los huexotzincas dieron a este caudillo por tamaño servicio fue hacerlo jefe de su gobierno; pero comenzaron las disensiones civiles consiguientes a un estado de revolución y los desórdenes que en vano procuró reprimir; los sacerdotes se pusieron a la cabeza de los revolucionarios y cometieron todo género de maldades, que nadie osaba resistirles por el ascendiente que tenían sobre el pueblo: uno de éstos, a cuyo cargo estaba cierto envoltorio o reliquia del dios Comaxtle, hizo ciertos hechizos sacando fuego de un tocomate o calabaza, con lo que los que pudieran oponerse al desorden se arredraron y muchos se pasaron a Amaquemecan hoy dicho Amecameca, cuyos caciques los recibieron con cautela, pues estaban por el partido de los mexicanos y dieron parte de lo ocurrido a Ahuitzotl, quien por vengarse de los malos ratos que le habían dado cuando derrotaron su ejército en Atlixco, los mandó matar de acuerdo con sus colegas y que enterrasen sus cadáveres en Huexotzinco para aterrar a los que habían seguido su partido. Llovió este año extraordinariamente, por lo que México sufrió otra inundación como la pasada, que se remedió formando otro albarradón que contuviese la impetuosidad de las aguas sobre esta ciudad, en el punto que divide las lagunas de agua dulce de la salobre. Sobrevino después una gran seca y un eclipse de sol; pasadas estas calamidades continuó la guerra contra los ixquixuchitecas, que se oponían a la dominación de los mexicanos, lo mismo que a los amantecas. Metiose tierra adentro hasta Guatemala, sujetando primero a

los de Tehuantepec, encargándose de esta expedición el general Tliltototl, que hizo maravillas y regresó a México con mucha pujanza y poder. Debiose esta conquista a los *comerciantes*, gente por lo común peligrosa a la libertad de los pueblos.

Myladi. No entiendo una palabra de lo último que usted ha dicho: ¿cómo pudieron influir los comerciantes en la ruina de la libertad de los de Guatemala?

Doña Margarita. Este punto necesita tratarse con alguna extensión. Deben ustedes suponer que el comercio de los mexicanos tuvo su origen en Tlatelolco, donde los mercaderes tenían, digámoslo así, una especie de *lonja* o *contratación*: de aquí salían expediciones o caravanas de mercaderes en la apariencia; pero en realidad eran soldados puestos en secreto de acuerdo con el gobierno. Con achaque de comerciar penetraban por todas partes; todo lo veían y examinaban para instruir al Gobierno. Si en alguna parte eran maltratados o robados, éste era un pretexto de que se valía el Gobierno para invadir aquella provincia, socolor de proteger a sus súbditos oprimidos, y mandaba luego un ejército. Una gran caravana de éstos fue en tiempo en que reinaba Ahuitzotl a las provincias de Ayotlán y Anaoac, cuyos naturales los detuvieron como cautivos en el pueblo de Quauhtenanco, y allí estuvieron cercados de los de Tehuantepec, de Izoatlán, Xochitlán y otros. Los mercaderes se defendían gentilmente en Quauhtenanco, que tenían una fuerte posición, y no sólo se defendieron, sino que cautivaron a muchos y los trajeron a México, dejando sometida aquella parte al imperio mexicano. Supo Ahuitzotl que estaban cercados y mandó en su auxilio a Moctheuzoma, que entonces era general, o *tlachocalcatl* del ejército; pero en el camino supo que ya no era allí necesaria su presencia, porque ya la guerra era concluida. Al entrar en México, el Rey mandó que les saliesen a recibir con grande acompañamiento hasta Acachinanco, cerca de San Antonio Abad. Fueron en derecha a palacio, informáronle de su expedición, recibiolos muy bien y los agasajó; y he aquí como se entabló la conquista de aquellos países por medio del comercio, que después en el reinado siguiente de Moctheuzoma se aumentó hasta más allá de Nicaragua. De todo lo dicho concluyo con la proposición que ha escandalizado a usted, mi señora, y que es una verdad demostrada no sólo en esta historia, sino también en la de España con los cartagineses, de quienes se dice *que entraron vendiendo por salir mandando*; ¡ojalá y no se verifique esto entre nosotros! y que las quejas de nuestros mercaderes extranjeros a sus cortes, por agravios verdaderos o fingidos, no sean materia de reclamaciones, que al fin y al cabo comprometan a nuestro Gobierno a una guerra extranjera. No pocos de estos mercaderes han dado justísimos motivos de quejas; ya por la mala fe que algunos han mostrado en el comercio con quiebras fraudulentas y escandalosas, que han quedado impunes llevándose los capitales de algunas honradas familias de las nuestras que los han puesto de buena fe en sus manos; ya mezclándose en las revoluciones intestinas con escandalosa procacidad; ya agotando y chupándose el tesoro de la nación; ya haciendo su negocio con ruina casi general de la comunidad. Éstos son hechos públicos y escandalosísimos que usted no puede dudar. Terminemos por ahora esta conversación, porque el tiempo está insufrible y mañana hablaremos de otras cosas que no causarán a ustedes desplacer, o a lo menos les borrarán el que pueda haber causado con lo que les acabo de decir francamente.

Myladi. Yo jamás me ofendo de oír la verdad, y mucho más cuando entiendo que ustedes viven satisfechos de la cordura y circunspección con que se ha conducido hasta ahora la nación a que pertenezco.

Doña Margarita. Estamos convencidos de ello. A Dios, señores.

CONVERSACIÓN DECIMAOCTAVA

Doña Margarita. Ya estarán ustedes cansados de oírme hablar de guerras y matanzas, ejecutadas en el reinado de Ahuitzotl, es preciso cambiarles un tanto la decoración de este teatro.

Myladi. A la verdad, señorita, que no es cosa muy grata a la oreja oír bramar a los infelices en centenares y millares en el tajón de Huitzilopuchtli, ni ver aquellos fieros verdugos armados de cuchillos de pedernal, a guisa de lobos sangrientos, y salpicados todos de sangre, ofreciendo corazones palpitantes a los ídolos... ¡Jesús! ¡Qué monstruos tan abominables, me espanta su recuerdo!

Doña Margarita. La ciudad de México había llegado a tal punto de población que ya no bastaba el agua traída de Chapultepec para el consumo de sus habitantes, por lo que Ahuitzotl trató de introducirle el agua de Coyoacán llamada *Acuecuéxcatl*; el pensamiento era grandioso, pero le salió muy caro, porque le costó la vida como verán ustedes. El padre Torquemada asegura que los mexicanos se hicieron antojadizos y no contentos con el agua de México, la bebían de otras partes; hoy pasa lo mismo, y no pocos la toman del mismo punto, o de San Agustín de las Cuevas, algunos por capricho, y otros porque así lo demanda su salud. Ahuitzotl mandó llamar al cacique de Churubusco llamado Tezutzumatzin para proponerle el proyecto, el cual le hizo presente que aquella agua solía faltar a la vez, pues unas ocasiones abundaba, y otras escaseaba, y cuando abundaba era en tanta copia que podría anegar a México; enojose por esta resistencia, lo despidió enojado y le mandó quitar la vida.

Myladi. Por poca causa ejecutó tal maldad, yo habría oído sus reflexiones con aprecio; habría algunas otras razones porque supuesto que como usted nos ha dicho, Ahuitzotl era hombre *amable*, no viene bien esta conducta con esta buena disposición del ánimo.

Doña Margarita. Yo no he podido averiguar esa causa, lo que he leído en el bendito y candoroso padre Torquemada es que el tal cacique era un solemne hechicero, que sabiendo que lo venían a prender de orden del Rey, aunque dejó entrar a sus comisionados en su habitación, se les presentó en forma de una grandísima águila muy terrible, de figura espantable, por lo que se volvieron asaz temerosos; que después fueron otros con igual orden y tampoco hicieron palabra, pues lo vieron en figura de tigre, y lo dejaron y huyeron; finalmente, que fueron por tercera vez y lo vieron en figura de sierpe espantosa; que airado el Monarca de estos embustes, amenazó a los del pueblo con que lo asolaría y pasaría a todos a cuchillo si no se lo presentaban, y forzados por tan dura orden

lo prendieron y Ahuizotl le mandó dar garrote, porque era noble. Tal es la conseja del padre Torquemada; mas en último resultado se abrió la atajea y trajeron el agua con grandes ceremonias y supersticiones, yendo unos sacerdotes incensando a la orilla del caño; otros sacrificando codornices y untando con su sangre las paredes de la atajea; otros tañendo caracoles y haciendo música al agua para que viniese con gusto, llevando uno de los ministros de la diosa Chalchiuhtlatonac diosa de este elemento, vestidas sus ropas, fingiendo ser ella su conductora; todos venían saludándola y dándole la bienvenida. Efectivamente llegó de esta manera a México; pero dentro de breve se arrepintieron de su llegada, porque luego comenzó a crecer y a henchir la laguna, y estuvo a punto de anegarse la ciudad, como lo había pronosticado el pobre Tezutzumatzin, que pagó con la vida su predicción. Viendo los mexicanos sus daños, levantaron sus casas, pero no bastó el remedio, porque el agua iba creciendo a gran prisa y con mucha pujanza, y llegó a término de inundarse México y fue necesario servirse de canoas. Pronto pagó el Rey su injusticia, porque hallándose un día en un aposento bajo de palacio, entró repentinamente por la puerta un golpe de agua que lo asombró y pensando que lo anegaba, quiso salir con prisa, y se dio tan fuerte calabazada contra la puerta que quedó muy malo del cerebro de que vino a morir tres años después. En tal conflicto ocurrió a Netzahualpilli, que era muy ingenioso, para ver cómo remediaba el mal. Vino en persona con muchos oficiales, y valiéndose de grandes industrias cerraron los ojos y manantiales de agua, y cesó la avenida que anegaba a México. Sobre el modo con que esto se hizo he oído contar algunas patrañas, y no ha faltado quien diga que se arrojaron en el ojo muchas barras de plata y alhajas preciosas, ni tampoco ha faltado quien en estos últimos tiempos haya pretendido descubrir este tesoro sacando licencia del Gobierno para hacerlo, por la parte que éste tiene, según las leyes, en el descubrimiento de los tesoros ocultos.

Agotadas las aguas o enjutas, el Rey trató de fortificar los edificios públicos, porque serían de adobes al tiempo de la inundación y se desmoronarían, y entonces se descubrió la cantera de piedra liviana que llaman *tezontli*, la cual es un lava volcánica despedida por los antiguos volcanes apagados que sin duda hubo en las inmediaciones de México, y de que dan testimonio los cerros de Ixtapalapan. Acudió mucha gente a sacarla y la primera que se empleó fue en el terraplén del templo mayor, levantándolo de la misma y haciendo una obra grandiosa. Este descubrimiento fijó una época memorable en los fastos mexicanos y se celebraba su aniversario como un gran bien.

Myladi. Efectivamente lo fue.

Doña Margarita. ¡Ojalá y se descubriera otra cantera de *tezontli* ligero, el cual ya se ha acabado! Sólo ha quedado el pasado que hoy quieren suplir con tepetate de los Remedios, que es pan para hoy y hambre para mañana, y no tiene duración.

Myladi. Entiendo que México necesita hoy una reparación de sus acueductos, pues según he notado, en la ribera de San Cosme hay como cien arcos enteramente cuarteados, por donde se filtra mucha agua.

Doña Margarita. No es eso lo más, sino la mucha que se roban de las haciendas inmediatas para segar sementeras; en esto hay mucho abandono: México tiene agua para

abastecer dos ciudades; pero no basta la que hay para una sola, el plan de cañerías es pésimo y el agua apenas llega la muy precisa a los barrios, por lo que están despoblados y miserables.

Myladi. Y a propósito de cañerías, y dispensándoseme la curiosidad, ¿sabe usted qué virrey dispuso la de Santa Fe que concluye en el puente de la Mariscalá con la caja de agua distribuidora?

Doña Margarita. Entiendo que fue el Marqués de Montes Claros, por lo que el padre Torquemada dice. Fácilmente podría satisfacer a esta pregunta si en el año pasado no hubiesen borrado la inscripción que había en una lápida del baluarte o caja de agua. ¿Quién creará que en estos días haya gobernantes tan bárbaros en México que borren estas inscripciones, tan sólo y no hay otra causa que porque se hicieron durante el Gobierno *español*? Según este principio debían arrasarse a México, porque se construyó durante dicho Gobierno. En la Europa todos los edificios públicos tienen una inscripción que recuerda su origen, porque las inscripciones, así como las monedas, son ramos de la Historia y suplementos de ella. Cuando paso por la iglesia de San Gregorio y veo allí una lápida donde estuvo el blasón del doctor Larragoyti, que habilitó aquella iglesia para sepulcros siendo cura de Catedral en 1795, me dan ganas de poner: «Aquí tuvo sus sesiones el primer Congreso mexicano instalado en 24 de febrero de 1822 por el general don Agustín de Iturbide». En hora buena bórrense las malas inscripciones de que abundamos, y que comienzan con un tiempo de *siendo* por ejemplo: *Siendo virrey el Sr. D. N. se hizo este puente, etc.*, o *Reinando la Católica Majestad de tal rey*; pero déjese alguna memoria escrita en el estilo sencillo lapidario.

Myladi. Tiene usted razón, y el gobierno del distrito debe reponer aquella inscripción para que se recuerde la memoria de aquel edificio, y que la generación presente se avergüence de no igualar a la pasada, que cuidó de proporcionarnos un alimento tan necesario para la vida.

Doña Margarita. Nos hemos distraído, aunque creo que no será sin fruto, y así sigámosle los pasos a Ahuizotl hasta meterlo en el sepulcro. Pasada esta inundación fueron los tres reyes de la triple alianza sobre la provincia de Tlacuilollan: se dio motivo para esta guerra porque saltaron a los mayordomos y recaudadores de los tributos de los reyes de México y Texcoco. Hubo mucha dificultad para subyugar esta gente; mas al fin fue vencida y subyugada, lo mismo que a los de la provincia de Huexotla en la Huasteca. También se hizo otra expedición contra los de Xaltepec y, con tantos y tan continuados triunfos, Ahuizotl quedó muy poderoso; pero le sobrevino la muerte a consecuencia de la contusión recibida en la cabeza a los dos años de haberla recibido; esta desgracia para los mexicanos ocurrió a los diez y ocho años de su reinado. Sucedióle Mochtezuma segundo Xocoyotzin, con cuyo nombre es conocido en la Historia, y de cuya elección ya he dado a ustedes bastante idea al presentarles la felicitación que le hizo Netzahualpilli. Hay varias opiniones sobre el modo con que se hizo esta elección y lugar donde residía Mochtezuma cuando fue electo. El padre Vetancurt cree que se hallaba en Toluca, y que sabida la muerte de Ahuizotl, vino a su entierro. Alguno dice que no se halló en la elección, lo que no es creíble, porque era uno de los electores. El padre Torquemada

asienta que sabida su elección vino Netzahualpilli de Texcoco, lo que tampoco es verosímil por la razón anterior, puesto que era el primer elector el rey de Texcoco; yo opino como otra vez he indicado, esto es, que no sólo se halló en la elección Netzahualpilli, sino que la activó y regentó por temor de que se suscitase la anarquía con la concurrencia de pretendientes al trono, y así he opinado con Alvarado Tezozómoc, que escribió la historia de Mochtezuma, y como indio que era sabría mejor que los escritores españoles lo que pasaba en México. También se suscitan dudas sobre el lugar donde recibió el aviso del cuerpo electoral de su elección, pues alguno asegura que a la sazón estaba barriendo humildemente el templo con una escoba; todo esto importa poco y nada interesa a la historia, lo que sí conviene saber es que era hijo de Axayacatl y de Xochicueitl, princesa de Texcoco, y que fue electo emperador en 15 de setiembre de 152: que tenía 34 años de edad y que a la gran felicitación de Netzahualpilli que inútilmente procuró responder, porque se le añudó la garganta y derramó un torrente de lágrimas, solamente dijo, según el padre Torquemada: «Harto ciego estaría yo, buen rey y hermano mío, si no viera y entendiera que las cosas que me has dicho son de puro favor que me has querido hacer; pues habiendo tantos hombres nobles y generosos en este reino, echaron mano del menos suficiente que soy yo; y es cierto que siento tan pocas prendas en mí para negocio tan arduo que no sé que hacerme, sino acudir al Señor de lo creado que me favorezca y pedir a todos que le supliquen por mí». Dichas estas palabras, se tornó a enternecer y llorar, y con esto siguieron otros dándole el parabién, que supongo sería tan largo y enfadoso que por no aguantar muchos de la calaña del que hemos referido, se podía renunciar el imperio, y aun sahumado.

Myladi. ¿Tan mal avenida está usted con semejantes arengones?

Doña Margarita. No tanto con ellos como con lo que se seguía, que era un remedo de las penitencias de los caballeros tecuhtlis de marras, y si no véalo usted demostrado con lo que la historia de este príncipe nos cuenta. Cuando le fueron a dar noticia de su elección al *calmecac* o templo, le sahumaron con copal, le sentaron en el trono poniéndole en la cabeza el *xiuhhuitzollí* o corona que semejaba a una media mitra que se ponían desde la frente, y detrás del colodrillo se ataba con una trenza sutil que remataba en delgada. Cortáronle el pelo del modo particular que lo tenían los reyes... le ahujaron las narices poniéndole en ellas un canuto delgado de oro, que llaman *acapitzactli*. Ciñéronle un tecomatillo con tabaco *picietl* o montés que sirve de refuerzo a los caminantes; pusieronle orejeras y bezoleras de oro; cubrieronle con una manta azul que semejaba a una toca delgada con mucha pedrería menuda y rica, pañetes costosísimos y un calzado delgado azul. Acabadas estas ceremonias entraron las felicitaciones de los reyes de Texcoco, Tacuba y los electores, exponiéndole menudamente sus obligaciones. Entre muchas cosas le dijeron que el empleo y dignidad a que se le había elevado, exigía por su parte la mayor vigilancia y esmero, con más un desvelo continuo, tanto para la seguridad interior como para la exterior; cuidado en los templos y ministros en los sacrificios, campos y sementeras; cuidado en los bosques, árboles y fuentes; mucha prudencia para emprender las grandes obras públicas, pues por no haberla tenido su tío en la introducción del agua del Acuecuécatl se había visto México a punto de perecer. Finalmente, le reencargaron visitase los cuatro barrios de México, plantel fecundo donde se formaban los valientes militares, donde se creaban las águilas, tigres y leones osados, y la buena república.

Concluido el acto de la felicitación pidió Mochtheuzoma dos punzantes agudos, es decir, dos huesos, uno de tigre y otro de león, con los que se sacó sangre de las orejas, molledos y espinillas; luego tomó unas codornices, a las que cortó las cabezas y con su sangre salpicó la lumbré que allí había; en seguida subió al templo de Huitzilopuchtli; besó la tierra tocándola con la punta del dedo puesto a los pies de aquel horrible simulacro; tornó otra vez a punzarse en las mismas partes que en la sala de la elección y a salpicar nuevamente el templo con la sangre de las codornices; tomó el incensario, sahumó el ídolo y después las cuatro caras del templo. Hecha reverencia a los circunstantes, pasó a palacio, y concluida la comida volvió a subir al templo, y no subió las cuatro gradas que había de distancia hasta donde estaba el ídolo; sino que se quedó donde estaba la piedra redonda ahujerada por donde corría la sangre de los sacrificios humanos, y por cuyo grande ahujero se echaban los corazones de las víctimas; finalmente, tornó a hacer de nuevo sacrificio a los dioses de codornices que degolló, y volviendo a palacio despidió la comitiva. Tal fue el ceremonial con que Mochtheuzoma se emposesionó del trono de México.

Myladi. Ceremonial hartamente engorroso, y tanto, que presumo que las lágrimas que este príncipe derramó, oída la felicitación del de Texcoco, menos se debieron a la elocuencia que al dolor que su majestad sentiría con las ternillas de las narices recién horadadas. Confírmome en el concepto de que yo renunciaría al imperio de México por no sujetarme a un ceremonial tan crudo y engorroso.

Doña Margarita. Por eso y mucho más pasan los hombres cuando se trata de mandar a sus semejantes; la ambición no tiene límites y los filósofos son como las moscas blancas, aunque hoy todos la echan de tales, pudiendo decirse lo que antes había asegurado un escritor español: que la palabra filosofía ya *estaba gastada y casi sin uso*. Faltaba la segunda parte que era la más lastimosa de esta escena, y era la montería que debía hacerse de hombres infelices para inmolarlos en el templo de Huitzilopuchtli, con que se confirmaba digámoslo así en la posesión de aquel trono de sangre humana. Por desgracia en aquella sazón los de Atlixco estaban declarados enemigos de los mexicanos, cuyo pesado yugo no podían soportar. Salió pues a campaña y llevó consigo la flor de la caballería del reino, es decir, los caballeros, porque entonces aún no se conocían los caballos en este continente; entre los de más cuenta fueron Cuitlahuatzin, Matlatzincatzin, Pynahuitzin y Cecepaticatzin sus hermanos, hijos del rey Axayacatl. También fueron en esta jornada dos sobrinos suyos hijos de Tizoc su hermano, llamados Imactlacuiyatzin y Tepehuatzin. En esta guerra dice el padre Torquemada se mostró muy valeroso el nuevo Emperador, haciendo hazañas dignas de su persona, lo mismo que sus deudos, pues hicieron por sus manos varios cautivos; pero les costó caro el triunfo, pues quedaron muertos Huitzilihuitzin y Xalmich, Quatazihuatl, que eran grandes guerreros y capitanes, y con ellos murieron otros algunos.

Volvió Mochtheuzoma con victoria y muy gran presa, con que se hicieron mucho después las fiestas de su coronación. Alvarado Tezozómoc en la historia de este monarca supone que para solemnizar su coronación, buscó pretextos para declarar la guerra a pueblos pacíficos y nombró embajadores a los de Huizpac, Tepeccas y a Nopalan, exigiéndoles tributos y reconocimiento, y como no se presentasen aun después de requeridos segunda

vez, les declaró la guerra y convocó a los principales caciques y electores del imperio, incluso los mejores generales de aquel tiempo Cuahnoctli y Tylancalqui, a quienes regaló cuando se le presentaron. Hechos los aprestos de campaña y ejercicios de la milicia para adiestrarse en las evoluciones, publicó bando para que ningún joven quedase en México, so pena de ser afrentado y desterrado por cobarde. Comenzó a marchar el ejército con el fardaje, y con él salió el Emperador con los primeros jefes que hoy llaman estado mayor aposentándose en diferente cuartel que el rey de Texcoco y Tacuba. Previno a su mayordomo que no se le preparasen manjares delicados, a su tránsito por los pueblos fue muy obsequiado. Llegado a Nopalan y a Icpactepec, mandó al general Cuahnoctli dijese a los reyes que preparasen el ejército con una proclama para entrar en batalla como era costumbre en el ejército mexicano. Hízose la alocución en que se les prometía a los soldados mucha gloria por el triunfo, riqueza y comodidades con la posesión de los bienes de los vencidos, y en el caso de morir en la guerra, descanso perpetuo con Titlacahuan, Tlazotlatcuchtli y Xiuhtecuhtli, dioses de los aires, lluvias y noches. Ejecutada esta operación por los viejos cuauhuhueques, tequihuaques y otomíes, previno que no se matasen los prisioneros que se hiciesen, sino que se trajesen vivos al sacrificio de México. Escogió de los más valientes y astutos soldados partidas de exploradores para examinar las localidades del enemigo, y adquirida noticia de ellas, reencargó el más profundo silencio a las filas, y de este modo penetraron hasta lo más interior del pueblo los batidores; y para acreditar que todo lo habían examinado, presentaron unas criaturas tiernas que quitaron del lado de sus madres, arrojándolas en sus mantas para que no fuesen oídos sus lloridos. Asimismo trajeron metates y metlapillis para comprobar la verdad de su exploración. Mochtezuma al salir el lucero de la mañana se aprestó para el asalto, armose de toda especie de armas de su nación, dejose ver con una divisa muy rica de plumería y encima una ave muy relumbrante que llaman *tlauhquechotl*, en actitud de volar; debajo llevaba un tamborcillo dorado muy resplandeciente, trenzado con una pluma de la misma ave, una rodela dorada muy fuerte, una sonaja llamada *omichicahuax* y una macana ancha y cortadora de pedernal. Dio un alarido para que la partida de guerrilla exploradora saliese y los escuadrones, estrechamente unidos como si formasen un paredón, avanzasen uniformemente y con impetuosidad. Mochtezuma ganó la vanguardia y subió a una pared de la fortaleza enemiga, desde donde comenzó a tocar su tamborcillo, y de cuando en cuando las sonajas para animar a sus soldados. Cobraron éstos tanto ánimo que comenzaron a hacer sobre sus enemigos una horrible matanza, sin perdonar sexo ni edad: quemaron luego el templo y lo asolaron, e hicieron lo mismo con las casas. En vano invocaban aquellos infelices la piedad de los mexicanos, ofreciendo tributar al Emperador como quería, pues se mostraban inexorables; sin embargo, alguno le preguntó si continuaba la carnicería y mandó que cesase luego, y que se le presentasen los caciques de aquellos pueblos como lo hicieron, y le prestaron obediencia y pagaron tributos. Mandó entonces retirar el ejército y que se expidiesen cordilleras a los pueblos del tránsito para que lo recibiesen.

Myladi. Ese modo de hacer la guerra me indica que ya los mexicanos de aquella época habían adelantado bastante en este arte funesto: querría que me dijese usted hasta qué punto habían llegado en sus conocimientos, pues entiendo que sus triunfos menos se debían al valor que a la disciplina de los mexicanos.

Doña Margarita. La pregunta es curiosa y propia de una persona que desea saber radicalmente la Historia de esta nación: no sé si podré satisfacer a usted, sin embargo probaré a hacerlo.

Aceptada la guerra, señalaban en los primeros tiempos un puesto para batirse que llamaban *yauhtlalli*: llegándose a juntar ambas fuerzas daban una espantosa gritería, y unos tocaban caracoles y otros silbaban. Los texcocanos solían llevar atabales para animar a la pelea; lo primero que hacían era disparar piedras con hondas, y después de éstos seguían los que traían macanas, que de una vuelta a otra, ya embistiendo, ya volviendo las espaldas, llegaban a las manos y retirados éstos disparaban flechas, que aunque iban reparándolas con las rodelas, hacían mucho daño; tenían gente suelta que cuidaba de cargar a los heridos y llevarlos a los cirujanos que al punto los curaban: eran tan diestros en tirarlas que había quien de una vez tiraba *tres* y cuatro juntas, dice el padre Vetancurt, como si fuera una sola. Salían otros de refresco con lanzones de pedernal y espadas largas de lo mismo, pero asidas a la muñeca para que si se soltasen de la mano no se perdiesen; usaban de celadas, y algunas veces tan secretas que se acostaban en el suelo, y otras veces hacían fosos para esconderse, y daban a huir para que descuidados con el alcance diesen en manos de los escondidos: seguían la victoria hasta que los contrarios hallaban dónde fortificarse. Muchas veces viéndose vencidos, se sujetaban por vasallos y si su señor no quería sujetarlos, ellos mismos le daban la muerte por no ser quemadas sus casas y destruidas.

Procuraban con singular esmero conservar la unión de las tropas, defender el pendón o bandera y retirar los heridos y muertos de la vista de los enemigos. Este estandarte se llamaba en mexicano *tlahuizmatlaxopilli*: era una red de oro puesta en la punta de una lanza muy alta que se alzaba cerca de diez palmos sobre la cabeza del que la llevaba para ser vista de todos, y para ello y elevarse más, el general iba sentado en una litera o andas que le daba mayor elevación. Mientras el general no moría o se conservaba aquella insignia en el centro del ejército, éste continuaba la acción; pero sucedida una de estas dos cosas, se ponía en dispersión como sucedió en Otumba cuando Cortés se vio precisado a sostener allí una acción que salvó los restos miserables de su ejército, y en cuya ocasión se acordó de que ésta era máxima militar de los mexicanos, por lo que atacó denodadamente al general Cihuacatzin que llevaba el pendón, a quien derribó de un golpe de lanza y puso a los mexicanos en total dispersión. No puede dudarse que los mexicanos tenían una verdadera y fina táctica militar, así para la guerra ofensiva como para la defensiva, sometándose a una ordenanza rigurosa a la que debieron sus triunfos sobre las demás naciones que en poco tiempo subyugaron, y así lo he demostrado a ustedes en la reseña que les hice de sus leyes civiles y militares. Cautivar a un enemigo era mayor hazaña que matar diez: si el Rey lo hacía por sí mismo recibía plácemes de las provincias, y el desgraciado a quien cabía tal suerte era mirado como hijo del Rey, ornado con ricas joyas y llevado con ellas y gran pompa al sacrificio que por señal honrosa lo ejecutaba, no un sacerdote común, sino el gran sacerdote que hacía con la sangre de la víctima una aspersion por los cuatro vientos del templo, y mandaba un vaso de ella al Rey para rociar todos los ídolos que había en el Cu en acción de gracias por semejante victoria. Enfilaban dice el padre Clavijero la cabeza en un palo altísimo y cuando se había secado el pellejo, lo rellenaban de algodón y colgaban en algún sitio de palacio para recuerdo de un hecho

tan glorioso, en lo que no tenía poca parte la adulación. En los asedios de las ciudades, la primera precaución de los sitiados era poner en seguro sus hijos, mujeres y enfermos, que enviaban oportunamente a otros pueblos o a los montes para salvarlos del furor de los enemigos, y que no consumiesen inútilmente los víveres de la guarnición. Terminada una acción de guerra, los vencedores celebraban con gran júbilo su triunfo y el general premiaba a los oficiales y soldados que habían hecho prisioneros. Para dar a usted una idea exacta del modo con que tenían organizada su milicia los mexicanos sería necesario hablar mucho, y entrar en pormenores que les haría fastidiosa mi conversación...

Myladi. De ninguna manera: esos ápices y pormenores que parecen despreciables a los ojos *comunes*, no lo son para el que estudia el carácter y costumbres de una nación, y hace comparaciones exactas de ella con otras de las que los políticos sacan consecuencias, que tarde o temprano son de gran provecho y así nada nos oculte usted, y sepa que en ello nos da placer. La nación mexicana está destinada para hacer un gran papel en el mundo, y de la antigua deben hacerse averiguaciones tan menudas como las que hizo Anacarsis de la griega.

Doña Margarita. Bien. Pues tomemos al mexicano desde su infancia y sigámosle los pasos en su educación militar hasta verlo colocado en el trono por sus hazañas en la guerra. A la edad de 12 años entraban los niños en el colegio llamado *calmecac*, donde se les daba una educación moral y civil muy severa; alimentábanse con alimentos groseros; sacábanse sangre del cuerpo con espinas de maguey en ciertos tiempos; dormían a raíz en los petates y apenas se cubrían con una manta ligera; muchas noches eran levantados y, a pesar de la rigidez del tiempo, les hacían bañar y nadar en estanques de agua fría, barrer el templo que estaba contiguo al *calmecac*, y ejercitarse en los oficios más rudos y penosos de un ganapán, llevando siempre por objeto formarles una complexión fuerte, y esta educación era verdaderamente *gimnástica*. Allí se les enseñaba dice el padre Sahagún todas las cosas necesarias, tanto para la defensa como para la ofensa de sus enemigos. En llegando a 2 años, llevábanlos a campaña; mas antes de esto, sus padres y parientes convidaban a los capitanes y soldados viejos, hacíanles convite, dábanles mantas, maxtles labrados y les rogaban tuviesen mucho cuidado y cargo de aquel mancebo en la guerra, enseñándole a pelear y amparándole de los enemigos, y luego lo llevaban consigo ofreciéndose alguna guerra. Trabándose la batalla no le perdían de vista y enseñábanle a los que cautivaban a los enemigos para que así lo hiciese él. En los areitos o bailes que tenían frecuentemente, que no eran otra cosa sino recuerdos gloriosos de las acciones guerreras de sus mayores, eran excitados a su imitación. En sus juegos pueriles figuraban simulacros de acciones militares; en fin, esta educación era de todo punto militar, y puedo decir a ustedes que cuando un joven salía del *calmecac*, ya iba formado para la campaña con toda la teoría de la milicia que allí iba a poner en ejecución. Veamos ya los grados militares por donde subían los que debían llegar a las altas dignidades de la república. Cuando eran pequeñuelos, andaban motilados o tusada la cabeza; llegando a los diez años, les dejaban crecer una guedeja en el cogote que llamaban *mocuexpaltia*. A los quince tenían la guedeja larga y les llamaban *cuexpatchicuepul*, porque ninguna cosa notable habían hecho en la guerra; y si en ésta acontecía que cautivaban a un enemigo, entonces le cortaban la guedeja y esto era señal de honra. Cuando entre dos, tres o más cautivaban a un enemigo, dividíanle de esta

manera: el que más se había señalado en esta acción tomaba el cuerpo del cautivo, el muslo y pierna derecha; el que era el segundo, tomaba el muslo y pierna izquierda; y el tercero, tomaba el brazo derecho, y el cuarto el brazo izquierdo desde el *codo arriba*. El que era el quinto, tomaba el brazo derecho desde el codo hasta abajo, y el sexto tomaba el brazo del mismo modo; y cuando le quitaban la guedeja del colodrillo, dejábanle otra sobre la oreja derecha que se la cubría de un solo lado que era el derecho, y con esto parecía que tenía otra presencia más honrada, y era señal de que en compañía de otros había cautivado a alguno, y por haberlo hecho con compañeros y haber dejado la guedeja en señal de la honra le saludaban sus parientes diciendo: «¡Ah! Te ha lavado la cara el sol y la tierra; ya tienes otra, porque te atuviste y esforzaste a cautivar en compañía de otros... mira que valdría más perderte y que te cautivasen tus enemigos, que no que otra vez cautivases en compañía de otros, porque si esto fuese, pondría otra guedeja de la parte de la otra oreja que parecieses muchacho, y más te valdría morir que acontecerte esto».

El mancebo que aun teniendo guedeja en el cogote iba a la guerra dos o tres veces, cuando volvía sin cautivar por sí ni en compañía, llamábanle por afrenta *cuexpalchicapul*, que tanto quiere decir como *bellaco, que tiene guedeja en el cogote, que no ha sido para nada en las veces que ha ido a la guerra*: esto era una grande afrenta para él, y por lo mismo se esforzaba a arrojarse sobre sus enemigos, para que siquiera en compañía de algunos cautivase. Cuando estos tales en compañía de otros cautivaban algún enemigo, quitábanles la guedeja y echábanles un casquete de pluma como peluca pegado a la cabeza; y a los que no cautivaban por sí, ni en compañía ni de otra manera, no les quitaban la guedeja, ni tampoco les ponían el casquete, sino que les hacían una corona en medio de la cabeza, lo cual era suma afrenta. Si éste a quien hicieron la corona por afrenta vivía de su hacienda y no cuidaba de ir a la guerra, a éste no le era lícito traer manta ni maxtle de algodón, sino de *ixtli* o pita, y sin ninguna labor, y ésta era la señal de que era villano. El mancebo que la primera vez que entraba en la guerra y por sí solo tomaba alguno de sus enemigos, le llamaban *telpuchtlitaquitlamani*, es decir, *mancebo guerrero y cautivador*, lo presentaban al emperador para que fuese conocido por *fuerte* y éste le daba licencia para que pudiese teñir el cuerpo de color *amarillo* y la cara con colorado toda ella, y las sienes también con amarillo, operación que practicaban la primera vez los mayordomos del monarca en señal de honra. Cuando ya estaba teñido de este modo, el emperador le concedía algunas dádivas, que consistían en una manta con listas de color morado y otra labrada con ciertas labores; dábale también un maxtle largo labrado de colorado y otro de todos colores. Éstas eran insignias de honor y de allí en adelante tenía licencia de traer maxtles y mantas siempre labradas. Al que cautivaba por sí tres enemigos, no sólo le daban dones, sino también autoridad para tener cargo en la guerra, y para que fuesen elegidos por maestros de educación en el *tecpuhcalli*. Autorizábaseles igualmente para que mandasen a los jóvenes que fuesen a cantar a la casa donde tenían escoleta de noche. Al que tomaba por sí cuatro enemigos, se le cortaban de orden del soberano los cabellos como a capitán y le llamaban el capitán *Mexicatl*, o el capitán *Tolnaoatl*. Podían en adelante usar, en los estrados que ellos usaban, de petates e *icpales* en la sala donde se sentaban los valientes; éstos tenían barbotes largos, orejeras de cuero y borlas en las cabezas con que estaban compuestas. A los que cautivaban por sí a seis, siete o diez enemigos, si eran cuextecas o terimes, no por eso se colocaban entre los principales dichos, únicamente les llamaban *capitanes*, pues para subir a la honra de los

ya nombrados era necesario que cautivasen soldados de Atlixco, de Huexotzinco o de Tliliuquitepec, porque eran los más valientes enemigos que tenían los mexicanos, a éstos se les llamaba con el nombre *quauhiacatl*, o como si dijéramos *águila que guía*: a estos se les regalaba un barbote largo, verde y borla para ponerse en la cabeza con listas de plata entrepuestas en la pluma de la borla; también se les daba orejeras de cuero y una manta rica llamada *cuechintli*, o la que conocían con el nombre de *chicoapalnacazminqui*, o sea, manta teñida de *dos* colores, la mitad de uno y la otra mitad de otro de esquina a esquina, y una manta con correas colgadas y atadas sembradas por toda ella. Cuando alguno cautivaba a dos enemigos de Atlixco o Huexotzinco, éste era tenido por terrible y valentísimo, y lo premiaban con un barbote largo de ambas orillas y otro de chalchivite o *esmeralda* verde, y usaba de entrambos. He aquí, señores, de manifiesto el alto aprecio que hacían los mexicanos del valor y la sobriedad con que lo usaban para alentar a los soldados. Las señales dichas que hoy nos parecen ridículas, eran tan estimables como lo son entre nosotros los grados, los escudos, las espadas de honor, las cruces, la Legión *llamada de Honor*. Desengañémonos, todo en el mundo pende de la fantasía, que es la que avalora las cosas más insignificantes y caprichosas. ¿Qué hazañas no ejecutaban los romanos por optar una corona de mirto, de hojas de encino o de laurel? Ellos hacían también una distinción entre los enemigos con que combatían; así como los romanos la hicieron entre los afeminados asiáticos y los terribles galos. Pompeyo fue vencedor de aquéllos y César de éstos, y bien sabéis la diferencia con que se han graduado ambos generales, aunque ambos fueron tan ilustres como esforzados. El antiguo mexicano era soldado desde la cuna. Al tiempo de bautizarlo como otra vez os he dicho se le ponía en las manos una pequeña macana, un arco, rodela y flechas para enseñarle desde entonces que era un soldado de la patria. ¿Qué os admiráis, pues, de que un puñado de hombres formados sobre tales principios, y reducidos a unos carrizales de la laguna, hubiesen enseñoreádose en tan poco tiempo de todo este continente? Esto hicieron los mexicanos, enseñados y nutridos con las máximas militares de aquellos espartanos que asombraron al mundo, y que aún hoy se recuerdan con admiración, y esto harán siempre que se les ponga en la carrera del honor. El espíritu de hoy es igual al que mostraron en aquellos siglos llamados impropriamente bárbaros, y porque no hablaban el idioma de las naciones de Europa, ni tenían sus costumbres. ¡Ah! ¡Qué gran chasco se han llevado esos ingratos *texanos*, que después de haber desconocido las leyes de la hospitalidad, y las obligaciones que produce esta virtud hija del cielo, han osado insultarnos, han pretendido usurpar nuestras posesiones y nos han declarado la guerra, fiados en su corporatura colosal que creyeron impondría a hombres moderados y sencillos! Ya lo han visto, ya han probado el valor de nuestra gente en cuantas acciones nos han dado o recibido de nosotros; hoy está aún humeante la sangre que hemos derramado de ellos mismos en sus atrincheramientos y fortificaciones; jamás olvidarán el terrible asalto del Álamo, en que la espada de Santa Anna no perdonó más que a un infeliz negro esclavo y a una pobre mujer...

Myladi. Efectivamente, el chasco de los yanquis les ha salido caro y este desengaño no será el último. Desearía saber ¿con qué traje se presentaba el rey de los Mexicanos en campaña para ser conocido en su ejército?

Doña Margarita. Según el padre Clavijero, llevaba además de su armadura, ciertas insignias particulares, a saber: en las piernas unas medias botas cubiertas con planchuelas. En los brazos otros adornos del mismo metal y pulseras de piedras preciosas; en el labio inferior una esmeralda engarzada en oro; en las orejas, pendientes de lo mismo; al cuello una cadena de oro y piedras; en la cabeza un penacho de hermosas plumas que caían sobre la espalda. Generalmente los mexicanos cuidaban mucho de distinguir las personas por sus insignias, y sobre todo en la guerra eran pulidos, airosos y tenían en su campo el mismo aire que los griegos en el de Troya; ¡ojalá llegue un día en que un pincel atrevido presente en nuestras galerías las hermosas vistas de Netzahualcóyotl triunfante en Atzcapotzalco, a Tlacaelelel intimándole la guerra a Maxtla, y mil otros pasajes en que brilló el valor, la arrogancia y denuedo de nuestros antiguos héroes!... Aquí podré exclamar con Horacio: *Quando ego te aspiciam? Quandoque licebit?* No seré yo la que vea emplearse las bellezas de este arte mágico en objetos tan grandiosos.

Myladi. Parece exacta y curiosa la idea que usted nos ha dado de la milicia mexicana, de su organización y premios con que se alentaba el valor: desearía saber qué armas usaban aquellos guerreros, pues esto debe tener lugar en su historia militar y formar una parte esencial de ella.

Doña Margarita. Harelo con gusto el día de mañana, pues hoy ya es tarde y nos hemos detenido más tiempo del regular; y así queden ustedes con Dios.

CONVERSACIÓN DECIMANONA

Doña Margarita. La conversación de hoy debe apoyarse en las relaciones que tenemos de los conquistadores españoles, que como duchos en la guerra, sabían calificar la naturaleza de las armas de los enemigos con quienes se batieron y despacharon algunos centenares al otro mundo: serán por lo mismo exactas y ustedes no dudarán darles asenso.

Myladi. Es claro, porque hablan en asunto propio y de su facultad.

Doña Margarita. Según ellas, había armas *defensivas* y *ofensivas*. Las primeras dice Clavijero remitiéndose al *conquistador anónimo*, comunes a nobles, plebeyos, oficiales y soldados, eran los escudos que llamaban *chimalli*, y eran de diversas formas y materias. Algunos eran perfectamente redondos y otros sólo eran en la parte inferior. Los había de *otate* u *otatli*, o cañas sólidas y flexibles, sujetas con gruesos hilos de algodón y cubiertas de plumas, y los de los nobles de hojas delgadas de oro; otros eran de conchas grandes de tortuga, guarnecidos de cobre, plata u oro, según el grado militar y las facultades del dueño. Unos eran de tamaño regular; otros tan grandes que cubrían todo el cuerpo cuando era necesario, y cuando no, los doblaban y ponían bajo del brazo a guisa de nuestros paraguas. Probablemente serían de cuero o de tela cubierta de hule, o resina elástica. Los había también muy pequeños, menos fuertes que vistosos y adornados de plumas; pero éstos no servían en la guerra, sino en los bailes que hacían figurando una batalla.

Las armas defensivas propias de los oficiales, eran unas corazas de algodón, de uno y aun dos dedos de grueso, que resistían bastante bien a las flechas, y por esto las adoptaron los españoles en sus guerras contra los mexicanos. El nombre *ichcahuepilli* que éstos les daban fue cambiado por aquéllos en el de *escaupil*. Sobre esta coraza que sólo cubría el busto se ponían otra armadura que, además del busto, cubría los muslos y la mitad del brazo. Los señores solían llevar una gruesa sobreveste de plumas sobre una coraza compuesta de pedazos de oro y plata dorada, con la que no sólo se preservaban de las flechas, sino de los dardos y espadas de los españoles. Además de estas prendas que servían de defensa al busto, brazos, muslos, y aun a las piernas, metían la cabeza en una de tigre, o de serpiente hecha de madera, con la boca abierta y enseñando los dientes para inspirar miedo al contrario.

Myladi. Un campo de batalla en que se me presentaran semejantes figurones me parecería más bien una farsa que un campo de guerra, y más me harían reír que temer.

Doña Margarita. Eso se me hace difícil de creer. Si yo me viera en medio de esos hombres como si estuviese en medio de una manada de castores, o de *urangutanes* que a nadie dañan, desde luego estaría divertida; pero hallándome entre esos figurones, que a lo horrible de sus cataduras agregan el furor de unos demonios, lanzan flechas, arrojan piedras y dan sendos macanazos que dividen un cuerpo a cercén, como quien taja un requesón, me vería en el mayor conflicto y no sabría dónde meterme.

Mister Jorge. Ha respondido usted discretamente.

Doña Margarita. Todos los nobles y oficiales se adornaban la cabeza con hermosos penachos, procurando por este medio dar mayor talante y realce a su estatura. Los simples soldados iban desnudos, sin otro vestuario que el que en la cintura se ponían por decencia; pero fingían el vestido que les faltaba por medio de los diversos colores con que se pintaban el cuerpo. De esto se han maravillado los historiadores europeos y de otros usos extravagantes de los indios; mas se olvidan de que eran comunísimos en las antiguas naciones del antiguo mundo. Por lo que he dicho a ustedes otra vez creo que los soldados texcocanos se presentaron vestidos de blanco y uniformes, como lo indica la preciosa proclama de Netzahualcóyotl, en que compara su ejército con un jardín de bellas flores en que campeaban los lirios. Yo he inquirido de los militares que hacen la guerra hoy a los apaches y otras naciones bárbaras, la causa por que éstos aún acostumbran teñirse la cara con bermellón, y me aseguran que es porque preserva a los indios de la ardentía del sol.

Las armas ofensivas de los mexicanos eran la flecha, honda, maza, lanza, pica, espada y dardo. El arco era de una madera elástica y difícil de romperse, y la cuerda de nervios de animales y de pelo de ciervo hilado. Había arcos tan grandes dice el padre Clavijero, y aun los hay todavía, que la cuerda tenía cinco pies de largo: las flechas eran varas duras, armadas de un hueso afilado, o de una gruesa espina de pescado, o de puntas de pedernal, o de *itzli* piedra obsidiana.

Myladi. La flecha, a lo que entiendo, es una de las armas primitivas que han usado todas las naciones en su origen, como se ve en la Escritura Sagrada, pues cuando los asirios formidaron a Jerusalén que el ángel exterminador acabó con ciento ochenta y cinco mil de ellos, los que sobrevivieron a tal destrozo, no pudiendo negarlo sino atribuyéndolo a causa natural, decían que se había soltado tal plaga de ratas en el campo que en una noche rompieron o se comieron las cuerdas de los arcos, dejándolos inutilizados. ¡En cuántas cosas convienen todos los pueblos uniformemente, que nos obligan a creer que han tenido un origen común!

Doña Margarita. Los mexicanos eran agilísimos en el uso de la flecha y a este ejercicio se aplicaban desde su niñez, estimulados por los premios que les daban sus padres y maestros. Los tepehuanes eran famosos para tirar tres o cuatro flechas a un mismo tiempo. En tiempo del virrey Conde de Gálvez, una partida de indios mansos que se presentó en México, hizo alarde ante aquel jefe de su destreza en el uso de esta arma, manteniendo una mazorca de maíz en el aire y desgranándola hasta dejar sólo el *olote* o tronco de ella. El padre Clavijero asienta que ninguno de los pueblos de Anáhuac se sirvió jamás de flechas envenenadas; creo que en esto padeció equívoco tan respetable escritor, pues Moctheuzoma Xocoyotzin cuando dio por esposa al rey de los zapotecas Cocijoeza a su hija la linda Coyolicatzin, no lo hizo por amor, sino para descubrir por medio de ella de su marido el gran secreto de envenenar las flechas que tenían sus vasallos, y con el que lograron derrotar a los mexicanos en una expedición que hicieron sobre los de Tehuantepec, y no logró saberlo; como ni tampoco que esta señora descubriese ciertos secretos a su padre para perder a su marido, pues prefirió las obligaciones de esposa a las de hija, como asegura el padre Burgoa en su *Palestra*. El *miquahuitl* era una especie de bastón de tres pies y medio de largo, y de cuatro dedos de ancho, armado por una y otra parte de pedazos agudos de *obsidiana*, pegados con goma laca. Hacíanla con el jugo de raíz de *cacotle*, mezclado con estiércol de murciélago. Estos pedazos tenían tres dedos de largo, uno o dos de ancho y el grueso de las antiguas espadas españolas. Eran tan cortantes como que de la misma materia formaban las navajas para rapar la cabeza, de que usaron dice Vetancurt los mismos conquistadores a falta de navajas de Europa. Chimalpain cuenta que cuando se presentó una descubierta de caballería de Cortés sobre los de Tlaxcala, salió otra de los indios y le mataron dos caballos de dos cuchilladas, y según lo dicen algunos autores fidedignos son sus palabras que lo vieron: «... cortaron de cada golpe un pescuezo de caballo con riendas y todo, de que quedaron maravillados y atónitos los españoles».

Myladi. No creo que podría hacerse más con una espada castellana esgrimida de revés o a mandoble.

Doña Margarita. Yo poseí y regalé al museo el regatón de una de esas espadas, hallado en el campo de Nuestra Señora de los Ángeles, y noté que era agudo, istriado, harto pesado y que su herida sería como de bayoneta de tres filos, y noté que era una arma ofensiva con los filos y defensiva con el peso. Entiendo que el defecto que tenían era el de embotarse a los primeros golpes. Llevaban esta arma atada con una cuerda al brazo para que no se escapase al dar el golpe. Hablemos ya de las picas. Éstas tenían en vez de hierro una gran punta de piedra o de cobre. Los de Chinantla, y algunos pueblos de

Chiapas, usaban picas tan desmesuradas que según el padre Clavijero tenían diez y ocho pies de largo, y de ellos se sirvió Cortés contra la caballería de su rival Pánfilo de Narváez; aunque anticipadamente ya había usado de otras picas muy más largas desde su campo, quiero decir de tejuelos de oro con que procuró astutamente ganar amigos en el campo del buen Pánfilo. A esta clase de picas, ¿quién resiste?

El dardo mexicano llamado *tlacochtli*, era de *otate* o de otra madera fuerte endurecida al fuego o armada de cobre, obsidiana o de hueso. Muchos tenían tres puntas para hacer tres heridas a la vez. Lanzaban los dardos con una cuerda para arrancarlos después de que habían herido. A esta arma temían mucho los españoles, porque solían arrojarla con tanta fuerza que pasaba a un hombre de parte a parte. Los soldados iban por lo común armados de espada, arco, flechas, dardo y honda. Creo que lo dicho bastará para hacer conocer a ustedes que la nación mexicana fue guerrera, a par que ilustrada, y que puede muy bien colocarse en la lista de los primeros militares del universo conocido. Fáltame para completar esta idea hablar de los medios con que alentaban el valor militar, entre los que tiene lugar la *música* y la *bandera*.

Myladi. ¿La *música*? ¿Y qué efectos podría producir entre los mexicanos cuando estaba reducida a pocos instrumentos e imperfectos?

Doña Margarita. Los más maravillosos...

Myladi. Dispense usted que lo tenga por una paradoja de su ingenio.

Doña Margarita. Si lo fuere me lisonjearé de que me acompañe en esta paradoja un autor muy respetable y la experiencia. Anacarsis dice, hablando sobre la *parte moral de la música*, que habiéndole preguntado a Filótimo por qué no producía hoy la música los mismos efectos prodigiosos que en otro tiempo, le dio esta respuesta: Porque entonces era más grosera; porque las naciones estaban todavía en su infancia. Si a unos hombres le dijo que no manifestasen su alegría, sino con gritos tumultuosos, viniera una voz acompañada de algunos instrumentos a hacerle oír una melodía sencillísima, pero sujeta a ciertas reglas, le veríais luego arrebatados de alegría, explicar su admiración con excesivos hipérbolos, y esto es lo que experimentaron los pueblos de la Grecia antes de la guerra de Troya. Anfión animaba con su canto a los obreros que trabajaban en los muros de Tebas, como se hizo después cuando se reedificaban los de Mesena; y por eso se dijo que los muros de Tebas se habían levantado al son de su lira. Orfeo hacía dar a la suya un corto número de sonidos agradables, y se dijo que los tigres deponían el furor a sus pies: veamos lo que enseña la experiencia. El vizconde de Chateaubriand refiere el pasaje siguiente: «En junio de 171, bajábamos por el alto Canadá con algunas familias salvajes de la nación de los onontaguas. Un día que estábamos detenidos en una llanura a la orilla del río Genesio, se metió en nuestro campo una culebra de cascabel. Había entre nosotros un canadiense que tocaba la flauta, quiso divertirnos y se acercó a la serpiente con su arma de nueva especie. Lo mismo fue advertirlo el reptil que se puso en figura espiral, aplanó su cabeza, infló sus mejillas, comprimió sus labios, descubrió sus dientes emponzoñados, y su boca ensangrentada vibraba sus dos lenguas como dos llamas; sus ojos parecían dos carbones encendidos, su cuerpo hinchado de rabia se bajaba y levantaba

como los fuelles de una fragua; su piel dilatada quedó sin lustre y escamosa, y su cola que hacía un ruido funesto se movía con tal rapidez que parecía un ligero vapor...».

Myladi. ¡Jesús, qué bella descripción! Sígala usted por su vida, que es digna del poeta que describió el grupo de Laoconte.

Doña Margarita. «Entonces empezó el canadiense a tocar su flauta. La víbora hizo un movimiento de sorpresa y retiró atrás la cabeza; al paso que se hallaba tocada del afecto mágico, perdían su aparato horrible los ojos, se disminuían las vibraciones de su cola, se minoraba y acababa poco a poco el ruido que hacía, y quedando sus roscas menos perpendiculares sobre la línea espiral, se dilataban por grados y venían sucesivamente a ponerse sobre la tierra en círculos concéntricos. Los matices de azul, verde, blanco y dorado volvieron a manifestar su esplendor en su piel trémula, y moviendo ligeramente la cabeza quedó inmóvil indicando la atención y placer que tenía. A este tiempo dio algunos pasos el canadiense, y haciendo con su flauta unos sonidos lentos y monótonos bajó el reptil su matizado cuello, abrió con su cabeza las delgadas yerbas y siguió las huellas del músico que la arrastraba, deteniéndose cuando él se detenía y siguiéndole cuando se alejaba. De este modo la sacó fuera de nuestro campo en medio de un gran concurso de espectadores, tanto salvajes como europeos, que apenas creían *esta maravilla* de la melodía, aunque la estaban mirando; todos convinieron en que se dejase marchar a aquella maravillosa serpiente». Ahora bien. Si estos efectos obra la música *sencilla* en una víbora, ¿cuáles otros no produciría la música *marcial* en los indios mexicanos? Esto es tanto más cierto cuanto que ella mueve los afectos de toda especie. Alejandro se enfurecía al oír tocar cierta composición guerrera frigia, y su ánimo se relajaba al escuchar una música mole y afeminada. Por tal causa la adoptaron los mexicanos en sus combates y la conducen a los mismos las naciones europeas; ¡cuántas veces por esta consideración los monarcas de Europa han desistido de la idea de quitarla de los cuerpos militares, no obstante las inmensas sumas de dinero que se gastan en los músicos de los cuerpos!

Myladi. ¿Y de qué instrumentos se componía la música militar de los mexicanos?

Doña Margarita. Según el padre Clavijero, de tamboriles, cornetas y ciertos caracoles marítimos que daban un sonido agudísimo, que en su concepto producían más rumor que armonía; pero este rumor producía en los soldados el mismo efecto que produce en los nuestros el terrible toque de caja, acompañado de pitos que llaman el *calacuerda*, o paso de ataque que enfurece a los hombres, los hace poner al principio pálidos y dentro de poco desprecian la muerte... ¡Aún me espanta la memoria que hago de este sonido funesto en algunas acciones que presencié el año de 1812 y !

Myladi. Yo considero que los españoles hacían en la guerra las espantosas matanzas que nos refieren en sus libros.

Doña Margarita. No dudo que en las primeras acciones, cuando aún no conocían los estragos de la artillería, se harían muchas; pero después se pusieron en estado de burlarse de ella, pues sabían agazaparse al ver el fogonazo y se avanzaban luego sobre los

cañones. Si dura más la guerra, y Cortés no se empeña en tomar a México, el pleito se ordenaría y los mexicanos se hacen inconquistables, sobre que ya peleaban con las mismas armas que les quitaban a los castellanos, guardaban sus mismas formaciones, oponían obstáculos de muchas piedras para que no pudiese obrar la caballería! ¡Las grandes mortandades del sitio de México no las hicieron los españoles, sino los indios auxiliares, con quienes se batían cuerpo a cuerpo!... Acuérdense ustedes de la máxima de los romanos, de no hacer la guerra por *más de un año* a un pueblo, porque en este tiempo aprendían de ellos a batirse y los batían con ventaja. Hablemos ya de la bandera o estandarte con que se presentaban los ejércitos en campaña. El padre Clavijero dice que eran más semejantes al llamado *signum* de los romanos que a las banderas de Europa. Eran unas astas de ocho a diez pies de largo, sobre las cuales ponían las armas o insignia del estado hecha de oro, de plumas o de otra materia preciosa. La insignia del imperio mexicano era una águila en actitud de arrojar a un tigre; la de la república de Tlaxcala, una águila con las alas extendidas; pero cada uno de los cuatro señoríos que componían aquella república tenía una insignia diferente. La de Ocotelolco era un pájaro verde sobre una roca; la de Tizatlan, una garza blanca sobre una peña elevada; la de Tepeticpac, un lobo feroz con algunas flechas en la garra, y la de Quiahuitztlan, un parasol de plumas verdes. El estandarte que tomó Cortés en la batalla de Otumba era una red de oro, que probablemente sería la insignia de alguna ciudad de la laguna.

Myladi. ¿Pues qué, no se batió con el ejército imperial de México?

Doña Margarita. No señora, ése es un disparate que nos han pretendido hacer creer los historiadores españoles, como el hiperbólico Solís para realzar el mérito de su héroe, suponiendo que se batió con todas las fuerzas del imperio mexicano. Fue una división de Cuauhtitlán y otros pueblos inmediatos que lo fue coleando o persiguiendo en la retirada que hizo de México, y le presentó acción donde le pareció que podría batirlo con ventaja. Aleje usted esa especie de su cabeza como una patraña fabulosa para arrullar niños. Si el ejército que estaba dentro de México no se hubiera ocupado en recoger el tesoro y los despojos que dejaron los españoles en la ribera de San Cosme cuando los derrotaron la noche triste, y hubiera salido luego al alcance, no queda un español vivo; pero se entretuvieron, perdieron esos momentos favorables y los mexicanos se perdieron, porque su enemigo se rehízo en Tlaxcala y volvió a la carga con triple fuerza. El momento que se pierde en la guerra no se recobra.

Además del estandarte y principal del ejército, cada compañía compuesta de 2 ó 3 soldados, llevaba su estandarte particular, distinguiéndose no sólo en las plumas que lo adornaban, sino también en la armadura de los nobles y oficiales que a ella pertenecían. La obligación de llevar el estandarte del ejército dice Clavijero tocaba a lo menos en los últimos años del imperio al general, y el de las compañías según presume a sus jefes respectivos. Llevaban el asta del estandarte atada tan estrechamente a la espalda que era imposible apoderarse de ella sin hacer pedazos al que la llevaba. Los mexicanos siempre la colocaban en el centro del ejército, los tlaxcaltecas en las marchas a la vanguardia y en las acciones a retaguardia.

Myladi. En esta parte puede decirse que todas las naciones han obrado por un mismo instinto y como de concierto.

Doña Margarita. Es innegable, y no lo es menos que todas han visto y ven esta señal como sagrada, que fijan en ella su atención y la ven con cierto respeto que les inspira qué sé yo que especie de confianza y amor. Soy una pobre mujer y cuando veo una bandera que flota en medio de un batallón, siento en mi alma un regocijo que no acertaría a explicar si lo pretendiese, sobre todo, desde que se hizo nuestra independencia; ¡bendito sea Dios digo, que ya tenemos un pabellón peculiar nuestro! ¡Ah! ¡Bajo la sombra y alas de esta águila generosa viviremos seguros! En derredor de ella nos reuniremos a defender nuestra independencia y libertad... Ya no necesitamos acogernos a un pabellón extraño para figurar en el catálogo de los pueblos... ya al fijar la vista sobre un buque que viene allende de los mares, no se nos sobresaltará el corazón y nos preguntaremos como antiguamente lo hacíamos: ¿Qué órdenes traerá ese leño que fluctúa entre las aguas y viene de dos mil leguas de distancia? ¿A qué familia vestirá de luto y hará que el objeto más precioso de su corazón sea trasladado por un rasgo de pluma de un mal ministro a las mazmorras de Ceuta o de Orán, para morir entre cadenas y arrastrar una vida congojosa? Todo esto ha desaparecido, pudiendo decir con el divino Tagle en loor del que consumó nuestra independencia:

Y al solo arrimo de tus fuertes brazos,
se caen los eslabones a pedazos.

Myladi. Tiempo es ya de que nos cumpla usted la promesa que nos hizo de hablarnos de la guerra *defensiva* de los mexicanos, guerra que no harían, sino en puestos fortificados y de consiguiente tendrían fortalezas que hoy no vemos.

Doña Margarita. En esas últimas palabras nos presenta usted uno de los argumentos con que los enemigos de la gloria de la nación mexicana han pretendido persuadir al mundo que era bárbara. Los monumentos de arquitectura de las naciones antiguas que permanecen a pesar de las injurias del tiempo, sirven de grande recurso para conocer el carácter de los que los fabricaron, siempre que hay falta de autores coetáneos, como también para suplir a la omisión o mala fe de los historiadores. Un edificio manifiesta el carácter y cultura de las gentes, porque es cierto dice el sabio padre Alzate que la civilidad y barbarie se manifiestan por el progreso que las naciones hacen en las ciencias y en las artes. Los árabes cuando fueron sabios dispusieron fábricas que aún en el día se admiran; pero al punto que cayeron en la ignorancia no fabricaron sino despreciables chozas. Las pirámides de Egipto nos enseñan que sus habitantes sabían fabricar sólidamente, como también sus conocimientos en la astronomía, porque dispusieron las fachadas según los cuatro puntos cardinales. Esto sólo, aun cuando careciésemos de los documentos que manifiestan sus progresos en las ciencias, bastaría en el día para convencernos de que componían una nación muy civilizada. Sentadas estas verdades, en que seguramente convendrán ustedes, será preciso concluir con esotras de no menor importancia, a saber: que la nación mexicana fue sabia por lo que he referido de su historia y... que fue guerrera por los monumentos que nos han quedado que así lo atestiguan.

Myladi. ¿Y cuáles son esos monumentos a que usted se refiere?

Doña Margarita. Son varios: el primero es el castillo o fortaleza de Xochicalco, no muy lejos de México; daré a ustedes una corta idea de la descripción que nos ha dejado el sabio padre Alzate entre sus obras: «Al sur de Cuernavaca dice a la distancia de seis leguas con 13 grados de declinación del sur al oeste, se halla el cerro Xochicalco, que en mexicano quiere decir *casa de flores*. Es un cerro cuya superficie toda se halla fabricada a mano: su altura es de ciento cuatro varas. Toda su circunferencia está rodeada de un foso hecho a mano y la superficie consta de cinco terrazas o terraplenes mantenidos por paredes de mampostería, los que son de diferente elevación. Dichas terrazas no son horizontales, sino inclinadas a la parte del sudeste. En la parte superior se baila una plaza cuadrilonga que tiene de norte a sur ochenta y siete varas y media, y del este al oeste ciento tres y media, y está rodeada de un muro de piedra que tiene de elevación dos varas. La plazuela está más baja dichas dos varas respecto de los parajes que sirven de cumbre a Xochicalco, en la que los indios mostraron su habilidad respecto a la arquitectura militar; pues aunque perdiesen los inferiores terrenos retirados, a lo que se puede llamar *ciudadela*, combatían cubiertos a favor de la trinchera, respecto a que tenían un muro elevado dos varas, y los contrarios se hallaban a cuerpo descubierto. Los terraplenes inferiores que circunvalan el cerro no tienen dimensiones iguales, aprovecharon de la misma pendiente para dar a unos más o menos ancho, más o menos altura; pero todos están fabricados a mano y mantenidos con paredes de piedra. Todas estas fábricas demuestran lo inteligente que eran los indios en el arte militar, pues disponían sus fortificaciones de manera que poco a poco iban perdiendo terreno, lo mismo que se ejecuta actualmente en la Europa respecto de las ciudades fortificadas, en las que la defensa va de la circunferencia al centro. Todo esto no es comparable al castillo que así llaman que se halla en el centro de la plaza. Componíase, según he indagado, de cinco cuerpos que iban de mayor a menor. En la superficie del último se halla una silla o *chimotlale* en mexicano de piedra delicadamente construida; todo ha sido destruido por la avaricia de los hacenderos inmediatos para fabricar sus ingenios de azúcar y oficinas. Dicha silla no se hallaba situada en el centro de la superficie del último cuerpo, sino a un lado. Esta hermosísima arquitectura, que puede compararse con las pirámides de Egipto por su solidez y en mucha parte por su figura cónica, fue destruida, como se ha dicho, por la avaricia de los dueños de haciendas de azúcar, pues necesitando de parrillas para sus hornillas, ocurrieron a destruir la fábrica de Xochicalco. En el centro de la plaza se halla un cuadrilongo todo formado de piedra de talla hermosísimamente labrado con jeroglíficos mexicanos. El primer cuerpo que existe por la mayor parte tiene del este a oeste veinte y una varas, y de norte a sur veinte y cinco. Lo que causa asombro es ver aquellos grandísimos pedrones exactamente labrados, de manera que el mejor cantero no es capaz de ejecutar obra superior, aunque use de la más prolija atención y experiencia. Se hallan ajustados los más sin mezcla ni betún, y tan sólidamente unidos que parecen ser obra más natural que artificial. La parte del primer cuerpo que está fabricado en talus tiene dos varas de altura, y de aquí a la cornisa tiene dos varas. Todo dicho primer cuerpo está adornado con jeroglíficos mexicanos esculpidos a medio relieve, y se conoce que los esculpieron después de fabricado el castillo, porque de otro modo no era posible que los figurones que ocupan, dos, tres o más piedras, guardasen entre sí la bella disposición en que están: algunas faltas de la escultura, y también algunas juntas de piedra a piedra,

están suplidas con mezcla de cal y arena. En las fachadas que miran al sur y oeste permanecen algunos pedrones, que hacen patente que el segundo cuerpo era de la misma arquitectura que el primero de ellos; se hallan unos danzantes de medio relieve y la fortaleza de la obra se manifiesta, porque no obstante de haber destruido y arrancado las piedras que servían de basa a la fachada sur y oeste, permanecen en su colocación las partes de las referidas fachadas. Aún se ven algunos restos de pintura con bermellón o cinabrio, lo que hace conjeturar que a todo el castillo le dieron el color referido. Las piedras son todas de mucho volumen: medí algunas, y entre ellas una que está arrojada al suelo y tiene vara y tres cuartas de largo, una vara de ancho y media en lo grueso. Las paredes del castillo de Xochicalco se componen de dos órdenes de piedras trabadas, según las reglas de arquitectura. El castillo estaba hueco, sin duda para que sirviese de habitación...». Hasta aquí en lo esencial la descripción del padre Alzate, la cual ha excitado tanto la admiración de los extranjeros que algunos han hecho viaje formal para efectuar un reconocimiento prolijo. Resulta pues probado, señores míos, con la sabia descripción que nos ha dejado el señor Alzate, que en este continente había verdaderas fortificaciones ajustadas a los principios del arte militar, y proporcionadas a la naturaleza de las armas con que entonces se combatía, y que los mexicanos no eran menos sabios en la guerra ofensiva que en la defensiva. Si no se hubiera descubierto la fortaleza de Xochicalco a *presencia* del Gobierno español, y hecho relación de ella por la imprenta, quizá la que nos presenta de otras el padre Clavijero, se tendrían por soñadas y fabulosas. En el día no lo son, porque además de los vestigios que existen, durante la revolución del año de 181 a 1821, se descubrieron varias antiguas fortalezas de los antiguos mexicanos, en las que se ubicaron y defendieron los llamados insurgentes, como fueron la de cerro Colorado junto a Tehuacán, la de la Palmilla en Acazonica, no lejos de Veracruz: en ambas he estado, y examinándolas hallé que estaban formadas según los principios de fortificación.

Myladi. Usted por satisfacer a mis preguntas se ha olvidado de Mochtezoma...

Doña Margarita. Nada de eso, mi señora, lo tengo bien presente; por señas que lo dejamos regresando victorioso para México y entrando en Chimalhuacán Chalco, donde fue recibido por los habitantes de las inmediaciones del volcán con muchas rosas y perfumadores; mas como ya era de noche no se le hizo la ofrenda del tributo hasta el día siguiente, el cual consistía en varias cargas de ropa. Si a usted le parece bien dejaremos a Su Majestad Imperial por hoy en aquel pueblo y mañana regresaremos a acompañarlo hasta México, pues el calor no nos permite por ahora formarle el cortejo.

Myladi. Nos parece muy bien y que usted tenga muy buen día. Hasta mañana.

CONVERSACIÓN VIGÉSIMA

Myladi. Supongo que Su Majestad habrá pasado feliz noche: incorporémonos en su comitiva y vámonos a México con su real persona.

Doña Margarita. Más de una vez tendrá usted que arrepentirse de seguir a tan ilustre personaje. Llegó al día siguiente a Chalco y las felicitaciones de los viejos fueron muy expresivas: «¡Oh bienaventurados nosotros pobres decían que, aunque somos polvo y lodo, te hemos visto con salud!... Vendréis cansado y trabajado de los ásperos caminos, de los montes, lluvia, aires y soles que habréis padecido!... Descansad, señor, hijo y nieto querido de todos los mexicanos...». Concluida la comida vinieron a felicitarlo los atenuados comarcanos de la laguna, cargados con toda especie de peces, patos y sabandijas que pescaban, y el Emperador les agradeció el obsequio, se conmovió de ellos, mandó a sus mayordomos que les diesen de comer y beber, a los viejos rosas y perfumadores, y a las mujeres de aquellos pescadores humildes, enaguas y hueipiles con que cubrir su desnudez. Marchó el ejército para la corte y el Príncipe se quedó a retaguardia. Los cautivos se colocaron en dos largas filas y al entrar por Mazatlán comenzaron a dar horribles gritos en su idioma, que penetraban de dolor los corazones más insensibles; tanto más cuanto que se les violentaba a que entonasen o endechasen la próxima muerte a que se les condenaba...

Myladi. Por Jesús, señora, que no siga usted esa horrible relación; mi corazón se afecta de pesadumbre... ¡Ah! ¡Quién pudiera haberlos redimido!... Dichoso el hombre, y mil veces dichoso, que baja al sepulcro diciendo: «¡Por mí no se ha derramado una gota de sangre, no se ha enjugado una lágrima dolorida, ni se ha exhalado un suspiro de pena!...».

Doña Margarita. ¿No le dije a usted, bien que le había de pesar seguir en el cortejo de este monarca hasta su capital?... Pues, señora mía, ahora comenzamos; no será ésta la última vez que usted se afecte de pesadumbre; el que quisiera saber la historia de estos malhadados monarcas es necesario que pase por estas melancólicas relaciones, o que renuncie al deseo de saberlas... Agradecemos con toda la sensibilidad de nuestro corazón al Dios de paz que pasaron aquellos tiempos tan calamitosos, y que alumbró aquí la luz evangélica. Señorita, quedemos en lo que hemos de quedar. ¿Me callo o sigo?, porque la historia de los últimos reyes mexicanos *es la historia de los hombres fanáticoreligiosos, convertidos en demonios, yo así la defino.*

Myladi. Siga usted; pero por Dios que no apure esas descripciones, ni use de tintas tan fuertes, que a guisa de un puñal buido atraviesen mi corazón.

Doña Margarita. Colocados los viejos y sacerdotes que habían quedado en México sobre el templo mayor, resonaban cornetas y caracoles, que eran correspondidos de los demás templos: esto hacía las veces de nuestras campanas tocadas a vuelo. Formaron los viejos en dos hileras, entrenzados los cabellos con correas de cuero colorado, vestidos con *ichaupiles* armados con rodela y bastones en lugar de macanas. Ni les faltaba el calabacillo de tabaco *picietl*, y en las manos llevaban muchos incensarios. Entraron por Xoloco donde hoy está la iglesia de San Antonio Abad, y abrían la marcha del ejército los prisioneros, a quienes saludaron los viejos diciendo: «Bienvenidos seáis, hijos del sol; ya habéis llegado a la casa del gran señor Huitzilopuchtlí». Lleváronlos luego a los pies del ídolo de este nombre, al que presentaron e hicieron arrodillar uno a uno a los pies del simulacro, tocando la tierra con el dedo en señal de reverencia. Allí los recibieron los sacerdotes tocando sus bocinas y los llevaron a una casa fuerte llamada *qauhcalco* o casa

del águila. Mochtezoma llegó entre una nube de sahumeros hasta la gran plaza, donde se tocaron multitud de cornetas y caracoles. Subiose a lo alto del templo, donde se punzó con un agudo hueso de tigre las extremidades de las orejas, molledos y espinillas. Tomó el incensario y perfumó al ídolo. Luego se bajó y fue a palacio donde lo felicitaron por su llegada los reyes de la triple alianza y los señores de su corte, diciéndole con frases muy lisonjeras: «Ya, señor, habéis cumplido con vuestra obligación... Pasa como águila volante, sobre nuestras cabezas, señoreador de todos los mortales: descansa en vuestra casa que nosotros pasamos a hacer lo mismo en la nuestra». Mochtezoma agradeció la expresión y dispuso que a todos se les regalase con comida y ropas. Después se le presentaron a cumplimentarlo los jefes de los cuatro barrios de México, y también mandó que se distribuyesen ropas a los soldados de ellos y a las viejas pobres.

Su ministro de Estado Zihuacóatl Tilpotonqui, por cuyo conducto se expedían las órdenes, convocó a los principales jefes mexicanos y les previno despachasen mensajeros hasta los lugares más remotos, participándoles el nombramiento de su señor para que le acudiesen con sus tributos. Efectivamente, dentro de poco comenzaron a venir. Mandó el Emperador que se convidase a todos los príncipes *enemigos* para la fiesta de su exaltación, con acuerdo del Senado que convino en ello. Escogieron para la empresa de pasar a países enemigos, hombres valientes y resueltos, principalmente mercaderes, a quienes la codicia pone espuelas para arrostrar toda clase de peligros, y se les ofreció cuidar de sus familias si morían en su comisión. Llegados al monte, en los lindes de Huexotzinco, hicieron cargas de ocote, cubriéndolas con la yerba que llaman *ocoxochitl*, y aparentando ser leñeros entraron de este modo en Cholula, Tlaxcala y Huexotzinco, donde lograron hablar a sus jefes, que los trataron muy bien y aceptaron el convite. Los magistrados de Tlaxcala, que sin duda tuvieron aviso anticipado de la salida de estos enviados, pues invigilaban mucho sobre los movimientos de la corte de México, acordaron que los enviados mexicanos fuesen recibidos para su mayor seguridad en la mitad del monte del volcán. Igual éxito tuvieron los que fueron a la Huasteca, Cuextlan, Mextitlán y Michoacán según refiere Alvarado Tezozómoc.

Prevínose a los mayordomos de palacio que recibiesen a los huéspedes y los trataran con toda opulencia y dignidad. Catorce salas se limpiaron y aderezaron en palacio de la manera más exquisita para recibirlos, y se mandó que entrasen de noche, de secreto para no ser vistos del pueblo... He aquí una especie de tregua o suspensión de armas, en la que se guardó el derecho de gentes, la garantía fue la palabra real. En medio del gran patio del palacio se puso una galera o jacalón donde se colocaron los instrumentos de música: *teponaxtli* y *tlapahuehuetl*, con que hacían la armonía de la orquesta. Veíanse allí las armas de la nación, es decir, la Águila pintada naturalmente sobre una peña, en un grande tunal teniendo en un pie una víbora despedazada, bien dorada y rica pedrería en derredor de ella a usanza mexicana, que llaman *teocuitlaamaixcuatzolli*. En los lados del jacalón, en cada esquina, había una ave grande, cuyas plumas eran de las llamadas *huahquehotlitzintzcan*, cuya plumería relumbraba. Había también unas enramadas enfloradas con toda clase de bellas flores, bajo las cuales había asientos grandes y adornados que llamaban *tepotzoypalli*, y a sus pies cueros de tigres. Los mejor dispuestos eran los de los tlaxcaltecas, huexotzincas y chololtecas. En otra sala estaban los de los señores de Michoacán, Cuextlan, Tliluhquitepecas y Mextitlán, cada uno por

su orden. Después de medianoche, diez principales personajes muy adornados pasaron a llamar a los señores de Tlaxcala, Fluexotzinco y Cholula con grandes luces; lleváronlos a sus salas en palacio y comenzó el baile o *mitote* en su obsequio.

La mañana del primer día de la fiesta preparada mandó el Emperador se diese al rey de Texcoco, primero que a otros, una trenzadera de cabello con muy rica plumería, bezolera de oro, una banda ancha muy bien dorada llamada en mexicano *teocuitlamatemecatl*, un collar de pies dorado con campanillas de oro como rapacejos, una manta azul de red con mucha pedrería rica en los ñudos donde se ataba como capa judía y unos pañetes azules como toallas, cuyas borlas traían también campanillas de oro y lo mismo de la manta. Igual obsequio se hizo al rey de Tacuba. Dejáronse ver en el baile estos príncipes adornados con gran plumería en la cabeza, brazaletes y pulseras de oro en los brazos, y llevando la delantera, comenzaron a danzar. Mochtheuzoma llamó a su mayordomo Petlascalatl y le mandó repartiéndose entre los príncipes forasteros las alhajas que tenía bajo su custodia; mas a los señores mexicanos, él por sí mismo y por mano de Zihuacóatl los obsequió, de modo que ningún principal quedó sin recibir dádiva; díjoles estas memorables palabras: *Vestíos, señores, pues al fin hemos de morir, sea hoy o mañana: hoy lo hacemos por nuestros enemigos y mañana lo harán ellos por nosotros... y acordaos de lo que os digo...*

Myladi. Creo que tuvo razón el buen Emperador y que pudo decir aquello del romance que compuso don Fernando de Alva, que se nos refirió días pasados. ¿No se acuerda usted de aquellas memorables palabras?...

Gozad, poderosos reyes,
esta majestad tan alta
que os ha dado el Rey del Cielo,
con gusto y placer gozadla.
Que en esta presente vida
de la máquina mundana,
no habéis de imperar dos veces,
gozad, porque el bien se acaba.

Doña Margarita. Está bien aplicado el concepto; alégrome de que usted lo tenga tan presente y quiera Dios que todos los que hoy se hallan en pujanza, no se olviden de la caducidad de sus placeres y... de lo que se les aguarda. Para que el pueblo no entendiese que allí estaban los señores de Tlaxcala y demás extranjeros se me olvidaba decir a ustedes, se mandó que no se iluminasen los lugares donde ellos estaban, sino que sólo hubiese braceros con carbón para el uso indispensable. Dichos señores dijeron que querían saludar a Mochtheuzoma, y presentándosele lo saludaron con cortesía y respeto, haciéndole los de Tlaxcala una oración elocuente de parte de Magiscatzin: lisonjeáronse de verlo y presenciar aquel espectáculo de grandeza, y de que a pesar de las diferencias que había entre ambas naciones, *les regalaba el Emperador con su vista*. Suplicáronle que en señal de aprecio que de su persona hacía Magiscatzin, recibiese a su nombre un *arco* y plumería groseras, y unas mantas de *nequén* o *pita*, y unos calzados, pues los tlaxcaltecas eran gente pobre, serrana chichimeca... Mochtheuzoma respondió con grave

continente a esta arenga, y semejante a un oráculo lacónico dijo estas precisas palabras: «Desde aquí saludo a mi buen sobrino y le deseo mucho acrescentamiento en todos sus bienes».

Hízoles después sentar en sus respectivos puestos. En seguida entraron los señores de Cuextlan, Huasteca y Mexitlán, quienes después de saludarlo le presentaron ropas de las que en su país se labraban. Las que ofrecieron eran unos capisayos librados con unos canutillos de oro bajo, y unas cuentas gruesas de piedras finas, unos collares de gargantas de pies anchos, que después de abrochada la garganta del pie llevaba como una ala pequeña de ave que sonaba con cascabeles de oro pequeñitos, y unos como medios guantes con plumería muy menuda que relumbraba mucho. Entraron después los señores de Michoacán, quienes aunque mostraron un comedimiento muy urbano, expusieron su embajada con mucho laconismo a nombre del rey Catzonzi. Es reparable el obsequio que hicieron, pues consistía en unos huepiles como manteos de clérigo abrochado por el pescuezo, y hasta la espinilla y brazos remangados, mantas cortas que llamaban *tranaton*, muy bien labradas con arcos, carcajes de flechas doradas con cien varas o tiros cada uno. Finalmente, le presentaron por obsequio varios pescados condimentados en barbacoa, que seguramente serían de la laguna de Pátzcuaro, y con que aún en el día regalan, pues es producción peculiar de aquel país. Después de estos señores, felicitaron al Emperador los de Yopitzinco y le ofrecieron por obsequio piedras muy ricas de diferentes colores, canutillos de pluma llenos de oro en polvo y cueros de tigres, leones y lobos muy bien adobados. Luego, concluido este acto, pasaron todos a una gran sala donde el Emperador les dio una espléndida mesa y, concluida ésta, se distribuyeron a tan ilustres convidados muy delicadas piezas de ropa, en cuya descripción me permitirán ustedes detener. Mantas que llamaban *xahualquauhyo* con labores azules; otras de varios colores, *ixnextlacuiloló*; otras de color de cuero de tigre, *ozelotlimatli*; otras de culebras, *itzcoayo*; pañetes de diversas maneras y colores, *yopimaxtlatl*, *itzohuatzaltmaxtl*, *icuayahualuchqui*, rodela muy ricas, macanas y divisas de guerra. A los tlaxcaltecas se les dieron encima de la plumería cabezas de oro de *cuetzolotl*, o sea de perro sin orejas, y otras como de agua corriente que llamaban *tzococolli* a los de Huexotzinco. A los de Huasteca en las armaduras una divisa de la muerte *toxmiquixtli*; a los de Michoacán armas y divisas con mariposas de oro, y alas azules muy al natural; a los yopicas otro género de mariposas sobre las divisas militares de color de pedernal negro y leonado. Concluido este acto de retribución, el ministro Zihuacoathtilpotonqui tomó la palabra a nombre del Emperador y del Senado de México, e hizo a todos los enviados un hermoso razonamiento para que se congratulasen con sus respectivos jefes y señores de parte de Mochtezoma; y que en el entretanto regresaban a sus provincias, holgasen con gran satisfacción en el gran patio de Huitzilopuchtli. Inmediatamente fueron al baile más de *dos mil* personas. Repitiéronse los areitos o bailes cuatro noches con cantos y para que el pueblo no conociese a los extranjeros, los desfiguraron con cabelleras largas al modo de nuestras máscaras y comieron en los festines hongos monteses, vianda que sin duda era tan exquisita y regalada como también lo fue en tiempo de los antiguos romanos; pero éstos *embriagaban*.

Terminada la función al quinto día, los enviados se despidieron del Emperador, y el ministro respondió por él deseándoles un feliz viaje. Finalmente, Mochtezoma les regaló

una especie de corona o media mitra para sus señores, pues en esta divisa se simbolizaba la autoridad civil y le llamaban *teocuitlayxcuaamatlitzoyo*, y mosqueadores para libertarse de los ardores del sol. Así partieron llenos de gozo y satisfacción, llevando mucho que contar de la hermosa y opulenta México, y del gran señor que regía los destinos de este pueblo.

Jamás se había visto una función más augusta y en la que hubiese presidido la hospitalidad, la decencia, buena fe y confianza como en ésta. El Emperador no quiso que en su celebridad se turbase la alegría común con los clamores y ayes de los infelices como lo hizo su antecesor Ahuitzotl, pues mandó que los prisioneros hechos en la guerra de Nopalan dice Alvarado Tezozómoc se reservasen para la fiesta anual de Atlacahualco, o principio del año, diciendo con política que no era justo que el templo de Huitzilopuchtli, teatro de aquella función, apestase con la sangre de los sacrificios humanos. Dispensad, señores, lo molesta que he sido en esta relación, porque entiendo que os parecerá fabulosa.

Myladi. No necesita usted dispensa por el placer que nos ha dado. Usted nos ha transportado a un país que nos era de todo punto desconocido, como lo hacen los escritores cuando nos conducen a las cortes de los asirios, persas, medos, macedones o egipcios, y nos hacen recordar lo que pasó en sus opulentas capitales. Esta relación nos afecta más íntimamente que aquéllas, porque vivimos bajo el mismo cielo y atmósfera en que respiró este desgraciado monarca, y vemos las mismas montañas y objetos invariables en que él fijó sus ojos, y fueron testigos de su opulencia y de su gloria. Usted insensible e involuntariamente nos arrastra a decir en el fondo de nuestro corazón un anatema a los bárbaros destructores de tanta grandeza...

Doña Margarita. ¡Ah!, mírelos usted como unos instrumentos como otra vez he dicho y, antes que yo, dijo el padre Sahagún fatales, con que se cumplió la profecía de Jeremías sobre Jerusalén cuando dijo a sus habitantes: «Yo traeré sobre vosotros una nación de lejos; una nación robusta y antigua; una nación cuya lengua no entenderéis... Talará vuestras mieses y devorará vuestros hijos e hijas...». A la infeliz España tocó esta desgracia: destruyó nuestros reyes, se tomó sus tesoros, esclavizó nuestros hermanos, los despojó de sus bienes y los redujo a tal extremo de miseria que muchos de nuestros pueblos necesitaron a poco, mendigar la leña para el fogón de sus hogares. La posesión de sus riquezas usurpadas formó en la mayor parte una nación de mayorazgos holgazanes que se han mantenido por tres siglos en la ignorancia, sin adelantar cosa alguna en la civilización respecto de las otras naciones cultas de la Europa, su riqueza pasó a los extranjeros y quedó pobre en medio de ellas. El mismo Felipe , ¡quién lo creyera!, receptor de los más cuantiosos tesoros de México y del Perú, necesitó alguna vez salir a guisa de cuestor o demandante en su corte a pedir limosna de sus vasallos para suplir las necesidades de su erario. Esos miserables conquistadores llevaron en el pecado la penitencia, porque tal ha sido la decadencia de España por los mismos elementos que debieran serlo de su engrandecimiento. Triste es este cuadro, a fe mía; ora sea con respecto a nuestros antepasados los indios; ora con respecto a los españoles con quienes tenemos vínculos, y que a mí me hacen desear su prosperidad de que la vemos muy distante... Pero apartemos la consideración de este asunto y para consolarnos digamos:

Ya no hay Huitzilopuchtlí; ya no se ultraja a la Divinidad con la infame idolatría; el estandarte de la cruz flamea en el mismo lugar donde se inmolaban millares de víctimas... ¡Albricias! Jesucristo es adorado en espíritu y verdad, y teniéndolo por guía y maestro ningún pueblo es infeliz.

Myladi. Consuelan esas reflexiones, y creo que son las únicas que pueden hacer llevadero su infortunio a los mexicanos cuando mediten sobre la suerte de sus mayores; ello es muy duro decir: *Nos quitaron los españoles la tierra por darnos el cielo.*

Doña Margarita. Mucho dudo que hayan ido allá los caudillos de aquellos bandoleros; yo a lo menos no trueco mi alma por la del más justo conquistador. Apenas ocupó el trono Moctheuzoma cuando se propuso cambiar toda la servidumbre de su casa, y conferir los principales empleos del imperio a los nobles en desprecio de los plebeyos; un anciano que había sido ayo suyo, le manifestó los inconvenientes de esta medida; pero desoyendo sus consejos la llevó a cabo. Yo entiendo con don Fernando de Alvarado que la mente del Emperador fue destinar en los primeros puestos a los hijos de los príncipes mexicanos habidos en barraganas. Efectivamente, reunió porción de jóvenes de los barrios para pajes suyos y presentándoselos Zihuacóatl les dio muchos consejos sobre el modo de comportarse, y particularmente les previno que siempre le hablasen verdad sin trastrocarle las palabras, que jamás se le presentasen agitados y les reencargó el aseo de la casa y de su persona. Desde entonces toda la servidumbre imperial se compuso de personas principales. La corte diaria era de seiscientos señores feudatarios y nobles: cada uno de éstos tenía sus respectivos criados, los cuales por su muchedumbre llenaban los tres patios de palacio dice Clavijero y algunos se quedaban fuera. No era inferior el de criadas, esclavas y señoras que vivían en una especie de serrallo, custodiadas por dueñas y matronas; tomaba el Rey, no de éstas, sino de las hermosas, las que más le agradaban, y aunque muchos escritores mordaces han pintado a Moctheuzoma un monstruo de voluptuosidad, la respetable pluma del español Herrera nos dice que era hombre *templado*. Introdujo además el Emperador un nuevo ceremonial político para ser tratado en la audiencia que daba. Nadie podía entrar en palacio para servirlo o tratarle de algún asunto sin descalzarse antes en la puerta, como si entrara en un santuario, ni podía hacerlo con vestido de gala, pues si se quedaban con él era poniéndolo debajo de alguno tosco u ordinario, en señal de humildad, menos sus parientes; capricho raro, pues que aun los más orgullosos monarcas de la tierra siempre han tenido por desprecio el que los que se les presentan no lo hagan con la decencia posible. Todos al entrar en la sala de audiencia, y antes de hablarle, hacían tres inclinaciones diciendo en la primera, *Tlatoani*: Señor; en la segunda, *Notlatocatzin*: Señor mío. En la tercera *Hucitlatoani*: Gran Señor. Hablaban con voz baja y con la cabeza inclinada exponían su asunto, y recibían la respuesta por medio de un secretario que tenía al lado; pero con tanta humillación como si saliese de la boca de un oráculo.

Myladi. Esta conducta era demasiado chocante...

Doña Margarita. Sí, por cierto. Los mexicanos estaban en posesión de tratar a sus reyes con el respeto y decencia que la hacían compatible con aquella noble franqueza con que en sus felicitaciones se avanzaban a darles consejos, e inspirarles ciertas máximas

morales para que acertasen a gobernarlos como ya hemos visto; de consiguiente, esta novedad no pudo dejar de herirlos en gran parte y tal orgullo lo pagó Mochtezuma en los últimos días de su reinado, humillándose a los españoles que osaron aprisionarlo en su palacio, y después sus mismos mexicanos que lo denostaron con palabras injuriosas y lo insultaron en su desgracia aun después de muerto.

Al tratar el padre Clavijero de estas novedades introducidas en el ceremonial de palacio, describe el modo de tratarse Mochtezuma en su vida privada. Comía dice en la misma sala en que daba audiencia. Servíale de mesa un gran almohadón y de silla un banco bajo¹. La vajilla de uso diario era del barro fino de Cholula, la mantelería de algodón muy fina, blanca y limpiísima. Ningún utensilio de mesa servía más que una vez, pues los regalaba a alguno de los nobles de su corte. Las copas en que le presentaban el chocolate, y las otras bebidas hechas con cacao, eran de oro o de conchas hermosas del mar, o ciertos vasos naturales curiosamente barnizados. Tenía platos de oro; pero sólo los usaba en el templo y en ciertas solemnidades.

Myladi. ¿Y cuáles eran los manjares más exquisitos de la mesa de Mochtezuma? Déjeme usted hacerle esta pregunta propia de la curiosidad mujeril.

Doña Margarita. La pregunta es propia de la historia y para no demorarme en responderle a usted, creo debo remitirla al padre Sahagún, que le dará una completa idea de lo que desea saber; pues si mal no me acuerdo, en el tomo 2 trae un capítulo intitulado: «De las comidas que usaban los señores». Allí verá usted que la cocina de los mexicanos era bien abastecida y que los epulones podían ponerse, como dice un adagio, de arrieros a *revienta cinchas*. El padre Clavijero nos asegura que los manjares de la mesa de este Monarca eran tantos y tan variados que los españoles que los vieron quedaron admirados. Cortés dice que llenaban el pavimento de una gran sala y que se presentaban a Mochtezuma fuentes de toda especie de volatería, peces, frutas y legumbres. Llevaban la comida trescientos o cuatrocientos jóvenes nobles en bien ordenadas filas. Ponían los platos en la mesa antes que el Rey se sentase e inmediatamente se retiraban; y a fin de que no se enfriase la comida, cada plato tenía un braserillo debajo. El Monarca señalaba con una vara que tenía en la mano los platos que quería comer, y lo demás se distribuía entre los nobles que estaban en las antecámaras. Allí no había un maestre sala, ni un doctor Pedro Recia que le impidiese comer, como el que se presentó en la mesa del gobernador de Barataria que matase al soberano de hambre; Su Majestad comía lo que gustaba; pero siempre lo hacía con sobriedad. Antes de sentarse le ofrecían agua para lavarse las manos cuatro de sus mujeres las más hermosas de su palacio, que permanecían en pie todo el tiempo de la comida, juntamente con los principales ministros y el mayordomo. Luego que se sentaba a la mesa cerraba éste la puerta de la sala para que ninguno de los nobles le viese comer. Los ministros se mantenían a cierta distancia sin hablar, excepto cuando respondían a lo que Mochtezuma les preguntaba. El mayordomo y las cuatro mujeres le servían los platos, y otras dos el pan de maíz o tortillas amasadas con huevos. Muchas veces se tocaban instrumentos músicos durante la comida; otras se divertía el Emperador con los dichos burlescos de los enanos o corcovados que los señores mexicanos mantenían por ostentación. Tenía gran placer en oírlos y decía que entre las burlas solían darle avisos importantes. Concluida la comida fumaba tabaco

mezclado con ámbar en una pipa preciosamente barnizada, y con el humo conciliaba el sueño.

Después de haber dormido un poco daba audiencia, oía atentamente cuanto le decían, animaba a los que no se atrevían a hablarle y respondía por medio de sus ministros y secretarios a quienes daba el punto. Seguía a la audiencia un rato de música en que tenía placer oyendo cantar las acciones ilustres de sus antepasados. Otras veces se divertía en ver jugar ciertos juegos, como el que aún juegan nuestros indios y llaman el *patolli*. Cuando salía de casa iba en una litera abierta o andas en hombros de nobles, y bajo un espléndido dosel acompañábalo un séquito numeroso de cortesanos, y por donde pasaba se detenían y bajaban los ojos; precedíanle tres nobles que alzaban las manos y llevaban en ellas unas varas de oro, insignias de la majestad con las que se anunciaba al pueblo la presencia del soberano, así como los lictores en Roma anunciaban la de los cónsules con sus fasces, que representaban la soberanía de la nación.

Myladi. ¿Qué hay de cierto en cuanto a los palacios de Mochtheuzoma?

Doña Margarita. No me parecen exageradas las relaciones que nos han quedado de ellos, hechas por los conquistadores; porque aunque los derribaron así en la conquista de México como para aprovecharse de sus ruinas y edificar sus casas, las mismas ruinas dan testimonio de su antigua grandeza y magnificencia; obsérvense si no las enormes piedras que aún existen en el palacio que fue de los virreyes y las que sirven de umbral en las puertas de la iglesia de la Concepción, y de otras partes, y veremos comprobada esta verdad. El palacio de la ordinaria residencia de Mochtheuzoma, que hoy es del Presidente de la República, era un vasto edificio según Clavijero de piedra y cal, con veinte puertas, que daban a la plaza y a las calles, tres grandes patios y en uno de ellos una hermosa fuente, muchas salas y más de cien piezas pequeñas. Algunos cuartos o cámaras tenían muros cubiertos de mármol o de otra hermosa piedra.

Myladi. ¿De mármol ha dicho usted?

Doña Margarita. El uso de esta piedra no era desconocida a los mexicanos, pues tenían como tenemos hoy canteras de muchas clases de que sacarlo, como lo acredita el ciprés del señor de Santa Teresa la antigua, sus altares laterales, y el de la Catedral de Puebla matizado de diversos colores como de rosa, veteado de negro y otros. Los españoles quisieron ocultar por mucho tiempo la existencia de jaspes y mármoles en esta América, y lograron persuadir al *bajo pueblo* que las columnas de jaspe que existen en el ciprés de México se habían *traído de España* por obsequio de los Reyes Católicos, lo cual desmiente el padre Vetancurt diciendo que se sacaron del pueblo de Tecali, jurisdicción de Tepeaca, obispado de Puebla, y las labraron los indios con arena. Los techos del palacio eran de cedro, ciprés y de otras excelentes maderas bien trabajadas que ya no existen, porque las han acabado, y por uno u otro pedazo que hoy vemos y admiramos se conoce la proceridad de aquellos cedros, y cuidado que los indios tuvieron en conservarlos. Como el piadosísimo Hernán Cortés para dar a Mochtheuzoma el cielo le quitó comenzando por la vida su imperio, sus palacios y cuanto tenía, y todo lo hizo suyo, sus enemigos, tan santos como el conquistador, le acusaron de que tenía cuarenta mil

cedros en sus casas, sin reflexionar que esta madera era entonces en México tan común como la encina y roble en España. También había en el palacio habitaciones para los consejeros, ministros, etc., para alojar a los extranjeros ilustres y reyes aliados. El padre Sahagún da idea muy exacta de estas salas del palacio de México. A la primera, donde presidía Mochtheuzoma para determinar los graves negocios, la llama *tlacxitlan*; a la segunda, que era la de la audiencia de las causas civiles donde se terminaban las causas de la gente popular, *tecalco*; a la tercera, donde se daba audiencia a la gente noble, la llama *tecpilcalli*: allí parece que fue sentenciado a morir apedreado de orden de Mochtheuzoma por haber cometido adulterio, un gran principal llamado Vitznaotlecamalacotl. De esta sala y de tales jueces hay mucha necesidad hoy en México, pues pocas casadas viven seguras en sus casas. A la sala del consejo de guerra llama *tequioacacalli*. A la en que residían los verdugos para ejecutar las sentencias llama *achcauhcalli*, es decir; que todo lo había dentro de casa. La en que se juntaban los maestros albañiles para hacer las obras públicas se llamaba *tiachcaon*; también se reunían en esta sala los cantores que venían del *tepuchcalli* o colegio, y allí formaban su escoleta de canto y baile, retirándose a su colegio como a las once de la noche. La sala o trox de maíz que había en palacio se llamaba *petlascalco*: en ella habitaba un mayordomo que debía responder de las semillas destinadas para la provisión de México. En cada sala de este nombre había mil anegas *de veinte años sin dañarse*; secreto que ignoran hoy los labradores de México, menos los de Toluca, que lo atribuyen al temperamento. En otras salas se guardaban diversas semillas, sal gruesa, pepitas de calabaza, chile, etc. En la custodia de estas bodegas había hombres que habían cometido delitos leves. La sala de los mayordomos donde se reunían para llevar la cuenta de lo que recaudaban, y estaba a su cargo, se llamaba *calpixcalli* o *texancalli*. En este lugar se aposentaban los forasteros que venían a negocios con el Emperador y existían con salvoconducto del Monarca. La sala donde se reunían los cantores de México y Tlatelolco se llamaba *mixcoalli*, allí estaban a punto para cantar o bailar, según se les mandaba. Los bailes tenían diferentes trajes y máscaras, y de ellas se vestían según era el areito que se les mandaba ejecutar. La casa o sala donde los mayordomos cuidaban los cautivos, se llamaba *malcalli*. La en que habitaban los que tenían a su custodia todo género de aves se llamaba *totocalli*; aquí se reunían los oficiales herreros, los de plumajes, pintores, lapidarios y entalladores. Me he detenido en dar a ustedes idea de estos edificios que formaban parte del palacio, para que disipen las ideas que han esparcido los españoles para degradar a la nación mexicana. El conquistador anónimo, según el padre Clavijero, dice que habiendo estado cuatro veces en el palacio, y andado por él *hasta cansarse, no pudo verlo todo*. Tomemos nosotros aliento para continuar esta divertida relación mañana, y ustedes tengan muy buen día. A Dios, señores.

CONVERSACIÓN VIGESIMAPRIMA

Myladi. Ayer quedamos en el laberinto del palacio de Mochtheuzoma y yo quiero que usted nos saque hoy de él.

Doña Margarita. Dese usted por salida; pero es menester que me acompañe a otras dos casas, una para las aves que no eran de rapiña, y otra para éstas, y para los cuadrúpedos y reptiles. En la primera dice el padre Clavijero había muchas cámaras y corredores con columnas de mármol de una pieza. Estos corredores daban a un jardín, donde entre la frondosidad de los árboles se veían diez estanques, los unos de agua dulce para las aves acuáticas de río, y los otros de agua salada para las de mar.

Myladi. ¿Y de dónde se podía traer esa agua salada, distando el mar cerca de cien leguas de México?

Doña Margarita. Sin duda se suplía con la del piso de México que es harto salobre. Para que a ustedes no parezcan exageradas ni fabulosas esas relaciones, es preciso que sepan que son tomadas por el padre Clavijero de las que escribieron los mismos españoles, testigos presenciales de estas preciosidades, como el conquistador anónimo venido con Cortés; el mismo Cortés en su relación primera a Carlos V, página 16; López de Gomara, revisado por Chimalpain, y Torquemada, de consiguiente es preciso deponer toda sospecha de que esto sea una patraña para divertir niños.

Myladi. Esa prevención es oportuna y nuestra creencia será fundada. Siga usted, que ahora la escucharemos con doble placer.

Doña Margarita. En lo demás de la casa había tantas especies de pájaros que los españoles que los vieron quedaron maravillados, y no creían que faltaba ninguna de las especies que hay en la tierra. A cada una se suministraba el mismo alimento con que se nutría en su estado de libertad; ora de granos; ora de insectos. Sólo para los pájaros que vivían de peces se consumían diez canastas de éstos diarias, y trescientos hombres se empleaban en cuidar de aquellas aves, que además tenían médicos que curaban sus enfermedades. De dichos empleados unos buscaban lo que debía servir de alimento a las aves; otros lo distribuían; otros cuidaban los huevos y otros las desplumaban en la estación oportuna, pues además del placer que el Emperador tenía en ver allí reunida tanta muchedumbre de animales, se empleaban las plumas en los famosos mosaicos que hacían los mexicanos y en otros adornos: las plumas para ellos eran un artículo de riqueza. Las salas y cuartos de aquellas casas eran tan grandes que según el conquistador anónimo hubieran podido alojarse en ellas dos príncipes con sus comitivas. Una de ellas estaba situada en el lugar que ocupa hoy el convento de San Francisco.

La otra casa, destinada para las fieras, tenía un grande y hermoso patio, y estaba dividida en muchos departamentos. En uno de ellos estaban todas las aves de presa, desde el águila real hasta el cernícalo, y de cada especie había muchos individuos. Éstos estaban distribuidos, según sus especies, en estancias subterráneas de más de siete pies de profundidad, y más de diez y siete de ancho y largo. La mitad de cada pieza estaba cubierta de petates, y además tenían estacas fijas en la pared para que pudiesen dormir y defenderse de la lluvia. La otra mitad estaba cubierta de una celosía con otras estacas para que pudiesen gozar del sol. Para mantener a estas aves se mataban cada día quinientos guajolotes. En el mismo edificio había muchas salas bajas con gran número de jaulas fuertes de madera, donde estaban encerrados los leones, tigres, lobos, coyotes, gatos

monteses y todas las otras fieras, a las que se daban de comer ciervos, conejos, liebres, techiches y me estremezco al decirlo... *los intestinos de los infelices hombres sacrificados*. No puedo omitir la terrible descripción que en esta parte hace Chimalpain y que jamás he leído sin conmovirme: «Era mucho de ver dice el bullicio de hombres que entraban y salían en esta casa, y que andaban curando las aves, animales y serpientes, y los españoles se holgaban de mirar tanta diversidad de ellas, tanta braveza de bestias fieras y el conocimiento de las ponzoñosas serpientes... pero no podían oír de buena gana los espantosos silbos de las culebras, los temerosos bramidos de los leones, los aullidos tristes de los lobos, ni los gemidos de las onzas y tigres, ni de los otros animales que daban en teniendo hambre, o acordándose de que estaban acorralados y no libres para ejecutar su saña; y certísimamente era de noche un traslado del infierno y morada del diablo. Daban a las culebras, y a sus compañeras por sustento de ellas, la *sangre* de personas muertas en sacrificio que chupasen y lamiesen, y aun como algunos cuentan, les echaban de la carne, que muy gentilmente la comen, a unos lagartos. Los españoles no vieron esto; pero sí vieron el suelo cuajado de sangre como un matadero, que hedía terriblemente y que *temblaba si metían un palo*».

Myladi. Efectivamente, es terrible descripción y un verdadero retrato del infierno.

Doña Margarita. Tal cuadro no había hecho en mi ánimo una impresión tan profunda como la que me causó la vista de unas fieras traídas por unos extranjeros a esta ciudad. Hallábame allí a la sazón que iban a darles de comer, olieron la carne que aún no se les presentaba, comenzaron a rebullirse con una indecible inquietud en las jaulas queriendo romperlas; un hermoso león africano comenzó a sacudir sus guedejas, a estremecerse y a bramar terriblemente; hacía lo mismo el tigre, echáronle a éste una porción de carne que osó disputársela la tigre hembra, entonces se lanzó sobre ella y comenzó una lucha espantosísima acompañada de bramidos tales que tuve que salir huyendo, creyendo que aquellas fieras romperían la jaula y harían mucho estrago en los circunstantes. Jamás olvidaré esta escena, ni la recordaré sin asombro.

Myladi. Es horrorosa: presencié otra igualmente terrible en Londres hace poco, en el parque de las fieras del Rey.

Doña Margarita. Pues mayor en el orden moral será el que voy a referir del mismo Chimalpain: «En una sala dice de ciento y cincuenta pies de largo y cincuenta de ancho estaba una como capilla chapada de oro y plata, de gruesas planchas, con muchísima cantidad de perlas y piedras ágatas, cornelinas, esmeraldas, rubíes, topacios y otras suertes de piedras preciosas; estaba toda ella adornada y guarnecida, y es que en ella entraba Mochtezuma a orar y hacer sus ritos con el demonio. Cuando Cortés le pidió oro a este Monarca, dijo que le placía dárselo y que fuesen algunos españoles con unos criados suyos a la casa de las aves, que era donde estaba el tesoro y riqueza suya; fueron allá muchos y vieron *asaz oro* en planchas, tejuelos, joyas y piezas labradas que estaban en una sala y dos recámaras que les abrieron, y espantados *de tanta riqueza, no quisieron o no osaron tocarla* sin que primero lo viese Cortés, y así lo llamaron y él fue, y con consentimiento del Rey tomolo y llevolo todo a su aposento... Esto es independiente del que descubrió en la casa donde estaba acuartelado, cuya puerta que estaba recién tapeada

mandó abrir y después hizo cerrar». Al referiros este suceso, quisiera tener aquí presentes a los españoles con su caudillo para preguntarles: Miserables ¿por qué os habéis sobrecogido al ver tanta riqueza acumulada? ¿Por qué no osasteis tomarla? ¿No era éste el objeto de vuestros deseos? ¿Por conseguirla no habéis aventurado vuestra existencia, lanzándoos en un océano desconocido, luchado mil veces con la muerte y con toda clase de peligros?... ¿Qué os detiene?... ¿Por qué titubeáis? Y tú, conquistador famoso, ¿sientes aquietarse ya tu corazón, dueño de esos tesoros por que tanto ansiabas? ¿No es verdad que tu espíritu no goza todavía de paz, y que tu vida en lo sucesivo no ha sido sino un continuado tormento de agitaciones, sobresaltos y remordimientos hasta expirar?... Y dichoso tú si los tuviste al tiempo de presentarte en el tribunal del Eterno.

Don Carlos. Muy oportunas y filosóficas serían esas preguntas; pero yo haría otras a los ministros de la reina Cristina y les diría: ¿Con qué cara exigís indemnizaciones por una conquista en la que no invirtieron vuestros soberanos ni un maravedí?

Myladi. Eso es querer que ustedes canten el alabado como los mexicanos pretendieron que se lo cantasen los cautivos de Atlixco que trajo Mochtheuzoma a Huitzilopuchtli, cuando los traían a inmolar al templo.

Doña Margarita. *Por ahí, por ahí.* No solamente mantenía Mochtheuzoma todas aquellas especies de animales que sus antecesores mantuvieron por ostentación, sino también los que por su naturaleza parecen exentos de la esclavitud como los lagartos y las culebras. Éstas, que eran de muchas especies, estaban en grandes vasijas y los lagartos en estanques rodeados de paredes. Había también otros muchos estanques para peces, de los cuales existe uno destruido en Chapultepec. No contento Mochtheuzoma con haber reunido toda clase de animales, reunió también todos los hombres que, o por el color del cabello, o por el del pellejo, o por alguna otra deformidad, podían mirarse como rarezas de su especie; vanidad ciertamente provechosa, pues aseguraba la subsistencia a tantos miserables y los preservaba de los crueles insultos de los otros hombres. En todos los palacios tenía hermosísimos jardines, donde crecían las flores más preciosas, las yerbas más fragrantas y las plantas de que se hacía uso en la medicina. Tenía también bosques rodeados de tapias y llenos de animales, en cuya caza se solía divertir. Uno de estos bosques era una isla de la laguna, conocida actualmente con el nombre del Peñón.

Mister Jorge. No sé qué especie he oído de que Mochtheuzoma era tan afecto a las flores que por haberle negado cierto régulo un árbol exquisito para sus jardines, le declaró e hizo una guerra cruel. ¿Qué hay en esto de verdad?

Doña Margarita. No han engañado a usted; el padre Torquemada refiere el pasaje que en substancia es como sigue: «En el segundo año del reinado de este Monarca, envió con un buen presente unos embajadores a la provincia de Tlachquiahco o sea Tlaxiaco en el departamento de Oaxaca a Malinal, señor de ella, diciéndole que su tío el rey Ahuitzotl le dejó dicho que en sus jardines tenía un árbol llamado *tlapalizquixóchitl* de lindas y olorosas flores, el cual deseó tener en sus jardines, y por hallarse ocupado en asuntos

graves no se lo había mandado pedir, y que poseído del mismo deseo Mochtheuzoma le suplicaba se lo mandase ofreciendo pagárselo por el precio que quisiese; que el cacique altanero respondió negativamente con desprecio de Mochtheuzoma, a quien desconocía por Emperador de México, y además le dijo otros insultos y esto motivó la guerra».

Myladi. ¿Y usted ha visto ese árbol tan precioso por el que se causó una guerra?

Doña Margarita. No señora; pero entiendo que es una especie de *cacaloxóchitl* o *plumeria rubia* según la nomenclatura botánica de Lineo. La guerra no fue por el árbol, fue por el desprecio con que se le trató a Mochtheuzoma cuando lo solicitó. Lo mismo puede decirse del *huitziltetel* que conocemos con el nombre de *ojo de gato*, que es una piedra que apreciaban mucho los mexicanos. Mochtheuzoma se valió de unos mercaderes que iban a Quetzaltepec y Tututepec, a quienes previno que cuando llegasen a aquel pueblo le dijese al cacique que tendría gusto en que le mandase algunas piedras de éstas; de hecho cumplieron con la orden: el cacique de Quetzaltepec les dijo que descansasen y que les daría la respuesta cuando se hubiese puesto de acuerdo con el de Tututepec; lo que resultó de esta consulta fue que cada cacique mataría en su pueblo a los enviados, es decir, la mitad uno y la otra mitad otro de los que en cada pueblo estuviesen; verificáronlo así con la mayor inhumanidad, arrojaron los cuerpos al río inmediato, levantaron un gran baluarte, se confederaron con otros pueblos, se convinieron en que en el punto de Quetzaltipan pondrían guarniciones, alternando en ellas los soldados de ambos régulos para impedir la entrada a todo mexicano, y de este modo declararon la guerra a Mochtheuzoma. La cosa era seria, y tanto, que según Alvarado Tezozómoc veinte mil indios trabajaron en formar el baluarte de oposición que hicieron para resistir el ejército que intentara atacarlos. Todo esto se ignoraba en México, hasta que al cabo de algunos días se presentaran allí por accidente unos comerciantes mexicanos, a quienes negaron la entrada, y éstos encontraron en las represas del río los cadáveres de sus compañeros muertos a palos, tomaron algunas de sus ropas y cabelleras, aunque podridas, con que comprobaron al Emperador la verdad del hecho que refirieron. A pesar de esto no les prestó asenso el Monarca, sino que nombró personas de su confianza que rectificasen el hecho, que regresaron afirmándolo. Con tales noticias, y con acuerdo de los reyes de la triple alianza, se puso un ejército en campaña reuniéndose en Xaltianquixco, que fue el punto de reunión, y Mochtheuzoma tomó la vanguardia. Pasó el ejército en balsas, burló la vigilancia de las centinelas que guardaban el fuerte, avanzó el Emperador con suma rapidez, y por medio de estas operaciones logró subyugar aquellos pueblos que dieron justa causa para esta guerra, de la que entró triunfante en México como la vez pasada y guardando el mismo ceremonial de dar gracias en el templo.

Myladi. Ha saciado usted completamente nuestra curiosidad en esta parte.

Doña Margarita. Alégrome de ello y continuando mi relación digo: que de todas estas preciosidades dichas no se nos ha conservado más que Chapultepec, que los virreyes procuraron conservar para su recreo; y aun en estos últimos tiempos que... dizque llaman *de ilustración*, y en que se procura sólo con la *boca* apreciar nuestras antigüedades, no ha faltado bárbaro que haya pretendido... ¡me indigno al decirlo!, que se venda aquel hermosísimo sitio y entiendo que se habría verificado a no estar allí una fortaleza que le

conviene al Gobierno conservar para contener desórdenes en caso de revolución, y hallarse en la falda de la montaña el ojo de agua que provee la mitad de la ciudad de México. Se ha intentado poner el jardín botánico y de esto no se ha hecho más que un ensayo, cuando si se formalizase este proyecto sería aquél el *jardín botánico* por excelencia de todo el mundo, pues allí se dan plantas de todos temperamentos y climas. Todo lo demás de nuestras antiguas bellezas ha sido destruido por los conquistadores y sus dignos hijos; ya por un celo indiscreto de la religión; ya por venganza; ya, en fin, por servirse de los materiales. Abandonaron dice el padre Clavijero el cultivo de los jardines reales, abatieron los bosques y redujeron a tal estado este infeliz país que hoy no se podría creer la opulencia de sus reyes... *si no constase* por el testimonio de los mismos que la *aniquilaron*, testimonio el más inequívoco e irrecusable. Tanto los palacios como los otros sitios de recreo se tenían siempre con la mayor limpieza, aun aquéllos a que no iba Mochtezoma, pues no había cosa en que tanto se esmerase como en el aseo de su persona, y de todo lo que le pertenecía. Bañábase cada día y para esto tenía baños en todos sus palacios. Cada día se mudaba cuatro veces de ropa y una misma no le servía dos veces, sino que la regalaba a los nobles y a los soldados que se distinguían en la guerra. Empleaba más de mil hombres en barrer las calles de la ciudad. En una de las casas reales había una grande armería donde se guardaban toda especie de armas ofensivas y defensivas, y las insignias y adornos militares usados en estos pueblos. En la construcción o arsenales de estos objetos empleaba un crecido número de operarios. Para otros trabajos tenía plateros, artífices de mosaico, escultores, pintores y había un distrito entero habitado por bailarines destinados a su diversión. Pocos príncipes en la tierra gozaron de mayores satisfacciones de la fortuna que éste... pero, ¡ah!, tampoco ha habido alguno que puede quejarse más de la inconstancia de esta deidad fabulosa como tal vez podré algún día mostraros. Sin embargo, indicaré algunos de los medios que el orden de los sucesos presentaron durante su reinado para ocasionar no sólo su ruina, sino la de todo el imperio. Éste tomó su incremento en el reinado de Ahuitzotl, que hizo a los tlaxcaltecas abrir los ojos y conocer la crítica posición en que se hallaban; reconcentraronse entonces cuidadosamente para no perder su libertad, conservando la paz que hasta entonces habían mantenido con las naciones vecinas; mas a pesar de estas prevenciones y recatos, movidos de mortal envidia los huexotzincas, cholultecas y otras provincias sujetas a los tENCHAS mexicanos, procuraron por astucias y maña impedir la contratación de los tlaxcaltecas por cuantas partes pudieron y que se redujesen a sus tierras. Para mover más y más a los mexicanos contra ellos les dijeron que los tlaxcaltecas se iban apoderando de varias provincias por medio del comercio, especialmente de las litorales del norte. Estas insinuaciones produjeron su efecto, porque apoderándose de ellas los mexicanos, redujeron a los tlaxcaltecas a su territorio y obstruyéndoles el comercio, los condenaron a la miseria. En tan lastimoso estado enviaron a la corte de México sus embajadores para inquirir la causa porque se les había reducido a semejante situación, pues ellos por su parte no habían dado el menor sentimiento a los mexicanos. Respondióseles que el gran señor de México lo era de todo el mundo y los nacidos en él sus vasallos, y por tanto había resuelto sujetar por sus armas a los que no le quisiesen prestar obediencia hasta asolar sus ciudades y arrancarlas por los cimientos poblándolas de nuevas gentes, que procurasen tenerle por soberano, so pena de que si no lo hacían de grado, vendría sobre ellos con todas sus fuerzas. Entonces fue cuando los tlaxcaltecas dieron esta respuesta, que hasta hoy se escucha con dolor por los

mexicanos, y que fue el anuncio de la ruina que se les preparaba para lo futuro: «Tlaxcala no os debe vasallaje, ni desde que salieron sus mayores de las siete cuevas han reconocido con tributo, ni pecho a ningún príncipe del mundo, porque siempre han conservado su libertad y como no acostumbrados a pagarlo, jamás os querrán obedecer, morirán antes que tal suceda. Entendemos que eso que les pedís procurarán pedirlos a vosotros y sobre ello derramarán más sangre que la que hicieron correr en la batalla de Poyauhtlan, pues los actuales tlaxcaltecas descienden de aquéllos». Extinguido todo comercio, estuvieron, puede decirse, los tlaxcaltecas cercados más de sesenta años, necesitando de todos los principales artículos de la vida, de lujo y de necesidad; no tenían algodón con que vestirse, ni oro ni plata con que adornarse, ni plumería verde, ni de otros colores para sus galas que tanto estimaban, ni cacao para beber, ni sal para comer; quedaron tan habituados a pasarse sin este artículo indispensable de la vida y cuya falta produjo en la Florida, según dicen los historiadores de aquella provincia, el que muriesen prontamente los hombres y se corrompiesen muy luego que a los cincuenta y cinco años de conquistado México por los españoles, no la sabían comer, ni se les daba nada pasarse sin ella. A pesar de esto, la república de Tlaxcala siempre iba en aumento y su población se multiplicaba enormemente, porque a ella se venían a retraer y guarecer todos los quejosos y perseguidos, como lo hicieron los xaltocamecas, otomíes y chalcas, a consecuencia de las revoluciones que tuvieron con los mexicanos; dábales allí tierras, sometíanse a contribuir con el canon de arrendamiento a sus señores y se obligaban a defender ciertos puntos de la línea contra los mexicanos; así es que a los otomíes se les confió la defensa de la gran muralla, por donde pasó Cortés, que la abandonaron, y luego los caciques de la señoría para congraciarse con él cuando los venció, le alegaron que los tlaxcaltecas jamás habían sido sus enemigos, sino los otomíes advenedizos, con quienes se había batido.

Myladi. Según eso, Tlaxcala fue un lugar de asilo para los descontentos.

Doña Margarita. Sin duda, como hoy lo son los Estados Unidos del Norte, guarida de muchísimos hombres perversos que no caben en la Europa por sus vicios y que extienden la desmoralización por este continente, donde el criminal queda sin castigo y el delito triunfa de las leyes. En los pequeños intervalos de paz, o llámese tregua, los mexicanos y texcocanos comerciaban furtiva y secretamente con los tlaxcaltecas, y los señores mandaban a sus amigos sal, cacao, mantas y otros efectos, como lo hacían los de esta capital con los insurgentes, durante la primera revolución; pero apenas pasaba este periodo cuando se renovaban las hostilidades y renacía la suma escasez de estos artículos. Desavenidos los tlaxcaltecas con los huexotzincas y chololtecas, de quienes eran vecinos inmediatos, y sometidos a Mochtezuma como después diré, porque los proveyó de semillas en el hambre que sufrieron, porque los de Tlaxcala les cegaron sus sementeras no cesaban de excitar a Mochtezuma a que les declarase abiertamente la guerra. Pocas excitaciones necesitaba este monarca, porque hallándose en paz, después de haber subyugado las provincias de la Mixteca y otras que se le habían sublevado, no conociendo ya límites su ambición, se decidió a hacer la guerra de una manera rápida para concluirla de un golpe. Un día dice Alvarado Tezozómoc hallándose rodeado de sus grandes les dijo: «Muy ociosos estamos... Yo quisiera probar ventura con nuestros enemigos». Todos le aprobaron el pensamiento, como lo hacen los aduladores de los

reyes, sin contar para nada con la sangre de los pueblos, ni preveer los resultados y vicisitudes de la guerra. Citose a los reyes de Texcoco y Tacuba para que acudiesen con su contingente de tropas; mandáronse acopiar prontamente víveres para el ejército; el general Quauhnoctli recibió orden de hacer salir la gente de los cuatro barrios de México dentro de otros tantos días, y que al cuarto del alba estuviesen cerca de Chalco, siendo el punto de reunión Atzitzihuacan.

Myladi. ¿Y por qué se dispuso esta campaña peligrosa tan ejecutivamente?

Doña Margarita. Es claro que para tomar descuidados a los tlaxcaltecas, y que la primera noticia que tuvieran de la expedición se las diera el ejército mexicano que se hallaría a sus puertas. Encomendose el ejército a Tlacahuepantzin, hijo primogénito de Mochtezuma, esto indica lo grandioso de la empresa y hace creer que, presumiendo su padre que obtendría el triunfo, tal vez podría sucederle en el imperio. Como era aún joven se le dieron por principal jefe del ejército y segundos a los famosos capitanes Tlacatecatl, Tlacocheatl, Nezhahuacatl, Acolnahuatl y Tecociahuacatl. Al despedirse Tlacahuepantzin del Emperador le dijo: «Toma las armas de mi padre Axayacatl y póntelas». Consistían en una divisa de oro, llamada *teocuitlatontec*, con una ave encima del *tlanquechotl* y una macana de muy ancha navaja. El joven general le dijo: «Creo, señor, que sea ésta la última vez que te vean mis ojos, mi voluntad es morir en la demanda». Mostró luego su ardor, pues fue el primero que llegó al campo y punto de reunión, y dijo a sus compañeros de armas: «Mañana es mi día; si me he hecho odioso en México, estoy en parte donde todo lo pagaré»; expresiones que indican que su ánimo estaba disgustado en la corte.

El autor del manuscrito da una idea completa de esta campaña y dice que ocurrió en 152, es decir, a poco de haber tomado el mando Mochtezuma, gobernando en la cabecera de Ocotelulco Maxizcatzin, en la de Titzatlan, Xicotencalt, en Quavistlan, Taohuayacatzin, y en Tepeticpac, Tlehuexoletzin. En Huexotzinco gobernaba Tecayhuatzin, el mayor enemigo de Tlaxcala, que pregonó la guerra a sangre y fuego contra esta república, convocó a los cholultecas que accedieron a su interpelación, tomando por instrumento el favor de los mexicanos. Algo más, intentaron sobornar a los del pueblo de Hueyolotlipan, que estaba en la frontera de México, y a todos los otomíes que guarneían la línea. El plan formado era que atacando los mexicanos por todos los puntos simultáneamente, no sólo no peleasen a favor de los tlaxcaltecas, sino que en aquella sazón crítica se tornasen contra éstos; púsose en movimiento el oro y se hicieron grandes promesas a los otomíes, mas no accedieron a semejante pretensión, sino que se mantuvieron fieles a la señoría de Tlaxcala. Según la relación del manuscrito, las fuerzas de Huexotzinco, como más inmediatas a Tlaxcala, fueron las primeras que avanzaron sobre el territorio de la república, y haciendo el mayor daño posible a sangre y fuego llegaron al pueblo de Xiloxochitlan, distante una legua de la ciudad donde cometieron horrendas crueldades en las gentes que hallaron descuidadas, y mataron a Tizacatlitzin, que salió con alguna gente a la defensa; muerte que fue muy sentida, porque era persona principal y de mérito. Los tlaxcaltecas lograron rechazar a sus enemigos y los arrinconaron en lo alto de la Sierra Nevada; pero vinieron en su auxilio los mexicanos, los cuales hicieron su entrada por la parte de Tetela, Tochimilco y Quauhquechollan, acudiendo allí los de Izúcar y Chictla,

que eran súbditos de Mochtezoma. Para estorbar la entrada de los ejércitos del Emperador, los tlaxcaltecas los atacaron a retaguardia, y fue tan impetuosa su arremetida que los mexicanos sufrieron una derrota completa, quedando muerto Tlacahuepantzin en este ataque, regresando los de Tlaxcala a su ciudad cargados de despojos. Éste es un suceso muy principal de la historia y merece por lo mismo que nos detengamos en su relación, examinando la de Alvarado Tezozómoc que la detalla.

Myladi. Yo me intereso en oírla por el influjo que tendría en la ruina del imperio mexicano. Tezozómoc dice: «Que los mexicanos pelearon con mucho brío y rabia; pero que reforzados los tlaxcaltecas y cargando reciamente, los envolvieron, y que perecieron tantos que el número de muertos embarazaba a los vivos. Que Tlacahuepantzin, después de haber quitado la vida por su mano a más de veinte enemigos, rompió por lo más espeso de los escuadrones de éstos animando a los suyos, y viéndose muy pronto rodeado de tlaxcaltecas le tomaron vivo, a quienes dirigió la palabra diciéndoles: *Por mí ya todo está concluido... ya me he divertido con vosotros, haced de mí lo que queráis.* Que viéndolo sus soldados prisionero temieron que el Emperador los castigase y dijeron: *Vamos a sacarlo, o a morir.* Entraron de recio y oyeron que su general decía a los tlaxcaltecas: *No me llevéis a vuestra ciudad, matadme aquí mismo.* Despojáronlo al momento de sus vestidos y armas, y lo hicieron pedazos. Los que los seguían de los mexicanos mataron a dos capitanes tlaxcaltecas; pero como eran muchos, revolvieron sobre ellos y los mataron. Los principales jefes mexicanos perecieron en la acción, no menos que los de Texcoco y Tacuba; finalmente, no quedó pueblo ni familia de que no muriesen algunos, ascendiendo la pérdida de todos los ejércitos a más de cuarenta mil hombres. Tal éxito tuvo una guerra emprendida por el orgullo de Mochtezoma, poseído de vanagloria, y ansioso acrescentamiento de un poder que no necesitaba».

Mister Jorge. ¿Y qué hizo Su Majestad cuando supo tamaña desgracia?

Doña Margarita. En lo pronto se echó a llorar, prorrumpiendo en tristes lamentaciones; mas después volviéndose a su ministro y otros ancianos que con él se hallaban dijo: «¡Ah!, no murieron entre damas y regalos, ni entre vicios mundanos, sino como hombres esforzados con *suave muerte* en batalla florida, en campo de gloria y de nosotros deseada». Mandó luego a su ministro que hiciese salir a los sacerdotes y gente principal a recibir al ejército *como si volviese triunfante.* Así lo hicieron, pero en el rostro de aquellos soldados traían pintado el horror y desaliento. Venían cabizbajos, sin rodela ni adornos, no tocaban bocinas ni caracoles, ni atabales como en otros días de triunfo; sino que derramaban lágrimas con los que fueron a recibirlos a Xoloco. Presentáronse los jefes al ídolo Huitzilopuchtli y luego bajaron a saludar al Emperador, y éste mandó que los obsequiasen y fuesen vestidos de un color.

Mister Jorge. Yo noto que Mochtezoma guardó en esta vez la misma conducta que en iguales casos observó el Senado de Roma: si por desgracia eran derrotados sus ejércitos, su empeño era... que no desesperase el pueblo de salvar la patria.

Doña Margarita. Sabida por todo el imperio la derrota del ejército, comenzaron a acudir de muchas partes a manifestar al Emperador su sentimiento, trayendo mantas ricas

veteadas de negro sus labores, y muchos presentaron esclavos que tenían en su servicio para inmolarlos por los difuntos; asimismo presentaron mantas para envolver la estatua del príncipe Tlakahuepantzin en las exequias funerales que deberían hacerse. Efectivamente el Emperador se las decretó, no menos que por los demás capitanes muertos en la acción, y que se hiciese una gran tumba con cuatro estatuas de madera liviana, como corcho, que llaman *tzompantli*. Para darles la mejor configuración y semejanza con los originales, se llamaron los mejores estatuarios y pintores, así como para la construcción del sarcófago. Situose éste en el templo de Huitzilopuchtli; rodeáronlo de leña y en torno de él, al son del teponaxtli y atabales, los viejos con rodela en las manos y bordones comenzaron a cantar el romance de la muerte. La estatua del infante se colocó en medio y las de los demás jefes al derredor. Dieron fuego al túmulo rodeado de ocote seco y en la hoguera quemaron sus ropas, armas, divisas y joyas preciosas, hallándose presentes sus mujeres, hijos y parientes, que lloraban sin consuelo. Recogieron después los sacerdotes sus cenizas y las enterraron en el *Tzompantitlan*, detrás del mismo templo. Después los concurrentes al duelo pasaron a palacio a consolar a Mochtezoma, hablando por todos Netzahualpilli, que procuró consolarle diciendo: «Que todos estaban contentos y descansados con el dios del sol, gozando dobles satisfacciones de las que acá tenían». Concluido este acto se retiraron todos a sus casas, como yo me retiro ahora a la mía, dejando a Mochtezoma sumergido en el dolor, aunque ni yo ni ustedes tomamos parte en su pesar. A Dios.

CONVERSACIÓN VIGESIMASEGUNDA

Myladi. He meditado mucho sobre la conversación de ayer y deseo saber en qué quedó Mochtezoma con los tlaxcaltecas, pues la pérdida de un hijo primogénito, y de un ejército tan numeroso, no me parece que pudiera dejarlo tranquilo y sin deseos de tomar una cruel venganza; tanto más cuanto que con tal desgracia menguaba mucho su reputación militar y su prestigio.

Doña Margarita. Esa reflexión fluye naturalmente de los hechos referidos y es bastante exacta. Mochtezoma se decidió a volver a la carga y de hecho lo hizo; pero es mucho de extrañar que la relación de tan importante suceso la haya omitido el sabio Clavijero, aunque el autor del manuscrito la ha referido muy circunstanciadamente; yo estoy por ella y paso a referirla, porque es esencialísima en la historia de este príncipe y hace mucho honor al pueblo tlaxcalteca. He aquí cómo se refiere en substancia en dicho manuscrito, de cuyas palabras usaré alguna vez para que este suceso no se tenga por fabuloso: «Pasada dice esta acción tan sangrienta en el valle de Atlixco y muerto Tlakahuepantzin su general, hijo de Mochtezoma, recibió este gran pesar y mostró mucho sentimiento, *por lo que determinó* asolar y destruir de todo punto la provincia de Tlaxcala. Para esto mandó por todo su reino que sin ninguna piedad fuesen a destruir el señorío de los tlaxcaltecas, pues le tenían enojado, y que hasta entonces no los había querido destruir por tenerlos enjaulados como codornices, y también para que el ejercicio militar de la guerra no se olvidase, y porque oviese en qué se ejercitasen los hijos de los mexicanos, y también para tener cautivos qué sacrificar a sus dioses; mas que ahora que

le habían muerto a Tlalahuepantzin su hijo con atroz atrevimiento, su voluntad era destruir a Tlaxcala, porque no convenía que en el gobierno del mundo oviese más de una voluntad, un mando y un querer; y que estando Tlaxcala por conquistar, él no se tenía por señor universal del mundo. Por tanto, que todos a una *hora* y en un día señalado se entrasen por todas partes y fuesen destruidos a sangre y fuego».

Myladi. Paréceme que con expresiones tan claras no puede razonablemente dudarse de la repetición del ataque, y que si Mochtezoma aseguraba que no había conquistado a Tlaxcala por tener una almáciga de prisioneros que sacrificar al dios de la guerra, decía lo que la zorra con las uvas, que no podía alcanzar por estar muy altas: *No las quiero comer... no están maduras.*

Doña Margarita. Todavía no está completa la relación, oígala usted: «Vista la voluntad del poderoso rey, envió sus capitanes por todo el circuito y redondez de Tlaxcala, y comenzando a entrarles en un solo día por todas partes, fue tan grande la resistencia que hallaron los mexicanos que al cabo fueron huyendo desbaratados o heridos, con pérdida de muchas gentes y riqueza, que parece cosa imposible creerlo, y antes más parece patraña que verdad... mas está tan autorizado este negocio, y lo tienen por tan cierto, que ponen porque se juntaron tantas gentes y de tantas provincias y naciones, que me causan notable admiración. Halláronse por las partes del norte los zacatecas y tozapanecas, tetelaques, iztaquimaltecas y tzacuhtecas, y luego los tepeyaquenos y quechollaquenos, tecamachalcas, tecalpanecas, totomihuas, chololtecas, huexotzincas, texcocanos, aculhuaques, tenuchcas, mexicanos y chalcas. Finalmente, ciñeron todo el horizonte de la provincia de Tlaxcala para destruirla, y fue tal su ventura y dichosa suerte que, estando en sus deleites los tlaxcaltecas y pasatiempos, les llegó la nueva de esta tan grande entrada y cerco que Mochtezoma les había hecho para tomallos acorralados, estando así seguros para acabarlos e que no oviese más memoria de ellos en el mundo. Las *fronteras* de todas partes pelearon valerosísimamente, siguieron en el alcance a muchos enemigos, y para más fe de lo que había sucedido y ganado trajeron grandes despojos de la guerra que habían hecho, y muchos prisioneros tomados a poca costa, presentándolos a los señores de las cuatro cabeceras. Éstos, que entendieron haber ganado sus capitanes tan grande empresa sin que fuesen sabedores de ello, les hicieron grandes muestras casando a sus capitanes con sus propias hijas, y armaron caballeros a muchos de ellos para que fuesen estimados y tenidos por personas calificadas, como lo fueron de aliende en adelante. Los otomís que guardaban las fronteras, ganaron mucho crédito de fieles súbditos y amigos de la república de Tlaxcala. Habida tan gran victoria, hicieron en señal de alegrías muy grandes y solemnes fiestas, ofreciendo sacrificio a sus falsos dioses con increíbles ceremonias. Dende allí en adelante vivieron los tlaxcaltecas con más cuidado en sus fuertes con fosos y reparos, porque Mochtezoma no volviese sobre ellos en algún tiempo y los sujetase, y así con esta continuación y vigilancia vivieron mucho tiempo hasta la venida de Cortés, procurando los mexicanos de sujetalles siempre, y ellos con ánimo invencible de resistirse como siempre lo hicieron».

Este trozo del manuscrito, en mi entender, quita toda duda de que los mexicanos hicieron sobre Tlaxcala segunda invasión, y también en ella fueron resistidos. Continuaron sin embargo las hostilidades entre los tlaxcaltecas contra los mexicanos y huexotzincas de

una manera muy terrible, sirviendo éstos de auxiliares del ejército de Mochtheuzoma, y también se hostilizaron los huexotzincas con los de Cholula, motivando esta guerra el deslinde de sus tierras respectivas. Yo no encuentro un orden cronológico en la relación que los historiadores han hecho de estos sucesos, más que en el padre Vetancurt, y para referirlos con alguna extensión me parece que debo seguir las huellas de Alvarado Tezozómoc, que escribió la vida del Emperador. Después los ajustaré al orden que presenta aquel autor, sin difundirme en algunos. Éste dice que después de hechos los funerales de Tlacahuepantzin, pasados dos meses, se recibió en México la noticia de la sublevación de los pueblos de Yanhuítlan y Zozola en la Mixteca, sobre cuyos acontecimientos y guerra que se les hizo podrán ustedes ver cuanto se ha escrito en el *Centzontli*; memoria que sirve de suplemento a la estadística de Oaxaca. Los pueblos de Huaquechula y Atzitzihuacan se quejaron a Mochtheuzoma dice Tezozómoc Alvarado de que los de Huexotzinco y Atlixco les habían causado grandes daños en sus sementeras, e imploraron su protección. No se las negó, pues deseaba pretextos para hacerles la guerra. Convocó para esto a los régulos, y entre ellos se presentó el cacique de Tula que pidió por gasconada se le diese la vanguardia de los mexicanos; pero el mando del ejército se confió al general Cuauhtzolli. Presentose el ejército de los huexotzincas a la vista del de los mexicanos como si fuesen a entrar en un sarao: antes de comenzar la acción le echaron flores y comenzaron a sahumarlos. Rompieron la acción los tultecas, y luego su cacique se dejó ver ricamente vestido y, singularizándose por sus armas y vestidos, llamó la atención de sus enemigos que se lanzaron sobre él y le hicieron prisionero, y como muchos de los suyos se empeñaron en recobrarlo, he aquí comprometida la lid, en que sacaron la peor parte los de Tula; entonces la acción se hizo general con los mexicanos, que casi corrieron la misma suerte que los toltecas, pues murieron muchos y quedaron prisioneros Zezepatic y Tezcatlipuca, capitanes acreditados. Acorrieron entonces los chalcas y matlazincas o dígase los toluqueños en auxilio de los mexicanos; y, o sea por más valientes, o porque entraron de refresco, hicieron retirar a los huexotzincas y se terminó entonces la acción, por la que quedaron amigos los mexicanos y huexotzincas. Sabida esta noticia por Mochtheuzoma, aunque hizo llanto por los mexicanos muertos que no bajaron de diez mil, y tres famosos capitanes, mandó que en celebridad de la terminación de la guerra fuese recibido con pompa y alegría el general Cuauhtzolli, y aun el mismo Emperador salió llevando una rodela en una mano, y en otra su macana como si fuese un bastón. Ordenó que se obsequiase a sus soldados y que al siguiente día se hiciesen solemnes funerales por los muertos en la campaña, a la que asistieron los principales de su corte, no menos que al sacrificio de muchos cautivos, en expiación de los difuntos que perecieron en la misma.

Myladi. Estas señales de aprecio que Mochtheuzoma hacía a sus generales, es imposible que dejara de alentarlos a servirle con el mayor esmero.

Doña Margarita. Concluido este acto, Mochtheuzoma dijo a los jefes que estaba acabado el nuevo templo de Coatepetl y diosa Centeotl, y para estrenarlo con sacrificios era necesario hacer la guerra a los de Tuctepetl y Coatlan, para donde marchó el ejército. Efectivamente se les hizo a aquellos desgraciados pueblos, de los que se trajeron ochocientos prisioneros. A la celebración de este triunfo precedió la distribución de premios a los que más se habían distinguido en la guerra: repartieronse entre ellos armas

y divisas, y a los que habían hecho algunos prisioneros, y hubo una gran trasquila de cabellos con que se marcaron los que debían quedar reconocidos por *tequihuaques*, o *valientes de acreditado valor*, que podían adornarse con plumería rica.

Myladi. ¡Qué bueno sería que entre ustedes se adoptase esta clase de premios! ¡Qué lindas figuras se nos presentarían ahorrando a su erario muchas sumas de dinero, y esas otras condecoraciones que también lo cuestan!

Doña Margarita. Sus soldados, agradecidos a la trasquilada que habían llevado, lo proclamaron en el campo: *Zamanahuaca Tlatoani...*

Myladi. ¿Qué quiere decir eso?

Doña Margarita. No es nada lo del ojo... *Emperador y Señor del mundo.*

Myladi. ¡Poca idea tenían esos pobres hombres de lo grande que es el globo de la tierra!... Bien que no me hace fuerza, porque ¿cuántas de esas disparatadas proclamaciones se hacen hoy, no obstante que sabemos a poco más o menos la extensión del globo!

Doña Margarita. Serían las nueve del día cuando pusieron a los prisioneros en hileras en la plaza de Tzompantitlán, junto a la gran piedra *cuauhxicalli* o degolladero: los convidados se colocaron enfrente del ídolo. Presentose el Monarca ricamente vestido y embijado, cubierto con una manta que llaman *teoxihuatl*, con un calzado verde sembrado de esmeraldas, y lo mismo la corona. A su izquierda venía Zihuacóatl vestido de la misma manera por ser su segundo, primo del Monarca, y gobernador de México en sus ausencias. Llegaron luego los *cuauhhuehues* o verdugos sacrificadores, armados con dos terribles navajones; tocaron luego los sacerdotes sus horrisonas cornetas y entre cinco o seis viejos arrebataron furiosos al primer cautivo, y comenzó aquella horrible matanza; acercáronse el Emperador y su segundo a ver cómo les arrancaban los corazones: los sacrificadores corrían luego a meterlos humeantes en la boca del infame ídolo y después arrojaban los cadáveres por las trescientas sesenta gradas que tenía el templo. Otra vez he dicho a ustedes que en este solo día se inmolaron doscientos veinte infelices, acabándose tan horrible escena a las once de la noche, quedando el templo tan teñido de sangre que parecía un dosel carmesí. ¡Pobre humanidad! Concluida esta espantosa matanza pasó Moctheuzoma a una de las salas principales de palacio, donde hizo grandes obsequios a los convidados y los despidió para que se fuesen en secreto, como así lo hicieron y era costumbre.

Myladi. ¿Y qué clase de ídolo era ése que mereció tan abominables obsequios?

Doña Margarita. En la teogonía mexicana, según el padre Clavijero, tenía el mismo lugar que la diosa Cibeles o *Madre* de los dioses de los griegos, y por eso le llamaban los mexicanos *nuestra abuela*. Era dice el padre Sahagún la diosa de las medicinas y yerbas medicinales, adorábanla los médicos, cirujanos y sangradores, las parteras y las que daban yerbas para abortar, no menos que los adivinos que decían la buena o mala ventura que habían de tener los niños según su nacimiento. También la adoraban los que tenían en

sus casas baños o *temazcalis*, y ponían la imagen de esta diosa en la puerta de ellos; por tanto la llamaban Temazcalteci, o sea la abuela de los baños. Yo descubrí su estatua colosal de medio cuerpo formada de piedra que llaman *Serpentina*, la cual se halla hoy en el museo de la Universidad, y creo que al pie de esta estatua se hicieron los horribles sacrificios de que he hablado, pues la corporatura y materia de este ídolo así me lo persuaden, no menos que el lugar donde se halló, que fue en donde estaba el palacio de Axayacatl, donde se acuarteló Cortés y descubrió el tesoro del padre de Mochteuzoma. Cuando se comenzó la fábrica de las casas en aquel lugar, presumí que se habían de hacer descubrimientos de antigüedades, y se lo previne al sobrestante de la obra, como a poco se verificó; lo avisé al Gobierno y éste ofreció comprar aquel monumento al convento de la Concepción; pero la madre abadesa doña María Josefa Travieso lo cedió gustosa, y que haría lo mismo con cuantos se descubriesen; presumo por el volumen de esta estatua y su pesantez que su templo estaría cerca de aquel lugar; tal vez lo ocuparía donde ahora está la iglesia de Santa Teresa, donde es adorado el prodigioso Cristo que en su renovación sufrió el triduo de la muerte; pues la cruz triunfó sobre las ruinas de la idolatría.

Myladi. ¿Y con qué motivo edificó Mochteuzoma este templo?

Doña Margarita. El padre Vetancurt satisface a esta pregunta diciendo: «Que al cuarto año del reinado de este Príncipe fue tanta el hambre que hubo en México que las madres llegaron a comerse a sus hijos, y aunque abrió sus tesoros para socorrer la necesidad, no bastó este auxilio y así concedió licencia para que cada cual buscase alimento donde pudiese hallarlo. Que en este tiempo humeó el volcán de Popocatépetl por veinte días, y por tal causa pronosticaron que al siguiente año sería muy copiosa la cosecha de maíz, como se verificó; y Mochteuzoma, para implorar gracia de esta diosa, edificó este templo porque era la diosa de la abundancia».

Myladi. Usted nos ha referido varios hechos del reinado de Mochteuzoma; mas yo no me contento con saberlos saltuariamente, exijo que lo haga por un orden cronológico para formarme una idea exacta del gobierno de este emperador hasta la llegada de los españoles.

Doña Margarita. Probaré a hacerlo en el orden que señala dicho padre Vetancurt: «Empezó a reinar desde 15 de septiembre de 152. Antes de su coronación marchó sobre los de Atlixco. Al segundo marchó su ejército sobre Malinalco a Tlaxiaco. Al tercero marchó el ejército sobre Tlaxcala. Al cuarto sobrevino el hambre que acabo de contar. Al quinto hizo un famoso acueducto, es decir, reparó el antiguo de Chapoltepec, trazado por Netzahualcóyotl, que después repararon los españoles y concluyeron la obra en 1774. Al sexto marchó una expedición contra los iztecas e Izcuintepec, cuya provincia asolaron los mexicanos y trajeron muchos cautivos. En este año se renovó el fuego del templo, y fue la última vez, de cuya función hablaré después. Al séptimo marchó el ejército contra los de Zolá o Zozola y Mictlán en el obispado de Oaxaca, y como en aquella sazón se rebelaron los de Quauhquechola, el ejército marchó sobre ellos e hizo tres mil doscientos prisioneros que se sacrificaron en el templo de Zommolli, ubicado en Tlatelolco, incendiolo un rayo, se armó gran bulla con tal motivo, Mochteuzoma creyó que era alguna sublevación contra los mexicanos como la del rey Moquihuix, por lo que se

indignó contra los tlatelolcas y los echó de su palacio; pero desengañado de su error los volvió a su gracia. Al octavo envió un ejército contra los de Huexotzinco, por el poco respeto que tuvieron al templo de Quetzalcóatl de Cholula, que era de la devoción de los reyes, y cautivaron setenta. Otro ejército fue contra los de Amatlán y en el camino tuvieron una tempestad de huracán, que arrancaba los árboles, y de nieve, que murieron algunos; los que quedaron pasaron a Amatlán, y en la guerra murieron muchos, y así volvieron pocos; y aunque no fueron vencidos, fueron los cautivos menos, de que quedó el Emperador desconsolado. Este mismo año apareció en el aire una columna de fuego que nacía del Oriente y llegaba hasta la mitad del cielo, y cuando salía el sol desaparecía».

Myladi. ¿Qué fundamentos puede tener la verdad de este fenómeno?

Doña Margarita. Que cuantos autores hay, así indígenas como españoles, lo refieren y tienen por un hecho incuestionable, consignado en sus pinturas e historias. Yo he solicitado saber si en la historia de los cometas de aquel año apareció alguno de enorme magnitud, y sé que no hay noticia. El pueblo se quejaba al ver aparecer esta columna, y por todas partes no se oían más que gritos y lamentos de los populares, presintiendo por esta señal alguna desgracia. Si algún día hablare a usted de la conquista, me extenderé sobre diversas señales que precedieron a ella con otras muchas. No obstante, diré algo sobre ésta por la conexión que tiene con la historia de Netzahualpilli, a quien hizo llamar Mochtezuma para consultarle sobre este fenómeno como hombre que tenía conocimientos astronómicos. Tezozómoc dice que en una noche se dejó ver una nube muy blanca por el Oriente, la cual daba tanta claridad que parecía mediodía, aumentábase en razón de lo que iba subiendo y figuraba la imagen de un gigante que se elevaba majestuosamente. Uno de los centinelas del templo mayor observó este fenómeno y llamó a sus compañeros para que también lo observasen; diósele parte al día siguiente a Mochtezuma, quien nada creyó y trató a los que se lo dijeron de soñolientos y borrachos; no obstante, se puso a observarlo por sí mismo y llamó a muchos de los tenidos por nigromantes para consultarles, y nada supieron responderle, diciéndole que ellos nada habían observado; entonces mandó a su mayordomo Petlacatl que los encerrase en la cárcel y matase de hambre, so pena de que él sufriría la misma si por compasión les daba de comer. Ellos rogaban que les quitasen la vida prontamente por no sufrir semejante castigo. Mochtezuma hizo llamar prontamente al rey de Texcoco y afectando dudar de la verdad de este metéoro le dijo: «¿Acaso vos sois el único que dudáis de él cuando todos lo han visto? Yo nada os había hablado de él, porque supuse que nada ignoraríais». Entonces le exhortó a que recibiese con resignación el golpe de la fortuna que le amagaba. «Yo nada he de ver le añadió, porque me voy a *acostar*, es decir, a *morir*. Ésta será la última vez que os hable; por tanto, os recomiendo mi casa y mi reino, y que a mis súbditos veáis como a vuestros propios hijos». Ambos príncipes comenzaron a llorar creyendo su pérdida inevitable y Mochtezuma le decía: ¿Adónde iré yo? ¿Me volveré pájaro para ocultarme o habré de aguardar a que el cielo disponga de mí?». El padre Clavijero, conforme en todo con lo que Torquemada refiere, asegura que Netzahualpilli para rectificar la exactitud de sus predicciones, se convino con Mochtezuma en que éste las creería siempre que aquél le ganase un partido al juego de pelota... Convinieron dice en que si el rey de México ganaba al de Acolhuacán,

renunciaría a su interpretación y la creería falsa; y si ganaba éste, aquél la adoptaría por verdadera. Netzahualpilli quedó vencedor, no obstante que Mochtheuzoma ya se lisonjeaba de ganárselo llevando dos rayas iban a tres, cuando su competidor no llevaba una. En pocas partes de la historia se conoce el candor y sencillez de este bendito padre como en este lugar, oigan ustedes cómo se explica: «Netzahualpilli dijo a Mochtheuzoma que para que viese en cuánto estimaba su señorío de Texcoco se lo jugaría con solos tres gallipavos... Que Mochtheuzoma aceptó el juego, no tanto por verse señor de un reino cuanto por certificarse de aquella verdad el que texcocano le certificaba. Fuéronse al juego de pelota y cada señor se puso a su parte, acompañado de los suyos, y según parece no iba más que a tres rayas. Ganó Mochtheuzoma primero dos, sin que el texcocano ganase ninguna, y dicen que lo hizo de intento Netzahualpilli, por darle aquel favor y contento a Mochtheuzoma, el cual viéndose con dos rayas hechas y que no tenía ninguna el acúlhua, le dijo: "Paréceme, señor Netzahualpilli, que me veo ya señor de los aculhuas, como lo soy de los mexicanos"; a lo cual respondió Netzahualpilli: "Yo, Señor, os veo sin señorío, y que acaba en vos el reino mexicano, porque me da el corazón que han de venir otros que a vos, a mí y a todos nos quiten nuestros señoríos, y porque lo creáis así, pasemos adelante con el juego y lo veréis". Prosiguiéronle y por más que Mochtheuzoma hizo, no le pudo ganar más raya, y el texcocano le ganó las tres; de que el mexicano quedó sumamente triste y lo mostró en el semblante de su cara. Sonaron luego las músicas a su usanza, que así lo acostumbraban hacer cuando jugaban los reyes, y como a victorioso fueron todos a dar el parabién a Netzahualpilli, el cual dijo a Mochtheuzoma: "Señor, ya que gané los gallos, me pesa no haber perdido en esta ocasión el reino, porque entrando en vos era ganarlo, y en ganar gallos ahora creo que lo he de perder después, y lo he de entregar a gentes... *que aunque se lo dé no me lo agradezcan*"». Este hecho fue público en la corte y quizá por esta circunstancia abatió tanto el ánimo de Mochtheuzoma, que desde entonces se melancolizó profundamente hasta el despecho. Apeló del dictamen de Netzahualpilli a un famoso agorero y porque le dijo lo mismo le mandó derribar la casa, bajo la cual pereció. A poco sucedió en Texcoco que una liebre corriendo del campo se metió en el palacio del Rey, y no paró dice Torquemada hasta llegar corriendo a lo más interior, y queriéndola matar sus criados, les dijo Netzahualpilli: *Dejadla, no la matéis, que ésa dice la venida de otras gentes que se han de entrar por nuestras puertas, sin resistencia de sus moradores*. ¡Tan convencido estaba de la invasión que amenazaba cuando hizo esta aplicación oportuna! De hecho, los españoles se entraron hasta lo más recóndito y no dejaron lugar de los palacios que no registrasen y se robasen, como os he dicho que hicieron en el palacio de Mochtheuzoma, encontrándose el felicísimo hallazgo de los saquetes de *piojos* secos, que creyeron que fuera oro, aquel oro a quien sacrificaron todo.

Myladi. Es asombroso cuánto usted nos ha contado; pero en buena crítica díganos usted, ¿a qué causa deberemos atribuirle a Netzahualpilli la exactitud y puntualidad de sus profecías, ya *naturales*, ya *sobrenaturales*?

Doña Margarita. No es fácil dar una respuesta acertada. El padre Clavijero dice: «Es imposible adivinar el primer origen de una opinión tan general; pero desde que en los siglos 15 y 16 los navegantes ayudados por la invención de la brújula empezaron a perder el miedo a la alta mar, y los europeos estimulados por la ambición y sed insaciable del

oro, se habían familiarizado con los peligros del Océano... aquel maligno espíritu, enemigo capital del género humano, que no cesa de espiar en toda la tierra las acciones de los mortales... pudo fácilmente conjeturar los progresos marítimos de los pueblos de Oriente, el descubrimiento del Nuevo Mundo y una parte de los grandes sucesos que allí debían ocurrir... y no es inverosímil que los predijese a la nación consagrada a su culto para confirmar con la misma predicción del porvenir, la errónea persuasión de su pretendida divinidad». Juicioso me parece este modo de opinar, y muy apoyado en el suceso que en seguida refiere de la resurrección de la princesa Papantzin, en que todos están de acuerdo, como he dicho a ustedes otra vez. Pero si podemos recurrir a causas naturales y que están en el orden común, ¿para qué apelar a sobrenaturales? En once de octubre de 149, descubrió Colón la isla del *Salvador*. En seguida de este descubrimiento comenzaron a venir expediciones de España sobre las Antillas; el tráfico del comercio marítimo se aumentó prodigiosamente por el mucho oro que se extraía para España de aquellas islas. En principios de julio de 152, salió de la isla española la gran flota de veinte y ocho navíos que llevaba el grano de oro descubierto a las márgenes del río Ayna, y sobre el que comieron un cochino asado los españoles tal era su magnitud, y mucho tesoro para España, y se dispersó y naufragó a vista del puerto. Pregunto: ¿No pudo llegar alguno de estos buques, o de otros del comercio a nuestras costas con indios de los muchos que llevaban siempre a España para el servicio de la marina, y dar razón a nuestros indígenas de Yucatán y Tabasco de la gente *barbuda* pues con este carácter los denominaban los indios a los españoles cuando los esperaban, y decirles que prontamente vendrían, pues buscaban el oro que aquí abundaba? ¿No sucedió este mismo naufragio tres meses antes de que fuese electo Mochtheuzoma emperador de México? Sí; pues es probable que por este medio anunciaran los indios sabios, como lo era Netzahualpilli, la venida de los españoles. De otro modo, señores, no era posible que la vaticinase con tanta aseveración, como de un hecho que le constaba como el de la liebre que os he contado. Si esta profecía fuera como la del reparador del templo de Jerusalén, hecha quinientos años antes de su cumplimiento, yo la tendría por divina y maravillosa; pero pronosticar la venida de unos hombres que ya estaban en nuestro continente no tiene nada de prodigioso, ni debe atribuirse a causas sobrenaturales. Yo recurro a ellas cuando las naturales no me bastan, como no me bastaron para la vocación de Netzahualcóyotl al conocimiento de la unidad de Dios. Tal es mi opinión en la duda que ustedes me consultan.

Myladi. No la considero destituida de fundamento.

Doña Margarita. A pesar de estas predicciones, que sin duda creía Mochtheuzoma, pues lo indicaba con su melancolía, y que veía conformes con las de sus mayores, por las que no opuso como debiera en tiempo resistencia a la entrada de los españoles; él continuó sus conquistas. En el año noveno de su imperio dice Vetancurt sujetó a sus armas a los icpatecas, trayendo tres mil ochocientos cautivos, ciento cuarenta de los de Malinaltepec, y de Izquixótitlan cuatrocientos. Entonces los mexicanos tuvieron guerra con los tlaxcaltecas y no pudiéndoles sujetar, volvieron sobre los huexotzincas en favor de los texcocanos, a cuyo rey habían puesto asechanzas y les hicieron algunos prisioneros. Los de Cuextatla en la costa de Veracruz se sublevaron en estos días y Mochtheuzoma se abstuvo de castigarlos, aunque se negaron a pagarle tributo, porque dijeron que sus

agoreros habían visto en un pozo una gente *barbuda* en caballos enjaezados, tras de los cuales iban los mexicanos cargados de huacales e instrumentos de servicio: creyeron por esta superchería que era llegado el tiempo de no pagar tributo a México por ser concluida su dominación, y el Emperador aguardó saber el resultado de aquella visión y se abstuvo de castigarlos. Aparecieron en este año varios monstruos de extraordinaria configuración, cayó una columna de piedra junto al templo, hubo un grande terremoto, se anegaron los tuzpanecas en la costa del norte y fueron vencidos los de Xochitepec que se habían rebelado.

En el año décimo pretendió Mochtezuma desenojar a sus dioses e hizo un edificio grande en el templo mayor; acrescentó sus cercados y salas, erigió otros templos menores, y como le pareciese pequeña la piedra de los sacrificios, hallándose una grande en Tenantitlan, junto a Coyoacán, la hizo labrar y entallar, y la trajeron con grande regocijo hasta cerca de San Antonio Abad, donde hoy está el rastro, y al pasar por el puente, aunque era de madera muy fuerte, se hundió, llevándose a un sacerdote que la incensaba y a otros muchos. El padre Vetancurt dice que la sacaron con harto trabajo, y dedicada en el templo de Huitzilopuchtli se hicieron con este motivo grandes fiestas con concurrencia de muchos señores, y se estrenó sacrificándose en ella *doce mil y doscientos* cautivos...

Myladi. Esa sí que puede llamarse con propiedad la piedra del *escándalo*.

Doña Margarita. Convengo en ello y añado que no sólo lo fue en lo moral, sino en lo *histórico*. Don Fernando Alvarado Tezozómoc niega este hecho; llama a esta piedra la piedra *habladora*, porque se oía claramente que decía: *No me llevaréis*, palabras que repitió muchas veces; dice que se hacía más y más pesada o *remolona*; que se rompieron muchas sogas o calabotes con que era tirada; que sobre ella se hicieron muchos sacrificios de codornices, quemándosele *copalli*; que al llegar a Xoloco, dizque que dijo: «Hasta aquí ha de ser, y no más», y se hundió; que avisado Mochtezuma de este suceso fue en persona a las doce del día a presenciar el buceo y la encontraron en Acolco Chalco en el mismo lugar donde se había labrado, y quitándola el papel de *metl* con que habían cubierto sus labores y en el que los sacerdotes habían pegado el copal blanco, se lo presentaron al Emperador diciéndole: *Matadnos; señor; pero sabed que allí está la piedra misma labrada en su propio asiento y lugar donde la sacamos primero*. El padre Clavijero coincide con la opinión referida de Vetancurt y aun casi lo copia en su relación. Pero Alvarado Tezozómoc era *indio*, sabía la historia de Mochtezuma que escribió. El padre Sahagún en el libro , capítulo 1, página 27, refiriendo varias maravillas ocurridas en México que precedieron a la conquista, entre las que incluye la resurrección de Papantzin, que cree Clavijero, y tiene por incuestionable, dice: «En una casa grande donde se juntaban a cantar y bailar, una viga grande que estaba atravesada encima de la pared, cantó como una persona este cantar: *Veya no queztepole vello mitotia atlantévetztoce*, que quiere decir: "¡Ay de ti!, mi anca baila bien, que estarás en la agua"; lo cual aconteció cuando la fama de los españoles ya sonaba en esta tierra de México». Si esto es cierto, pudo serlo con más razón esotro. Aquí tenemos dos textos en la historia, que son el padre Torquemada, de quien tomó la noticia Vetancurt, y el padre Clavijero que fue el eco de ambos, y Alvarado Tezozómoc, a quien yo miro como auténtico. ¿A

cuál de ellos estamos? ¿Preferiremos a un alienígena sobre el indígena? Creo que dicta la buena crítica estar por el segundo, porque escribía de los sucesos de su *propia casa* y de su propia nación, y escribió *ex profeso* la vida de Mochteuzoma. Por otra parte, el padre Sahagún, maestro en Tlatelolco del padre Torquemada, nos presenta un caso de naturaleza semejante, porque las mismas disposiciones tiene para cantar una viga que para hablar una piedra, o una burra como la de Balaán. Conque ustedes decídanse por estos principios, sin olvidar que el padre Sahagún vino a los ocho años de la conquista, trató con los testigos presenciales de aquella historia, consultó con ellos y en el espacio de más de cincuenta años que estuvo en México, no se ocupó mas que de instruir a los indios y *escribir su historia*. Yo os ministro datos para que os decidáis...

Por otra parte, son notorias las maravillas que obró aquí Dios para predisponer a estos pueblos a que recibiesen la doctrina evangélica, y ésta siempre se ha apoyado en milagros y maravillas. Yo pregunto: ¿De que se ejecutase ésta resultaba algún bien a la humanidad? Es claro que sí; el evitar no menos que se multiplicasen los sacrificios humanos, y se repitiesen menos actos de idolatría, que es el crimen más abominable para Dios, que la detesta, como se ve en los capítulos 13 y 14 del libro de la Sabiduría. Yo, señores, acaso pasará en vuestro concepto por una mujer menguada y fanática, y me haré despreciable a vuestros ojos en un tiempo en que de todo se duda, aun de lo que se palpa; para sincerarme a vuestros ojos dejadme que lamente esta desgracia con las mismas palabras del sabio Masillon: «¡A qué extremo dice ha llegado hoy la falsa delicadeza del siglo en orden a los sucesos que tienen señales de prodigios! Se deja para el simple pueblo la sencillez y el candor: la religión de los que se tienen por instruidos es una religión de especulaciones y dudas, y se hace gala de ser incrédulos, como si el reino de Dios se alcanzara con el discurso. No es mi intento dar aquí crédito a las supersticiones, ni autorizar todas las falsedades que el buen celo por falta de instrucción dejó introducir en los pasados siglos en la historia de los santos; pero me da lástima que, con pretexto de buen gusto y por costumbre a dudar de los hechos indiferentes, lleguen tarde o temprano a dudar de los necesarios». Creo bastante lo dicho para mi indemnización. En esta época se construyó el templo de Tlamatzinco y la casa de Quauhxicalli, a cuya fábrica vinieron los de Quauhquiahuac y Mixcohuatpetl; hízose en este tiempo la expedición contra el cacique Malinal, que pagó con la vida sacrificado entre los cautivos.

En el año undécimo fueron sojuzgados los yopitzincas, de los que fueron cautivados doscientos. En la expedición de Nopallan fueron prisioneros ciento cuarenta. En el año duodécimo se hizo guerra a los chichimecas de la Huasteca. Al siguiente marcharon los mexicanos contra los de Cihuapohualoyan, que fueron asolados. En el año catorce se hizo la guerra a los de Cuexcomaixtlahuacan, que se escaparon, encastillándose en un cerro, y como éstos eran súbditos del rey de Texcoco mandó al año siguiente un ejército que los venció, y sujetó a los de Ixtlactlalocan. En esta campaña hubo una cosa particular, y fue que en ella hizo su aprendizaje Quauhtimotzin, sobrino de Mochteuzoma, que después fue su sucesor en el imperio y se señaló por su valor, sirviendo de voluntario en el ejército de Texcoco. En el año decimoquinto del reinado de Mochteuzoma ocurrió la muerte de Netzahualpilli, rey de Texcoco. Este grande acontecimiento exige que terminemos por ahora nuestra conversación para hablar de un príncipe, digno hijo de Netzahualcōyotl, y que tanta honra y fama dio al reino de Acolhuacán.

Myladi. Paréceme muy bien, y que nos retiremos, porque el norte sopla y los constipados y pulmonías abundan. A Dios, señores.

CONVERSACIÓN VIGESIMATERCIA

Myladi. Tiempo ha que nada nos decía usted de Netzahualpilli, y yo deseo saber cómo concluyó su reinado.

Doña Margarita. Fue feliz, porque no tuvo más que seguir las huellas de su buen padre, que todo se le dejó hecho: debió a la fortuna un buen coadjutor durante su infancia y aunque su familia, envidiosa de su gloria, le suscitó persecuciones y armó trampas para destronarlo valiéndose de los huexotzincas, él tuvo valor y astucia para defenderse y burlar sus planes, como lo hemos visto. Preciado a seguir él de coalición con el imperio mexicano, necesitó franquear sus ejércitos para cooperar a las inicuas conquistas de Mochtezuma, y aun acompañarlo en sus expediciones militares. Entre ambos monarcas no reinó la mejor armonía en lo *secreto*. Mochtezuma lo veía como a un loco entregado al estudio de la astronomía; valíase de él cuando lo necesitaba, así como para trazar las obras que evitasen las inundaciones de México y consultarle sobre la adivinación de los fenómenos que se presentaban a su vista, y lo llenaban de pavor; ni era posible que combinaran dos caracteres opuestos, el del uno era el de un filósofo sencillo, y el del otro el de un monarca orgulloso, lleno de ambición y petulancia; cuando aquél se ocupaba en estudiar la naturaleza y el curso de los astros, el otro sólo meditaba conquistas y se ocupaba de gravar a sus pueblos para llenar su tesoro de riquezas. Aquél reprobaba en el fondo de su corazón el culto sanguinario, y éste no procuraba sino propagarlo y llenar de víctimas los templos de sus dioses. La repugnancia del uno con el otro se dejó ver principalmente en las expediciones militares, en que no permitía Mochtezuma que Netzahualpilli se campase con él, ni se reuniese en un mismo cuartel; mas el rompimiento parece que se mostró a toda luz luego que Mochtezuma fue desairado por un disgusto doméstico ocurrido entre las Familias Reales de México y Texcoco; fue el caso. Había dado una ley, por la cual prohibía bajo pena de muerte que se dijese palabras indecentes: violó su querido hijo Huexotzincatzin, primero que tuvo de su mujer Xocotzin, pues éste dijo algunas palabras licenciosas a una concubina. Súpolo el Rey por una de éstas y preguntole si el lance había ocurrido a presencia de otras personas, y como se le dijese que sí, pues había pasado delante de los ayos del Príncipe, se retiró a un aposento destinado para las épocas de luto. Allí hizo comparecer a los ayos para examinarlos, y temerosos de ocultarle la verdad porque los castigaría, se la confesaron claramente; mas también procuraron excusar al niño. Dijéronle que ni sabía lo que había hablado, ni tampoco las expresiones habían sido inhonestas. Mandó, sin embargo, que se le arrestase y en el mismo día pronunció contra él la sentencia de muerte. Consternose toda la corte con semejante novedad; intercedió la nobleza con lágrimas; hizo lo mismo Xocotzin, madre del Príncipe; pero no pudo recabar la revocación de la pena, ni aun llevando consigo otros hijos, que también imploraron su piedad. Entonces la Reina, destrozado su corazón de pena, y destituida de esperanza de optar la gracia, no oyendo de la boca de su esposo más que estas palabras: «Mi hijo ha violado la Ley; si lo perdono dirán mis

súbditos que las leyes no son para todos. Sepan todos mis vasallos que a ninguno de ellos será perdonada la transgresión, puesto que la castigo en el hijo que más amo...».

Myladi. ¡Vive Dios que fue una severidad terrible! ¿Y qué hizo entonces esa malhadada esposa?

Doña Margarita. «Ya que por tan ligera causa le dijo arrojáis de vuestro corazón los sentimientos de padre y de esposo, y queréis ser el verdugo de tu hijo, consumad la obra, dame también a mí la muerte y a estos niños que te he dado». Oyendo entonces el Rey este reproche, con grave aspecto la mandó que se retirase, puesto que ya no había remedio. Fuese la Reina a su aposento, donde con sus damas y personas que le acompañaban se entregó a todo el exceso de su dolor. Entretanto los ministros encargados del suplicio de Huexotzincatzin lo iban difiriendo para dar tiempo a que se calmase el celo de la justicia, y el amor paterno diese lugar a la clemencia; pero penetrando su intención Netzahualpilli, mandó ejecutar la sentencia sin pérdida de tiempo, como se verificó con general descontento de los pueblos y gravísimo disgusto de Mochtezuma, no sólo por el parentesco que tenía con el Príncipe, sino por el desprecio con que el Rey había mirado su interposición. Muerto este desgraciado niño, se encerró su padre por cuarenta días en una sala, sin dejarse ver de nadie, para entregarse sin reserva a su pesadumbre, y mandó tapiar las puertas de la habitación del Príncipe para apartar de sus ojos cuanto pudiese recordarle tamaña desventura.

Myladi. ¿Qué juicio forma usted de ese hecho, señorita?

Doña Margarita. No seas nimiamente justo, ha dicho Dios y el derecho añade: *El sumo derecho es suma injusticia*. Es cierto que las leyes se hacen para todos, y que desde el monarca hasta el pastor deben observarlas, comenzando por los soberanos, pues la fuerza de las leyes está en la observancia de los reyes; pero si este joven transgresor, por razón de su corta edad y malicia, no tenía el conocimiento necesario de la perversidad y malicia de la acción, ni de sus consecuencias, entiendo que debió tratársele con clemencia. Desengañese usted, los juicios *domésticos* son muy terribles, así como la tiranía doméstica es muy más cruel que la civil y pública. En ellos ejecuta la mano lo que piensa la cabeza. Yo me estremezco cuando considero a un rey que hace justicia en su casa; porque o la hace por su propio dictamen, o por la de su Consejo, que pocas veces deja de adoptar su opinión por complacerlo; esto es muy raro, y tanto que apenas se hace creíble que el honrado Consejo de Castilla hubiese absuelto a Fernando V, cuando llevó su padre a él la causa que le formó por las sugerencias del valido Godoy y de María Luisa su madre. Aún me estremezco cuando leo el fallo que dio Felipe con el Consejo de la Inquisición contra el príncipe don Carlos su hijo, y me indigno cuando le veo llorar y levantar los ojos al cielo al tiempo de firmar su sentencia... Allí hubo un rejuego de pasiones y de intrigas de un palacio, harto vergonzosas, cubiertas con la égida de la religión. No habría quizás nada de esto en el caso que hablamos; no soy capaz de deturpar el mérito de un rey reconocido generalmente por el modelo de los reyes virtuosos. ¿Pero no era hombre? ¿No había concubinas en su palacio? ¿No pudo haber celos y rivalidades?

Myladi. Claro es que sí.

Doña Margarita. Pues con tales antecedentes dude usted mucho de la justicia de su fallo. Tal es mi opinión. Esta severidad dice el padre Clavijero en el castigo de los culpables estaba contrapesada por la compasión que le inspiraban las desgracias de sus súbditos. Había en su palacio una ventana que daba a la plaza del mercado, y estaba cubierta con una celosía; desde la cual miraba sin ser visto lo que allí ocurría, y cuando notaba que alguna mujer iba mal vestida la mandaba llamar, se informaba de su vida y necesidades, y la proveía de todo lo necesario para ella y para sus hijos, si los tenía. Daba todos los días limosna en su palacio a huérfanos y enfermos. Había en Texcoco un hospital para los que habían quedado inválidos en la guerra, donde a expensas del Monarca se mantenían los enfermos y estropeados, según su condición, y muchas veces él mismo los visitaba; de este modo gastaba una parte de sus rentas. Su ingenio ha sido muy celebrado por los historiadores mexicanos, a par que sus virtudes: cuando se mienta a este Monarca se ve brillar el gozo en el semblante de los texcocanos, y enorgullecerse con haber poseído un príncipe que trae en pos de sí la admiración de más de tres siglos, la gratitud y las ideas correlativas de virtuoso, valiente e ilustrado.

Myladi. ¿Y no nos ha quedado alguna pieza de literatura de este sabio príncipe?

Doña Margarita. No sé de ninguna. De su padre ya he referido a ustedes la «Oda del árbol», y registrando mis papeles después de habérselas relatado, me encontré en las *Tardes americanas* la de la *flor*, que sentí no haberla tenido presente para recitárselas, que es no menos hermosa.

Myladi. ¿Conque son dos composiciones diversas?

Doña Margarita. Sí señora, y aun entonces lo dije. Porque como los indios estudiaban en el libro de la naturaleza, sus objetos eran asunto de sus conversaciones y cantos.

Myladi. Pues yo suplico a usted me la refiera ahora, aunque hagamos una digresión en nuestra historia; todo conducirá a nuestro aprovechamiento y a formar ideas justas de la literatura antigua de este pueblo.

Doña Margarita. Me place, dice así: «Son las caducas pompas del mundo como los verdes sauces, que por mucho que anhelan a la duración, al fin un inopinado fuego los consume, una cortante hacha los destroza, un cierzo los derriba, y la avanzada edad y decrepitud los agobia y entristece.

Siguen las púrpuras, las propiedades de la rosa en el color y la suerte. Dura la hermosura de éstas en tanto que sus castos botones avaros recogen y conservan aquellas porciones que cuaja en ricas perlas la aurora, y económica deshace y derrite en líquidos rocíos; pero apenas el padre de los vivientes dirige sobre ellas el más ligero rayo de sus luces, les despoja su belleza y lozanía, haciendo que pierdan por marchitas la encendida y purpúrea color con que agradablemente ufanas se vestían. En breves períodos cuentan las deleitosas repúblicas de las flores sus reinados; porque las que por la mañana ostentan

soberbiamente engreídas la vanidad y el poder, por la tarde lloran la triste caída de su trono, y los repetidos parasismos que las impelen al desmayo, la muerte y el sepulcro.

Todas las cosas de la tierra tienen término, porque en la más festiva carrera de su engrimiento y bizarría, calman sus alientos, caen y se despeñan para la fosa. Toda la redondez de la tierra es un sepulcro: no hay cosa que sustente que con título de piedad no la esconda y entierre. Corren los ríos, los arroyos, las fuentes y las aguas, y ningunas retroceden para sus alegres nacimientos: aceléranse con ansia para los vastos dominios de Tluloca Neptuno, y cuanto más se arriman a sus dilatadas márgenes tanto más van labrando las melancólicas urnas para sepultarse. Lo que fue ayer no es hoy, ni lo de hoy se afianza que será mañana. Llenas están las bóvedas de pestilentes polvos, que antes eran huesos, cadáveres y cuerpos con alma, ocupando los tronos, autorizando los doseles, presidiendo las asambleas, gobernando ejércitos, conquistando provincias, poseyendo tesoros, arrastrando cultos, lisonjeándose con el fausto, la majestad, la fortuna, el poder y la dominación.

Pasaron estas glorias como el pavoroso humo que vomita y sale del infernal fuego de Popocatépetl, sin otros monumentos que recuerden su existencia en las toscas pieles en que se escriben... ¡Ah!... ¡ah!... si yo os introdujera en los oscuros senos de esos panteones y os preguntara que cuáles eran los huesos del poderoso Achalchiutlanetzin, primer caudillo de los antiguos tultecas; de Necaxecmitl, reverente cultor de los dioses; si os preguntara dónde está la incomparable belleza de la gloriosa emperatriz Xiuhtzatl, y por el pacífico Topiltzin, último monarca del infeliz reino tolteca...; si os preguntara que cuáles eran las sagradas cenizas de nuestro primer padre Xólotl, las del munificentísimo Nopaltzin, las del generoso Tloltzin, y aun por los calientes carbones de mi glorioso inmortal, aunque infeliz y desventurado padre Ixtlilxóchitl...; si así os fuera preguntando por todos nuestros augustos padres y progenitores, ¿qué me responderíais?... Lo mismo que yo respondiera: *Indipohdi... indipohdi*. Nada sé, nada sé; porque los primeros y últimos están confundidos con el barro: lo que fue de ellos ha de ser de nosotros y de los que nos sucediesen. Anhelemos, pues, invictísimos príncipes, capitanes esforzados, fieles amigos y súbditos leales, *aspiremos al cielo, que allí todo es eterno y nada se corrompe*. El horror del sepulcro es lisonjera cuna para él, y las funestas sombras, brillantes luces para los astros. No hay quien tenga poder para inmutar esas celestes láminas; porque como inmediatamente sirven para la inmensa grandeza del autor, hacen que hoy vean nuestros ojos lo mismo que registró la edad pretérita, y registrará nuestra posteridad».

Mister Jorge. Paréceme magnífica, aunque su lenguaje es más afiligranado y pulido que la del árbol; pero sus conceptos son bellos.

Myladi. Bien puede servir esta oda de punto de meditación para un ascético, y a fe mía que podría sacar de ella mucho fruto.

Doña Margarita. Sí señora, Dios habla incesantemente al corazón con todos los objetos que nos presenta a la vista, sean de cualesquier género o especie. Es a la vez un director, y a la vez un fiscal, que nos acusará de no haber meditado sobre las obras maravillosas de

sus manos, para llamarnos así y atraernos suavemente a su amor, *sin violentar nuestra voluntad*. Criola con disposición para amar todo lo bueno, y por medio de esta aptitud deja salvo el libre albedrío. ¡Qué economía tan admirable, digna de Dios!, notándola los teólogos, manifiestan la compatibilidad de la gracia con el libre albedrío, o libertad del hombre. Con Netzahualpilli se acabó la gloria de los reyes chichimecas.

Myladi. ¿Y por qué?

Doña Margarita. Porque no nombró sucesor a su reino, sino que sintiéndose próximo a morir, llamó a los primeros señores de su reino y les dijo que no hallándose en disposición de gobernar, quería retirarse a sus jardines y recreaciones a dar un poco de vado a sus cuidados, y que en su lugar gobernasen dos deudos suyos inmediatos, a quienes delegó el mando y allí nombró. Mandó asimismo que ninguno de sus hijos saliese de la ciudad, sino que permaneciesen en ella aguardando sus órdenes. Fuese luego a Tezcutzinco donde tenía un gran jardín de recreación, llevándose en su servicio personas de su mayor confianza, a Xocotzin su mujer, madre de Cohuanacotzin y de Ixtlilxóchitl, que era la más querida, y otras tres o cuatro mujeres, que serían para que lo asistiesen, y no consintió que otra persona fuese a esta retirada que hacía.

De esta casa de recreación salía cada día a caza, y se entretuvo en este tiempo por espacio de seis meses, y de noche comunicaba con una tertulia de astrónomos los movimientos de los astros que observaba. Pasado este tiempo dice el padre Torquemada, se volvió a Texcoco y mandó a la reina Xocotzin que con sus hijos se recogiese al palacio de Tecpilpan, y esto lo hizo por dejarla, pues ya no trataba de otra cosa; pasados algunos días se entró muy secretamente, pero tan oculto en su palacio que, aunque preguntaban por él, a nadie daban razón los porteros. A poco que pasó esto, deseosas sus mujeres e hijos de verlo, instaron mucho a sus porteros para saber del Rey; mas algunos señores viejos, que con él se habían quedado, dijeron que era muerto y sólo mostraron una figura que representaba un cuerpo, que tenían puesto en su trono real, y aunque esta vista causó mucha turbación a los circunstantes, dijeron aquellos señores que del hecho ellos no tenían culpa alguna, porque su señor les había mandado callar y encubrir su muerte; añadiendo que les había prevenido no se divulgase su fallecimiento por grandes inconvenientes que había, y como le tenían por sabio, creyeron que así convendría hacerse como lo mandaba, y por esto quemaron su cuerpo sin pompa ni majestad. Añade Torquemada que aquella figura o estafermo se quemó tan fácilmente como si hubiera sido de trapos o paja. Todo esto lo califica este autor de fábula y patraña, y yo creo lo mismo.

Myladi. En conclusión, yo digo que este rey no supo morir, pues dejó expuesto su reino a muchas revoluciones y disputas entre sus hijos, que se creerían con derecho a la sucesión del trono.

Doña Margarita. Piensa usted con juicio, y así se verificó puntualmente. El sabio padre Clavijero nos las detalla con aquel buen criterio y finura con que se explica en todas sus relaciones; dice en substancia que estando seguro este Consejo Supremo del Rey de su fallecimiento, se creyó obligado a elegir un sucesor a ejemplo de los mexicanos.

Reunidos sus vocales y comenzando a discutir el más anciano, después de ponderar los perjuicios que se seguirían de diferir la resolución en punto tan grave, dijo que su opinión era que la sucesión al trono pertenecía a Cacamatzin, pues además de la prudencia de que estaba dotado y valor, era el primogénito de la primera princesa mexicana, esposa de Netzahualpilli. Los demás consejeros se adhirieron a este dictamen que parecía tan justo y provenía de persona tan respetable. Los príncipes, que aguardaban en una sala inmediata la resolución del Consejo, recibieron la invitación de entrar para saber la noticia de su resultado. Habiendo entrado se dio el principal asiento a Cacamatzin, joven de veinte años, y a sus lados se sentaron sus hermanos Coanacotzin que era de veinte, e Ixtlilxóchitl de diez y nueve. Levantose el anciano que había tomado la palabra y declaró la decisión del Consejo, a la cual se había sometido de antemano toda la nación. Ixtlilxóchitl que era un joven ambicioso y emprendedor, se opuso diciendo que si el Rey hubiera muerto, en verdad habría nombrado sucesor; que el no haberlo hecho era señal segura de que aún vivía, y existiendo era un atentado en sus súbditos nombrarle sucesor. Los consejeros no le contradijeron por entonces, conociendo su índole dura, y sólo rogaron a Coanacotzin que dijera su parecer. Éste alabó y confirmó con su opinión la resolución del Consejo, y mostró los inconvenientes que se seguirían de diferir su ejecución. Ixtlilxóchitl se le opuso, lo trató de ligero e inconsiderado, porque abrazando aquel partido favorecía los designios de Mochtezoma que era muy amigo de Cacamatzin, y procuraba colocarlo en el trono para tener en él un rey de cera y amoldarlo a su arbitrio. «No es prudente dijo Coanacotzin oponerse a una resolución tan sabia como justa. ¿No ves que aun cuando no fuese rey Cacamatzin, la corona me pertenecía a mí y no a ti?». «Es cierto respondió Ixtlilxóchitl que si en este negocio no se atiende a otro derecho que al de la edad, la corona se debe a Cacamatzin y a ti por su falta; pero si se prefiere, como es justo, el valor, a mí solo me corresponde». Los consejeros entonces, por impedir cuestiones y conociendo que la cólera se iba encendiendo en los príncipes, levantaron prudentemente la sesión. Entonces fueron los príncipes a continuar el debate a presencia de la reina Xocotzin, y Cacamatzin, acompañado de muchos nobles, pasó inmediatamente a México y dio cuenta de lo que había pasado a Mochtezoma. Éste, que además del amor que le tenía o a lo menos aparentaba, conocía la legitimidad de sus derechos, sancionados además por el consentimiento de la nación, le aconsejó que antes de todo pusiese en salvo el tesoro real y le prometió interponer su mediación con el hermano, empleando la fuerza en su favor en caso de que nada consiguiese con las negociaciones. Cuando Ixtlilxóchitl supo la salida de su hermano para México previó sus consecuencias, y se marchó con sus partidarios a los estados que sus ayos poseían en la sierra de Mexitlán. Coanacotzin avisó a Cacamatzin de esta novedad para que sin tardanza volviese a Texcoco y se aprovechase de tan oportuna ocasión para coronarse, como de hecho tomó este Consejo, y pasó a Texcoco en compañía de Cuitlahuatzin hermano del emperador Mochtezoma y de muchos nobles mexicanos. Iba de comisionado del Emperador a darlo a reconocer por soberano legítimo de Aculhuacán, y para este objeto lo presentó a la nobleza texcocana: aceptolo quedando señalado el día para la solemnidad de la coronación, que fue preciso suspender, porque se supo que con el objeto de impedir la bajaba Ixtlilxóchitl con un ejército numeroso de Mexitlán.

Myladi. Malo, ¡y muy malo! Este asunto se enreda, se pone en pleito, Mochtheuzoma promedia... protección de león a cordero... Me pasa por las narices que Cacamatzin se queda sin trono como yo me quedé sin madre.

Doña Margarita. Algo de ello; oiga usted el desenlace de este drama, aunque no lo verá en su totalidad porque es de otra época. Ixtlilxóchitl al llegar a Mextitlán convocó a todos los señores de los pueblos de aquellas grandes montañas, y les dio parte de su designio de oponerse a su hermano Cacamatzin, protestando su celo por el honor y libertad de la nación chichimeca y aculhua. Díjoles que era una cosa indigna y peligrosa someterse a un rey tan flexible a la voluntad de Mochtheuzoma; que los mexicanos, olvidados de cuanto debían a los aculhuas, querían aumentar sus usurpaciones con la del reino de Texcoco; que él por su parte estaba resuelto a emplear todo el valor que Dios le había dado en defender su patria de la tiranía de Mochtheuzoma. Con estas razones que a juicio del padre Clavijero le sugerirían sus ayos enardeció de tal manera los ánimos de aquellos caciques que todos ellos ofrecieron ayudarle con sus fuerzas; y efectivamente, levantaron tantas tropas que cuando Ixtlilxóchitl bajó de la montaña su ejército, dicen que llegaba a cien mil hombres. Por donde pasaba era bien recibido; ora sea por miedo, o por inclinación a favorecer sus designios. Desde Tepepolco mandó una embajada a los de Otumba para que lo obedeciesen como a rey; mas ellos respondieron que no lo reconocían por tal, sino a Cacamatzin; irritado con tal respuesta marchó contra aquella ciudad, salieronle al encuentro sus habitantes en formación de batalla, los atacó, venció, y como en la acción muriese su cacique, esta circunstancia le facilitó el triunfo. Semejante suceso puso en inquietud a Cacamatzin y a toda su corte; fortificose en Texcoco, pero Ixtlilxóchitl no se movió de Otompan. Entonces Cacamatzin, conociendo que era menos malo sacrificar una parte de su reino que perderlo todo, le envió una embajada proponiéndole un convenio. Sus proposiciones se redujeron a cederle todos los dominios de las montañas, contentándose él con la capital y los estados de la llanura. Aceptó Ixtlilxóchitl la propuesta, protestando que si mantenía un ejército a sus órdenes sólo era por contener los designios ambiciosos de Mochtheuzoma, de cuyos lazos le encargaba que procurara precaverse. Esta advertencia fue oportuna y el tiempo lo acreditó... Mochtheuzoma hizo traición a Cacamatzin, lo entregó con perfidia a los españoles, sorprendiéndole en su mismo palacio y poniéndolo en sus manos, que lo asesinaron indignamente el día que precedió a la *noche triste*, después de haberse defendido con bizarría de sus asesinos, aunque estaba atado como perro en la prisión con una fuerte cadena. Ixtlilxóchitl mantuvo su ejército hasta la llegada de los españoles, hostilizando con suceso vario a los mexicanos; siendo mucho de notar que en una acción de muchas que tuvo, logró prender a un pariente de Mochtheuzoma que llevaba orden de llevárselo amarrado; Ixtlilxóchitl, que era cruelísimo, lo hizo atar, y puesto sobre un gran montón de zacate le prendió fuego y quemó vivo; habría hecho otro tanto con el Emperador de México si lo hubiese cogido. He aquí el término que tuvieron los afanes de Netzahualcóyotl para elevarlo al apogeo de su gloria, y que poco más o menos todos los imperios han corrido la misma suerte... ¡Ah! ¡Sólo el de Jesucristo es eterno; reflexión consoladora y que nos debe alentar para poseerlo algún día! Fáltame que dar la última mano al cuadro del reinado de este príncipe, que principalmente lo forman sus conquistas.

Myladi. Deseo saber cómo las extendió hasta el reino de Guatemala, provincia de Honduras y Nicaragua, que creo era el término del imperio mexicano cuando llegaron los españoles.

Doña Margarita. Ya he dicho a ustedes que el vehículo de estas conquistas eran los mercaderes, y que las caravanas de éstos realmente eran de soldados. La fama del imperio mexicano precedía a la llegada de éstos; cuando se presentaban con el achaque de comerciar eran bien recibidos; unos dice el padre Torquemada se les daban de paz con el reconocimiento de algún tributo; y otros, que se querían mostrar valientes, se les entregaban después rendidos y destrozados; los que más animosos se mostraron fueron los de Nicaragua, que acompañados de otras gentes salieron a oponérseles para que no llegasen, haciéndoles una formal intimación; mas los mexicanos, que estaban en posesión de vencer, los despreciaron; pero les salió muy mal la cuenta, porque fueron derrotados y como hábiles y astutos sacaron partido de su mismo vencimiento. Fingieron que querían paz con ellos y sólo pasar adelante para comerciar en otras partes; pero dijeron que trayendo muchos enfermos y estropeados del camino sólo necesitaban que les diesen los tamenes o indios de carga, que levantasen y llevasen sus mercaderías. Creyéronlos de buena fe los incautos nicaraguas y les dieron cinco o seis mil hombres, a los que los mexicanos cargaron y mandaron por diferentes rumbos; entonces una buena sección de tropa que tenían oculta a retaguardia, salió repentinamente, tomó las avenidas y ocupó los puntos principales que necesitaban para enseñorearse del país; así es que cuando regresaron a sus casas los tamenes ya las encontraron tomadas y sin esperanza de recobrarlas; he aquí lo que los mexicanos del día llaman jugar un *vinatero*. De esta manera, y por iguales ardides, llegaron hasta Vera Paz, es decir, que Mochtheuzoma extendió su dominación más de cuatrocientas leguas hacia el oriente de México, habiendo contado por supuesto con los auxilios de sus colegas, que fueron a la partija en lo que se tomaba en estas ejecuciones. El padre Burgoa habla de las guerras y acciones que se dieron en Tehuantepec con las tropas de México, en las que éstas no sacaron la mejor parte, y de las que hubo entre zapotecas y mixtecas, que terminaron con la llegada de los españoles. El señor Zurita, tantas veces citado por mí, habla de la guerra que pocos años antes de la llegada de Hernán Cortés sostenía Mochtheuzoma con el rey Catzontzi de Michoacán en Taximaroa, a la que mandó con un cuerpo de tropas a Tlahuicole, general de Tlaxcala, que no quiso tomar armas contra su patria. El Emperador de México disfrutó de muchas satisfacciones durante su gobierno; pero también éstas se mezclaron con grandes pesares; llegó a enseñorearse de los chololtecas y huexotzincas; ya por medio de las armas; ya aprovechándose de la ocasión que le proporcionó la horrible hambre que aquellos pueblos sufrieron, porque el cielo negó las lluvias a sus sementeras y porque los tlaxcaltecas talaron aun las que no daban fruto; dioles acogida en su imperio, proveyolos de sus graneros y esto los adhirió a su dominación; pero este acrescentamiento de poder fue harto funesto a los mexicanos, porque multiplicó contra ellos el odio de los tlaxcaltecas, que lo desarrollaron cuando se reunieron a Cortés marchando para México y causaron la horrible matanza que sabemos en Cholula. El imperio mexicano había llegado a un punto de grandeza que era imposible dejara de venir a tierra, al modo que aquellos enormes edificios de mucha elevación, que no pueden mantenerse sobre su basa. La opresión de los pueblos era suma; la exacción de tributos cuantiosa y violenta; la rivalidad de los grandes contra el Monarca estaba un tanto sufocada; pero pronta a

reaparecer como el fuego oculto bajo las cenizas; el orgullo del Monarca, ejercitado de mil maneras, les era insoportable; su religión bárbara y sanguinaria les hacía desear un cambio de culto, porque el mexicano en la guerra era una víctima destinada, o a morir en las manos de sus enemigos despechados, o en las aras de Huitzilopuchtli, o de otros númenes si era prisionero. Los oráculos vaticinaban la ruina del imperio y su desolación, *españolizaban* así como *filipizaban* los de la Grecia la ruina de su libertad; oíanse gritos heridos y lamentaciones sin cuento en el silencio de la noche de los pueblos consternados, porque la naturaleza presentaba por doquier monstruos horribles que hablaban a la imaginación, o fenómenos raros que la llenaban de pavor; la fantasía de Mochtezuma, hundida en la más negra melancolía, le hacía exhalar profundos suspiros en el secreto de su palacio, o en medio de sus pocos amigos y confidentes, a quienes preguntaba qué haría, si se ocultaría en la cueva de Zincolco... Sus nigromantes le aumentaban el desconuelo con sus interpretaciones y oráculos, nada favorables a sus consultas, y cuyas respuestas eran dadas, a pesar de que estaban ciertos de su desagrado, y sabían que los haría víctimas su despecho. Tal y tan deplorable era la situación de este soberano, cuando después de haber aparecido Juan de Grijalva un año antes por la Costa de Veracruz y retirándose con el rescate de oro que en ella hizo ofreciendo volver, tuvo la triste noticia de la batalla dada por Cortés al cacique de Tabasco, y en que las armas castellanas triunfaron por primera vez en el continente mexicano.

He dádoos, señores, una ligera idea del modo con que se pobló este continente; de qué puntos del antiguo emigraron algunas naciones a estos países; cómo se diseminaron por ellos sus pobladores; qué clase de gobierno establecieron; qué religión adoptaron; qué progresos hicieron en su civilización y cómo extendieron sus conquistas. Os he descrito el carácter de sus grandes héroes y personajes, y cómo dominaron hasta la llegada de los españoles. Os he hablado asimismo de sus progresos en las artes y ciencias; de sus leyes y costumbres en lo general; de sus conquistas y arte militar hasta los días de Mochtezuma . Quisiera ya hablaros de la conquista de los castellanos y del gobierno de los Virreyes hasta el año de 181, en que por primera vez se oyó el grito de independencia en el pueblo de Dolores, y para lo que tengo acopiados muchos materiales que otros no han podido adquirir aunque lo han intentado vanamente; pero el estado de mi salud no lo permite: me hallo muy quebrantada, sin digestión, sin sueño y extenuándome rápidamente. Voy, pues, a buscar mi recobro al pueblo de Coyoacán, a ese pueblo donde fijó su cuartel general el famoso Hernán Cortés, donde disfrutó las mayores satisfacciones, recibió los homenajes de este grande imperio rendido a sus pies, y donde tiznó para siempre su reputación y fama, haciendo atormentar en un potro infame con tormento de aceite hirviendo al desgraciado Quauhtimotzin, y en el que expiró su fiel ministro Zihuacóatl. Disimulad, os ruego, los defectos que hubiereis notado en mis relaciones; los transportes a que a la vez me ha llevado mi imaginación exaltada cuando he tenido que acordarme de que soy *mexicana*, y me he enorgullecido con este nombre de honor; sobre todo, disimulad aquel entusiasmo, con que en ocasiones no pocas he hablado de materias de religión, inculcando las máximas generales de la moral, desatinando como pobre mujer que soy y discurrendo sobre asuntos superiores a mis conocimientos. Tolerad mis faltas, especialmente en esta clase, porque mi corazón se despedaza de amargura cuando reflexiono sobre el modo vil e infame con que hoy se pretende desacreditar la religión de mis padres. A Dios, pues, señores míos, en todos

tiempos y lugares yo recordaré vuestra memoria, y cuando os viereis más allá de los mares, dad por mí un *suspiro*; ésta es la única recompensa que exijo de vuestro cariño... tendreme por feliz si lo consigo.

Myladi. No esperaba yo este golpe fatal para mi corazón... ¡Ojalá y no nos hubiéramos conocido por no sufrirlo!... No un suspiro, sino muchos daremos por esta *Margarita* preciosa... Mi esposo y yo le aseguramos nuestro tierno afecto con las mismas expresiones de aquel amante tierno que decía al objeto más caro de su alma: «A la tarde, a la mañana, a la noche, al amanecer la aurora, siempre estaré contigo y escucharé tu voz festiva y melodiosa»; y estos árboles, y esta fuente, y este prado hermoso, y estas tórtolas que con sus dulces arrullos han multiplicado la alegría de nuestra amistad, serán testigos fieles de que nosotros amamos a quien tanto esmero ha puesto en complacernos. A Dios, pues, señora mía; haga el cielo que usted recobre una salud que es tan preciosa para su amiga. A Dios.

FIN DEL TOMO SEGUNDO